MISSIONALIA HISPANICA
REVISTA CUATRIMESTRAL
EDITADA POR EL INSTITUTO "SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO"
AÑO V NUM. 15

San Raymundo de Peñafort y las Misiones del Norte Africano en la Edad Media

I

CELO MISIONAL DE SAN RAYMUNDO

He aquí uno de los aspectos poco conocido y estudiado de la personalidad de S. Raymundo, y sin embargo es de gran interés e importancia. No pasó desapercibido de los cronistas contemporáneos, como Fr. Gerardo de Frachet, quien escribía en París su Crónica, veinte años antes de la muerte de nuestro Santo. He ahí cómo se expresa, tratando del celo misional de San Raymundo, el ilustre autor del «*De Vitis Fratrum*»: «zelator fidei propagandae inter sarracenos» (1). Si no hace mención del apostolado del Santo a favor de los judíos es porque, por el tiempo en que Fr. Gerardo escribía su Crónica (1254), no había empezado todavía la obra raymundiana de la conversión de los hebreos. Con todo, pasadas algunas generaciones, la aureola misional de San Raymundo se fué achicando en gran manera por incuria sin duda de los cronistas e historiadores.

No es que nuestro Santo fuera misionero, propiamente, sino

(1) P. GERARDO FRACHETO, O P., *Vitae Fratrum Ordinis Praedicatorum*, Lovaina 1896, 330: *Raymundiana seu documenta quae pertinent ad S. Raymundi de Pennaforti vitam et scripta*. Ediderunt Franciscus Balme et Ceslaus Pabam, O P., fasciculus I, 3, en: *Monumenta Ordinis Praedicatorum Historica*, IV, Roma 1898.

gran promotor de las misiones entre árabes y judíos en España y Africa. Creo que, sin exageración, puede pasar por el primer africanista de España. Cataluña, durante los siglos XIII y XIV, proyectaba su luz cristiana y civilizadora sobre el Norte africano por medio, principalmente, de sus misioneros franciscanos, dominicos y redentores de cautivos, los cuales, en su gran mayoría, eran naturales de este país; pero el que mantenía y avivaba ese foco de luz fué personalmente, durante más de cuarenta años, San Raymundo de Peñafort. La obra misional africana, gracias al impulso que del Santo recibió, no desapareció con su muerte, sino que continuó irradiando en el negro continente durante mucho tiempo, hasta que lo impidieron la intransigencia y fanatismo musulmanes.

Es tan grande, sin embargo, el desconocimiento de la obra misional africana que, aludiendo a ella precisamente un conocido escritor, se expresaba de esta manera: «A pesar de la abundancia casi sobrada de predicadores y clérigos seculares y de frailes menores, y aun de monjes con tanto Abad y con tanto Prior, nadie iba a convertir a los sarracenos malvados y los tártaros quedaban por envangelizar...»

En otro lugar ha afirmado este mismo autor que Raymundo Lulio es el protoevangelizador de los musulmanes (2). No pudo ser el protoevangelizador, ni siquiera de los primeros evangelizadores, por cuanto antes de que él naciera, como consta de buen número de cartas y documentos pontificios, centenares de franciscanos y predicadores estaban evangelizando a los tártaros y malvados musulmanes, y no pocos de ellos habían derramado su sangre en defensa de la fe de Cristo en Africa y en todo el Oriente. «Suum unicuique». Precisamente pocos años después de la fundación de los Predicadores (1216), creó esta orden dos nuevas Provincias con esta misma finalidad: la llamada de Grecia, para el Oriente próximo, y la de Tierra Santa, para el Oriente medio. No quedó olvidado el Norte africano, y muy pronto dominicos y franciscanos rivalizaron en su evangelización. Algunos han supuesto que la evangelización de los primeros en aquel país fué de corta duración, pero, en realidad no fué así, como luego veremos; además, el número considerable de Vicarios apostólicos o «Episcopi marroquitani» que

---

(2) LORENZO RIBER, Pbro., *Raimundo Lulio*, Barcelona 1935, 120.

esta Orden tuvo en el siglo XIV demuestra lo contrario. De estos obispos voy a ocuparme principalmente en este trabajo aportando no pocos datos sobre los mismos, todavía inéditos, los cuales hemos podido recoger especialmente de las Actas de los Capítulos Provinciales de la Provincia de Aragón. O. P., logrando identificar casi todos los nombres de los obispos que cita Eubel en su obra «*Hierarquía Catholica Medii Evi*», datos que arrojarán no poca luz sobre algunas oscuridades históricas de aquella época.

San Raymundo tuvo en su tiempo el control de las misiones cristianas en Africa no sólo en lo que atañe a los misioneros de su Orden, sino probablemente también, sobre todos los misioneros de aquel país.

Cuando ya tenía reunidos gran parte de los datos del presente trabajo y formado el plan del mismo, tuve ocasión de leer la obra del P. Atanasio López: «*Obispos en el Africa Septentrional desde el siglo XIII*» (3). El docto historiador franciscano tuvo el buen acierto de publicar íntegros los nombramientos pontificios de una serie de obispos de Marruecos de la Edad Media que nos había dado a conocer el sabio investigador de la misma Orden seráfica, P. Eubel, en su famosa obra «*Hierarquía Catholica Medii Evi*», buceando en los Archivos pontificios del Vaticano y de Aviñón. El P. Atanasio, en su noble afán de dar a conocer la obra evangelizadora de España en el Continente africano, amplió su obra con una serie de datos de verdadero interés, tomados unos de investigadores e historiadores contemporáneos y otros directamente de los archivos, hallados por él o sus colaboradores. Es de alabar la imparcialidad y sinceridad del P. Atanasio al reconocer la importancia de la obra misional de los Predicadores en el Norte africano durante la Edad Media. Pero como no podía ser menos, tratándose de historiar un período de más de siete siglos, la obra del P. Atanasio tiene sus deficiencias, especialmente en lo que atañe a la Edad Media, en que la investigación se hace más difícil. A proyectar algo más de luz sobre este interesante período viene nuestro humilde trabajo.

---

(3) Publicada por el «Instituto General Franco», de Tetuán. Segunda edición corregida y aumentada. Tánger 1941. La primera edición la publicó en Madrid en 1920 con el siguiente título: «*Memoria histórica de los Obispos de Marruecos desde el siglo XIII*», Madrid 1920. Es una tirada aparte de un estudio publicado en «ARCHIVO IBERO AMERICANO», XIV, Madrid 1920, 397-502, bajo el título de «*Obispos de Marruecos desde el siglo XIII*».

El viene a ser una continuación de otros trabajos publicados anteriormente: «*Escuelas de Lenguas Orientales en los siglos XIII y XIV*» (4). Dichas Escuelas en ninguna manera deben desglosarse del movimiento misional a favor de la conversión de los musulmanes de la Península y del Norte de Africa en los siglos XIII y XIV. Alma de aquella gran empresa fué San Raymundo de Peñafort, no sólo en lo que se refiere a la Orden dominicana, sino que indudablemente influyó también en los franciscanos catalanes, a los cuales siempre tuvo nuestro Santo en gran estima, y en el mismo Raymundo Lull, a instancia del cual, en 16 de noviembre de 1276, el infante de Mallorca D. Jaime, hijo del Conquistador, fundó el Colegio de Misioneros de Miramar «*in quo tredecim fratres Ordinis Minorum continuo in arabico studeant*», dice el Papa Juan XXI al aprobar y confirmar dicha Escuela o Estudio, para que, suficientemente instruídos, se vayan a evangelizar las tierras de los paganos (5).

Treinta años hacía, por lo menos, que San Raymundo de Peñafort había fundado en Túnez la primera Escuela de Lenguas Orientales (6). El pensamiento de nuestro Santo era muy amplio: no sólo comprendía, como veremos más adelante, la redención espiritual de los musulmanes, sí que también la corporal, y, no pocas veces, también la espiritual de muchos cristianos que gemían bajo el yugo sarraceno. Para esto interesó con su enorme prestigio a los Papas, al rey D. Jaime el Conquistador, a D. Alfonso el Sabio y a lo más selecto de su pueblo, no desaprovechando para esta gran empresa la floreciente posición comercial y política de que gozaba entonces Cataluña. El movimiento misional de ésta corría parejas con el político y comercial. Véase acerca de este último lo que decía el competente historiador Antonio de Capmany y de Montpaláu (7): «De este modo creció después tan notablemente la navegación de

(4) Publicado en: *Analecta Sacra Tarraconensia,* XVII, Barcelona 1944, 115; XVIII, Barcelona 1945, 59; XIX, Barcelona 1947, 59, 217.

(5) Antonio Rubió i Lluch, *Documents per l'historia de la Cultura Catalana mig-eval,* I, Barcelona 1910, 5: *Vita Raymundi Lulli,* en: *Analecta Bollandiana,* XLVIII, Bruselas 1930, 154.

(6) *Analecta Sacra Tarraconensia,* XVII, 115; XVIII, 59; XIX, 217.

(7) Antonio de Capmany y de Montpalau, *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona,* I, Madrid 1779, 12-13.

los catalanes, que ya a principios del siglo XIII se habían hecho comunes los viajes de Barcelona a Egipto, Ceuta y otras partes de Berbería; tanto que por Cédula del rey D. Jaime I, expedida en 1227, se mandó que el comercio de aquellos países se hiciese por medio de buques barceloneses con preferencia a los extrangeros.

Los catalanes frecuentaban entonces (segunda mitad del siglo XIII) mucho las costas de Africa y los mares de Levante; de modo que la rapidez con que se había extendido aquella navegación obligó al rey D. Jaime a conceder a la ciudad de Barcelona la prerrogativa de nombrarse Cónsules para la protección de sus navegantes y mercaderes en las escalas ultramarinas.

Los sucesores de D. Jaime I siguieron su ejemplo en la brillante carrera de las expediciones marítimas que dieron a la Corona de Aragón una preponderancia casi decisiva por espacio de dos siglos en el sistema político de las Potencias de Europa: Sicilia, Africa, Nápoles, Grecia, Cerdeña y Córcega fueron los sangrientos teatros de tantas guerras de que fué Barcelona el principal arsenal, departamento que arrojaba, por decirlo así, galeras, marineros, soldados y generales.»

Nada han tenido que rectificar de lo expresado por Capmany, hace ya dos siglos, los modernos investigadores de la historia: no han hecho más que confirmar y ampliar con nuevos datos lo dicho por este sabio historiador. No hemos citado estos párrafos por un prurito de erudición, sino con el fin de orientar al lector, porque paralelo a este movimiento de expansión comercial y política y coincidiendo con éste existía otro de expansión espiritual por medio de misiones y redención de cautivos en países musulmanes. La mente rectora de estos dos movimientos e impulsora, en lo que se refiere a lo espiritual, fué San Raymundo de Peñafort: el mismo que impulsaba por todos los medios la conversión de los sarracenos escribía la obra: «*Modus negotiandi in gratiam mercatorum*».

Tres directrices presentaba este movimiento espiritual, particularmente en el siglo XIV, según el sabio profesor y experto conocedor del archivo de la Corona de Aragón y otros archivos medioevales barceloneses, Antonio Rubió Lluch, gran amigo de Menéndez Pelayo: «Mirando hacia el Poniente meditando [el rey Pedro el Ceremonioso] la evangelización de las Canarias, hacia el Sur interesándose cerca del Papa para que no se rompiera la cadena de obispos catalanes de Marruecos sin olvidar ni él ni sus dos hijos

Juan I y Martín el Humano la especie de protectorado que desde el tiempo de Jaime II ejercían los condes-reyes en el Santo Sepulcro y en el monasterio de Montesión de Jerusalén adquirido éste por la familia real de Aragón» (8).

En el año 1225 consta que ya había misioneros dominicos en el Norte de Africa, como se puede comprobar por tres documentos pontificios que existen de este año (9). Es el Papa Horacio III quien confía a los Predicadores esta misión. El primer documento es una Bula de este Papa que lleva fecha del 10 de junio del expresado año, dirigida a Fr. Domingo y a Fr. Martín. En ella el Papa les permite predicar y bautizar en aquellas regiones. Muy pocos meses después, y en el mismo año, Fr. Domingo es nombrado Obispo de Túnez, y el Papa le envía dos magníficas cartas: la primera es del 7 de octubre, en la que el Sumo Pontífice aplaude el celo apostólico de misioneros de la Orden de Predicadores y felicita particularmente a Fr. Domingo por haber sido escogido, tanto él como sus hermanos en religión, como víctimas de holocausto por la salud de las almas de aquellos infieles.

La segunda es del 8 de noviembre del expresado año, dirigida al mismo Fr. Domingo, en la què le da el título de «Rector de los Cristianos» de Marrruecos. Estos misioneros dominicos de Africa eran españoles de la única Provincia que entonces existía en toda la península ibérica, cuyo Provincial era entonces el portugués Fray Suero Gómez, discípulo inmediato de Santo Domingo. Desde un principio tropezaron con graves dificultades, las cuales trató de obviar el Papa Honorio III con la Bula despachada el 7 de marzo de 1226, titulada «*Urgente officio*» (10), por la que concedía a los dichos misioneros, entre otras cosas, la facultad de vestir a la manera del país, llevar barba y recibir dinero, pero sólo en cantidad necesaria para su sustento y vestido. Esta Bula, dice el P. Mortier, debe con-

(8) *Documents*, II, pp. XVI. Acerca de estos tres puntos véase, además de esta importante obra, *Acta Aragonensia*, de HEINRICH FINKE, I-II, Berlin und Leipzig 1908, y III, Leipzig 1923 (en varias partes de la obra); y *Biblioteca bio-bibiiografica de la Terra Santa e del Oriente Francescano*, de G. Golubovich, O. F. M. (en varios lugares de los primeros tres tomos).

(9) RIPOLL-BREMON, O. P., *Bullarium Ordinis Praedicatorum*, I, Roma 1719, 14ss.

(10) RIPOLL-BREMON, *Bullarium*, I, 16.

siderarse como el primer diploma de privilegios a favor de los misioneros.

A pesar de las graves dificultades que se oponían a la penetración espiritual de aquel país, tan refractario a la religión cristiana, muy considerable tenía que ser el número de misioneros, que escalonados éstos por medio de pequeñas residencias o centros de misión llegaban hasta Egipto, en donde se daban las manos con sus hermanos de hábito, provenzales y franceses, de la Provincia llamada de Tierra Santa (11). Esto sucedía el año 1228.

Sabemos que Fr. Domingo sólo fué obispo desde 1225 al 1228, pues en esta fecha le nombró el Papa obispo de Baeza, a petición según parece, del rey Fernando el Santo, del cual seguramente era súbdito. Murió Fr. Domingo, obispo de aquella ciudad, en 1248.

Del año 1234, por lo menos, data la intervención de San Raymundo en las misiones de Africa, pues en este año, por orden del Papa Gregorio IX, del cual era Penitenciario, daba al Prior de los Predicadores y al Ministro de Menores allí residentes solución a varias consultas de carácter moral y canónico que éstos habían presentado (12).

Pasados algunos años, esta intervención temporal se convierte en control definitivo. Hacia el año 1245, por iniciativa de nuestro Santo, se funda en Túnez el primer «*Studium*» o Escuela de lengua árabe, cuyo objetivo principal era la formación de misioneros-apologetas, muy bien preparados en el conocimiento del Alcorán y en la apologética cristiana con el fin de atraer, principalmente, a la intelectualidad musulmana. A este fin, «*rogavit*—dice el cronista dominicano catalán contemporáneo, Fr. Pedro Marsilé—, *eximum doctorem sacrae paginae, magistrum in theologia, Fratem Thomam de Aquino, ejusdem Ordinis, ut opus aliquod faceret contra Infidelium errores, per quod et tenebrarum tolleretur caligo et veri solis doctrina credere nolentibus panderetur. Fecit magister ille quod tanti patris humilis deprecatio requirebat et Summam que contra Gentiles intitulatur, condidit* (13). A esta Escuela fueron asignados los ocho religiosos mencionados en las conocidas Actas del Capítulo

(11) *Histoire des Maitres Generaux*, I, París 1903, 214.
(12) *Raymundiana*, fasciculus II, 29.
(13) *Raymundiana*, fasciculus I, 12.

Provincial de la Orden de Predicadores celebrado en Toledo el año 1250, entre los cuales descuella el insigne Fr. Raymundo Martí, autor del «*Pugio Fidei*»; años antes había sido alumno de la expresada Escuela tunecina Fr. Francisco Cendra, una de las más destacadas figuras misioneras del Norte de Africa en el siglo XIII. Si hemos de dar fe a los cronistas dominicos del Convento de Palma de Mallorca, el primer Lector de la Escuela tunecina fué Fr. Bernardo Salvatella, del Convento de Barcelona, como el anterior; aunque no pudo ser dicho Fr. Bernardo, profesor de Fr. Raymundo Martí, como lo afirma el P. Manera, O. P. (14), por cuanto precisamente en las ya expresadas Actas de 1250 es asignado Fr. Bernardo al Convento de Mallorca, de vuelta probablemente de Túnez, para entender en la conversión de los moros de la Isla.

Por este tiempo, altamente preocupado San Raymundo por el éxito de las misiones de Africa y por la conversión de los sarracenos en general, escribía con frecuencia al Papa y al Maestro general de los Predicadores. Es probable que la Bula del Papa Alejandro IV, del año 1256, que comienza «*Cum hora undecima*» dirigida al «*dilecto filio Priori Provinciali Fratrum Praedicatorum in Hispania*», que debía ser Fr. Arnaldo de Sagarra, del Convento de Barcelona, encareciéndole que enviara misioneros «*quos prepotentes videris in opere et sermone, ac fidei ampliandae zelo ferventes ad terras sarracenorum Hispaniae et per totum regnum Tunicii* (15), es probable, digo, que fuera inspirada por San Raymundo. De las cartas cruzadas entre nuestro Santo y los Maestros generales cuarto y quinto de la Orden de Predicadores no quedan más que algunos pocos fragmentos referentes a las misiones en países sarracenos; sin embargo dan no poca luz sobre la obra realizada por los misioneros y también la que se proponían realizar. Creo que todavía no se ha prestado la debida atención a lo que escribió sobre este particular el Mtro. General Fr. Juan, llamado el Teutónico, en 1246, según Mortier, de la cual no queda más que el esquema, por cierto bien interesante: es un programa a realizar, o mejor diré, que em-

(14) *Varones ilustres del convento de santo Domingo de Mallorca.* Ms. en poder de un erudito de Palma, algunos de cuyos datos se dignó facilitarme el ilustrado sacerdote D. Antonio Pont, de Mallorca.

(15) RIPOLL-BREMON, *Bullarium*, I, 309: *Analecta Sacra Tarraconensia*, XVII, 136.

pezaban a utilizar los misioneros domnicos de Africa. Abarca seis puntos, o sea tantos cuantos eran los objetivos de su misión.

El primer objetivo señalado por el Santo era la predicación a los soldados cristianos que moraban entre infieles, no pocos de los cuales , dice el Santo, necesitan de la palabra de Dios. ¿De qué soldados se trata? Eran seguramente los soldados destacados en regiones o comarcas recientemente conquistadas a los moros, en donde la gran mayoría de la población era todavía infiel, como en Murcia, las cuales regiones serían consideradas como países de misiones y custodiadas por fuerzas respetables; de ellas en el orden espiritual cuidarían los misioneros. También sabemos que había soldados cristianos que formaban parte de la guardia escogida del Miramolín o rey de Túnez. En 1281 había en dicha nación una guarnición de cristianos catalano-aragoneses cuyo jefe era Guillem de Moncada (16). Es también probable que también hubiera soldados destinados a guardar los «alfondechs» o alhóndigas de que nos hablan los documentos catalanes del siglo XIII y también de siglos anteriores Esos «alfondechs», dice el erudito historiador catalán, Carreras Candí, eran una agrupación de albergues, cerrados a manera de zona libre, por lo general destinados a comercio exterior, establecidos siempre con la competente autorización legal. Se sabe que por aquel tiempo había varios en Barcelona, incluso para sarracenos. Cataluña tenía a su vez «alfondechs» en Africa, como consta de multitud de documentos reales.

Los misioneros de la Orden de Predicadores cuidaban espiritualmente, según San Raymundo, de todos estos soldados.

El segundo objetivo de los misioneros de Africa, en tiempos de San Raymundo, era el apostolado a favor de los que él llama los «Aramos», los cuales, dice, son cristianos pero esclavos de los musulmanes; otra lengua no entienden más que la arábiga, y tienen grandes deseos de ser istruídos y confirmados en la fe por nuestros misioneros. Los Aramos eran probablemente los naturales del Norte de Africa al apoderarse de aquel país las huestes de Mahoma. ¿Eran estos Aramos los «Farfanes» de que nos hablan algunos historiadores españoles?; sea lo que fuere, con el nombre de Aramos

---

(16) CAPMANY, *Memorias históricas*, I, 443.

parece que San Raymundo comprende a todos los cristianos originarios del país.

En tercer lugar los misioneros de Africa ejercían su ministerio en beneficio de los apóstatas de la fe cristiana y también de los que estaban en peligro de apostatar; dichos apóstatas unos son por engaño de los musulmanes y otros por su gran pobreza, y gracias al celo de nuestros misioneros, dice el Santo, son vueltos a la verdadera fe unos, y otros preservados de caer en la apostasía.

El cuarto objetivo que señala el Santo en la predicación de los misioneros es disipar las dudas, confusiones y errores tanto de los musulmanes como de los cristianos ignorantes que viven en medio de ellos, a los cuales los dirigentes musulmanes hacen creer que el culto de las imágenes de los santos en las iglesias cristianas son pura idolatría.

En quinto lugar la influencia bienhechora del misionero en países sarracenos se ejercía en favor de los cristianos cautivos, y esto, según él de dos maneras: espiritualmente, instruyéndoles, consolándoles y fortaleciéndoles en la fe, y temporalmente, con frecuencia, dice San Raymundo, consiguiéndoles la libertad, colaborando así en la obra de la redención de cautivos que llevaban a cabo Trinitarios y Mercedarios, de cuya Orden San Raymundo es cofundador. Tratando el P. Atanasio López, en su obra ya citada, de las redenciones de cautivos llevadas a cabo por los misioneros Franciscanos y Dominicos, dice que trabajaron casi tanto como las Ordenes redentoras. Ciertamente que hay algo de exageración en la frase, pero no cabe duda que fué grande la labor de los misioneros de las dos Ordenes en este sentido. No hay que perder de vista que en la Corona de Aragón, durante la Edad Media, la redención de cautivos fué una verdadera empresa nacional en la que tomaron parte bien destacada los reyes, los redentores, los misioneros en países de infieles, los famosos «Consules Cathalanorum», de que con frecuencia hablan los documentos reales; los embajadores y hasta los mercaderes; con sólo los documentos ya publicados se podría formar una obra que resultaría de gran interés y sumamente edificante.

Y por último aquellos misioneros trabajaban en la conversión de los mahometanos, especialmente de los más cultos, y son tan bien vistos y considerados, dice, particularmente por parte del Miramolín o rey de Túnez, que más ya no se puede esperar. Una puerta, continúa diciendo, se halla abierta actualmente en aquel

país con tal que no falten operarios. Esto escribía San Raymundo por el año 1246 al General de la Orden en vista de una carta que había recibido de Africa, probablemente del Superior o Vicario Provincial de la misión. Por estos seis puntos expresados por el Santo podemos formarnos idea del vasto plan misional que estaban realizando aquellos misioneros; las impresiones del Santo por aquellas fechas no podían ser más halagadoras (17). Sería más o menos por este tiempo cuando nuestro Santo, al decir de los Bolandos y otros historiadores sostenía correspondencia epistolar con el Miramolín. El prestigio de aquellos misioneros era tan grande que Fr. Francisco de Cendra, uno de los más intrépidos misioneros de Africa en el siglo XIII, al decir del sabio historiador P. Mortier, es llamado a París (1262), en donde el rey S. Luis le pidió relación detallada del estado de la religión cristiana en el reino de Túnez. En esta ocasión regaló el santo rey de Francia una Espina de la Corona del Señor para el convento dominicano de Barcelona, cuna espiritual de celosos misioneros; a la santa Espina acompañaba una carta firmada por el propio rey muy laudatoria para aquella Comunidad. En el año 1269 tuvo lugar una singular expedición al reyno de Túnez, de que hace mención la Crónica contemporánea del rey D. Jaime el Conquistador, en la que varios religiosos del mencionado Convento de Barcelona, cuyas figuras más destacadas eran Fr. Ramón Martí y Fr. Francisco Cendra, fueron para conferenciar con los sabios sarracenos sobre la religión cristiana y atraerlos a la fe de Cristo; permanecieron en aquel país varios meses (18). Unos años antes de esta última fecha escribía San Raymundo una carta al Mtro. General de la Orden, Fr. Humberto de Románs, citada por los historiadores de la Orden, en la que le daba cuenta de la conversión de más de diez mil sarracenos en España y Africa; esto mismo viene confirmado por el autor de la «Vida anónima de S. Raymundo», muy probablemente escrita por el Provincial Fr. Arnaldo

---

(17). El esquema de esta carta de San Raymundo lo podrá hallar el lector en el citado *Vitae Fratrum Praedicatorum*, 309-310; en el Apéndice 2 de nuestro trabajo ya citado «*Escuelas de Lenguas Orientales*», en: *Analecta Sacra Tarraconensia*, XVII, 138; en *San Ramón de Penyafort*, de Fernando Valls y Taberner, Barcelona 1936, 117s; DIAGO, *Historia de la Provincia de Aragón*, Barcelona 1599, f. 18s, y en otros varios autores dominicanos.

(18) *Libre dels Feits del rey En Jacme*, Valencia 1557, párrafo 490; DIAGO, *Historia*, f. 137.

Burget, a principios del siglo XIV, la cual dice así: «*nam plures quam decem millia sarracenorum a fratibus eis predicantibus sunt conversi*» (19).

Varias fueron las Escuelas de Lenguas Orientales creadas en el siglo XIII en España por la Orden dominicana: la ya mencionada de Túnez, que fué la primera; la de Barcelona, 1259; la de Murcia, de 1266, en donde se enseñaba árabe y hebreo; la de Valencia, hacia 1275, sólo árabe; la de Barcelona, en la misma fecha, en donde solamente se enseñaba el hebreo; la de Sevilla, para los dominicos de León y Castilla (1284), y la de Játiva, en la que durante muchos años se enseñó árabe y hebreo (20). Pero téngase presente que estas Escuelas no fueron simultáneas, como han creído algunos historiadores, sino sucesivas; hay que advertir, además, que no todos los misioneros destinados a la conversión de los sarracenos pasaban por estas Escuelas, ni mucho menos, sino sólo una mínima parte, esto es, los más escogidos y preparados. Refiriéndose el cronista contemporáneo. Fr. Pedro Marsilé a las dos primeras, esto es, a la de Túnez y Murcia, obra personal de San Raymundo, dice así: «ad quae fratres Cathalanos electos destinari procuravit» (21). Al decir catalanes no debe entenderse que matemáticamente lo fueran todos, sino la inmensa mayoría.

II

Creación de la Vicaría general de Africa

Sería a últimos del siglo XIII o a principios del siguiente cuando tuvo lugar la creación de la Vicaría general de Africa, índice de una mayor importancia adquirida por las misiones de los Predicadores en el Continente africano. Desde la creación de esta Vicaría ya no dependen estos misioneros del Provincial de España o del de Aragón (desde el comienzo del siglo XIV), los cuales gobernarían

---

(19) *Vita S. Raymundi* (anónimo). Fué publicada por vez primera en *RAYMUNDIANA*, fasciculus I, 19-37.

(20) Véase nuestro trabajo *Escuelas de Lenguas Orientales*, en: *Analecta Sacra Tarraconensia*, XVII y XVIII, ya mencionados.

(21) *Raymundiana*, fasc. I, 12.

estas misiones por medio de un Vicario Provincial, como sucedía en la Orden franciscana, sino del Maestro General de la Orden. Para muchos efectos la Vicaría general de Africa venía a ser como una de las varias Provincias misioneras que por aquel entonces tenía la Orden de Predicadores, como la de Grecia y la de Tierra Santa; ninguna relación tuvo, durante muchos años, con la Congregación llamada de los «Frailes Peregrinantes por Cristo», tan famosa en la Orden de Predicadores durante la Edad Media. Desgraciadamente la documentación referente a esta Vicaría debió de perderse muy pronto por cuanto los historiadores, aun los más antiguos que actualmente conocemos, apenas nos dan más que vagas referencias, incluso los nombres de los obispos misioneros que la Orden de Santo Domingo tuvo en Marruecos durante el siglo XIV, en su inmensa mayoría, nos eran desconocidos hasta que los sacó de la oscuridad y del olvido el sabio investigador Eubel y los publicó en su ya citada obra «*Hierarquía Catholica Medii Evi*».

Con respecto al personal de que se alimentaba la Vicaría general de Africa aunque, como luego veremos, podía acudir de todas las Provincias de la Orden, sin embargo, éste en inmensa mayoría procedía de la Provincia llamada de Aragón, y particularmente, de la que las Actas de los Capítulos Provinciales de la dicha Provincia designa con el nombre de «Nación Catalana». De ahí que tanto los obispos «marroquitani» de la Orden de Predicadores en siglo XIV como los Vicarios Generales o Superiores de aquella Misión fueran catalanes en el sentido amplio que tuvo esta palabra durante la Edad Media y aún posteriormente. Lo cual nada tiene de extraño, pues entre otros motivos los conventos de la Nación catalana por aquel tiempo duplicaban con creces el número de los conventos de las otras dos Naciones de que se componía la Provincia de Aragón: la aragonesa y la navarra. Con respecto a los obispos, ya veremos en su lugar que hubo dos excepciones.

No parece que tomaran parte en estas misiones los dominicos españoles, procedentes de los reinos de León y Castilla; probablemente desde el tiempo de San Raymundo circunscribían éstos su labor misional al reino moro de Granada y a las vastas comarcas del Sur de España, pobladas en aquel tiempo en gran parte de infieles.

En las Actas del Capítulo Provincial de la Provincia de Aragón, celebrado en Lérida el 1312, aparece una «Denuntiatio» o comu-

nicación que por entrar de lleno en el asunto de que estamos tratando y por la gran importancia que tiene me place reproducir y después comentar como se merece, dice así: «*Denuntiat Prior Provincialis quod habet potestatem a R. P. Magistro Ordinis* [*Fr. Berenguer de Landora*] *mittendi Fratres in Africam et faciendi Vicarium in eodem: Ideo ego Fr. Romeus de Brugaria, Prior Provincialis, absolvo Fr. Petrum Scarramat a Vicaría Africae et loco ejus facio Vicarium in eadem Provincia Fr. Petrum Ferrerii de Minorissa dans ei plenam potestatem super omnes fratres qui in illa sunt vel pro tempore fuerint, de quibuscumque Provinciis venerint ad praedictam Provinciam denuntiare mihi debent vel Vicario supradicto*» (22). De no haberse perdido la mitad de las Actas de la Provincia de Aragón del siglo XIV y más del noventa por ciento del siglo XIII, seguramente que «denuntiationes» parecidas a la presente encontraríamos algunas más. Como se ve, el Maestro General, que como dijimos era Fr. Berenguer de Landora, el cual pocos años después fué nombrado arzobispo de Santiago de Compostela, delega en el Provincial de los Predicadores de la Corona de Aragón, el Maestro en Teología Fr. Romeo ça Bruguera (23), para enviar misioneros al Africa, quitar y poner Vicarios y conceder a éstos plena jurisdicción sobre todos los misioneros de la susodicha Vicaría, aunque fueran procedentes de otras Provincias distintas de la de Aragón. El Vicario relevado, probablemente por motivos de salud, Fr. Pedro Scarramat, había sido diez años atrás Lector de Lenguas Orientales en el «Studium» o Escuela de Játiva, el cual, pasando después a las misiones de Africa, fué nombrado su Vicario General. Digamos algo sobre el nuevo Vicario, Fr. Pedro Ferrer de Manresa. La feliz coincidencia de haber en la Provincia de Aragón por lo menos una docena de dominicos que llevaban el apellido Ferrer, y hasta algunos el mismo

---

(22) *Acta Cap. Provincialium O. P. Provinciae Aragoniae.* (Del códice 180 de la Biblioteca Provincial y Universitaria de Zaragoza.) Para todas las citas o referencias que hacemos de los Capítulos Provinciales de la Provincia Dominicana de Aragón, que son muchísimas, nos hemos servido de este manuscrito.

(23) Así es llamado siempre en los documentos catalanes de la época este ilustre dominico, consejero del rey D. Jaime II y autor de la primera traducción catalana del *Salterio*, de últimos del siglo XIII. Fué muy celoso de las misiones de Africa. En los documentos es llamado siempre *Fr. Romeus de Brugaria*. No hay que confundir este Fr. Romeo, Maestro de Teología por la Universidad de París, con Fr. Bartolomé Sabrugera, dominico mallorquín.

nombre de Pedro, como Fr. Pedro Ferrer de Cervera, notable predicador que en el Capítulo Provincial de Barcelona de 1307 recibió el título de Predicador General (24), para que no hubiera confusión entre ellos hubo necesidad de sobreañadir a algunos el nombre de la ciudad o pueblo de origen; a esto debemos el saber que Fr. Pedro Ferrer, misionero de Africa, era natural de Manresa. De este ilustre dominico, casi desconocido hasta la fecha, hemos podido conseguir algunos datos valiosos que me place aquí consignar. Probablemente tomó el hábito en el convento de la Seo de Urgel hacia el año 1285. El convento dominicano de Manresa consta que no se fundó hasta el 1318. Por falta de Actas de los Capítulos Provinciales nada sabemos de sus estudios hasta el Capítulo Provincial de Barcelona de 1299, en que fué enviado al Estudio General de Bolonia para completar sus estudios de Teología juntamente con Fr. Ponce de Monclús, notable dominico del convento de Gerona; es muy probable que antes de esta fecha estudiara lenguas orientales en el Estudio de Játiva. Al volver de Bolonia es asignado a su convento de Urgel como profesor de Teología; «Doctor Urgellensis», así es llamado en las Actas de los Capítulos de 1302, 1303 y 1304. En este último año recibe la licenciatura para disputar públicamente de Teología, juntamente con otros seis más. He aquí cómo se expresan dichas Actas: «*Concedimus licentiam disputandi... Fratri Petro Ferrerii de Minorissa, Doctori Urgelensi*». Como Fr. Pedro aparece en último lugar de la lista, es de suponer que sería el más joven de los siete.

Esta licenciatura en la Orden de Predicadores sólo la concedían los Capítulos Provinciales a los profesores de Teología que más se distinguían por sus conocimientos teológicos y tal vez por sus cualidades de polemista. En 1307 es asignado al Estudio General de Santa Catalina V. y M., de Barcelona, en calidad de segundo Lector. No debió estar mucho tiempo en la capital catalana, por cuanto en las Actas de 1310 (Gerona) figura otra vez asignado como «Doctor» en su convento de la Seo de Urgel.

Es muy posible que al recibir en 1312 el cargo de Vicario General estuviera ya en Africa. Casos como el de Fr. Pedro Ferrer eran frecuentes en su Provincia y en toda la Orden. Desde esta fecha ya no vuelven las Actas Capitulares a hacer mención de él,

(24) Códice césar-augustano arriba citado.

como es natural. Cuando Fr. Pedro Ferrer fué nombrado Vicario General era Obispo de Marruecos, como luego veremos, Fr. Francisco de Relat, de su misma Provincia, y lo fué hasta el año 1327. Es poble que por entonces ya no viviera Fr. Pedro Ferrer.

III

Los Obispos de Marruecos de la Orden de Predicadores en el siglo XIV

Al desentrañar de los viejos fondos de los archivos papales de Aviñón y de Roma el sabio investigador P. Eubel los nombres de una serie de obispos, muchos de ellos ignorados y completamente desconocidos, y publicados después en su obra «*Hierarquía*», no hay duda que prestó un gran servicio a la cultura general, y también a la historia de las misiones en la Edad Media. En la sección titulada «Episcopi Marrochitani» nos da a conocer ocho obispos de aquella vasta región pertenecientes a la Orden de Predicadores, los cuales ejercieron su oficio pastoral durante el siglo XIV. De éstos apenas se conocían los nombres más que de dos o tres, los restantes ni siquiera eran mencionados en los catálogos de la Orden Dominicana, por los motivos más arriba mencionados. Pero publicados sus nombres en la obra de Eubel con sus apellidos latinizados, según costumbre de la Edad Media, y lo que es peor con malas grafías, varios de ellos se hacía muy difícil poderlos identificar. Pero después de pacienzudo trabajo de investigación a través de las mencionadas Actas de los Capítulos Provinciales de la Provincia de Aragón y con la valiosa ayuda de las colecciones diplomáticas de los sabios profesores e investigadores Finke y Rubió y Lluch «Acta Aragonensia» y «Documents per l'historia de la Cultura Catalana mig-eval», hemos logrado identificarlos plenamente. Hemos de confesar que sobre este particular poca luz nos ha proporcionado la obra del docto franciscano P. Atanasio López, a pesar de publicar íntegros los nombramientos papales de dichos obispos.

Desde 1228 en que el citado Fr. Domingo dejó de ser obispo en el reino de Túnez, para pasar al obispado de Baeza, hasta 1307, es decir durante unos setenta años, los obispos de Marruecos fueron franciscanos; desde esta fecha, durante gran parte del siglo XIV,

los «Episcopi Marrochitani» pertenecieron a la Orden de Predicadores. Esto parece ser un indicio bastante claro que durante un largo espacio de tiempo las misiones dominicanas en Marruecos fueron más importantes que las de los Menores.

Digamos de paso que hasta últimos del siglo XIII o principios del siguiente no entabló relaciones políticas y comerciales la Corona de Aragón, por lo menos de una manera permanente, con el reino de Marruecos propiamente tal. Tratan esta cuestión los modernos historiadores catalanes, y con mucha amplitud el aragonés Andrés Giménez Soler en su obra «La Corona de Aragón y Granada». No cabe la menor duda que el rey D. Jaime II, hábil diplomático y celoso defensor de la fe, se valió de esta conjetura para poder introducir misioneros de sus estados en aquel reino. De este reinado parece que datan las misiones dominicanas en el Marruecos propiamente tal; hasta entonces sólo habían podido actuar los Predicadores en Túnez, Tremecén y Bugía, y si habían misionado en Marruecos, había sido esporádicamente.

Fr. Bernardo de Murcia. El primer obispo de Marruecos de la O. P. en el siglo XIV fué Fr. Bernardo de Murcia. Consta que fué creado el 29 de agosto de 1307; en el documento pontificio que publica el P. Atanasio López, en la obra otras veces citada, consta además que era Lector de Teología al recibir el nombramiento. Pero ni Eubel ni el P. Atanasio no dan de él ninguna otra referencia. Un dato de interés hemos podido hallar de este ilustre dominico en las Actas del Capítulo Provincial de Barcelona de 1299; en ellos figura nuestro Fr. Bernardo entre los numerosos Predicadores generales nombrados en aquel Capítulo. Pero lo singular del caso es que no figura entre los Predicadores generales de la Vicaría de Cataluña, como Fr. Benito de Murcia, ni entre los de la Vicaría de Aragón y Navarra, sino entre los de Castilla. Para mayor inteligencia de lo que estamos diciendo conviene recordar que en el Capítulo Provincial de León de 1275 se dividió la Provincia de «Hispania» en cinco Vicarías: Cataluña, Aragón y Navarra, Castilla «cum frontaria», León y Galicia y, por último, Portugal. Al frente de cada una de ellas pusieron un Vicario Provincial. Esta división duró por lo menos hasta Pentecostés de 1301, fecha en que se creó la Provincia de Aragón a base de las dos primeras Vicarías: Cataluña y

Aragón. La primera de estas dos Vicarías comprendía los siguientes territorios: Cataluña, Valencia, Mallorca y Murcia. En 1299 el rey de Aragón poseía, por lo menos «de facto», la mayor parte del territorio del reino de Murcia; fué ésta una cuestión intrincada, que tuvo sus repercusiones hasta en el orden religioso-administrativo. Al figurar Fr. Bernardo entre los Predicadores generales de Castilla en 1299, no cabe duda que era súbdito del rey de Castilla. Al ser nombrado ocho años más tarde obispo de Marruecos, al rey Don Jaime II y a los mismos misioneros, en su inmensa mayoría oriundos de la Corona de Aragón, no les haría mucha gracia el nombramiento, y más existiendo de por medio una serie de fricciones de carácter político entre los dos reinos (25). Quizás no nos equivoquemos al querer ver la mano del Cardenal «Petrus hispanicus», como le llaman muchas veces los documentos reales de Aragón, en este nombramiento de obispo de Marruecos. Da la casualidad que Pedro Gómez de Soto-Mayor, antes de ser nombrado Cardenal, llamado de España, había sido obispo de Cartagena (26). ¿No sería conocido y amigo de Fr. Bernardo de Murcia? Claro está que Jaime II de Aragón, cuyos planes en la Curia papal de Aviñón le impugnaba de continuo este Cardenal de Santa Práxedes—vuestro enemigo le llamaban con frecuencia los embajadores de Aragón—no era manco, y consiguió el apoyo decidido de otro Cardenal más influyente que Pedro Gómez, el italiano Napoleón Orsini. No llegó a tres años el gobierno de Fr. Bernardo en la Diócesis de Marruecos, pues su sucesor fué nombrado por Clemente V el 1 de agosto de 1310. Teniendo en cuenta la edad en que de ordinario se recibía el título de Predicador general, a los cuarenta años, más o menos, Fr. Bernardo en 1310 debía tener unos cincuenta años. ¿Murió entonces, como supone el P. Atanasio? ¿Renunció al cargo? Ya es casualidad que el gobierno de los dos primeros obispos dominicanos de Marruecos en el siglo XIV durara sólo cuatro años y medio.

---

(25) Sobre esta cuestión y sus repercusiones hasta en el orden religioso-administrativo constan una buena serie de documentos en los tres tomos de la expresada colección diplomática de *Acta Aragonensia*, de Finke.

(26) Sobre este Cardenal, además de la citada colección diplomática de Finke, *Acta Aragonensia*, véase *Chronologie des Voyaces et des Oeuvres de Frare Alfonse Buenhombre*, O. P., por el P. G. Meerssemán, O. P., en: *Archivum Fratrum Praedicatorum*, X, Roma 1940, 97.

Fr. Pedro (Frater Petrus) a secas le llama el documento pontificio de su nombramiento que publica íntegro en su ya otras veces citada obra el P. Atanasio López. Ni siquiera conocemos el apellido del segundo obispo dominicano en esta etapa. Todo lo que de él sabemos es lo que dice el expresado documento: «que morando en las regiones de Africa, le concede el Papa que pueda tener consigo algunos frailes de la Orden de Predicadores, que pueda tomar el hábito y profesar en dicha Orden». Supone el P. López que al ser nombrado obispo Fr. Pedro era sacerdote secular. Pero en este caso, ¿se trataba de un sacerdote indígena del país? ¿Era natural de alguno de los reinos de España? ¿No sería nombrado Fr. Pedro para burlar la presión que podían hacer los reyes de Aragón y Castilla para que dicho nombramiento recayera en alguno de sus respectivos súbditos? Fr. Pedro murió a fines de 1311.

Fr. Francisco de Relat. El P. Atanasio López le llama «Pilaco». Eubel, Fr. Francisco de «Rilaco», copiando el documento pontificio de su nombramiento; evidentemente es una mala grafía de Relato. Hemos podido identificarlo en las Actas de los Capítulos de la Provincia de Aragón, de cuya Provincia dominicana era sin duda ninguna. En dichas Actas es siempre llamado «Fr. Francisco de Relato», y este es su verdadero apellido; el de «Rilaco» no es más que un «lapsus» del copista. Naturalmente que el P. Atanasio no podía darnos ninguna referencia de este «Rilaco» enteramente imaginario. El «Relatus» es una latinización del apellido catalán toponímico, según creo, de Relat, que pudiera ser muy bien el actual pueblo llamado «Santa Eugenia de Relat», en el partido judicial de Manresa. Sabemos que el tesorero de la reina Leonor, esposa de D. Pedro III, llamado el Ceremonioso, tenía por nombre Berenguer de Relat (27), probablemente pariente de nuestro Fr. Francisco de Relat. La primera vez que hemos hallado este nombre es en el Capítulo Provincial de Barcelona de 1299, en cuyas Actas figura Fr. Francisco asignado al «Studium Naturarum» o de Filosofía del convento de Mallorca, y por cierto lo fué juntamente con Fr. Juan

(27) Rubio i Lluch, I, 182-83, 199.

Ferrán, su inmediato sucesor en el obispado de Marruecos; el profesor de ambos en aquel año fué Fr. Guillermo Bertrán. Es probable que del 1300 al 1302 fuera destinado al «Studium» de Lenguas Orientales de Játiva. Por septiembre de este último año (Capítulo de Zaragoza) es asignado Fr. Francisco al Estudio General del convento de Barcelona para estudiar Teología con el primer Lector o Regente de Estudios, el mallorquín Fr. Pedro de Bennázar. El año siguiente (Capítulo de Valencia) fué asignado al mismo Estudio General. Al poco de terminar sus estudios debió pasar a la Vicaría General de Africa, pues su nombre ya no vuelve a sonar en las Actas de los Capítulos. A 10 de enero de 1312, muy joven aún, el Papa Clemente V le nombró obispo de Marruecos. Al año siguiente de nombrado, el mismo Papa Clemente V dirigió dos cartas, según Eubel y López, a los fieles cristianos de la Diócesis de Marruecos y otras regiones de Africa recomendado a Fr. Francisco «ut eum benigne recipiant». No deja de ser algo raro que al año y medio de ser consagrado obispo y siendo Fr. Francisco misionero antiguo de Africa le recomiende el Papa a sus diocesanos. Sin duda que esta recomendación está relacionada con otra carta que el Papa envió el 11 de octubre de 1313 al arzobispo de Toledo mandándole apresar a un tal Fr. Juan de Palmela, O. S. B., el cual antes había pertenecido a la Orden franciscana y se llamaba Fernando Gundisalvo, y se hace pasar, dice el Papa, como obispo de Marruecos. No cabe duda que el chascandil y despreocupado Fernando Gundisalvo, tránsfuga de los franciscanos, había introducido alguna confusión entre los cristianos de Africa. Es muy posible que en sus turbios intentos no estuviera sólo. Fr. Francisco de Relat fué obispo de Marruecos hasta últimos del año 1327, esto es, gobernó su dilatada diócesis durante unos quince años, sin que sepamos nada más de su actuación en aquellas difíciles y apartadas regiones. Es probable que nuestro Fr. Francisco fuera hijo de hábito del convento de Gerona o del de Seo de Urgel.

Fr. Juan Ferrán (Frater Joannes Ferdinandi). El sucesor de Fr. Francisco de Relat fué su condiscípulo Fr. Juan Ferrán. Eubel, o mejor diré, los documentos pontificios que él copia, le nombran «Fr. Joannes Fernandi», y las Actas de los Capítulos Provinciales

de su Provincia de Aragón generalmente Ferdinandi, y rara vez Ferrandi o Fernandi, grafías muy corrientes en éste y otros apellidos; pero no cabe la menor duda de que se trata de nuestro Fr. Juan Ferrán, obispo de Marruecos. Sólo veinte años más tarde vuelve a sonar el mismo nombre y apellido en dos estudiantes de Filosofía: el uno aragonés y el otro valenciano, y para evitar confusiones entre los dos, a este último le llaman las Actas de los Capítulos «Fr. Joannes de Muro veteri», esto es de Murvedre o Sagunto; pero para aquellas fechas Fr. Juan Ferrán ya hacía años que estaba en Africa y en vísperas de ser nombrado obispo. El P. Atanasio López, castellanizándole el apellido, le denomina Fr. Juan Fernández. Es indudablemente catalán y probablemente hijo de hábito del convento de Lérida. En el Capítulo Provincial de Zaragoza de 1302 y en otros Capítulos posteriores, en la sección «Sufragio pro vivis», aparece un «Domino Petro Ferrandi» por el cual, por su esposa e hijos se mandan aplicar dos misas, como bienhechores de la Provincia; es muy probable que nuestro Fr. Ferrán pertenezca a esta distinguida familia. Ya dijimos que en 1299 estudiaba Teología en el «Studium Naturarum» de Mallorca en compañía de Fr. Francisco de Relat; en 1303 estudió Teología en el Estudio General de la Orden en Barcelona, al año siguiente cursaba la misma asignatura en el convento de Valencia, siendo su profesor Fr. Ramón de Masquefa, prestigiado profesor de Teología propuesto en 1312 para obispo de Gerona juntamente con el Maestro en Teología Fr. Romeo ça Bruguera, entonces Provincial (28). Es muy probable que antes de empezar la Teología hubiese cursado en el «Studium Linguarum» de Játiva. Hasta 1307 (Capítulo Provincial de Barcelona) no volvemos a saber de él (faltan varias Actas Capitulares). En este año Fr. Juan Ferrán es destinado al Estudio General de la Orden en Nápoles para completar sus estudios teológicos, pero seguramente que no fué, quizás por motivos de salud o por otros que ignoramos, porque en 1312 es enviado al Estudio General de Florencia con el mismo fin. Pasados dos años vuelve de Italia, y se le asigna (Capítulo Provincial de Valencia) al Estudio Solemne de Lérida, creado en aquel

(28) FINKE, *Papsttum und Utergand des Templordens*, Münster 1907, 273: VILLANUEVA, *Viaje literario por las Iglesias de España*, XIII, 194.

mismo año (29), en calidad de segundo Lector. Desgraciadamente, desde 1314 al 1327, no quedan más Actas en pie que las del Capítulo Provincial de 1321, tenido en Pamplona; en éstas no es mencionado Fr. Ferrán. Es muy probable que para entonces ya estuviera misionando en Africa nuestro futuro obispo de Marruecos. El 26 de diciembre de 1327, por el Papa Juan XXII fué creado prelado de aquella Diócesis, muriendo ya de alguna edad en 1344. Durante el pontificado de Fr. Juan Ferrán sabemos de otro religioso que fué postulado para obispo de Marruecos, llamado Fr. Pedro Compte. El historiador Giménez Soler (30) publica este documento sacado del Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona; es una carta del rey D. Pedro el Ceremonioso, fechada en Morata, aldea de Calatayud, «sub nostro sigillo secreto IIII idus Novembris anno jam dicto» (1337). En ella da cuenta el rey que ha llegado recientemente de Africa Fr. Pedro Compte, «postulat en bisbe de Marrochs» (la carta está escrita en lengua catalana), y según dicha carta, Fr. Pedro Compte había comunicado al rey que el Sultán de Marruecos estaba haciendo preparativos bélicos para invadir la península. Dejando aparte el aspecto bélico y político del asunto, que no nos interesa, nos ocuparemos sólo del aspecto misional. ¿Quién era este Fr. Pedro Compte? Supone Gimenez Soler que era franciscano. Pero leyendo detenidamente el documento, se ve que no hay más fundamento para suponerle franciscano que los informes que pidió el rey sobre la persona de Fr. Pedro, a quien desconocía, a dos religiosos de aquella Orden que habían estado en Marruecos. ¿Pero cómo es que siendo Fr. Juan Ferrán en 1337 obispo de aquella Diócesis postulan otro para obispo? ¿Es que pensaba éste dejar el cargo o bien ideaba la Santa Sede dividir aquella inmensa Diócesis? Pero en este caso, ¿quiénes eran los que habían postulado a Fr. Pedro, los misioneros de Marruecos o el rey de Aragón? Sea lo que fuere, lo cierto es que no hubo por entonces mutación alguna.

(29) «... et ponimus ibi [Lerida] Studium Generale Provinciae», que no hay que confundir con el «Studium Generale Ordinis».

(30) *La Corona de Aragón y Granada*, Barcelona 1908, 264.

Fr. Alfonso Bonihome (Fr. Alphonsus Bonihominis). El sucesor de Fr. Juan Ferrán es un dominico de mucha fama, del cual han tratado no pocos los autores, tanto antiguos como modernos. Su bibliografía es muy importante, su biografía, en general, un poco deplorada por ignorar, unos, el hecho, y otros, las circunstancias en que se desenvolvían las misiones dominicanas de África de que estamos tratando (31). Hay que reconocer, sin embargo, que de unos años a esta parte, gracias principalmente a los excelentes trabajos publicados por dos autores dominicanos: P. A. Van den Oudenrijn y P. G. Meersseman, del cual ya hemos hecho mención, se ha proyectado mucha luz sobre este obispo de Marruecos, acerca de cuya vida y obras literarias reinaba mucha confusión. Este docto religioso en el «Archivium Fratrum Praedicatorum». V. X. Año 1940, utilizando el trabajo del autor anterior, publicado en «Analecta Ordinis Praedicatorum» (1920), y ampliándolo notablemente con nuevas investigaciones históricas nos da a conocer una serie notable de índices de las varias obras escritas por Fr. Alfonso Bonihome, algunas de ellas del todo desconocidas hasta hace pocos años; todas ellas son versiones del árabe al latín. A base de datos personales hallados en los proemios y colofones de dichas obras nos da a conocer las andanzas del sabio traductor, del arabista, del misionero y obispo de Marruecos que fué Fr. Alfonso Bonihome.

Estas obritas u opúsculos por orden cronológico son, primero: «Historia de José», no según el relato bíblico, sino según un libro apócrifo muy leído en su tiempo entre los cristianos de Egipto. Esta versión la hizo Fr. Alfonso el año 1336 en el Cairo, estando preso en las cárceles del Sultán.

La segunda, que es la más conocida, se titula: «Epístola Samuelis», y al decir de Nicolás Antonio «bene longa», escrita en Fez por rabí Samuel y dirigida a otro rabí, amigo suyo, llamado Isaac de

(31) Véase entre otras obras QUETIF-ECHARD, *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, I, 494; NICOLAS ANTONIO, *Bibliotheca Vetus*, II, 157; TORRES AMAT, *Memorias para un Diccionario de Escritores Catalanes*, Barcelona 1836; FR. MARTIN DE BARCELONA, O. F. M., Cap., en: ESTUDIS FRANCISCANS, Barcelona, n. 15, 1913; VAN DEN OUDENRIJN, O. P., *De arabicis quae latine vertit Fr. Alph. Buenhomore*, en: *Analecta Ordinis Praedicatorum*, 1920, 14; MEERSSEMAN, *Chronologie des Voyages*, ya citado.

Lija Valmeja; más que carta es un tratado apologético de los dos maestros, convertidos después al cristianismo. Isaac contestó a Samuel, formando esta carta como una segunda parte del tratado. Hizo Fray Alfonso esta traducción, según parece el año 1339, estando en París, y la dedicó al Mtro. General de la Orden, Fr. Hugón —1334-1342—. En el proemio dice Fr. Alfonso: «Rdmo. in Christo Patri et Domino Fratri Hugoni, Magistro Ordinis Praedicatorum dignissimo et sacrae paginae professori eius subditus semper Frater Alfonsus Bonihominis, ispanus, promissam obedientiam per vitam in omnibus devotam.»

Como el P. Meersseman no hace mención en su trabajo ya citado de los varios códices existentes en España por no haber llegado a noticia suya, me place poner estos cuatro, que son: números 20 y 100 de la Biblioteca de Cataluña, llamada hoy Central; otro en el Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona, número 96, y otro en la Biblioteca Nacional de Madrid, número 4.402. Sobre las varias versiones castellanas antiguas de la «Epístola Samuelís», véase Jaime Villanueva (32). La segunda parte de la obra fué vertida muy pronto al idioma catalán y publicada en el siglo pasado por el citado Villanueva (33), y según los críticos es del siglo XIV, es decir, poco menos que contemporánea de Fr. Alfonso; dato verdaderamente interesante. Según Gutiérrez del Caño (34), el códice existe actualmente en la Universidad de Valencia.

La tercera obra de Fr. Alfonso es: «Disputatio abutalib (= catequista), saraceni et Samuelis judei quae fides praecellit: christianorum, an judeorum an sarracenorum.» Como se ve, es otra obrita del rabí Samuel. La versión latina Fr. Alfonso la dedicó a un alto personaje cuyo nombre no expresa, pero que se supone, con mucho fundamento, que se trata del Patriarca de Jerusalén, Fr. Pedro de la Palu, O. P. Fué redactada no mucho después que la «Epístola Samuelis». En el prefacio hay unas palabras que son de verdadero interés para su biografía: dice que encontró este libro: «cum essem apud Marrochium in captu sarracenorum», según los manuscritos catalanes, «in captivitate sarracenorum), según otros manuscritos.

---

(32) VILLANUEVA, *Viaje literario*, II, 141.
(33) VILLANUEVA, *Viaje literario*, II, 216-23.
(34) *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca de la Universidad de Valencia.*

Oteamos que la versión de los manuscristos catalanes es la verdadera.

De haber estado cautivo siendo misionero en Marruecos no se le hubiera quedado en el tintero a Fr. Alfonso Bonhome, autor por cierto muy expresivo en los proemios de sus obras, como no le quedó cuando escribió su primera obra dándonos no pocos detalles de su cautiverio en Egipto; evidentemente se trata de un «lapsus copistae» que se fué propagando en la mayoría de los códices, según parece. Al P. Atanasio López, en su obra tantas veces citada, ya le llamó la atención eso de «captivitate sarracenorum», que él creía que debía interpretarse en sentido activo y no pasivo.

La cuarta obra de Fr. Alfonso es una vida de San Antonio el Hermitaño, que él copió de un códice árabe; mejor diríamos que es un arreglo que él hizo de dos o tres libros escritos en esta lengua, estando en la isla de Chipre. Se le nota, como detalle no carente de interés, un empeño especial en poner, sacándola de otro códice distinto del principal, una tradición que aún vive actualmente en Barcelona; claro está, carente de verdadero fundamento histórico, de que San Antonio estuvo en esta ciudad predicando la fe cristiana, en donde realizó muchas conversiones. Esta obrita la escribió Fr. Bonhome estando en Aviñón, el año 1341, y la dedicó al llamado Cardenal de España, Pedro Gómez.

La última versión del árabe escrita por Fr. Alfonso, se titula: «Tractatus contra malos medicos»; parece que la escribió también en Aviñón, en donde estaba la corte pontificia. Aquí permaneció algún tiempo hasta que fué nombrado obispo de Marruecos por el Papa Clemente VI, su antiguo amigo, Pedro Roger, el 10 de enero de 1344. El Papa le hizo consagrar en Aviñón por el Cardenal Gaucelme, sobrino de Juan XXII.

Digamos algo, para acabar, sobre la procedencia de Fr. Alfonso Bonhome. En siglos anteriores algunos autores, entre ellos Nicolás Antonio, lanzaron la especie de que nuestro autor podría ser natural de Cuenca o de Toledo, apoyándose en razones tan poco consistentes como las de que en la Ciudad Imperial había habido Escuelas de árabe o de que en Cuenca existían apellidos Buenhombre. Ciertamente que esos autores desconocían no sólo la importancia de las misiones dominicanas de Africa en el siglo XIV, sino hasta el mismo hecho de su existencia; no digamos la circunstancia de que el personal de aquellas misiones procedía de la Provincia do-

minicana llamada de Aragón y, particularmente, de lo que en la Edad Media se llamaba «Nación Catalana», en su inmensa mayoría. A la opinión de que era natural de Toledo se adhiere el Padre Meersseman, tratando de reforzarla con la circunstancia de la amistad de nuestro Fr. Alfonso con el Cardenal Pedro Gómez, natural de Toledo.

Es verdad que existió dicha amistad debida, a nuestro entender, a la prolongada estancia de Fr. Bonhome en la corte pontificia de Aviñón; había además otro motivo especial, y es el que Pedro Gómez fué siempre muy afecto a la Orden de Predicadores. Pero no fué sólo el cardenal Pedro Gómez, otros varios personajes cultivaron la amistad del misionero arabista de Africa, tales como el cardenal Pedro Roger, más tarde Papa con el nombre de Clemente VI, el Patriarca de Jerusalén y otros. No me cabe la menor duda que la causa de su salida de Marruecos para el Oriente fué alguna misión diplomática que le confió la Santa Sede por medio del Maestro General de la Orden Fr. Hugo, del cual dependían los misioneros del Africa inmediatamente.

Respecto del apellido «Bonihominis» sabemos que era bastante corriente en todas las naciones latinas. En la segunda mitad del siglo XIV, en las Actas de los Capítulos Provinciales de la Provincia de Aragón, entre los religiosos de la «Nación Catalana» hemos hallado un «frater Alphonsus Bonihominis», muy probablemente sobrino de nuestro obispo. Más aún, creo que si el nombre de éste, como el de su inmediato sucesor en el obispado de Marruecos, no se halla en las Actas es sencillamente porque éstas faltan desde 1314 al 1327, época en que hicieron sus estudios, tanto Fr. Alfonso como Fray Esteban de Felino. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que los dos procedían de la Provincia dominicana de Aragón, como consta que procedían, con toda certeza, los otros obispos dominicanos de Marruecos del siglo XIV, por lo menos desde Fray Francisco de Relat. La relativa tranquilidad con que Fr. Alfonso escribía en la cárcel del Sultán de Egipto o de Babilonia, como le llaman tantísimos documentos reales del Archivo de la Corona de Aragón de aquel tiempo, su primera versión conocida del árabe, «*Historia de José*», es un indicio bien claro de la procedencia de nuestro Fr. Bonhome: estaba en la convicción de que siendo súbdito del rey D. Jaime II de Aragón, con quien el Sultán mantenía entonces muy buenas relaciones, podía tener la casi seguridad de

que nada fatalmente adverso le había de suceder, como de hecho así fué. No poca luz dan sobre este asunto las sabias colecciones diplomáticas de la Corona de Aragón «*Acta Aragonensia*», de Finke y «*Documents per l'historia de la cultura catalana mig-eval*», de Rubió y Lluch. De haberlas leído el P. Meesserman no incurriría en el error de llamar contrabandista al embajador del rey D. Jaime II en el Cairo, Pedro de Mitjavila (no Mediavilla como él le llama) y se hubiera convencido de la cristiandad y nobleza con que procedían tanto D. Jaime como su embajador alcanzando del Sultán por sus ruegos y mediación la libertad de muchos cristianos, los cuales, no todos, eran súbditos del expresado rey. No hay que olvidar que por aquel tiempo Francia era contraria a la expansión catalano-aragonesa en Oriente.

Fr. Esteban de Felino (Frater Estephanus de Phelino). No creo que haya equivocación ni mala grafía, como en otros casos, en el apellido del sucesor de Fr. Alfonso Bonhome en el obispado de Marruecos. A nuestro humilde entender, su nombre y apellido, traducidos al castellano, significan Fr. Esteban de Gata, es decir, un dominico natural de la población de este nombre en la Provincia de Alicante. Es verdad que en las expresadas Actas de los Capítulos Provinciales, del último tercio del siglo XIV, he hallado un «frater Nicolaus de Gata», por cierto alumno de filosofía de San Vicente Ferrer, pero en aquellas fechas el fervor latinizante había decaído mucho; en el siglo anterior y hasta mitad de éste se llegó en la latinización de los apellidos a extremos que nos parecen ahora hasta ridículos. Probablemente tomó el hábito Fr. Esteban en el convento de Játiva cuando todavía permanecía muy vivo el recuerdo del «Studium Linguarum», o sea la Escuela de lenguas semísticas que existió en aquella casa durante más de veinte años, hasta 1313. Como ya dijimos, su nombre no lo hemos podido hallar en las Actas Capitulares de su Provincia por las razones ya apuntadas al tratar de su antecesor, con el cual se llevarían pocos años de diferencia. Fr. Esteban de Gata, auténtico misionero de Africa, fué creado obispo de Marruecos, el 12 de agosto de 1353, por el Papa Inocencio VI, después de algunos años de residencia en aquel país. Tan sólo fué obispo cuatro años, pues murió hacia la mitad del

1357. Supone el P. López (35) que a la muerte de su antecesor, Fray Bonhome, estuvo vacante la diócesis durante algún tiempo, pero de la Bula de su nombramiento se desprende lo contrario: «*Nuper* siquidem intellecto ecclesia Marrochitana... per obitum Fr. Alphonsi.»

Fr. Gregorio Cassabó (Frater Gregorius Cassaboni). Indefectiblemente así viene expresado en las Actas de los Capítulos Provinciales de su Provincia todas las veces—que no son pocas—que su nombre figura en ellas. Sin embargo, en los documentos pontificios que copian Eubel y López se le nombra siempre «Cazaloni». Evidentemente es una mala grafía de Cassaboni o Caçaboni, que es exactamente igual, lo mismo ahora que en la Edad Media. La identificación de este personaje es absoluta, y para mayor abundamiento está la autoridad del historiador de la Provincia de Aragón, Padre Diago, cuyos textos citaré más adelante, quien afirma que Fr. Gregorio fué obispo de Marruecos por el tiempo que estamos tratando. Se apoya en documentos coetáneos que él encontró en el Archivo de Predicadores de Valencia, de cuyo convento era hijo de hábito nuestro Fr. Gregorio. La primera vez que suena en las Actas el nombre de Fr. Gregorio Cassabó es en el Capítulo Provincial de Manresa de 1345: es asignado al convento de Gerona, como segundo Lector de teología a las órdenes del Lector principal, Fray Francisco Llobet. Hay que tener presente que hay en las expresadas Actas un vacío de trece años, o sea, de 1332 al 1344 inclusive, esto es, el tiempo del estudiantado de Fr. Gregorio. En el Capítulo de Tarragona de 1347 es enviado a perfeccionar sus estudios de teología, juntamente con Fr. Marcos de Castanyet, al Estudio General de la Orden en Bolonia. Dos años debió permanecer en Italia, y en el Capítulo de Pamplona de 1350 es destinado al convento de Tarragona como Lector de teología. Al año siguiente (Capítulo de Balaguer) va de Lector de la misma asignatura a su convento de Valencia; el otro año le asignan las Actas del Capítulo de Calatayud al convento de Játiva con el mismo cargo; aquí debió permanecer unos tres años. En el Capítulo de 1353, celebrado preci-

(35) Obra citada, 75.

samente en Játiva, presidido por el que entonces era Provincial y, algunos años más tarde, cardenal Fr. Nicolás Rossell, es nombrado Fray Gregorio Predicador general, lo que demuestra que, además de Lector de teología, era notable predicador. Juntamente con Fray Caçabó recibieron el título otros ocho más. Por tratarse de religiosos de gran prestigio pláceme copiar todo el párrafo tomado directamente del códice césar-agustiano más arriba mencionado, dice así: «*Facimus Praedicatores Generales, loco quorumdam mortuorum et multorum etiam qui propter antiquitatem sequi non possunt Capítula prout decet: Fratres, Arnaldum Simonis, Beregarium Amenós. Petrum Saplana, Petrum Sarroni, Gregorium Cassaboni et Nicolaum Eymerichi* [por la nación catalana]; *Fr. Petrum Sancii* [por la aragonesa]; *Fr. Exemenem Salvaterra et Sancium de Salvaterra*» [por la nación navarra]. Como Fr. Gregorio Cassabó y el sabio escritor, polemista y famoso Inquisidor, Fr. Nicolás Eymeridi, son los últimos de la lista de la nación catalana, es indudable que eran los dos más jóvenes: Fr. Eymerichi tendría entonces unos treinta y cinco años y nuestro Fr. Cassabó unos cuarenta (36). En 1354 (Capítulo de Lérida) es asignado a su convento de Valencia sin cargo de Lector; el año siguiente, 1355 (Pamplona), va de profesor de teología al convento de Calatayud. No volvemos a saber nada más de él hasta el 20 de octubre de 1357, en que fué nombrado obispo de Marruecos por el Papa Inocencio VI. Durante unos quince o dieciséis años ejerció su celo pastoral en el Continente africano; más no podían ser porque sabemos por el historiador Diago que no murió en Africa, sino en su convento de Valencia, en donde residía dos años antes de su fallecimiento. He aquí cómo se expresa el citado historiador al tratar de los religiosos ilustres que tuvo el Convento de Predicadores de Valencia en el siglo XIV: «En este propio año [1373] vivía don Fray Gregorio, obispo de Marruecos,

(36) Fr. Arnaldo Simó, del convento de Gerona o de Tarragona, fué notabilísimo Lector de Teología, obispo de Ottana (Cerdeña) y traductor al idioma catalán de la de Justino *Liber omnium historiarum* (RUBIO, *Documents*, II, 148). Fr. Pedro de Saplana, del convento de Tarragona, es el conocido traductor al catalán de los Comentarios de Santo Tomás al Boecio; hizo esta versión, la primera en España, hacia la mitad del siglo XIV; unos años más tarde, otro dominico, Fr. Antonio Ginebreda, elocuente predicador y Lector de la Catedral de Barcelona, corrigiendo algo el estilo, hizo una segunda edición de esta obra. La versión castellana de Sevilla de 1511 es una traducción literal de la de Fr. Antonio Ginebreda.

que había sido muy querido del Cardenal don Fray Nicolás Rossell. El qual por eso quando testó en Aviñón el año de mil y trescientos y sesenta y dos, le dexó parte de sus ropas y lo hizo executor del testamento en compañía de tres Cardenales y un obispo, como se vió en el capítulo veintytrés del primer libro. Murio don Fray Gregorio cerca del año mil y trescientos y setenta y cinco, y fué enterrado en la Capilla mayor de la Iglesia al pie de las gradas del altar, como lo he visto en un instrumento público del Archivo del Convento» (37).

Como se desprende del citado capítulo XXII, Fr. Gregorio estaba en Aviñón a 12 de marzo de 1362. No sería precisamente para asuntos del testamento del cardenal Rossell, sino a consultar con el Papa acerca de las misiones de Africa; y estando en la ciudad papal del Ródano fué cuando se sintió gravemente enfermo dicho cardenal. «Hallóse presente, dice el citado historiador (38) (cuando la muerte del cardenal) don Fray Gregorio, hijo de Predicadores de Valencia, obispo de Marruecos.» Dice además que el original de dicho testamento lo vió él en el Archivo de los Dominicos de Montesión, de Barcelona. Creo que el motivo de firmar el obispo Caçabó en el testamento del cardenal Rossell y de ser el ejecutor de su última voluntad no fué precisamente, como afirma Diago, el afecto que le tenía dicho cardenal, sino la coincidencia de hallarse Fray Gregorio en Aviñón cuando la muerte de dicho purpurado. Al morir Fr. Gregorio en 1375, como ya dijimos, le sucedió en el cargo otro dominico de su misma Provincia.

Da como supuesto el P. Atanasio López que nuestro Fr. Gregorio no pasó al Africa, sino que fué solamente obispo titular de Marruecos y auxiliar del arzobispo de Sevilla, y lo que es más, que desde entonces ya no hubo obispos residenciales de Africa o Marruecos, sino que todos los que le siguieron fueron únicamente titulares hasta el siglo XVII. Con todos los respetos debidos a tan ilustre historiador creemos que no está en lo cierto, pues hasta los mismos documentos publicados por él en su obra tantas veces citada lo contradicen. Que los obispos de Marruecos, muy entrado ya el siglo XV, fueran sólo titulares y residieran en Sevilla como

(37) DIAGO, *Historia*, f. 164.
(38) DIAGO, *Historia*, f. 46.

obispos auxiliares de aquella archidiócesis, tratándose de obispos naturales de Castilla, parece que no puede dudarse; en época más próxima no cabe duda ninguna. Con respecto a los obispos súbditos de la Corona de Aragón creo que, por lo menos hasta el tiempo de los Reyes Católicos, no podrá hallarse ni uno. Que algunos otros autores afirmen lo mismo, nada es de extrañar, dado el desconocimiento y confusión que había sobre las misiones africanas hasta que empezó a dar luz sobre ellas el P. Eubel al mostrarnos una serie de obispos de aquella región hasta la fecha desconocidos. Si los obispos de Marruecos desde Fr. Gregorio eran sólo titulares y residían habitualmente en Sevilla, ¿por qué sesenta años más tarde el Papa Martín V en la Bula «*Sinceræ devotionis*» (39), que cita el mismo P. Atanasio, se lamenta vivamente de la actitud del obispo de Marruecos, Fr. Pedro de San Cipriano o de Sant Cabriá, pues parece que era catalán, el cual después de residir durante algunos años en su diócesis se retiró sin pedirle el consentimiento? No eran sólo los Papas quienes mostraban gran interés y exigían la residencia de los obispos en Marruecos, eran también los reyes de Aragón por la gran cantidad de intereses de orden espiritual y temporal que allí se ventilaban. Casos como el de Jaime II, que en el año 1323 recomendaba al obispo Fr. Francisco de Relat a su paisano Romeu de Corbera para que lo presentara al Sultán de Fez, como embajador suyo, no es único, ni mucho menos. Los cristianos del Norte de Africa, tanto los indígenas como los naturales de la Corona de Aragón, que no eran pocos en el siglo XIV, reclamaban la presencia de su Pastor y padre espiritual, el obispo de Marruecos. Con respecto a la residencia de Fr. Gregorio en Marruecos no se puede poner en duda después del documento que publicó Giménez Soler en su obra (36), hallado en el Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona (37). Es una carta del rey D. Pedro el Ceremonioso al Sultán de Marruecos D. Abuger Abdelazis recomendándole a Fr. Gregorio, del 16 de septiembre de 1371, es decir, con ocasión de uno de los varios viajes que hizo a la corte pontificia de Aviñón el obispo de Marruecos. La carta,

---

(39) *Bullarium Franciscanum*, VII.
(40) *La Corona de Aragón*, 389.
(41) Reg. 1.389, f. 88v.

escrita en vulgar aragonés, dice así: «Como el honrado padre (en) Xpro. Fr. Gregorio vispe de Marruecos se vaya por a su vispado e deva fablar con vos de algunas cosas... e nos hayamos afección al dito vispe como aquel que es de nuestro consello e familiar.» Más claro, agua. Lo gracioso del caso es que el P. López conocía, por lo menos de referencia, dicha carta, y con la obsesión que tenía de Sevilla, la interpreta de esta manera tan caprichosa: «No se refiere aquí, dice, que Fr. Gregorio fuese al Africa, sino probablemente, a Sevilla donde solían residir los obispos de Marruecos.» ¿Es que también el Sultán de Marruecos residía en Sevilla? «Aliquando bonus dormitat Homerus.»

Fr. Arnaldo Sartedol (Fr. Arnaldus Sartedol). Así le apellidan los documentos pontificios que publican Eubel y el P. López; sin embargo, en las Actas de los Capítulos Provinciales de su Provincia de Aragón aparece con tres grafías: Sartedol, Sarcedol y, una sola vez, Sarcedal. Con las dos primeras grafías, que pronunciadas con fonética catalana se diferencian poco, se encuentra este apellido, aunque no muy corriente, en documentos catalanes de la época. Fray Arnaldo Sartedol, obispo de Marruecos, está plenamente identificado, no sólo por las Actas de los Capítulos, sino por los documentos reales de la Corona de Aragón. La primera vez que hallamos su nombre es en las Actas del Capítulo Prov. de Tarragona: era Fr. Arnaldo estudiante en dicho convento, que seguramente era el suyo. Parece que continuó allí hasta el mes de septiembre de 1351, en que asignado por el Capítulo de Balaguer, de este mismo año, al «Studium Naturarum» de Mallorca; al año siguiente al «Studium Naturarum» de Lérida. En 1353 (Capítulo de Játiva), concluídos los cinco cursos de Lógica y dos de Filosofía, según costumbre de la época, fué destinado de Lector de Gramática al convento de la Seo de Urgel. El siguiente año (Capítulo de Lérida) fué asignado al convento de Játiva como Lector de Lógica, en donde permaneció dos años enseñando dicha asignatura; allí tuvo, entre otros discípulos, al famoso Fr. Juan Monsó (Fr. Joannes de Mortessono), que años más tarde fué Maestro en Teología por la Universidad de París, teólogo muy discutido, hábil polemista y notable escritor tanto en lengua vulgar como en la latina. En 1357 (Capítulo de Lérida) le vemos de sublector en Seo de Urgel a las

órdenes del Lector principal Fr. Simó de Aguilar; al año siguiente (Capítulo de la Seo de Urgel) es asignado al Convento de Mallorca en calidad de Lector de Teología. Faltan varias Actas. En 1365 (Capítulo de Estella), va asignado al Convento de San Mateo; en 1368 (Capítulo de Tarragona) enseñó Teología en su propio Convento de Tarragona. En el Capítulo de Valencia de 1370 figura también su nombre en las Actas: le destinaron los Capitulares a enseñar Teología en el Convento de Castellón de Ampurias (Gerona). Es probable que por entonces se trasladara a las misiones de Africa; tendría, más o menos, cuarenta años. Poco después de morir su antecesor, Fr. Gregorio Cassabó, el 4 de julio de 1375, fué creado Fray Arnaldo obispo de Marruecos por el Papa Gregorio XI. Es indudable que nuestro Fr. Arnaldo sabía el árabe, como otros muchos dominicos y franciscanos de la Corona de Aragón durante la Edad Media, y que residió en Marruecos hasta 1380, fecha de su muerte. El mismo P. López, en su obra (pág. 84), da cuenta de un documento que prueba, indirectamente, que el obispo Fr. Arnaldo residía en Marruecos, dice así: «En el mismo año quinto del pontificado de Gregorio XI concedió este Papa indulgencia plenaria «in articulo mortis» al obispo de Marruecos, Fr. Arnaldo, a cuatro religiosos de la Orden de Predicadores, al Arcediano de Fez, al Deán y Chantre de la misma iglesia y a otros muchos seglares de dicha diócesis.» ¿A qué venía el pedir el obispo de Marruecos indulgencia plenaria para cuatro dominicos si no hubieran estado con él en aquella diócesis, como los demás personajes mencionados en el documento? Pero sobre todo la carta del rey D. Pedro el Ceremonioso recomendando al sucesor de Fr. Arnaldo, otro dominico catalán, Fr. Bernardo de Palou o Palol a los cristianos de Africa, que publicamos más abajo, no puede ser más clara y terminante sobre este particular.

Fr. Bernardo de Palol (Fr. Bernardus de Palaciolo). Vacante el obispado de Marruecos por muerte de Fr. Arnaldo Sartedol, en el año 1380, los Jurados de la ciudad de Valencia se apresuraron a escribir al rey D. Pedro proponiéndole para la sede de Marruecos al dominico valenciano Fr. Bartolomé Gassó o Gaçó, religioso de gran prestigio en Valencia y toda la Corona de Aragón; Lector de Teología en muchos conventos y en la Catedral de Tortosa, Maestro

en sagrada Teología, etc. (42). El rey D. Pedro de Aragón, como buen diplomático, no se precipitó, y tal vez consultó antes la voluntad de los cristianos de Marruecos, especialmente con el Cabildo catedral de Fez, cuya intervención en la designación de algunos prelados anteriores, como Fr. Francisco de Relat y Fr. Juan Ferrán, parece innegable, según el P. López. El resultado fué que a petición del expresado rey la Santa Sede nombró a Fr. Bernardo de Palol, que no gozaba del prestigio literario de Fr. Bartolomé Gassó ni de otros muchos que entonces había en la Provincia dominicana de Aragón.

En dos documentos catalanes de la época que hacen referencia a nuestro Fr. Bernardo, uno le denomina «de Palou» y el otro «de Palol»; los dos significan exactamente lo mismo: son versiones del «Palatiolum» latino. «Frare Bernat de Palol» le llama el rey D. Pedro en la carta ya citada recomendándole a los cristianos de Africa. Es probable que sea natural de alguno de los lugares Palol que hay cerca de Gerona o de la comarca de Lérida. En las Actas del Capítulo Provincial de 1350 (Pamplona) Fr. Bernardo es nombrado Lector de Gramática en el convento de Barcelona; al año siguiente, Capítulo de Balaguer, consta que enseñaba la misma asignatura en el convento de Lérida. Como en este tiempo los Lectores de Gramática eran estudiantes que acababan de cursar Lógica y Filosofía, le podremos calcular unos cincuenta años en 1380, cuando fué nombrado obispo de Marruecos. En 1352 (Capítulo de Calatayud) es asignado al convento de Lérida para estudiar Teología, teniendo como profesores a Fr. Ferrer de Corts, religioso de prestigio de dicho convento, y a Fr. Pedro Amorós; al siguiente año es asignado al convento de Balaguer para continuar dicha asignatura. En el Capítulo de la Seo de Urgel, de 1358, fué asignado al convento de Mallorca, ya sacerdote; es probable que allí aprendiera el árabe, pues tanto este convento como el de Valencia tenían tradición arabesca por haber sido desde un principio centros de apostolado para la conversión de los moros del país: basta recordar, entre otros

(42) Acerca de la carrera literaria de Fr. Bartolomé Gassó (Gassoni o Gaçoni en los documentos latinos), véase *Acta Cap. Prov.*, tantas veces citadas: Fr. Pedro de Arenys, O. P., *Crónica latina*, en: *Monumenta Fratrum Praedicatorum Historica*, VII, fasciculus I: Diago, *Historia*, y Rubio, *Documents* (en varios lugares de las referidas obras).

nombres gloriosos, los del Beato mallorquín Fr. Miguel de Benátar, de sangre árabe y apóstol de los suyos después de la conquista de la Isla; a los valencianos Fr. Juan de Puigventós, apóstol de los moros del país y profesor de árabe en su convento, y a San Vicente Ferrer, el cual consiguió la conversión de gran número de sarracenos.

En 1363 (Capítulo de Zaragoza) es asignado al convento de Cervera. Como su nombre no vuelve a aparecer más en las Actas Capitulares, creemos que por este tiempo embarcó para el Africa en calidad de misionero; esto y su larga experiencia en aquel país movió al Papa a nombrarle obispo de Marruecos, a petición del rey D. Pedro el Ceremonioso. Como la carta de este rey a los cristianos de Tremecén da no poca luz sobre las misiones africanas, vamos a comentarla brevemente. Dicho documento real fué hallado por el profesor Rubió y Lluch y publicado en su obra (43). Como la gran mayoría de los documentos reales de aquel tiempo, está escrito en catalán, y fechado en Zaragoza el 30 de octubre de 1381. La carta va dirigida a los cristianos naturales de la Corona de Aragón residentes en el reino y tierras del rey Benamán (44), alcaydes, mercaderes, etc., y a todos los cristianos de cualquier condición y nación que sean. En el cuerpo dice así: «En Pere rey etc... Com lo Pare Sant, a suplicació nostra, haía provehit al religiós frare Bernat de Palol, de l'Orde dels Predicadors, natural nostre, del bisbat de Marroch, lo qual vagava per mort de frare Arnau (Arnaldo Sartedol) qui aquel obtenía [usufructuaba] preguem vos affectuosament que lo dit frare Bernat de Palol, lo qual va aquí [el cual va ahí] per aquesta raó reebets liberalment [lo recibáis liberalmente] e haiats denan tots altre en vostre bisbe e pastor» [y le tengáis en toda ocasión por vuestro obispo y pastor], y continúa: «haciendo esto cumpliréis con vuestro deber y a mí prestaréis agradable servicio, porque dicho fraile es persona por quien seréis bien servidos y gobernados en lo espiritual (de que vosaltres serets ben regits) y de otra suerte no sería bien atendido el gobierno de vuestro obispado. *Dominus rex mandavit mihi Bartholomeo Sirvent.*»

---

(43) *Documents*, II, 344. Reg. 1331, f. 77v, del Archivo de la Corona de Aragón.

(44) Según MERCIER (*Histoire de l'Afrique Septentrionale*, II 344) y Rubió i Lluch (*Documents*), el rey Benamán sería el Emir de Tremecén.

La presente carta debió de mandarla el rey D. Pedro a los cristianos de Tremecén por medio de algunos mercaderes que iban con frecuencia al Norte de Africa. Seguramente que no es el único documento real enviado con este motivo. El reino o emirato semiindependiente de Benamán estaba incluído dentro del inmenso territorio del obispado de Marruecos; es natural que Fr. Bernardo, después de visitar como obispo el Marruecos propiamente tal, quisiera también hacer la visita a otras provincias y territorios de su obispado; para esto le era muy útil una recomendación del monarca aragonés, el cual, de hecho, como sus antecesores, ejercía el protectorado sobre los cristianos del Africa del Norte, primero sobre Túnez solamente y después sobre Marruecos.

Algo más de un año duró el pontificado de Fr. Bernardo, pues en la primera mitad de 1382 le sorprendió la muerte. El P. Eubel, en su «*Hierarquía*» no menciona a este obispo.

Tampoco hace mención de *Fr. Juan*, sucesor inmediato de Fr. Bernardo de Palol, el cual fué obispo sólo unos meses. Como se ignora el apellido de Fr. Juan, es muy difícil poderlo identificar. Es probable que fuera también dominico y misionero como su antecesor. El P. López, en su obra tantas veces citada (pág. 86), dice que en la Bula de la elección del sucesor se expresa que murió antes del mes de junio de 1382. A éste le sucedió Fr. Juan Didaci, franciscano, que no está plenamente identificado, como otros varios obispos de Marruecos pertenecientes a la expresada Orden durante la Edad Media. Supone el P. López que se trata del P. Juan Díaz de Haro. En este caso se trataría de un súbdito del rey de Castilla, como seguramente lo fué el sucesor de Fr. Juan Díaz, 1282-1389, Fr. Pedro de Azcaray, también de la Orden franciscana. Esto demuestra que a fines del siglo XIV empezaron a alternar en el obispado de Marruecos súbditos de los dos Estados, de Aragón y Castilla.

El franciscano Fr. Pedro de Azcaray gobernó la diócesis de Marruecos desde 1389 al 1409.

Fr. Juan Roiç de Corella, O. P. (Fr. Joannes Ruderici). Durante el gobierno de Fr. Pedro de Azcaray debió de correr el rumor de su muerte, renuncia o traslado a otra diócesis, porque el 22 de octubre de 1393 el rey D. Juan de Aragón, siempre atento a seguir

la política de su padre y de sus antepasados en el trono, escribía al Papa Benedicto XIII proponiéndole para la sede de Marruecos al dominico valenciano Fr. Juan Roiç de Corella, hijo de hábito de Predicadores de aquella ciudad y pariente próximo del conocido literato Roiç de Corella. La carta real, procedente del Archivo de la Corona de Aragón, la publicó el ya citado investigador Rubió y Lluch en su obra (41). En ella D. Juan I le llama: «religiosum et dilectum nostrum Johannem Ruderici de Corella, Ordinis Praedicatorum, oriundum nostrae civitatis Valentiae et de nobili genere procreatum cui litterarum scientia, vitae ac morum honestas et multa alia virtutum merita sufraguntur et qui diversa officia», etc.

En aquel mismo año había recibido el grado de Maestro en Teología en la Universidad de París.

Unos años después, el 27 de enero de 1410, le nombró Benedicto XIII obispo de Sulcis (46).

La Santa Sede continuó confiando a la Orden franciscana el gobierno de la diócesis marroquí hasta fines del siglo XV, en que fueron nombrados para dicho obispado otros dos dominicos: Fr Pedro de Montemolín y Fr. Martín Cabeza de Vaca. Digo fueron nombrados, porque desde mitad de siglo, por lo menos, que los obispos de Marruecos eran sólo titulares. No parece que ninguno de estos dos dominicos fuera de la Provincia de Aragón.

IV

Visitadores y Legados Apostólicos de la Orden de Predicadores en Africa

Hay una carta del rey D. Jaime II al Miramolín de Túnez, fechada en Nápoles el 8 de junio de 1299 (47). El monarca aragonés recomienda al rey de Túnez, Abdalla, a Fr. Sancho de Boleya, «de Ordine Praedicatum» para que lo reciba benignamente, ya que va a su país «ad visitandum et consolandum Christicolas apud Tunicium

(45) *Documents*, I, 378.
(46) Eubel, *Hierrarquia*, I, 469.
(47) Finke, *Acta Aragonensia*, II, 743.

commorantes». Fr. Sancho de Boleya, del convento de Valencia y alumno de las Escuelas Orientales era portador de la carta, «latore praesencium, devoto nostro». Fr. Sancho de Boleya era visitador y Legado de la Santa Sede (48). No dudamos que por entonces había dominicos de la Corona de Aragón en el reino de Túnez.

Fr. Sancho no fué visitador apostólico, como lo eran ciertamente Fr. Ponce Rodrigo o Roiç (Ruderici) y el catalán Fr. Arnaldo Gonzelm (Gaucelmi), los cuales algunos años más tarde, recomendados «per nobilem et reverendum jacobum de Aragonia» (Jaime II) fueron al Africa como «legati apostolica sede autoritate Santissimi Papae» (44). Estos dos dominicos figuran como estudiantes en las Actas Capitulares de su Provincia a principios del siglo XIV.

Como dato de verdadero interés referente a la Vicaría General misionera de Africa, de que hemos hecho mención más arriba, quiero recordar lo que se determinó en el Capítulo general de la Orden de Predicadores celebrado en Barcelona el año 1349 (50). En él se autoriza a los Provinciales para que puedan asignar por sí mismos cuatro religiosos voluntarios, hábiles y bien preparados, a la Compañía de los «Peregrinantes pro Christo in *Perside et Africa*». Esta Compañía, famosa en los anales misioneros de la Orden, llevaba ya más de un siglo de existencia (51). Por lo que se determinó en este Capítulo, se deduce que la Vicaría general misionera de Africa había ya desaparecido para fusionarse con los «Peregrinantes». Esto sucedía a raíz de la famosa «peste negra» que desoló a Europa y parte del mundo antiguo. Era natural que se tratara entonces de reorganizar las misiones de Africa y de todo el Oriente. La primera noticia que hemos podido conseguir referente a la existencia de la Vicaría de Africa es la Bula «*Omnipotens Dominus*» del Papa Clemente V del primero de agosto de 1310, nombrando obispo de Marruecos a Fr. Pedro, como ya hemos visto; dicha Bula va dirigida al «Vicario generali Magistri Ordinis Praedicatorum in Africa». Por ahí se ve la importancia que daba el Papa a esta Vicaría misionera

(48) *Bullarium Ordinis Praedicatorum*, II, 76.

(49) FINKE, *Acta Aragonensia*, III, 513.

(50) *Acta Capitulorum Generalium O. P. ab anno 1304 ad annum 1381*, en: *Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum Historica*, V, Roma 1899.

(51) Trata de los Peregrinantes pro Christo el P. Mortier en su *Histoire* en muchos lugares de los tomos I y II.

dominicana. Sabemos que entonces tenía el cargo de Vicario Fr. Pedro Escarramat, profesor del «Studium linguarum» de Játiva en 1303. Muy luego debió de partir Fr. Pedro para Africa, probablemente con el cargo de Vicario, por cuanto al año siguiente (Capítulo de Pamplona) Fr. Pedro de Mora estaba ya en su lugar.

Tres son los objetivos principales que nos hemos propuesto al escribir el presente trabajo: primero, tratar de identificar, particularmente, los obispos dominicanos de Marruecos durante el siglo XIV, los cuales, a pesar de la meritísima labor histórica de los Minoristas, Eubel y Atanasio López, sus figuras quedaban todavía en la penumbra; segundo, aportar algo más de luz sobre las importantísimas misiones de Africa, las cuales, según el plan y la mente de San Raymundo, no hay que desglosar de las otras misiones a los sarracenos del Sur de la Península, y tercero, hacer resaltar, es de justicia, el gran impulso dado por este Santo a la obra de la conversión de los sarracenos, tanto de Africa como de España.

Fiel en todo momento San Raymundo a la vocación misionera que había recibido de lo alto por medio de la revelación o visión que tuvo poco después de haber tomado el hábito en Barcelona (52), según el autor de la «Vetus Vita», que pudo haber conocido personalmente al Santo, y otros testimonios coetáneos, puso a contribución para la ejecución de su vasto plan todo su talento, larga experiencia, relaciones y enorme influencia que consiguió en el desempeño de sus cargos, tanto fuera como dentro de la Orden de Predicadores. No son tan sólo los cronistas, desde Fr. Gerardo de Frachet, quien escribía en París su crónica veinte años antes de la muerte de nuestro Santo, son también los Capítulos generales y, sobre todo, los Concilios Provinciales de Tarragona, quienes dan elocuente testimonio de la inmensa labor misionera de San Raymundo. He aquí cómo se expresan los PP. del Concilio de 1279 pidiendo al Papa la canonización de nuestro Santo, sólo cuatro años después de su uuerte: «Sed nec omnino silere devotio patitud quantum et quomodo zelo fidei succensus ad genera linguarum, ut addicerentur

(52) «Et super hoc sibi quaedam visio mirabilis est divinitus ostensa, in qua sibi a Domino revelatum est quod per fratres Ordinis Praedicatorum deberet inter gentes infideles multorum conversio ad fidem catholicam procurari» (*Raymundiana*, fasciculus I, 32).

a fratribus sui ordinis studium impenderet, et conatum diligentiae quidem eius pia mediante solicitudine divulgatum et praedicatum est nomen Christi, fidesque eius ex multorum conversione amplioribus dilatata profectibus. Nuntiata est etiam usque ad barbaros infidelium nationes» (53). Estas bárbaras naciones eran las del Africa. ¿Para qué seguir recordando los elogios que de la labor misional de San Raymundo hacen los cronistas de los siglos XIII y XIV, como Fr. Pedro Marsili y el autor anónimo de la «*Vetus Vita*», obra ésta muy probablemente de Fr. Arnaldo Burget, del convento de Barcelona, religioso insigne, dos veces Provincial de su Provincia y autor del proceso de canonización de nuestro Santo por encargo de un Capítulo general de la Orden y del Concilio Provincial de Tarragona de 1317? Desgraciadamente, la aureola misional de nuestro Santo se fué achicando tanto con el tiempo que a fines del siglo XVI no quedaba más que un vago recuerdo.

Que los cronistas medievales no hablaban sin fundamento lo confirman las palabras del propio San Raymundo en una carta al Maestro general, Fr. Juan el Teutónico, de que ya hemos hecho mención, dándole cuenta del buen éxito producido por la predicación misional, tanto en Africa como en España: «apud quos, le dice, et maxime potentiores et etiam apud ipsum Miramolinum sive regem Tunicii, tantam contulit eis Dei gratiam et favorem, ultra quam ad presens expediet scribere. Et etiam multi ex eis, maxime apud Murciam tam in oculto quam in manifesto sunt conversi ad fidem». Unos diez años más tarde (1256), el sucesor de Fr. Juan el Teutónico en el generalato de la Orden de Predicadores, Fr. Humberto de Románs, haciéndose eco de una carta recibida por nuestro Santo, decía en una de sus «Cartas Encíclicas» (54) que el número de los sarracenos convertidos por los misioneros de la Orden de Predicadores en España y Africa pasaba de diez mil. Es probable que esta cantidad de conversiones sólo se refiera al tiempo en que intervino el Santo en el asunto de las misiones, o sea, desde 1225.

---

(53) Fr. Francisco Diago, O. P., *Historia del B. Cathalán Barcelonés San Raymundo de Peñafort*, Barcelona 1601 (Apéndice).

(54) *Litterae Encyclicae Magistrorum Generalium O. P. sec. XIII et XIV*, 39ss (Apéndice a los vols. III y VI de *Monumenta Fratrum Ordinis Praedicatorum Historica*).

En este mismo sentido hay que entender las palabras del autor de la «*Vetus Vita*», quien la escribía en el convento de Barcelona, en donde existían todavía tantísimos religiosos que habían conocido y tratado a San Raymundo: «Nom plures quam decem millia Sarracenorum a Fratribus eis praedicantibus sunt conversi» (55).

Muchos timbres de gloria tiene ciertamente San Raymundo de Peñafort, pero no había por qué dejar arrinconado y en la oscuridad éste del apostolado a favor de los musulmanes que tanta gloria le habrá dado ante Dios Nuestro Señor.

FR. JOSÉ MARÍA COLL, O. P.

(55) *Raymundiana*, fasc. I, 32.

Avances portugueses y misiones españolas en la América del Sur

A España le cupo en suerte, por el correr de los sucesos, acometer la conquista de América del Sur, desde las Antillas y Panamá por el Pacífico, y topó con el imperio de los Incas y los minerales de Porco y Potosí que la engolosinaron por muchos años, y sobre todo con la cordillera de los Andes que se le opuso como barrera infranqueable: la dificultad de pasar desde el Perú o Quito a las llanuras amazónicas era tal, que hacía prácticamente imposible todo empeño de acción colonizadora. Solamente los misioneros, con la abnegación y constancia que da el cristianismo, pudieron establecer vida cristiana y civilizada en los territorios orientales de los grandes virreinatos y Audiencias: a la cabeza, como heraldos del Evangelio en la selva tropical, fueron los jesuítas, que establecieron florecientes Misiones en los llanos de Casanare y Meta y en el río Orinoco, pertenecientes al virreinato del Nuevo Reino de Granada; en la madeja enmarañada de afluentes del alto y medio Amazonas hasta el río Negro, dependientes de la Audiencia de Quito; las de Mojos y Chiquitos en territorio de la Audiencia de Charcas, y las más célebres de todas, las del Paraguay, en el río de la Plata.

A los portugueses, por el contrario, les era infinitamente más fácil penetrar en el interior del continente usando las vías naturales de penetración, que son el río Amazonas y sus afluentes, todos navegables; y dada la extensión de las tierras y su despoblación, podían introducirse y fundar establecimientos en territorios de derecho castellanos, pero de hecho desocupados por su dueño, sin que

durante muchos años se tuviese la menor noticia de ello en las ciudades españolas. Así se formó el Brasil, cuyos estados y provincias, en más de la mitad de su extensión, quedan al occidente de la línea de demarcación de Tordesillas.

Las cosas se trabaron, pues, de suerte que Misiones españolas y avances portugueses viniesen a estar casi siempre frente a frente como enemigos jurados. Era natural, los únicos vigías de los linderos de España en América eran las Misiones, los adelantados de sus fronteras, los ejércitos de indios cristianos alentados por sus misioneros y guiados por jefes españoles. La guerra a muerte tuvo su final en el tratado de límites de 1750, en que España, gracias a sus Misiones, pudo salvar extensas regiones, orientadas hacia la vertiente del Atlántico, si bien las Misiones sufrieron un zarpazo sangriento y doloroso con la entrega a Portugal de los siete pueblos del Uruguay. La lucha y forcejeo entre Misiones y portugueses es la que pretendemos ilustrar, como antecedente necesario del mencionado tratado de límites de 1750.

I. Heraldos de la fe en la selva americana

1. Misiones de jesuítas en el Orinoco y alto Amazonas.—2. Misiones de Mojos y Chiquitos.—3. Reducciones del Paraguay.

1. El ilustre y fogoso misionero jesuíta del Paraguay, José Cardiel, podía escribir el año 1760, que «todas las religiones juntas de América, unidas con los clérigos, no tenían tantas Misiones como solos los jesuítas» (1). Pero dejando aparte las numerosas y florecientes del virreinato de Nueva España, y otras del Perú, como las de Juli, o las de los franciscanos en Sucumbíos, los Andes o en el Beni, las de Chile, y las importantes de Tucumán y Buenos Aires a las entradas del Chaco, o entre los indios pampas, recorreremos solamente las que tuvieron que ver con los avances portugueses, ya sea curso arriba del Amazonas, ya en incursiones por el sur hacia el río de la Plata. Todas ellas fueron fundadas y sostenidas por misioneros jesuítas.

---

(1) *Noticia de las ruidosas novedades de estas partes,* dirigida a un Ilmo. Señor, 118 (*Archivo Histórico Nacional* de Madrid, leg. 120 j. Atado tercero.)

En las tierras conquistadas por Jiménez de Quesada, a que dió el nombre de Nuevc Reino de Granada, en memoria del lugar de su nacimiento, fundó la Compañía de Jesús las Misiones del río Orinoco en la actual república de Venezuela, y las de los Llanos de los ríos Meta y Casanare, sus afluentes, en Colombia, todas dependientes de la provincia jesuítica llamada de Santa Fe o del Nuevo Reino. Fueron nombradas en un principio de los Llanos; el nombre de Orinoco, que las comprendió a todas, lo generalizó el P. José Gumilla en su pintoresco libro *El Orinoco Ilustrado,* publicado el año 1741, cuando estaba en Madrid por procurador de dichas Misiones. Comenzaron el año 1625 en que el arzobispo de Santa Fe de Bogotá, Fernando Arias de Ugarte, confió a los jesuítas los cuatro curatos de Pauto, Amara, Chita y Morocote; pero poco después el siguiente arzobispo, Sr. Cortázar, por emulación del clero secular, las quitó a la Compañía. El año 1659 el insigne provincial, Hernando Cavero, las volvió a emprender, enviando varios misioneros, entre los que descollaron Alonso de Neira y Antonio de Monteverde, que en breve tiempo lograron fundar nueve pueblos en el curso superior del Orinoco, entre los ríos Casanare y Meta, los cuales en su mayor parte perduraron (2). Desde estos pueblos iniciaron los jesuítas la exploración de la parte inferior del Orinoco, con miras a establecer comunicaciones fáciles por vía marítima, mediante el fuerte o presidio español que existía cerca de su desembocadura, empresa que realizaron los Padres Ignacio Fiol y Julián de Vergara con el mencionado Alonso de Neira, y consiguieron establecer siete poblaciones indígenas; pero una sublevación de los caribes, que dió la muerte a cuatro misioneros en los años 1684 y 1691, paralizó por entonces la expansión evangélica. Los días de mayor florecimiento los dió a estas Misiones el P. José Gumilla, natural de Cárcer, obispado de Orihuela, junto con el P. Juan Rivero, historiador también de ellas. Gumilla, por los años 1718 a 1722, fundó cinco nuevos pueblos en los Lla-

(2) ANTONIO ASTRAIN, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España,* VI, Madrid 1920, 652, donde pueden verse los nombres de los pueblos: JOSÉ GUMILLA, S. J., *El Orinoco Ilustrado...* Madrid, Colección *España Misionera,* sin año; mapa de la portada: DANIEL RESTREPO, S. J., *La Compañía de Jesús en Colombia,* Bogotá 1940: MANUEL AGUIRRE, S. J., *La Compañía de Jesús en Venezuela,* Caracas 1941, 6 ss.

nos, que contaban con una población de 5.931 indios cristianos, y nombrado superior de las Misiones, restauró las del bajo Orinoco, estableciendo cuatro pueblos, que tenían 1.316 habitantes, en su mayor parte catecúmenos. Desde aquí, navegando por el notable brazo de Casiquiare que une ambas cuencas del Orinoco y Amazonas, y fué descubierto por los misioneros, llegaron el año 1744 al río Negro, y se toparon con los portugueses que, subiendo de la ciudad de Pará, tenían allí sus factorías, y hallaron juntamente religiosos carmelitas calzados que evangelizaban esa región. Los informes oficiales del P. Manuel Román en 1749 y de la Audiencia de Santa Fe en 1754, nos demuestran que por los años del tratado de límites y antes que fuesen las comisiones demarcadoras que no llegaron a la región del Amazonas hasta 1756, habían alcanzado las Misiones de los Llanos y Orinoco un estado de regular florecimiento: existían en los Llanos nueve pueblos bien fundados con 6.896 habitantes, y en el Orinoco otros seis pueblos con 2.591 habitantes, además de algunos otros pueblos que estaban muy a los comienzos. El número de misioneros jesuítas era 19, y contaban con un presidio de 36 soldados españoles para resguardo de la Misión (3).

Las Misiones del alto Amazonas y sus afluentes se llamaron *Misiones de Mainas*, del nombre de los primeros indios que encontraron los jesuítas cerca de la ciudad española de Borja, situada a la salida del salto y angostura que forma el Marañón, conocido con el nombre de Pongo de Manseriche, y alcanzaron más importancia y nombradía que las del Orinoco. Las comenzaron el año 1637 los PP. Gaspar Cugía y Lucas de la Cueva, y recibieron notable impulso con ocasión del viaje de exploración que realizó por todo el curso del Amazonas hasta la ciudad de Pará en su desembocadura, el P. Cristóbal de Acuña en 1640: en pocos años, hasta 1652, fundaron trece pueblos de indios a lo largo del río y de sus afluentes del sur, Huallaga y Ucayali. Para facilitar las comunicaciones con Quito, de cuya real Audiencia dependían todos esos territorios,

(3) ASTRAIN, S. J., *Historia*, VII, Madrid 1925, 472: AGUIRRE, S. J., ob. cit., 67; con una lista de 25 pueblos fundados en diversas épocas que no todos perseveraron, y pág. 9 un mapa de los 6 pueblos del Orinoco.

y a cuya provincia religiosa pertenecían los misioneros, abrieron los PP. Raimundo de Santacruz y el mencionado Lucas de la Cueva la navegación de los grandes afluentes del norte, Napo y Curaray y el Pastaza, hallando vías más fáciles de penetración por Ríobamba y el último río antes mencionado, en vez de la primitiva por Cuenca, Loja y Jaén de Bracamoros hasta Borja, y sobre todo por el Napo, pasando por Archidona, Baeza y Papallacta, que fué la que prevaleció, y fundaron nueve poblaciones más de indios.

El año 1685 llegó a estas Misiones el P. Samuel Fritz, natural de Bohemia, y extendiendo su acción apostólica más al oriente fundó las Misiones de Omaguas a lo largo del curso medio del Amazonas, entre los ríos Napo y Negro, en una extensión de 400 leguas, y por espacio de treinta años llegó a establecer 38 pueblos, muchos de los cuales estaban en islas del río. Por allí se encontró a los portugueses que subían aguas arriba, y para defender sus Misiones bajó a la ciudad de Pará, donde el gobernador le tuvo preso cerca de dos años, alegando pertenecer esas tierras a Portugal. Puesto al fin en libertad por orden expresa de Lisboa, volvió a sus Misiones de Omaguas, y se dirigió a Lima, donde expuso al virrey del Perú, conde de la Monclova, las tropelías de los portugueses, y obtuvo un presidio de soldados para defensa de la Misión. Pero no pudo evitar, con toda su inmensa actividad en defender los derechos de España, que los portugueses desde 1705 en sucesivas irrupciones arruinasen toda la floreciente cristiandad de los Omaguas, llevándose cautivos muchos indios cristianos y ahuyentando a los demás por las selvas. Un solo pueblo se salvó, San Joaquín de Omaguas, trasladándose más arriba del río Napo.

Desde entonces la Misión de Mainas quedó reducida a sus términos primitivos, dilatándose por espacio de 200 leguas desde el Pongo de Manseriche y Borja hasta el pueblo de San Ignacio de los Pebas, más abajo de la desembocadura del Napo, y 120 leguas a ambos lados del Amazonas por los ríos Ucayali, Huallaga, Napo, Tigre y Pastaza. En 1737 entró a visitar la Misión el P. Andrés de Zárate, y fuera de algunos pueblos incipientes halló 19 bien fundados, cinco en el río Guallaga, el principal de los cuales, Santiago de la Laguna, era residencia ordinaria del superior de la Misión, tres más al oeste en los Jeveros, dos en el río Pastaza, cuatro a lo largo del Marañón, tres en el Napo, sin contar el pueblo antiguo de Archidona y dos más en los Yameos, entre los ríos Tigre

y Napo; los misioneros eran 18 y los indios cristianos diez mil. El año 1745 entró a hacer la visita canónica en nombre del obispo de Quito, Sr. Paredes, a todas las Misiones orientales, Diego de Ríofrío y Peralta, cura de Santa Bárbara de dicha ciudad, y en el informe que envió al Rey se extiende en las de Mainas, que eran las más florecientes, y enumera 41 pueblos de indios con 18 misioneros, 9.970 cristianos y 2.939 catecúmenos. Un informe posterior de 1762 confirma el número de 41 pueblos; los misioneros habían subido a 24 y los indios cristianos a 14.236 (4).

2. *Misiones de Mojos y Chiquitos.*

En los territorios orientales de la actual república de Bolivia tuvieron los antiguos jesuítas otras dos florecientes Misiones, la llamada de Mojos, que dependía de la provincia jesuítica peruana, y la de los Chiquitos, fundada y sostenida por la del Paraguay.

La *Misión de Mojos* ocupaba un extenso territorio en el curso alto de los ríos Mamoré, Itenes o Guaporé y Beni, afluentes del Madeira, y sus pueblos se extendían en forma de cruz formando tres regiones naturales, la central a lo largo del río Mamoré, la de los Baures hacia el oriente y la de las Pampas hacia el poniente hasta el río Beni, y se entró en ellas en un principio desde Santa Cruz de la Sierra, si bien los misioneros hallaron camino más breve desde Cochabamba, y también se podía entrar desde La Paz por Apolobamba. El pueblo central de la Misión donde residía el superior era el de San Pedro. La entrada a esta región tentó mucho a los primitivos jesuítas de Santa Cruz de la Sierra en el siglo XVI, probablemente contagiados por el mito de la que llamaron *gran noticia* del Paititi o Dorado, que como fantasma o duende anduvo peregrinando por diversas partes de la jungla americana; y en la conquista del *Gran Mojo* que emprendió en 1594 el gobernador Lorenzo Suárez de Figueroa, le acompañaron los jesuítas Diego de Samaniego y Jerónimo de Andión, pero con la muerte del gober-

(4) ASTRAIN, *Historia*, V, Madrid 1916, 445ss.; VI, 595ss.; VII, 401ss.: JOSÉ JOUANEN, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito*, I. Quito 1941, 350 ss.; II, Quito 1943, 386.

nador se suspendió la empresa (5), y la Misión de Mojos no se emprendió sino casi un siglo más tarde, el año 1674, por los PP. Pedro Marbán y Cipriano Barace, enviados por el que entonces era visitador de la provincia peruana Hernando Cavero, el mismo que había comenzado años antes las del Orinoco.

El primer pueblo que se fundó fué el de Loreto en 1681, y para 1696 había ya seis pueblos grandes, de unos dos o tres mil neófitos por término medio. En 1702 el mismo P. Barace emprendió la conquista espiritual de los baures, en la que halló la muerte a manos de los salvajes, y su obra la continuó en 1708 el P. Lorenzo Legarda, quien estableció tres pueblos nuevos, mientras en los mobinas de la parte occidental de las Pampas se fundaban otros varios. Hacia 1713 la Misión había adquirido sus contornos definitivos: contaba con 17 pueblos y 30.514 indios cristianos asistidos por 37 misioneros, como lo testifica el obispo de Santa Cruz de la Sierra, Jaime Mimbela, quien entró a hacer la visita pastoral y a confirmar a los indios el año 1712. El año 1716 el procurador Padre Francisco de Rotalde obtuvo que el Consejo de Indias concediese a los misioneros el sínodo o subsidio pecuniario de que hasta entonces habían carecido, costeándose todos los gastos con las limosnas de las ciudades del Perú, y se le asignó a cada misionero la cantidad de 200 pesos anuales. El año 1723 concedió también el Rey a los Mojos el uso de las armas de fuego, que fueron bien menester, pues ese mismo año se presentó en el pueblo de la Exaltación, el más septentrional de todos, una partida de 130 portugueses armados, que subían explorando el Madeira y sus afluentes al mando de Francisco de Melo Palheta. La Misión fué siempre en aumento y alcanzó tal prosperidad, que no vacilamos en colocarla en segundo lugar, después de las del Paraguay, entre todas las de los jesuítas en América del Sur. El año 1750, según informes del virrey del Perú, conde de Superunda, contaba con 21 pueblos y más de 33.000 habitantes, en su mayoría bautizados, al cuidado de 46 misioneros (6).

---

(5) *Anua castellana de la provincia del Perú*, 1595, en: *Academia de la Historia, Sección Jesuítas*, LXXXI: *Historia General de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú*, II, Madrid 1944, 491, 506.

(6) ASTRAIN, *Historia*, VI, 544; VII, 346: P. PASTELLS Y F. MATEOS, S. J., *Historia de la Compañía de Jesus en la provincia del Paraguay*, VI, Madrid 1946, 79-82, 282ss.

Al mismo tiempo casi que la Misión de Mojos tuvo sus principios la *Misión de Chiquitos,* situada al este de Santa Cruz de la Sierra, y enclavada como ella en los términos de su obispado, extendiéndose hasta el río Paraguay y confines del Chaco Boreal. Comenzada por jesuítas peruanos, la pasó el general de la Compañía, Tirso González, muy a los principios, a los cuidados de los de la provincia del Paraguay. El año 1692 fundó el P. José de Arce el pueblo de San Javier, y dos años más tarde, en 1694, se vió visitado por los portugueses, a los que logró ahuyentar el gobernador de Santa Cruz de la Sierra con un ejército mixto de 130 españoles y 300 indios chiquitos auxiliares. A fin de siglo eran ya cinco las reducciones, que se comunicaban con la provincia jesuítica del Paraguay por Santa Cruz de la Sierra, Tarija y Tucumán, pues la comunicación directa aguas arriba del río Paraguay desde la Asunción la hacían muy peligrosa los indios salvajes guaicurús y payaguás. Con la mayor parte de los gastos corrió hasta 1716 el noble caballero de Tucumán Juan José Fernández Campero, marqués del Valle del Tojo, hasta que el Consejo de Indias señaló a los misioneros el sínodo de 200 pesos. El obispo de Santa Cruz de la Sierra, Jaime Mimbela, antes mencionado, visitó la Misión el año 1717 y administró la confirmación a 6.392 neófitos. Dos pueblos se añadieron en 1718 y 1724, y el año 1735 entró de nuevo el obispo, Miguel Bernardino de la Fuente, y confirmó a 7.142 personas; los pueblos, según informa, eran grandes, ninguno bajaba de 3.000 indios y uno pasaba de 4.000. Los años siguientes fueron de sobresalto por la presencia de portugueses, que desde las próximas minas de Cuyaba merodeaban por el territorio oriental de la Misión. El año 1746 se consideró ésta llegada a su madurez, y a insinuación del procurador de la provincia del Paraguay en Madrid, Juan José Rico, entró en ella el oidor de la Audiencia de Charcas, Francisco Javier de Palacios, visitó los pueblos, empadronó los indios y les señaló a cada uno un peso de tributo: los pueblos eran siete, y los indios 14.701, los misioneros que los cuidaban 16. La Misión siguió floreciendo, y en el informe al Rey del provincial P. Manuel Querini de 1750, figura con un censo de 15.649 indios.

Los pueblos crecieron después hasta el número de diez, y los indios hasta unos 22.000 (7).

3. *Reducciones del Paraguay.*

Las Misiones más célebres que tuvo la Compañía de Jesús en las antiguas posesiones españolas fueron las del Paraguay, y también las primeras a que dió principio. Durante veinticinco años anduvieron los jesuítas recorriendo como misioneros las extensas y casi despobladas gobernaciones de Tucumán y Río de la Plata o Paraguay, que entonces era una misma con capital en la Asunción, y muy pocas ciudades españolas: Concepción del Río Bermejo, Ciudad Real del Guayrá, Villarrica del Espíritu Santo y Santiago de Jerez, y los celosos apóstoles Alonso de Barzana, Juan Romero y Juan Saloni, entre otros, tenían bien conocidas las numerosas y pobladísimas naciones de indios guaraníes, todos de una misma lengua, que a partir de la Asunción se extendían en cuatro direcciones principales: al norte entre los ríos Jejuy, Paraguay y Mbotetey, los llamados *itatines*, hoy en el Brasil; al este de la otra banda del río Paraná, entre los ríos Yguazú y Paranapané, la provincia del *Guayrá*, también hoy del Brasil, y al sudeste, en las proximidades de los ríos *Paraná* y *Uruguay* en la parte que más se aproximan, hoy provincia de Misiones de la república Argentina, con otra gran zona más meridional y muy poblada, en la llamada entonces *Sierra del Tape*, hoy *Serra Geral*, en el estado brasilero de Río Grande do Sul, a lo largo de los ríos Ibicuy y Yacuy. Así que cuando el año 1607 se formó la provincia jesuítica del Paraguay separándola de la del Perú, los Padres tenían bien explorado el terreno y formado su plan de conquista espiritual, y el primer provincial, Diego de Torres, comenzó a enviar misioneros a las zonas de indios más pobladas.

La primera reducción, que así se llamaron aquí siempre los pueblos, la fundó en diciembre de 1609 el P. Marciel de Lorenzana, en la región del sudeste de la Asunción, cerca del río Tebi-

(7) ASTRAIN, *Historia*, VI, 707; VII, 490: PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, Madrid 1948, *passim*, Cf. *Introducción*, págs. XV y XVIII.

cuari, y le puso por nombre San Ignacio Guazú (grande). Pocos meses más tarde, por julio de 1610 se fundaron otras dos reducciones en la provincia del Guayrá, que se llamaron de San Ignacio y Loreto. El apóstol más insigne de estos primeros años fué el beato Roque González de Santa Cruz, criollo de la Asunción, hijo de conquistador español, que ya de sacerdote había entrado en la Compañía y de novicio había dado principio al ministerio apostólico. El fué el primero que penetró en las serranías del Tape y fundó por sí mismo muchas de las reducciones del Paraná y Uruguay, hasta que halló la muerte a manos de los salvajes en el pueblo de Todos los Santos del Caaró el año 1628. Durante el espacio de veinte años se fundaron 17 reducciones en la región meridional del Paraná y del Uruguay. En la provincia del Guayrá se señaló entre los demás misioneros el P. Antonio Ruiz de Montoya, criollo también de Lima, historiador de estas Misiones y su defensor en la Corte española, y para 1628 estaban fundadas otras 15 reducciones (8). Entre este año y el de 1630 ocurrió la primera gran invasión de los portugueses de São Paulo, que destruyeron la Misión del Guayrá, llevándose como esclavos para el Brasil 60.000 indios cristianos; sólo pudieron salvar los misioneros dos pueblos, San Ignacio y Loreto, trasladándolos más al sur, pero con indecibles penalidades, pues de 12.000 indios que sacaron sólo llegaron a los nuevos puestos 4.000, los demás se extraviaban en el camino, y lo más ordinario se volvían a sus antiguas tierras, como animales a la querencia, por el grande amor que tenían al sitio donde habían nacido. De más de cien mil indios cristianos que había en la provincia del Guayrá, escribe el P. Ruiz de Montoya, entre cautivos y huídos o muertos, sólo había quedado ese corto número.

De los misioneros que quedaron libres con este desastre, mu-

(8) He aquí el orden de fundación de todas las reducciones. *En el Paraná y Uruguay:* 1609, San Ignacio Guazú; 1615, Santa Ana y Encarnación de Itapuá; 1620, Concepción; 1622, Corpus; 1626, San Nicolás, San Javier y Santos Reyes de Yapeyú; 1628, Candelaria del Ibicuy, Candelaria de Caazapaminí, Asunción del Yyui y Todos Santos del Caaró; 1629, San Javier de Tabatí; 1630, Asunción de Acaraguá; 1631, San Carlos y Apóstoles; 1632, San Ignacio Miní y Loreto. *Reducciones del Guayrá:* 1610, Loreto y San Ignacio; 1622, San Javier; 1625, Encarnación y San José; 1626, San Miguel y San Pablo; 1627, San Antonio, Concepción y San Pedro; 1628, Arcángeles, Santo Tomás y Jesus María. (PABLO HERNÁNDEZ, S. J., *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes*, I, Barcelona 1913, 8 ss.)

chos emprendieron la conversión de las provincias de Itatín y del Tape. En la de Itatín fundaron el año 1631 cuatro reducciones, pero el año siguiente las visitaron los paulistas y las destruyeron, llevándose cautivos los indios que pudieron; con los restos que quedaron diseminados por los montes, lograron solamente los misioneros restablecer dos pueblos que, después de sucesivas transmigraciones, se asentaron definitivamente el año 1669 al sur de la Asunción con los nombres de Santa María de Fe y Santiago. En las sierras del Tape se fundaron diez reducciones entre los años 1632 y 1635, pero el año siguiente de 1636 padeció esta misión nueva irrupción paulista que destruyó tres pueblos y se llevó 25.000 indios cautivos, y dos años después, en 1638, se repitió y quedó destruído otro pueblo y en parte dos más (9). Los misioneros trasladaron entonces todas las reducciones del Tape a la banda occidental del Uruguay, circunstancia esta digna de tenerse en cuenta, pues esa constituyó en el tratado de límites de 1750 la pretensión portuguesa en el traslado de los siete pueblos, que la frontera fuese el río Uruguay. Mientras tanto el P. Ruiz de Montoya había conseguido en Madrid del rey Felipe IV y del Consejo de Indias que se concediese a los indios el uso de las armas de fuego, y adiestrados en ellas por el H. Coadjutor Domingo Torres, que antes de religioso había sido soldado en Chile, en una batalla que duró ocho días infligieron a los paulistas la tremenda derrota del Mbororé el año 1641, que los alejó definitivamente de las reducciones por espacio de más de un siglo, y permitió a los misioneros organizarlas en la forma y esplendor que las hicieron célebres en todo el mundo cristiano.

Las irrupciones de los portugueses habían destruído tres misiones: las del Guayrá, del Itatín y de las sierras del Tape; con los restos de ellas y los pueblos adonde no habían llegado los portugueses, organizaron de momento los misioneros 22 reducciones, que quedaron divididas en dos grupos pertenecientes, respectivamente, a las gobernaciones y obispados del Paraguay y Río de la

(9) *Reducciones de Itatines*: 1631, San José, Angeles, Encarnación y Santos Pedro y Pablo. *Reducciones de la Sierra del Tape*: 1632, San Miguel, Santo Tomás y Santa Teresa; 1633, Natividad, Santa Ana, San Joaquín, San José y Santos Cosme y Damián; 1634, San Cristóbal; 1635, Jesús María. Hubo además otras tres: San Pedro y San Pablo, Visitación y La Cruz. (HERNÁNDEZ, ob. cit. ibíd.)

Plata o Buenos Aires. El primero lo formaron los diez pueblos de los ríos Paraná y Tebicuari: Santa María de Fe y Santiago, que procedían de los Itatines; Loreto y San Ignacio Miní (pequeño), restos de los pueblos del Guayrá, y San Ignacio Guazú, San Cosme, Ytapuá, Candelaria, residencia del superior de la misión, Santa Ana y Corpus El segundo lo componían los doce pueblos o doctrinas del río Uruguay: San José, San Carlos, San Javier, Mártires, Santa María la Mayor, Apóstoles, Concepción, Santo Tomé, La Cruz y Yapeyú, situados en la banda occidental del río; y San Nicolás y San Miguel, colocados en la banda oriental. Más adelante se fundaron los restantes pueblos, o por nuevos indios que se iban reduciendo, o por colonias disgregadas de los que ya resultaban excesivamente numerosos: en 1667 San Luis, en el Uruguay; 1687 Jesús, en el Paraná; 1690 San Borja, en el Uruguay; 1691 San Lorenzo, en el mismo río; 1697 Santa Rosa, colonia desprendida de Santa María de Fe, en el Tebicuari; 1698 San Juan, en el Uruguay; 1706 Trinidad, en el Paraná; 1707 Santo Angel, en el Uruguay. Así quedó completo el número definitivo de treinta pueblos o reducciones. El número de habitantes varió según las diversas épocas, pasando en unas bastante de los cien mil y en otras no llegando a ese número. Los misioneros que cuidaban de ellos, incluídos el superior de la misión, algún padre médico y los hermanos coadjutores peritos en diversos artes y oficios, era de unos setenta (10). Se observará que el mayor crecimiento de pueblos añadidos a los 22 primitivos es en la banda oriental del Uruguay: en esa región quedan los cinco de San Luis, San Borja, San Lorenzo, San Juan y Santo Angel, que unidos a los antiguos de San Nicolás y San Miguel, formaron el grupo de los siete pueblos de que se ocupó el tratado de límites de 1750. Este territorio era el más rico de todas las misiones, tanto en plantaciones de *hierba mate*, bebida imprescindible al indio guaraní, y de algodón, como sobre todo en las estancias de ganado pertenecientes a estos siete pueblos y otros del Uruguay, que ocupaban un extenso territorio cruzado por los ríos Ibicuy y Yacuy, que llegaban por el Sur hasta el río Queguay y por el Este hasta cerca del mar; y dos de las cuales, las de Yapeyú y San Miguel surtían de carne a gran parte de todas las

(10) PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, 603, 777 ss.

reducciones de la banda occidental del Uruguay y del Paraná, que no tenían ganado vacuno suficiente, a cambio de otros productos de que dichos pueblos carecían.

II. Invasiones portuguesas más allá de la línea de demarcación

4. Los mamelucos de San Pablo en la gobernación del Paraguay.—5. Hacia el río de la Plata. Colonia del Sacramento.—6. Aguas arriba del río Amazonas. El Gran Pará.—7. Hacia el «mato» interior. Minas de Cuyabá.—8. Río Grande. Gómez Freire de Andrade.

La línea de demarcación entre las posesiones españolas y portuguesas de América, trazada por Alejandro VI en 1493, apenas cogía el extremo del continente sudamericano que por oriente se adelanta al Atlántico, y ampliada 250 leguas más por el tratado de Tordesillas, no comprendía sino una parte y no la mayor del actual Brasil. En la antigüedad se supuso que entraba al Norte por la ciudad de Belén de Pará, y salía al Sur por la boca del río Paranaguá; y fué determinada con precisión científica en el siglo XVIII por los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa: entraba en América por el río Carará, un grado y 50 minutos más al este de Pará, y salía a la parte del Sur por la boca del río Itamán en la capitanía de San Vicente (11). Sin embargo, fué pretensión muy antigua de Portugal apoderarse de los dos grandes ríos de Sudamérica, el Amazonas y el río de la Plata, para penetrar por ellos y llegar en sus conquistas a las ricas tierras del Perú y minas de Potosí, y lo notable es que no daban otra razón de su derecho que la mencionada línea de demarcación, y cuando pensaron en fundar la Colonia del Sacramento en el estuario del río de la Plata, publicaron en Lisboa, 1678, un mapa con una curvatura tal de las gobernaciones españolas de Santa Cruz de la Sierra, Paraguay, Tucu-

(11) *Usurpaciones de Portugueses, y otras especies conducentes a remediar tanto mal. Ms.* 6 folios y 2 de cubierta, f.° 1 (*Archivo Histórico Nacional* de Madrid, leg. 120 j, atado 1.°): se refiere a la *Disertación* impresa por los célebres marinos en Madrid, 1749. La línea puede verse trazada en: Gonzalo Menéndez Pidal, *Atlas Histórico Español.* Madrid 1941, 14 y 17. Los portugueses señalaban la línea Belem do Pará-Paranaguá (Affonso de E. Taunay, *Ensaio de Carta Geral das Bandeiras Paulistas,* São Paulo 1926).

mán y Río de la Plata, que las cuatro caían dentro de la demarcación portuguesa, y todo según la línea de Tordesillas, que salía del continente 170 leguas más abajo de Buenos Aires por el golfo de San Matías (12). Otros títulos como el de compensación por el asunto de las islas Malucas en Asia y posesión por parte de España de Filipinas, o el de la simple posesión, no se alegaron hasta mucho más tarde cuando ya la posesión era un hecho, y la fórmula llamada del *uti possidetis* es posterior a la emancipación americana (13). Difícil es al historiador en toda esta materia salvar a Portugal y a sus aliados e inspiradores los ingleses de la nota de perfidia y felonía, pues mintieron a sabiendas de que mentían.

4. *Los «mamelucos» de San Pablo en la gobernación del Paraguay.*

Las grandes invasiones portuguesas en territorios castellanos comenzaron en la segunda década del siglo XVII, desde la capitanía de San Vicente, límite meridional entonces del Brasil, y se dirigieron a las cuatro provincias de Guayrá, Itatín, Uruguay y Tape, pertenecientes a la gobernación del Paraguay. Había en ella tres poblaciones de españoles, Ciudad Real, situada en el salto grande del río Paraná; Villarrica, más al Este, y Jerez, muy al norte de la Asunción, en los Itatines; y las tres tenían en su territorio numerosísima indiada. En la mencionada capitanía de San Vicente existía la ciudad de São Paulo, que por diversas causas se había convertido en nido de facinerosos, hasta el punto de que Felipe IV, siendo aún rey de Portugal, pensó en la necesidad de arrasarla y despo-

(12) *Representación hecha por parte de la provincia jesuítica del Paraguay al Sr. Virrey del Perú*, Córdoba de Tucumán 12 de mayo de 1751, en: *Archivo General de la Nación, Campaña del Brasil*, II, Buenos Aires 1939. Este documento es importantísimo y se halla en esta colección en resumen, lo mismo que en: PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VIII, núm. 4596. Nosotros lo usamos con frecuencia en este estudio en su texto íntegro. *Ms.* en 4.°, 17 folios, copia coetánea, *Archivo S. I. de Madrid*, 648, 1.°. Los Padres Consultores del Paraguay citan (f. 1v.) al P. Simón de Vasconcelos (*Noticias del Brasil*), y a Francisco Jarque (*Insignes Misioneros del Paraguay*), Antonio de Herrera y otros autores.

(13) De la fórmula *Uti possidetis*, ven muchos autores, con razón, antecedentes en el Tratado de 1750, y muchas veces fué alegada la simple posesión como título de dominio entre españoles y portugueses (ENRIQUE M. BARBA, *Don Pedro de Ceballos*, La Plata (Argentina) 1937: SERAFÍN LEITE, S. I., *Historia da Companhia de Jesus no Brasil*, Río de Janeiro 1945, 551). Pero su importancia es posterior a la emancipación americana.

blarla (14). Los paulistas, necesitados de mano de obra para sus ingenios de azúcar y sus minas de la costa, dieron en hacer incursiones al interior, donde cogían con engaño o por las armas a los indios, y metiéndolos en colleras como esclavos los arreaban para repartírselos en sus haciendas. A estas correrías las llamaron *malocas* los españoles, y a sus autores *mamalucos*, palabra equivalente a mestizo de portugués y de indio; en el Brasil se llamaron, sobre todo más adelante, *bandeiras*, y a los que las ejecutaban *bandeirantes*, y también *pombeiros*, *sertonistas*, nombre derivado de *sertão* o certón, con que designaban los portugueses la selva y monte habitado por salvajes, o simplemente esclavistas, análogos a los negreros de Angola. Cada año se organizaban en la ciudad de São Paulo estas *bandeiras* al certón: si encontraban indios ya esclavos cautivados en las guerras de tribu a tribu, los adquirían, caso no muy frecuente dada la antropofagia reinante en la selva americana; lo más usual era cautivar indios gentiles con el pretexto de llevarlos a tierra de cristianos y civilizarlos; pero como éstos estaban muy diseminados y sabían esconderse de sus perseguidores, perdida toda noción de moral y cristiandad, acometieron a mano armada las cuatro misiones que los jesuítas habían establecido en las provincias de Guayrá, Itatín, Uruguay y Tape, y pasaron por ellas como podrían haberlo hecho los vándalos (15).

La primera incursión a la provincia del Guayrá fué el año 1611, al mando de Pedro Váz de Barros, y el año siguiente hubo otra capitaneada por Sebastián Prieto; las autoridades españolas las resistieron con fuerza armada, y les quitaron parte de los indios que llevaban cautivos; los misioneros jesuítas del Guayrá por su parte informaron a la audiencia de Charcas de la necesidad de resistir con las armas estas incursiones, dictamen que aprobó la audiencia (16). Las entradas de los paulistas se fueron repitiendo, y a

(14) P. PASTELLS, S. J., *Historia del Paraguay*, I, Madrid 1912, 472.

(15) El móvil principal de los paulistas era coger esclavos; pero aun en el tiempo de la unión de las dos Coronas no se debe excluir, como hace LEITE (Ob. cit., 246), la idea de extensión territorial en beneficio de la Corona portuguesa, dada la persuasión que en el Brasil había sobre los propios derechos y la autonomía administrativa y aun antagonismo nacional que siempre permaneció, si bien los intentos de expansión son mucho más manifiestos después de 1641.

(16) ASTRAIN, *Historia*, V, 544: PASTELLS, *Historia*, I, 188, 195, 216, 222, 223.

partir de 1626 tomaron auge por la complicidad del gobernador del Paraguay, Luis de Céspedes Jeria, casado con una sobrina del gobernador portugués de Río Janeiro, quien tomó la resolución de no ver ni oír cuanto los paulistas hiciesen en el Guayrá. El año 1628 se presentaron éstos en número de 400, con 2.000 indios *tupíes* auxiliares, y dieron sobre tres de los pueblos de las misiones, San Antonio, San Miguel y Jesús María, robaron y quemaron las casas y la iglesia, destrozaron las imágenes, arrojaron por tierra los ornamentos sagrados y los santos óleos, y cogiendo a todos los indios los metieron en colleras, y antes de salir arrojaron los viejos y enfermos que no podían seguirles en una hoguera que encendieron en la plaza, y si alguno salía lo volvían a echar al fuego, hasta que se consumieron todos. Dos de los misioneros, Justo Mansilla y Simón Mazzetta, siguieron a sus queridos hijos cautivos a la ciudad de São Paulo: tardaron en el camino 45 días, muhos indios caían por el camino muertos de fatiga, otros que no podían andar los sacaban de las colleras y los abandonaban para que muriesen en la selva, los niños que entorpecían la marcha los arrancaban a sus madres y les machucaban la cabeza. Acudieron los dos misioneros a las autoridades de São Paulo y de Río Janeiro, y obtuvieron promesas y buenas palabras, y nada mas. El gobernador de Río Janeiro dió a los padres una provisión mandando respetar la libertad de los indios y restituir los cautivos, pero fué imposible ponerla en ejecución por el tumulto que se levantó en São Paulo. El año 1630 se presentaron otra vez los paulistas en el Guayrá, el jefe principal era Antonio Raposo de Tavares, y con él andaba otro bandeirante llamado Federico de Mello. El superior de las misiones, Pablo de Benavides, acudió al gobernador Céspedes, que entonces se hallaba en Villarrica del Guayrá, y le contestó que dejase a aquellos pobres portugueses socorrerse como pudiesen en su indigencia; e instándole y apretándole más el superior, le respondió encolerizado: «Dejad al diablo que se lleve todos los indios». Las escenas de crueldad de la invasión anterior se repitieron, y ni a las personas de los mismos misioneros respetaron: a varios les apuntaron con las escopetas, y les pusieron las espadas a los pechos, a otro padre le apalearon, y al P. Cristóbal de Mendoza le hirieron de dos flechazos junto a la garganta; y durante el viaje, a los niños y viejos que no podían caminar los mataban y daban su carne de comida a los perros. De esta manera acabaron con todos los pueblos

de la misión del Guayrá, y entre los indios que se llevaron cautivos, los muertos y los que huyeron por los bosques, se perdieron para el Evangelio y para España cerca de 200.000 indios, y según algunos testigos 300.000 (17). Dos años después se dirigieron los paulistas a las misiones del Itatín, a donde los jesuítas tenían formadas cuatro grandes reducciones, después de la ruina de las del Guayrá, y antes de acabar el año 1632 quedaron todas arrasadas, y los desgraciados indios en gran parte hechos esclavos y conducidos al Brasil, mientras otros huían despavoridos por los montes, de donde más adelante pudieron los misioneros reunir algunos y trasladarlos más al Sur (18). Y no se contentaron los portugueses con las misiones, porque después de destruídos los indios, dieron contra las tres ciudades españolas de Ciudad Real, Villarrica y Jerez, las que por su corta defensa y por quedar arrasada y sin indios toda la tierra, despoblaron los castellanos, quedando la ciudad de la Asunción en grave peligro, con la amenaza de los paulistas por una parte y de los salvajes Guaicurús por otra (19).

De toda esta matanza y destrozo sólo sacaron los portugueses como utilidad inmediata unos 20.000 indios que llegaron vivos al Brasil y fueron vendidos públicamente como esclavos. Pero años más adelante, engolosinados con la presa, repitieron las incursiones con ánimo de llevarse todos los indios que quedaban en las misiones del Uruguay y de la sierra del Tape. El caudillo fué el mismo: Antonio Raposo, quien se presentó a fines del año 1636 en el pueblo de Jesús María, el más oriental de los del Tape, situado a orillas del río Yacui, y lo destruyó, haciendo después lo mismo con otros dos próximos, San Cristóbal, a orillas del río Pardo, y Santa Ana; pero ya en esta ocasión los indios, animados y adiestrados por los misioneros, comenzaron a hacer alguna resistencia a los paulistas. El año 1638 repitieron éstos la invasión, dirigiéndose a los pueblos del Uruguay, y destruyeron los de Santa Teresa, San Carlos, Após-

(17) PASTELLS, *Historia*, I, *passim*, con las relaciones que van en nota.

(18) Los pueblos de Itatines sufrieron varias trasmigraciones, la última en 1669 a los dos pueblos definitivos de Santa María de Fe y Santiago; antes habían vuelto a sufrir visita de los paulistas en 1647, y corrieron varia fortuna en tiempo del gobernador de la Asunción, Ledesma Valderrama, y sobre todo del obispo Bernardino de Cárdenas. (HERNÁNDEZ, *Organización*, I, 18), y PASTELLS, *Historia*, II, núm. 922, 935, 936.

(19) PASTELLS, *Historia*, I, núm. 522, 536; II, 630, 632, 921, etc.

toles y otros de la banda oriental de dicho río; pero los indios se defendieron y les ganaron la batalla de Caazapaminí por marzo de dicho año; y más importante aún fué la victoria de los indios, que se reunieron en número de más de 1.600 en Caazapaguazú, donde mataron nueve paulistas y muchos tupíes, y cogieron varios prisioneros y 27 armas de fuego, dando libertad a 2.000 indios que ya estaban en colleras para ir al Brasil; si bien los paulistas mataron de un arcabuzazo en la cabeza al P. Diego de Alfaro, superior de la misión, que acompañaba a los indios como capellán alentándolos. Fué esta batalla el día de San Antón, 17 de enero de 1639 (20). Lo más triste, además de la pasividad del gobernador de la Asunción, Pedro de Lugo, que se hallaba allí presente con 60 soldados españoles, fué que en el ejército de Antonio Raposo venían frailes y clérigos de mala vida, un carmelita, otro benito y dos clérigos, todos portugueses, y hasta un clérigo castellano antiguo cura de Guayrá; y los paulistas, si les faltaban frailes benévolos para engañar a los indios abrían la corona y vestían los hábitos a soldados, por el respeto que al sacerdote tenían los pobres neófitos.

La última de las grandes irrupciones paulistas en el Uruguay fué el año 1641; tenían noticia de las reales cédulas de Felipe IV dadas contra ellos, y del Breve del Papa Urbano VIII que los excomulgaba si no respetaban la libertad de los indios, y querían, antes que esas órdenes llegasen a América, acabar con todos los del Paraguay; juntaron para ese fin un ejército de 450 portugueses y 2.700 tupíes auxiliares. Los jesuítas entre tanto habían enviado a Madrid al P. Antonio Ruiz de Montoya, como procurador, para pedir justicia al Rey contra los paulistas, y sobre todo a conseguir armas de fuego para los indios; y en el Paraguay no se descuidaron, y con los arcabuces tomados a los portugueses, y otros, y mosquetes adquiridos en Buenos Aires con anuencia del gobernador, bien aderezados y provistos de municiones en una fragua montada en el pueblo de la Concepción, bajo la dirección de un padre misionero, llegaron a reunir 400 bocas de fuego; y el hermano coadjutor, Domingo de Torres, antiguo soldado de Chile, enseñó a los indios su uso, en el que salieron muy diestros. De este modo se formó en las misiones un ejército de 4.200 indios guaraníes; el

(20) PASTELLS, *Historia*, I, núm. 593; II, 601 a 621 *passim*.

jefe indio inmediato se llamaba Nicolás Ñeenguirú, antepasado de otro del mismo nombre de quien se habló mucho con ocasión del tratado de límites de 1750. A principios de marzo de 1641 llegaron los portugueses cerca de las reducciones: bajaban navegando por el río Uruguay en 250 canoas buenas, además de otras menores; los indios lo supieron por sus espías y se prepararon a la defensa cerca del pueblo de Asunción del Mbororé, afluente septentrional del Uruguay frente a la desembocadura del Yyui; no contaban sino con 80 canoas grandes en las que pusieron al pie de 800 indios, los mejores del ejército; los demás esperaban en la orilla. Llegados los portugueses, desde una canoa dispararon los indios un cañoncito llamado *verso* o *esmerillón*, que se llevó tres canoas contrarias: fué el principio de una encarnizada batalla que duró ocho días; al principio en el río entre las canoas, de las que los indios apresaron 14; después, con una hábil estratagema, los atrajeron a tierra, donde dieron en la numerosa emboscada de los indios, que les hicieron mucho daño; finalmente, después de diversos lances de una y otra parte, los indios derrotaron completamente a los invasores, obligándoles a la fuga, en la que se dejaron además de todas las canoas, que llegaban a 600, un gran botín dentro de una palizada que se habían construído en tierra; por los montes donde huían a la desbandada les siguieron el alcance los indios, y tuvieron todavía con ellos varios encuentros en que siempre quedaron victoriosos (21).

Después de la memorable batalla del Mbororé dejaron de ser los paulistas un peligro serio para las misiones del Paraguay; si bien no dejaron de probar fortuna cuando se presentaba la ocasión. Y así el año 1647 los encontramos entre los itatines, al olor de dos reducciones que los jesuítas habían fundado con los restos de la invasión de 1632. En 1651 volvieron a hacer una irrupción en grande escala al Paraguay: «Formaron, dice el P. Rodero, un grande ejército los paulistas, que dividido en cuatro destacamentos, acometieron por cuatro partes para apoderarse de toda la provincia del Paraguay, a que ocurriendo su gobernador, el Sr. D. Andrés Garavito de León, oidor de la Audiencia de Chuquisaca, mandó

(21) PASTELLS, *Historia*, II, núm. 630 a 660 *passim*. En I, 436 una lista de pueblos destruídos y trasladados en Guairá y Tape.

a los indios de las reducciones de la Compañía opusiesen todas sus milicias a impedir la entrada de tan poderoso enemigo, mientras él prevenía las de los españoles para atacarlos; pero llegó tarde esta prevención, porque dividiéndose pronto también los indios en cuatro escuadrones, tuvieron la fortuna de encontrarlos, aunque en diversos lugares, en un mismo día, derrotándoles enteramente en todos los cuatro, y obligándolos a una precipitada fuga, con grande estrago de heridos y muertos» (22). Todavía el año 1656 aparecieron portugueses por la banda oriental del Uruguay cerca del río Ibicuy, pero les salieron al encuentro los indios del pueblo de Reyes de Yapeyú y los derrotaron, despojándolos de los cautivos que ya habían juntado en siete cadenas o colleras (23).

5. *Hacia el Río de la Plata. Colonia del Sacramento.*

Después de la separación de Portugal de la unidad hispánica con la instauración de la dinastía de Braganza el año 1641, se inauguró en el Brasil una época de verdadero florecimiento y expansión, favorecida por la decadencia de las colonias portuguesas de Asia, en las que se cebaban los holandeses, y juntamente por la postración en que cayó España en los últimos años de la dinastía austríaca y las dificultades que en el siglo XVIII le suscitaron las potencias europeas protestantes: Holanda, Inglaterra y la vecina Francia; Inglaterra sobre todo se aprovechó de su alianza con Portugal arteramente para quebrantar el poderío español, y apoyados por ella los portugueses, en tiempo de paz avanzaban cautelosamente por tierras castellanas en América, y cuando sobrevenía la guerra, y sobre todo la subsiguiente paz, consolidaban lo usurpado gracias a los buenos oficios de los ingleses, que de ese modo además de cuartear el imperio español sacaban grandes provechos comerciales de las posesiones portuguesas. La expansión del Brasil siguió tres direcciones: una, hacia el Río de la Plata, con la fundación de la Colonia del Sacramento; otra, por el norte aguas arriba del Amazonas y de sus afluentes de ambas márgenes; la tercera

(22) GASPAR RODERO, S. J., *Hechos de la Verdad...* 1743. Impreso juntamente con la *Cédula Grande* de Felipe V, así llamada por los jesuítas del Paraguay, núm. 24. La incluye HERNÁNDEZ, *Organización*, I, 446ss.

(23) PASTELLS, *Historia*, II, núm. 922, 935, 936, 1008, 1031.

hacia el interior, con los establecimientos mineros de Cuyabá y Matogrosso.

Suelen los escritores portugueses llamar al establecimiento de la Colonia del Sacramento *la epopeya de Manuel Lobo,* y efectivamente se necesitaba audacia para meterse en el fondo del estuario del río de la Plata y construir una ciudad a sólo siete leguas del puerto de Buenos Aires. La intención portuguesa era clara: la Colonia era la meta, y toda la costa y tierra intermedia desde Santa Catalina donde ya estaban, la irían ocupando poco a poco. Manuel Lobo, gobernador de Río Janeiro, no procedía por cuenta propia, tenía órdenes expresas del Rey de Portugal de «poblar las tierras del sur que están dentro de la demarcación portuguesa, y que se continuaban por el Río de la Plata y Buenos Aires, donde los castellanos han establecido varias colonias en territorios pertenecientes a esta corona» (24). Llegó, pues, por mar en 14 navíos a las islas de San Gabriel el 20 de enero de 1680, y el 12 de marzo siguiente escribió a Lisboa que ya estaba fundada la *Colonia,* con una ciudad, *Lusitania,* y una ciudadela, *Sacramento.*

En Buenos Aires y el Paraguay se tuvo noticia de los intentos portugueses ya desde el año anterior por medio de los indios guaraníes de las misiones, que se comunicaban con sus parientes llevados cautivos en años anteriores al Brasil. José Garro, gobernador de Buenos Aires, ordenó que saliesen tres patrullas de indios de a 400 hombres cada una a vigilar el territorio: una hacia la antigua provincia del Guayrá, otra a São Paulo y la tercera hacia el mar; esta última capturó al general portugués Jorge Suárez Macedo, que por haberse ido a pique su nave iba por tierra con 22 portugueses y los llevó a todos presos a Buenos Aires. Comenzaron los requerimientos, que duraron varios meses: Garro alegaba el testimonio de los mejores mapas holandeses y de otros cosmógrafos, aun portugueses, que señalaban la línea de demarcación cien leguas más al este; Lobo se cerró en que aquellas tierras eran portuguesas, y mostraba por toda razón el mapa fabricado en Lisboa dos años antes, y los de su comitiva no ocultaban que los derechos de

(24) LEITE, *Historia,* VI, 536: *Regimento* de 18 de noviembre de 1678. Para la versión portuguesa de todos estos sucesos, además de este autor, puede consultarse: *Historia da Expansão Portuguesa no mundo,* III, Lisboa 1940, 233 ss.

Portugal llegaban hasta Potosí. Al fin Garro se cansó de discusiones inútiles y apeló a las armas: reunió un ejército de 260 españoles de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes, y mandó venir 3.000 indios armados de las misiones de los jesuítas, poniendo al frente como maestre general de campo a Antonio de Vera y Mújica. Este ejercitó bien a la tropa en la disciplina militar, y puso cerco a la Colonia en julio de 1680. Fué ese año muy duro el invierno, por lo que decidió abreviar en lo posible la campaña, y la noche del 6 de agosto ordenó a las tropas acercarse sigilosamente a la ciudad para dar el asalto al día siguiente: mandó poner delante 4.000 caballos que habían traído los indios, a fin de que se cebasen en ellos los primeros tiros de la artillería enemiga, pero los capitanes indios se le acercaron tristes y le dijeron que con los tiros se espantarían los caballos y desordenarían el ejército, razón que convenció a Vera y ordenó retirarlos. El combate lo precipitó el arrojo de un indio que, antes del alba, subió a un baluarte y degolló al centinela, lo que hizo que otro próximo disparase su mosquetón, que era precisamente la señal convenida en el ejército español. Los indios, que eran los más próximos, se lanzaron al ataque con valentía temeraria un poco de salvajes, y aunque los portugueses se defendieron bien, tuvieron que ceder al empuje del ejército mixto hispano-guaraní, y después de tres horas de combate, el 7 de agosto de 1680, la Colonia del Sacramento quedó por España, y Manuel Lobo prisionero. Garro envió a Madrid honoríficos informes del valor, obediencia, prontitud y orden con que habían procedido los guaraníes cristianos, que hicieron crecer la fama de las doctrinas o reducciones, y que de ahí adelante se contase siempre con los indios como auxiliares valiosos del ejército español en cuantas ocasiones se presentaban de acción militar, ya contra enemigos extranjeros, ya contra incursiones de indios salvajes, o para apaciguar los tumultos y revoluciones que en las ciudades españolas, sobre todo las del Paraguay, brotaban de cuando en cuando contra los gobernadores y contra el mismo poder real (25). La victoria de Garro quedó sin fruto porque franceses e ingleses, poniéndose de parte de Portugal para debilitar el poderío español, mediaron en

(25) HERNÁNDEZ, *Organización*, II, 48, donde además de la toma de la Colonia pueden verse otros servicios militares de los Guaraníes.

el conflicto y obligaron al débil Rey Carlos II a firmar un tratado que volvía las cosas al estado que tenían antes de agosto de 1680, y aceptar unas conferencias de límites, que se celebraron efectivamente en Badajoz y Caya y terminaron a 22 de enero de 1682, sin ningún resultado, porque los delegados portugueses no quisieron admitir otros mapas que los que ellos mismos se habían fabricado a su gusto. Pasó, pues, la Colonia a dominio de Portugal, por imposición de los enemigos europeos de España.

Los indios de las misiones bajaron otra vez de Buenos Aires armados, en número de 2.000, durante la guerra con Francia el año 1698, por temerse que la escuadra francesa que había tomado el puerto de Cartagena de Indias, se presentase también en aguas del río de la Plata. Implantada en España la dinastía borbónica, los portugueses, lo mismo que sus aliados los ingleses, se pusieron de parte del archiduque de Austria, y el año 1702 soliviantaron desde la Colonia del Sacramento a los indios infieles charrúas, jarós y mbohanes del territorio, y les dieron armas de fuego y un cuerpo de 70 soldados portugueses para que fuesen a destruir las misiones guaraníes, y aunque no lo lograron, sí hicieron mucho daño en las estancias de ganado del sur del Uruguay, lo que movió al gobernador de Buenos Aires a enviar jefes españoles al ejército de las misiones, que derrotó completamente a los invasores en la batalla del Yí (26). Durante la guerra de sucesión, Felipe V dió orden a Alonso de Valdés Inclán, gobernador del Río de la Plata, de echar a los portugueses de la Colonia del Sacramento, en real cédula que le llegó el 7 de julio de 1704, remitida por el virrey del Perú, conde de la Monclova. Juntó Valdés 7 compañías de soldados de Buenos Aires, 3 de Santa Fe y 3 de Corrientes, que pasaron al bloqueo de la Colonia al mando del maestre de campo Baltasar García Ros, y juntamente dió orden de que bajasen 4.000 indios de las misiones, los que en pocos días se unieron al ejército español, viniendo unos en balsas por los ríos Paraná y Uruguay y otros por tierra, con una tropa de 6.000 caballos y 2.000 mulas cargadas de bastimentos, y un gran rodeo de cerca de 30.000 vacas para alimento de todo el ejército; a los indios los guiaban cuatro padres misioneros que venían de capellanes, y traían además tres

(26) HERNÁNDEZ, *Organización*, II, 55, 56.

hermanos coadjutores que entendían de medicina, como enfermeros. El comandante portugués de la plaza, Sebastián de Veiga Cabral, contaba con 700 soldados y estaba bien fortificado, por lo que respondió con altanería a la intimación de rendirse. Se formalizó, pues, el sitio, que duró cuatro meses, y en él llevaron el peso del trabajo los indios, que construyeron seis baterías y las demás obras necesarias al cerco, y en los lances que se presentaron lucharon con su acostumbrada valentía. Cercada la Colonia por tierra y por mar, Valdés confiaba tomarla por hambre, y Veiga Cabral a su vez esperaba barcos que había pedido a Río Janeiro, los que llegaron efectivamente a mediados de marzo de 1705, y siendo muy superiores a las escasas fuerzas marítimas españolas, entraron en la plaza y embarcando la guarnición y cuanto de importante y precioso había, se hicieron a la vela para el Brasil, entrando el ejército español sin combatir en la Colonia del Sacramento. Los indios fueron licenciados el 17 de marzo, y aunque por real cédula de Jadraque, 29 de noviembre de 1679, estaba mandado que se les pagase sueldo militar, a razón de real y medio por persona, desde el día que saliesen de sus pueblos hasta que volvían, sin embargo, tanto en este cerco de la Colonia como en el precedente, renunciaron los indios, inducidos por los misioneros, a su paga en beneficio de la real hacienda, quitando así a las cajas reales una carga de centenares de miles de pesos (27). Sin embargo, tampoco esta vez duró la Colonia en manos de España, pues al celebrarse la paz de Utrecht en 1715, se vió obligada a devolver lo adquirido durante la guerra, y fué el mismo García Ros quien, siendo gobernador interino de Buenos Aires, hubo de entregarla el 4 de noviembre de 1716 al portugués Manuel Gómez Barbosa.

Otra vez bajaron 500 indios de las misiones el año 1718, llamados por el gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zabala, a perseguir el contrabando portugués de la Colonia, y les quemaron las barracas de la industria del corambre y 8.000 cueros, apresándoles 670 caballos. Y en 1723 habiendo desembarcado una expedición portuguesa en Montevideo con intento de hacer población, el gobernador Zabala mandó venir 1.000 indios, que llegaron a Montevideo el 25 de marzo de 1724: los portugueses

(27) *Ibid.*, II, 58: PASTELLS, *Historia*, VI, 152.

huyeron sin combatir, y Zabala se sirvió de los indios para construir las fortificaciones de Montevideo, que con gran sabiduría política fundó en dicho año, y que estaba llamada a anular la Colonia del Sacramento y constituir el núcleo de la moderna república del Uruguay (28). En los graves disturbios promovidos en la gobernación del Paraguay por el intruso Antequera, que le tocó apaciguar a Zabala, hasta restablecer en la provincia la autoridad del Rey, los indios de las misiones fueron sus más eficaces auxiliares, llegando a reunirse, después del asesinato del gobernador Agustín de Ruiloba por los rebeldes, un ejército de 6.000 indios, y otros 6.000 movilizados en reserva (29). De nuevo el año 1735, con ocasión de estar en guerra España y Portugal, recibió el gobernador de Buenos Aires, Miguel de Salcedo, orden de reconquistar la Colonia, y para este fin reunió un ejército de 800 españoles de milicias y mandó venir de las misiones 4.000 indios armados. Salcedo no salió con la empresa, lo que se atribuyó a sus escasas dotes militares y a desavenencia con el comandante de las fuerzas navales españolas, Nicolás Geraldín: los indios se portaron con su acostumbrada obediencia y valentía un tanto feroz; y durante el asedio murió de una bala de cañón el misionero Tomás Werle, que los asistía como capellán (30).

Por todos estos servicios y otros más que omitimos por brevedad (31) los reyes de España en repetidas ocasiones les mandaron alabar y dar las gracias, por reales cédulas expedidas en su favor. La última fué la célebre de Felipe V, de 28 de diciembre de 1743, que los jesuítas llamaron *Cédula Grande*, y resolvía en favor de los indios todos los puntos relativos a su organización social y régimen de las doctrinas, que había sido puesto en litigio por quienes

---

(28) HERNÁNDEZ, *Organización*, II, 60: PASTELLS, *Historia*, VI, 304.

(29) PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, *passim*, e *Introduction*, pág. X.

(30) *Ibíd.*, VII, 243.

(31) La serie completa de los servicios de los indios cristianos guaraníes como auxiliares del ejército español, se refiere con frecuencia en los *Memoriales* de los procuradores jesuítas del Paraguay en Madrid, cuando necesitaban pedir algún beneficio en favor de dichos indios, de los que hay muchos en la mencionada *Historia* de PASTELLS-MATEOS. Véanse por ejemplo los del P. Francisco Burgés y Gaspar Rodero, impresos por entero en: HERNÁNDEZ, *Organización*, I, 446; II, 640ss.; y la *Representación de los PP. Consultores del Paraguay al Virrey del Perú*, antes citada, ff. 2-11.

querían someterlos al sistema de encomiendas y servicio personal en beneficio de los nobles criollos americanos, y les prometía su protección y que miraría por su alivio y conservación, como de tan buenos vasallos, para cuantas ocasiones se presentasen en lo porvenir. ¿Cuál no sería, pues, el asombro de los indios cuando pocos años más tarde, en el tratado de límites de 1750, contraviniendo promesas reales tan solemnes, les echaban de sus pueblos y los dejaban desamparados a sus aventuras, obligándoles a dejar sus casas, sus iglesias, que eran magníficas, y sus tierras cultivadas pobladas de chácaras, algodonales y hierbales de su bebida predilecta la hierba mate del Paraguay, y las ricas estancias de ganado, a sus seculares enemigos los portugueses? Tal monstruosidad no podía caber en las cortas entenderas de los indios, que además estaban muy enseñados de sus misioneros a ver en el Rey de España un amoroso padre que no miraba en todo sino a su bien.

6. *Curso arriba del Amazonas. La colonia del Gran Pará.*

Tuvieron buen ojo los portugueses al fundar la ciudad de Pará, situada como centinela y puerta cerca de la desembocadura del río Amazonas. El día de Navidad de 1615 salió Francisco Caldeira de San Luis de Maranhão explorando la costa hacia el Norte, y al cabo de dieciocho días, hallando una hermosa bahía, construyó un fuerte de madera y unas chozas, dando así principio a la población que, en memoria de la Navidad en que se comenzó la empresa, fué llamada Belem do Pará; estaba situada, como queda dicho arriba, cerca de la línea de demarcación, aunque ya en territorio castellano (32).

La colonización efectiva del Amazonas comenzó casi al mismo tiempo por parte de España y Portugal, un poco antes por parte de España con ocasión de la entrada del capitán Diego Vaca de Vega en 1618 al descubrimiento de los indios Mainas, Cocamas y Jíbaros, y fundación de la ciudad de Borja, llamada así del nombre

(32) LEITE, *Historia*, III, Río Janeiro 1943, 207. Además de este autor puede verse para los puntos de vista portugueses en la materia de este apartado: *Diccionario Historico, Geographico e Ethnographico do Brasil. Introducção Geral*, I, Río de Janeiro 1922, 799ss.: *História da Expansão Portuguesa no Mundo*, III, Lisboa 1940, 129ss.

del que entonces era virrey del Perú, Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, a la salida del Pongo de Manseriche. Pocos años después los jesuítas de Quito, ciudad de gran tradición amazónica, comenzaron a sentir la atracción del gran río y su territorio, el llamado «desierto verde», y entrando en 1630, como antes hemos referido, por la ciudad de Loja, fundaron la misión de Mainas. Un suceso imprevisto vino a darle importancia: el año 1635 hizo una entrada desde Quito el capitán Juan de Palacios, y doblando la cordillera oriental de los Andes por los mismos parajes que Gonzalo Pizarro en la expedición de la canela, llegó al río Aguarico, afluente del Napo, con intención de fundar una población; le acompañaban cuatro frailes franciscanos. La entrada no dió resultado, pues los indios, temiendo no los cautivasen los blancos, se amontaron, por lo que dos de los franciscanos se volvieron a Quito, pero los otros dos, llamados Domingo de Brieva y Andrés de Toledo, que eran legos y en quienes bajo el hábito de San Francisco bullía sangre de aventureros, unidos a otros seis soldados, cargaron de bastimentos una canoa, y se dejaron ir río abajo por el Aguarico y el Napo hasta el Amazonas, y finalmente llegaron a la ciudad de Pará. Era el tiempo de la unión de las dos coronas, y el gobernador de San Luis de Marañón, Jácome Raimundo de Noronha, los recibió bien, e interesado con las cosas que referían, resolvió explorar el Amazonas y establecer contacto y comercio con el Perú. Organizó a ese fin una expedición de siete grandes canoas con 70 portugueses y 1.200 indios auxiliares, y puso al frente de ella a Pedro Texeira, quien guiado por los frailes repitió a la inversa el viaje de éstos aguas arriba del Amazonas, del Napo y del Aguarico, y dejando aquí el ejército se adelantó con unos pocos y llegó a Quito; había salido del Pará el 28 de octubre de 1637, y tardó en el viaje cerca de un año (33). Gran interés despertó en la ciudad la aventura, y la real audiencia, de acuerdo con el virrey del Perú, resolvió que Texeira y sus soldados volviesen luego al Brasil, donde su presencia sería necesaria contra el enemigo holandés, pero que fuesen con ellos dos personas a quienes se pudiese dar fe en Madrid de todo lo descubierto. Fueron designados los jesuítas Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda, el primero era rector del colegio de Cuenca,

(33) ASTRAIN, *Historia*, V, 450: LEITE, *Historia*, III, 406.

establecido poco antes como base para la misión de Mainas, y el segundo lector de teología en Quito. Este fué el origen del viaje del P. Acuña, quien salió con Texeira de Quito el 16 de febrero de 1639, y unido al pequeño ejército portugués, realizó cuantas investigaciones pudo a lo largo del río Amazonas, y llegó a Pará, de donde se embarcó con su compañero para España por marzo de 1640, y en Madrid informó a Felipe IV y al Consejo de Indias de todo lo que había observado, y pidió apoyo y favor para extender la predicación del Evangelio por todo el curso del gran río, continuando las misiones de Mainas. Fruto de su exploración fué el importante libro que publicó en Madrid el año 1641, titulado *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas* (34).

Ese mismo año sobrevino la separación política de Portugal, con lo que los del Pará se creyeron con las manos libres para conquistar todo el río Amazonas hasta la barra del río Aguarico, por el hecho de haber sido visitado por Texeira y haber establecido allí el pequeño puerto de Nopotoa, donde estuvo resguardado su ejército mientras él permaneció en Quito. El avance fué metódico y perseverante: las escuadrillas de canoas salían cada año de Pará, con el pretexto de buscar minas o hacer «rescates» de indios, y así fueron reconociendo y poblando los grandes afluentes del Sur, el Tocantins, el Xingú y el Tapajoz. Los jesuítas portugueses, alma de la colonización del Brasil, iban al mismo tiempo fundando numerosas misiones en toda la región, dirigidos por el P. Luis Figueira y por el gran orador Antonio de Vieira, que, cual otro Las Casas, flagelaba duramente en sus sermones los excesos de los colonos y la cautividad de los indios (35). Para 1639, cuando el viaje del P. Acuña, «la última aldea que tienen los portugueses» era Gurupatuba, hoy Montealegre, más abajo de la boca del Tapajoz. El río Negro, el primer gran afluente del Norte, lo conoció por primera vez Texeira en 1637, y su exploración y catequesis comenzó veinte años más tarde, en 1657, donde establecieron florecientes misiones los carmelitas calzados portugueses. Al río Madeira, llamado por

---

(34) Cristóbal de Acuña, S. J., *Nuevo Descubrimiento del Gran Río de las Amazonas*, Madrid 1891, en: *Colección de Libros que tratan de América Raros o Curiosos*, II. Su relación es fundamental para todos estos sucesos.

(35) Leite, *Historia*, IV, Río de Janeiro 1943, 43ss.

los indios Cayarí, según el P. Acuña, entraron por primera vez los jesuítas el año 1669, y formaron varias aldeas de los valientes indios Tupinambás (36). Llamóse en el Brasil río Solimões a la parte media del Amazonas, comprendida entre la boca del río Negro y el Ucayali: es la forma portuguesa de los indios Surimanos del P. Acuña o los Yurimaguas del P. Fritz, que habitaban en esa zona. Entraron a él los jesuítas portugueses Manuel Pires y Juan Gorzoni por primera vez el año 1670, acompañando como capellanes a una tropa de rescates. Por parte de España había estado predicando el Evangelio en esa región el P. Gaspar Cugía 25 años antes, en 1645, y con la llegada del P. Samuel Fritz el año 1685, la misión de los Omaguas alcanzó gran prosperidad, como antes hemos notado. Estos indios Omaguas son llamados Cambebas en las relaciones portuguesas, y fueron considerados como los fenicios del río por su habilidad en la navegación.

Las dos corrientes colonizadoras, española y portuguesa, chocaron en el río Solimões, en la misión española de los Omaguas. He aquí la sucesión de los hechos.

El P. Samuel Fritz se halló gravemente enfermo en el verano de 1689, y habiendo sido ese año muy grandes las avenidas del Amazonas, creyó le sería menos incómodo dejarse llevar río abajo hasta dar en alguna población portuguesa donde curarse, que no subir dos meses contra corriente hasta los pueblos de Mainas; además quería aprovechar el viaje para tratar con los jesuítas portugueses sobre su misión de Omaguas, amenazada por las incursiones que subían del Pará, de las que tenía noticia por indios que huyendo de los portugueses se habían acogido a su protección. Salió, pues, del pueblo de las Nieves el 3 de julio de 1689, y el 30 llegó a Urubú, más abajo del río Negro, donde estaba de misionero el fraile mercedario Teodosio da Veiga, que trató al enfermo caritativamente. El 5 de agosto topó con una tropa portuguesa de rescates que bajaba del río Negro, donde iba por capellán el jesuíta Juan Gorzoni antes mencionado, el cual le cedió al Hermano que le acompañaba para que le cuidase, y el 11 de septiembre llegó de noche a la ciudad de Pará «más muerto que vivo», y se fué a hospedar al colegio que allí tenían los jesuítas portugueses, donde

(36) ACUÑA, ob. cit., 165.

solícitamente atendido por sus hermanos de religión recobró la salud al cabo de dos meses. Comenzó entonces a tratar del otro asunto de su misión, y como profundo conocedor del Amazonas, del que había trazado un importante mapa (37), sostenía que los derechos de España, en virtud de la línea de demarcación, comprendían por lo menos todos sus pueblos de Omaguas; en lo cual iba más adelante el jesuíta Conrado Pfeil, notable cosmógrafo, quien con imparcialidad de extranjero, a pesar de ser misionero del Brasil, reconocía que el derecho de Portugal no pasaba cuando mucho de la desembocadura del río Tapajoz (38). El gobernador de Pará, Arturo Sá de Meneses, alarmado con las pretensiones de Fritz, convocó la Junta de Misiones, en la cual se determinó que por la fuerza se detuviese al misionero y no se le permitiese volver al Solimões antes de ser consultado el Rey de Portugal. Quedó, pues, el P. Fritz preso en Pará, y duró su detención 18 meses, en los que quiso ir a Lisboa a defender sus misiones, pero no se lo permitieron; lo único que pudo hacer es escribir al embajador de España en Lisboa y al jesuíta procurador de Indias en Madrid, y por este medio llegó finalmente a Pará una carta regia de Lisboa que mandaba restituirle a sus misiones a costa de la real hacienda portuguesa, y si era preciso llevarle hasta Quito. Salió libre del Pará el 8 de julio de 1691: él quería irse sólo con sus indios remeros, pero le forzaron a admitir una escolta de siete soldados portugueses, casi todos mamalucos o mestizos, y al cabo de tres meses llegó al primer pueblo de Omaguas y quiso despedir a los soldados, pero entonces el cabo de ellos, Antonio Miranda, le hizo una protesta de que aquellas tierras y toda la Grande Omagua hasta el río Napo pertenecían a Portugal; y respondiéndole Fritz con otra contraprotesta de que eran castellanas y que él continuaría misionando aquellos pueblos como antes, se separaron (39), y el misionero se dirigió a Santiago de la Laguna a verse con el superior de toda la misión de Mainas.

---

(37) MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA, *Noticias Auténticas del Famoso Río Marañón*, Madrid 1889: reproduce el mapa del P. Fritz, que se halla también en: *Lettres Edifiantes et Curieuses*, VIII, Toulouse 1810, 225. En dichas *Noticias Auténticas*, 434ss. el *Diario de la bajada del P. Samuel Fritz*... que es fundamental en toda esta materia.

(38) LEITE, *Historia*, III, 405ss. Como fuentes portuguesas de estos sucesos puede consultarse: *Historia da Expansão Portuguesa*, III, 227ss.: *Diccionario Histórico... Introducção*, I, Río de Janeiro 1922, 799.

(39) *Diario de la bajada del P. Samuel Fritz*, 449.

Ya antes hemos referido el viaje que hizo Fritz a Lima a dar cuenta al virrey del Perú, conde de la Monclova, de todo lo sucedido, y a pedirle subsidios económicos, que los obtuvo abundantes, y defensa militar. Salió de Lima en mayo de 1693, y por Jaén de Bracamoros y el Pongo de Manseriche volvió a su misión.

Los portugueses del Gran Pará continuaron sus avances, y a fines de 1695 atacaron por dos veces la misión de Omaguas; en 1697 volvieron y ocuparon el pueblo de San Ignacio, el más oriental de todos. El P. Fritz, avisado por los indios, voló a su encuentro y se presentó al capitán José Antunes de Fonseca, que venía acompañado de dos religiosos carmelitas calzados, uno de ellos el provincial Manuel de la Esperanza: éste, alegando los derechos de Portugal, quiso impedirle decir misa y rezar con los indios en una iglesia que él había fabricado con sus manos; por fin, después de protestas y contraprotestas, logró que se volviesen río abajo. El Rey de Portugal mandó agradecer al carmelita lo que había hecho; más aún, ordenó al gobernador de Pará en 10 de diciembre de 1697 que si el P. Fritz volvía a ser encontrado en el río Solimões, lo prendiese y lo remitiese a Lisboa (40). La guerra de sucesión de España precipitó la ruina de la misión de los Omaguas; la posición de Portugal en favor del archiduque de Austria repercutió en el Marañón, y el gobernador de Pará se dejó decir que «si los Cambebas son del Rey Carlos III, todo se podrá arreglar, pero si son del gabacho (Felipe V), alargaremos cuanto podamos nuestras fronteras» (41). El año 1705 hubo una incursión del mismo capitán Antunes da Fonseca, en la que no faltaba el capellán carmelita calzado: entraron en los pueblos con aparato militar, robaron cuanto pudieron y se llevaron cautivas cien familias de indios cristianos. Dos años después, el 10 de diciembre de 1707, nueva visita de portugueses, esta vez al pueblo de Santa María de Yurimaguas: venía de capitán José Pinheiro, y traía once soldados portugueses y cien indios bien armados; el indispensable carmelita era un simple corista, llamado Antonio de Andrade; estaba de misionero por parte de España el jesuíta Juan Bautista Sanna. Andrade dijo que venía

(40) *Noticias Auténticas del Famoso Río Marañón*, 463. Carta del P. Fritz al visitador Altamirano, que narra lo sucedido desde 1693 a 1696 (pág. 471). *Diario del P. Fritz*, año 1697 y siguientes.

(41) LEITE, *Historia*, III, 414.

buscando ocho indios remeros que se le habían huído, y al cabo de varios días, como los remeros no pareciesen, dieron los portugueses por su orden un asalto general al pueblo a media noche, en que prendieron más de la mitad de los indios; los demás huyeron a los bosques, y aunque por indicación del fraile soltaron a muchos, todavía se llevaron entre chicos y grandes más de un centenar de cristianos. El 1.° de febrero de 1709 se volvieron a presentar en el mismo pueblo doce portugueses con 60 indios auxiliares al mando del capitán Ignacio Correia, el cual intimó al P. Sanna, junto con una carta regia de Lisboa, 20 de marzo de 1708, una orden del gobernador de Maranhão, en que mandaba a los misioneros castellanos abandonar todos los pueblos del Solimões y del Napo hasta el puerto de Nopotoa, so pena de bajarles a todos presos al Pará y remitirles de allí a Lisboa. El P. Sanna se mantuvo firme en su pueblo, pero no pudo evitar que los portugueses cometiesen muchos robos y profanaciones: la iglesia del pueblo de San Pablo la convirtieron en cocina, casa de juego y rancho de monte; y tanto él como Fritz, que era ahora superior de toda la misión, escribieron a Quito y otras ciudades pidiendo urgentemente socorro de soldados españoles. De Moyobamba se presentó el 3 de julio de 1709 el capitán Francisco Saldaña con algunos soldados, y de Quito bajaron 50 al mando del capitán Luis Iturbide. El 17 de julio se reunieron todos en el pueblo de San Joaquín de Omaguas, y el 25 se puso en marcha el pequeño ejército: el 5 de agosto llegaron al pueblo de San Pedro, el penúltimo de los Omaguas, donde Iturbide prendió a un portugués que allí encontró. Dos días después dieron con Ignacio Correia y le prendieron también con cinco soldados; y hecho esto, Iturbide se volvió Amazonas arriba.

Mezquino escarmiento para la pujanza y osadía de los portugueses del Pará. ¿Porqué los jesuítas no dieron a los indios armas de fuego, como en el Paraguay? Este hubiera sido el medio eficaz; pero no lo hicieron, creemos que porque no pudieron: la misión de Mainas no había llegado, ni llegó nunca, a la perfecta organización de las del Paraguay, los misioneros eran pocos en número y la misión había pasado por épocas de verdadera crisis, parte por falta de personal, parte por las dificultades de todo género que imponían las condiciones geográficas del terreno. Esta última circunstancia fué decisiva: para bajar armas y provisiones desde Quito por Papallacta y Archidona hasta donde el Napo es navegable, que era la

vía más expedita de comunicación había que recorrer más de 200 leguas, y de ellas 60 por montañas muy cerradas, con páramos y ciénagas continuas y ríos muy peligrosos, en que para pasar era necesario armar puentes de palos y cañas, y los misioneros tenían que hacer gran parte del camino en hombros de indios, necesitando uno sólo de ocho a diez estriberos de remuda. Desde el puerto del Napo hasta el Marañón se tardaba un mes de bajada y tres de subida, y desde la boca del Napo hasta el río Negro se cuentan otras 300 leguas de navegación muy peligrosa por las tempestades que se arman con frecuencia en el Marañón; todo el territorio estaba despoblado, y sólo se veían a la orilla, fuera de los pueblos mismos de Omaguas, bandas de indios salvajes; un solo viaje de ida y vuelta a Quito en medio de grandes incomodidades y peligros, costaba siete u ocho meses (42). ¿Cómo prestar en estas condiciones un auxilio militar efectivo a las misiones? Sucedió lo que tenía que suceder. Los portugueses, exasperados por la campaña de Iturbide, volvieron al año siguiente de 1710 con una poderosa armada, cuidadosamente preparada por el gobernador de Pará, Cristóbal da Costa, que se componía de 21 canoas, 130 soldados portugueses y 300 indios auxiliares al mando del conocido Antunes da Fonseca. Llegados al Solimões, aprisionaron a 15 españoles que encontraron, entre ellos al misionero P. Sanna, que remitido al Pará y Lisboa, no pudo volver á su querida misión; y sin hallar resistencia que mereciese tal nombre, invadieron a su sabor todos los pueblos de Omaguas, y robaron cuanto encontraron, campanas, altares, alhajas y, sobre todo, indios que se los llevaron como esclavos. «La misión de Omaguas, escribía el P. Fritz, que cuando yo entré el año 1685, y misioné casi veinte años, tuvo 38 pueblos, unos mayores, otros menores, casi todos en islas; ahora, según noticias que tengo, está casi consumida con el tráfago de los portugueses, y han quedado solamente cinco pueblos. Un solo pueblo de Omaguas tenemos que se escapó de los portugueses y subió unas 60 leguas desde la boca del Napo hacia arriba, y se pobló en Zarapa» (43). La Corte portuguesa, en carta

(42) ASTRAIN, *Historia*, VII, 404: Carta del P. Pablo Maroni, S. J. al Presidente de la Audiencia de Quito.

(43) Fritz a Alejandro de Sousa, Jeveros 23 de marzo 1721 en: ASTRAIN, *Historia*, VII, 413.

regia de 13 de agosto de 1710, aprobó al gobernador de Pará cuanto había hecho contra las misiones castellanas del Solimões.

Quedaron, pues, perdidas sin remedio para España las extensas misiones de Omaguas y todos los territorios del curso medio del Amazonas; sin embargo, las misiones de Mainas hicieron que los portugueses no pudiesen penetrar más arriba de la aldea de San Francisco Javier de Tabatinga, fundada por jesuítas portugueses el año 1752, y llegar hasta el Napo y el puerto de Nopotoa, o simplemente hasta donde los ríos eran navegables. Si hoy día Colombia, Ecuador y el Perú son potencias amazónicas, deben este beneficio a la misión de Mainas.

7. *Hacia el «mato» interior. Minas de Cuyabá.*

El avance de los portugueses del Brasil por los modernos estados de Goyaz y Matogrosso, situados dentro de la demarcación española y pertenecientes a las gobernaciones del Paraguay y Santa Cruz de la Sierra, no estuvo en relación con la expansión del Gran Pará a través de los afluentes meridionales del Amazonas, sino que dependió exclusivamente de las *bandeiras* de mamalucos de São Paulo, y obedeció, según parece, además de a codicia de coger en el certón indios para esclavos, a la idea fija y secular de llegar a las ricas tierras del Perú y minas de Potosí. Cortado, pues, el paso por el fuerte nucleo de las misiones jesuíticas del Paraguay, se dirigieron los paulistas más al norte, donde en el siglo XVIII tuvieron la fortuna de encontrar las minas de Cuyabá, Goyaces, Pilones y otras que dieron importancia al territorio y atrajeron numerosa población. Sin embargo, las dos corrientes inmigradoras, la de São Paulo y la del Gran Pará, se dieron la mano en las proximidades de las misiones españolas de Mojos y Chiquitos.

El año 1695 se dirigió una *bandeira* paulista mandada por Antonio Ferraz a la provincia de los Itatines, y dejando a un lado las ruinas de la antigua ciudad española de Jerez, caminaron, parte en canoas, parte a pie, hasta dar en las misiones de los indios chiquitos, recién establecidas por los jesuítas: su plan era doble, cautivar indios y al mismo tiempo destruir si pudiesen y despoblar a Santa Cruz de la Sierra y acercarse a Charcas y Potosí. Los misioneros tuvieron noticia de la tempestad que se avecinaba por

un indio a quien habían prendido los portugueses y que se les había fugado; exhortaron a sus neófitos a defenderse, y ellos lo hicieron bien, pues preparando una emboscada en el sitio de los Penoquis, donde más adelante se fundó el pueblo de San Rafael, cogiéndolos desprevenidos les dispararon una lluvia de flechas envenenadas de que murieron muchos, y los demás volvieron atrás (44). Mientras tanto, el P. José de Arce, fundador de la misión, corrió a Santa Cruz de la Sierra y avisó al gobernador, Luis Antonio Calvo, de lo que pasaba, exhortándole ardorosamente a detener con las armas a los paulistas. Entendida la gravedad de la situación formó el gobernador un ejército de 130 españoles, y entrando a tierra de Chiquitos armó también a 300 indios auxiliares, y con esta tropa esperó al enemigo, que el año siguiente volvió con más refuerzos y llegó al pueblo de San Javier, que por precaución había sido evacuado. El capitán paulista Ferraz, al ver el pueblo abandonado, escribió una carta cortés al misionero, haciendo protestas de su buena fe; sólo venía buscando algunos indios que se le habían huído; naturalmente, en el campo español no hicieron caso de tan buenas palabras, y el 19 de agosto de 1696 se puso en marcha el ejército, llegando a las tres de la tarde a distancia de una legua de los contrarios. Esa noche el P. Arce y los dos misioneros de San Javier confesaron a los soldados y los animaron a la pelea. A la mañana siguiente salieron al campo los dos ejércitos, y al empezar el tiroteo quiso Dios que un caballero español, llamado Andrés Florián, divisando al capitán portugués Ferraz, le disparó el arcabuz con tal acierto que le derribó muerto en tierra; al instante acometió él mismo espada en mano al segundo comandante portugués y lo mató a estocadas. Con la muerte de los dos jefes se desordenó el ejército paulista, y los españoles y los chiquitos dieron en ellos y los mataron a casi todos, y completaron el triunfo libertando 1.500 indios que llevaba ya cautivos el enemigo. Esta victoria sonada alejó definitivamente a los paulistas de las misiones de los Chiquitos, como cincuenta años antes los guaraníes los habían ahuyentado de su territorio (45).

---

(44) PASTELLS-MATEOS, *Historia,* VI, 332; VII, 322.

(45) *Lettres Edifiantes,* VIII, 284: *Representación de los PP. Consultores del Paraguay al Virrey del Perú,* f. 6.

El tesón y perseverancia de los *bandeirantes* no cejó por este revés y decidieron extenderse más al norte y probar fortuna. Las tierras altas de Matogrosso y Goyaz al centro del Brasil habían recibido ya la visita fugaz de los certonistas del Gran Pará en el siglo XVII, subiendo por el río Tocantins, y años más adelante por el Xingú y el Tapajoz; y los jesuítas portugueses habían hecho asimismo excursiones misioneras por esas tierras, entre quienes se señaló el P. Manuel Nunes el año 1659 (46). Pero la colonización efectiva se realizó en el siglo XVIII desde el sur mediante las *bandeiras* de São Paulo. Hallándose el año 1719 una de ellas en el paraje llamado Cuyabá, encontró oro y en tal cantidad que tres años adelante Moreira Cabral sacó en un mes 400 arrobas del precioso mineral. El hallazgo atrajo, como es natural, numerosos aventureros, y el año 1727 subió el mismo gobernador de São Paulo, Rodrigo César de Meneses, y estableció una villa, poniendo al frente de ella a un oidor. Las comunicaciones eran largas y penosas, parte a pie y parte navegando en canoas por diversos ríos: la vía ordinaria era por el Paraná hasta dar en el río Paraguay, por la antigua provincia española de los Itatines, y por el Paraguay arriba hasta dar en una de sus dos ramas superiores, que es el río de Cuyabá; en el viaje se gastaban de ordinario seis meses. Meneses escribía el 12 de marzo de 1723 al jesuíta José Mascarenhas: «Las nuevas de Cuyabá cada vez son más favorables, espero en Dios que se acuerde de esta capitanía y del deseo que tengo de ver aumentada la real hacienda», y el portugués Manuel Martines declaraba años adelante, en 1738, que Cuyabá contaba 5.000 vecinos blancos, de los que cada uno tenía seis o más esclavos (47). Este desarrollo hizo que se fundase el año 1748 la capitanía de Matogrosso, y el primer gobernador, Antonio Rollin de Moura, fijó su residencia en Villa Bella, población que fundó el año 1752 en el río Guaporé, muy cerca de las misiones de Mojos.

Las tierras septentrionales de Matogrosso las había visitado antes Francisco de Melo Palheta, el introductor del café en el

(46) LEITE, *Historia*, III, 213 ss.: *Diccionario Historico.. do Brasil*, I, 803.
(47) LEITE, *Historia*, VII, 197: PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, 317, 548.

Brasil, durante una gran exploración que hizo del río Madeira, partiendo del Pará. Era Melo Palheta uno de los soldados que con el cabo Antonio Miranda habían devuelto al P. Samuel Fritz a su misión de Omaguas en 1691. La exploración duró de 1722 a 1724, y se proponía llegar hasta las cabeceras del Madeira, y juntamente establecer comunicaciones y comercio con el Perú, y acercarse lo más posible a Potosí. Subiendo, pues, por el Madeira y pasando el pueblo de San Antonio das Cachoeiras, fundado con esta ocasión el año 1722, en que residían dos misioneros jesuítas portugueses, llegó a la boca del río Mamoré, y penetró por él, llegando poco después al primer pueblo de la misión de Mojos, llamado la Exaltación de la Santa Cruz: era el 8 de agosto de 1724. Estaba allí de cura el jesuíta español Miguel Sánchez, y después de misa mayor, pues era domingo, se le presentó uno de los portugueses y con toda cortesía le pidió licencia para entrar en el pueblo, y que dijese misa un clérigo capellán que traían. Vinieron en efecto a la iglesia y cantaron la *Salve* y el *Alabado,* y el clérigo se reconcilió y dijo misa; después Melo Palheta y el capellán se quedaron a comer con el misionero castellano, que no disimulaba su inquietud por temor de que fuesen mamalucos. El portugués explicó que había salido el 8 de noviembre de 1722 de la ciudad de Pará, por orden de su gobernador, Juan de Mejía de Agama, al descubrimiento del río de la Madeira: venían 130 entre blancos, indios, mulatos y zambos, y traían 40 bocas de fuego: su intento era descubrir tierras y demarcar el río, y preguntó por Santa Cruz de la Sierra y Potosí; deseaba pasar río arriba a ver otros pueblos y buscar mantenimientos. El misionero le atajó con firmeza su pretensión de seguir adelante, y dándole algunos bastimentos le despachó dentro de tres días; orden que no se atrevió a quebrantar el portugués, sin duda por las noticias que adquirió de lo que eran las misiones de Mojos; aunque antes de volverse dejó una carta para el gobernador de Santa Cruz de la Sierra, Francisco de Argumosa, en que le intimaba que todo el río Madeira y el Mamoré pertenecían al dominio de Portugal, y principalmente el lugar en que se juntan los ríos Mamoré e Itenes, y por tanto le requería que de ese término para abajo no pasasen los castellanos, ni fuesen

inquietar los indios (!) (48). El P. Miguel Sánchez respiró al ver dar la vuelta a los portugueses, y avisó de todo al superior de la misión, Tomás Delgado, el cual despachó cartas a las autoridades españolas de Santa Cruz de la Sierra, Charcas y Lima, dándoles noticia de cuanto había ocurrido. Los jesuítas, por precaución, armaron a los Mojos con bocas de fuego, que por entonces no fueron necesarias, pues los portugueses no se atrevieron a atacarles; si bien más adelante, el año 1762, sí se vió ensangrentada la misión con una guerra contra portugueses, como consecuencia de las usurpaciones efectuadas durante la vigencia del tratado de límites de 1750.

Volviendo a Cuyabá, era tal la despoblación castellana del interior de América, que hasta 1731 no se tuvieron las primeras noticias de las incursiones portuguesas por el Matogrosso y de la existencia de las minas de Cuyabá; y fué en la ciudad de la Asunción, con motivo de haberse presentado unos indios infieles de nación Payaguá a vender oro en cantidad de 90 arrobas. Preguntados los indios dijeron que, acometiendo unas canoas de portugueses que bajaban por el río Paraguay para el Brasil, y dando muerte a dichos portugueses, les habían quitado el oro; se trataba, como se supo después, de un oidor de Cuyabá, que habiéndose enriquecido en el oficio, volvía con su hacienda a São Paulo. Este hecho despertó la vigilancia de las autoridades españolas, y parte por declaraciones de portugueses aventureros, parte por informe del capitán de fragata español Juan Antonio de la Colina, que había estado prisionero en Río Janeiro, averiguaron por fin toda la verdad. Cuyabá caía dentro de la demarcación castellana, y la suponían 40 leguas más al norte de la ciudad de Jerez, destruída; además de Cuyabá había otra población menor y dependiente de ella, llamada Matogrosso; las minas eran extraordinariamente ricas, y las había también en Goyaces, Pilones, Mediaponte, Parnahiba y otros lugares (49). Los misioneros de los Chiquitos fueron los primeros en descubrir por sí mismos rastros de portugueses. El P. Agustín de Castañares los halló por diciembre de 1737 en una excursión

---

(48) PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VI, 282-286: LEITE, *Historia*, 393, 401, 412.

(49) PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, 328, 331, etc.

que hizo desde el pueblo de San Rafael al oriente en busca de indios infieles para amistarlos. Habiéndose encontrado con un camino muy trillado y señales de haber pasado horas antes cantidad de caballos, mulas, cabras y puercos; siguiendo la ruta, halló en el río Jaurú una canoa bien cargada, en la que iba un portugués que en el habla parecía castellano, y con él un mestizo y dos negros con un indio bogando, y dos señoras. Gritóles el misionero desde la orilla rogándoles se acercasen, mas ellos apresusaron el paso y bogaron con más fuerza; según se supo después iban de Cuyabá al pueblo de Matogrosso, bajando primero por el río Cuyabá y subiendo después por el Jaurú, ambos afluentes del Paraguay. El portugués de la canoa, por su parte, dió aviso a los suyos de haber visto a un misionero castellano con indios cristianos, lo que motivó que, con el deseo que tenían de comerciar con el Perú, organizasen expediciones a las misiones de Chiquitos (50).

A fines de agosto de 1740 se presentó en el pueblo de San Rafael un grupo de cinco portugueses, dos fidalgos y tres de baja esfera, con ocho criados indios y un negro; traían una carta de un clérigo de Cuyabá, llamado Luis Rodríguez Villare, para el misionero; por ella sabemos que los fidalgos se llamaban Pedro Alvares Barbosa y Antonio Pinheiro de Faría; a la carta acompañaba un ornamento y algunos otros donativos para la iglesia de la misión, en honra de San Francisco Javier; habían tardado 59 días de camino desde Cuyabá. Expusieron los fidalgos sus pretensiones de entablar comercio con el Perú, y llegarse para ello a Santa Cruz de la Sierra a hablar con el gobernador; a lo que repuso el cura de San Rafael, Esteban Palozzi, que por la audiencia de Charcas tenían los misioneros prohibición rigurosa de no dejarles pasar por aquella tierra que pertenecía a los dominios del rey católico. Los portugueses dijeron entonces que no había tal, y que la tierra no estaba fuera de la demarcación de su rey, y que si en esto hubiera alguna duda, los dos monarcas lo resolverían entre sí, enviando personas inteligentes que señalasen la raya y término de lo que a cada uno perteneciese. Pero en fin, ante la

(50) PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, 549.

firmeza del misionero, hubieron de volverse, mal de su grado (51). El mismo año de 1740, por diciembre, hubo otra expedición de portugueses, más numerosa y mejor preparada. El día 17 tuvo noticia de ella el mencionado P. Palozzi: eran unos 50, y traían consigo al Padre fray Juan de San Antonio, carmelita calzado. No los dejó el misionero llegar al pueblo, y dos días más tarde fué en persona a la «pascana» de los portugueses, donde salió a su encuentro «un religioso venerable, como de cincuenta y cinco años, de vara y media de alto, muy corpulento y abultado, y revestido de unos hábitos muy buenos y cumplidos». No pudo el P. Palozzi evitar que el fraile se arrojase a sus pies, y terminados los cumplidos refirió que por orden de sus superiores andaba pidiendo limosnas para su convento, y habiendo ya acabado de recorrer el Brasil, quería pasar al Perú en prosecución de su obediencia. El misionero le opuso la prohibición de la Audiencia de Charcas, y sobre ello hubo sus dares y tomares, en que el fraile no se mostró lerdo, ni al jesuíta italiano le faltaron tampoco ingenio ni aun humorismo. Pretendió el fraile le dejase celebrar la fiesta de Navidad, que estaba próxima, dentro del pueblo con sus portugueses, pero el misionero se cerró con resolución en no dejarles salir de la pascana, intimándoles que cuanto antes se volviesen a su tierra. Entonces comenzaron a decir los portugueses que, fuera de don Antonio (Pinheiro, el de la entrada del mes de agosto?) y sus compañeros, todos los demás venían huyendo de la justicia y con determinación de no volver más a sus tierras, y que era inhumanidad estorbar que unos delincuentes pasaran de un reino a otro a refugiarse. No dió oídos Palozzi a éstos, que le parecieron cuentos, antes ordenó a los indios que montasen guardia y no dejasen salir a ningún portugués, amenazándoles como a pícaros y malhechores con azotes, si era negro, mestizo o mulato el desmandado; finalmente, el segundo día de pascua de Navidad, una hora antes de amanecer, hicieron los portugueses tres salvas con toda la arcabucería y se partieron para sus tierras (52).

---

(51) PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, 376, 377, 387. Es notable que las razones que dieron los portugueses a Palozzi coinciden con las que corrieron por Madrid y Buenos Aires en defensa del tratado de límites.

(52) Esteban Palozzi al Superior de Chiquitos, Bartolomé de Mora. San Rafael, 28 de diciembre 1740 (PASTELLS-MATEOS, VII, 412-416).

Los pormenores, un tanto pintorescos, de esta última entrada de los portugueses a las misiones de Chiquitos, hacen pensar que se trataba de un plan general trazado por el gobernador de Río Janeiro, Gomes Freire de Andrade, ordenado no a conquistar, sino a registrar en todas direcciones los territorios españoles confinantes con el Brasil, para preparar el tratado de límites de 1750, de que diremos una palabra a continuación; y así lo creyeron firmemente los jesuítas del Paraguay.

8. *Río Grande. Gomes Freire de Andrade.*

Los dos estados del sur del Brasil, Santa Catalina y Río Grande do Sul, fueron en un principio territorios españoles, de derecho por quedar al poniente de la línea de demarcación, y de hecho por la ocupación y dominio ejercido sin interrupción por España en el río de la Plata, a cuya unidad geográfica pertenecen: el fundador de Buenos Aires, Pedro de Mendoza, tomó posesión y puso las armas de Carlos V en la isla de Santa Bárbara, situada más al norte de Santa Catalina, el año 1535; y aun hubo población castellana cerca del río de San Francisco; y habiéndose establecido los portugueses en la isla de Santa Catalina, fueron expulsados por las armas (53). Sin embargo, también desde un principio tuvieron los portugueses la pretensión de extender el Brasil de río a río, del Amazonas al norte al de la Plata al sur, y fueron introduciéndose sigilosamente por los modos que ya nos son conocidos.

La ocupación del que se llamó río grande de San Pedro es del siglo XVIII: en 1737 levantaron el fuerte de Río Grande, y de él se extendieron a establecer otros dos: el del Ichuí, y el de San Miguel, 50 leguas distante del primitivo de Río Grande. Ya el año 1723 habían intentado fundar población en Montevideo; mas por fortuna estaba entonces de gobernador en Buenos Aires Bruno Mauricio de Zabala, quien al momento se dió cuenta de la importancia del suceso, y con el auxilio de los indios de las misiones, los expulsó y fundó él la ciudad española de Montevideo, como

(53) *Representación de los PP. Consultores del Paraguay*, f. 2. *Idea del estado antiguo y moderno de la América Meridional.* (*Ms. Archivo Histórico Nacional* de Madrid, leg. 120 j, atado 1.º) Dos ejemplares.

antes queda referido. Con ocasión de la guerra hispano inglesa de 1739, Portugal asentó más el pie en Río Grande, y a 12 de julio de 1740 se enviaba de Madrid una instrucción secreta a Domingo Ortiz de Rozas, gobernador de Buenos Aires, sobre lo que debía hacer en vista de la extensión que los portugueses se habían tomado en Río Grande, y los dos fuertes nuevos que habían construído en Corral Alto, a 70 leguas de Montevideo, y en la sierra de San Miguel a 75 (54). Juntamente procuraron los portugueses atraerse a los indios Minuanes o Guenoas, de la región de la banda oriental del Uruguay, para por un lado apartarles de las misiones que los jesuítas de Montevideo procuraban establecer entre ellos, y por otro tenerlos como auxiliares en los robos que en las estancias de ganados hacían. El año 1747 llevaron a la isla de Santa Catalina más de 400 familias de las islas Azores, para poblar el territorio interior de Río Grande: pensaban llevarlas a las cabeceras del río Negro y al Yacui, en las proximidades de la estancia del pueblo de San Miguel, la más oriental de los del Uruguay (55). El año 1749 tenían ya construído un fuerte en el río Pardo, cerca de dicho pueblo, y el gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui, alarmado, envió al teniente de dragones, Francisco Bruno de Zabala, para que, reuniendo alguna tropa de indios de las misiones, los desalojase (56).

Todo este poderoso movimiento de invasión tenía una cabeza, Gomes Freire de Andrade, gobernador de Río Janeiro desde 1733. Era Freire un militar de talento y dotes extraordinarias, de ambición y astucia, y de pocos escrúpulos en cuanto se refiriese a engrandecer al Brasil y combatir los intereses castellanos. En este punto no le importaba rebajarse hasta la doblez y felonía. Años adelante le fué concedido, en premio de sus méritos, el título de Conde de Bobadella.

---

(54) PASTELLS-MATEOS, *Historia*, VII, 566: LEITE, *Historia*, VI, 528 ss.

(55) *Ibid.*, VII, 292, 305, 306.

(56) *Relación de los servicios de los indios Guaraníes*... 4, folios, letra pequeña (*Archivo Histórico Nacional*, leg. 120 j, atado 1.º), dice que dicho fuerte estaba en el río Piray y que Zabala reunió indios de los pueblos de San Juan, Santo Angel y San Miguel para expulsar a los portugueses. (*Carta del P. Luis Altamirano al ministro Carvajal*, Buenos Aires 6 de junio 1753, en: *Academia de la Historia* de Madrid; *sección Jesuítas*), leg. 11-10-3/23, 161

Al mismo tiempo que Portugal ocupaba todo el territorio del Río Grande, sin que de parte de la corte española se tomase ninguna medida eficaz para impedirlo, fuera de dar órdenes a los gobernadores, se comenzó a notar en diversas partes de América un gran movimiento de exploradores portugueses, que con diversos pretextos iban registrando todas las tierras limítrofes, tanto en las misiones de Mojos y Chiquitos, como en el Paraguay y banda oriental del Uruguay. Unas veces iba un solo portugués o con alguna mujer; otras, tres o cuatro o más, porque hubo vez que llegaron a los Mojos hasta 14 juntos con excusa de que habían salido de sus tierras en busca de unos montes de cacao; otra vez fué a los mismos Mojos uno sólo, vestido de fraile, diciendo ir fugitivo de sus misiones portuguesas del Marañón, y pretendiendo le dejasen pasar a las ciudades del Perú, para dirigirse por ellas y las provincias intermedias a Buenos Aires, y embarcarse para Europa a echarse a los pies de su Rvdmo. General. En otra ocasión se presentó al pueblo de la Magdalena de Mojos otra partida de portugueses, y siendo tiempo de cuaresma cumplieron ostentosamente con la Iglesia, y pidieron al misionero, que era el P. José Reiter, les diese la certificación o cédula acostumbrada (57). En las misiones de Chiquitos, además de las dos entradas antes referidas al pueblo de San Rafael el año 1740, hubo otras por el mismo tiempo: en el pueblo de San Javier se presentaron ciertos portugueses en hábito de mercaderes, uno iba vestido con sotana de jesuíta, tan respetada de los indios, y ella les valió para que éstos les tratasen bien y los condujesen al pueblo y a la casa del misionero, a quien el fingido jesuíta confesó su culpa, y ofreciéndole una limosna para la iglesia, le pidieron les dejase pasar a las ciudades del Perú, a donde iban a expender sus géneros, de que llevaban abundancia; el misionero, conforme a las órdenes de la audiencia de Charcas, les cerró el paso y les hizo retroceder. El oidor o gobernador de Cuyabá escribió en son de queja al superior de la misión de Chiquitos, P. Bartolomé de Mora, tanto por estos desaires como

(57) JUAN DE ESCANDÓN, S. J., *Sucesos de los Jesuítas en las Misiones del Paraguay*, f. 5. *Ms.* del que hay varios ejemplares, uno en el *Archivo Histórico Nacional* de Madrid, leg. 120 j. El que aquí citamos está muy bien conservado, y es un tomo en 4.° encuadernado en pergamino; pertenece al *Archivo S. J. de Madrid*, 1064.

porque parece que cuando la entrada al pueblo de San Rafael la amenaza de azotes a los negros no había quedado en el aire, y rogándole que diese paso franco y atendiese bien a los portugueses que se presentasen en las misiones, alegando la paz y buena armonía que reinaba entre las dos cortes de Madrid y Lisboa. Es claro que los misioneros no podían acceder a estos ruegos por las órdenes que en contrario tenían; pero los de Cuyabá no se desanimaron, y por medio de un mercader rico intentaron sobornar a uno de los misioneros, el P. Marcos de Avendaño, enviándole una gruesa partida de ricas telas inglesas para adorno de su iglesia, a fin de que dejase paso franco a los criados o agentes de dicho mercader, que con otros géneros y mercaderías habían de pasar a las provincias del Perú.

No tuvo efecto la treta; pero lo curioso es la noticia que nos da el P. Juan de Escandón, de quien tomamos mucho de lo que vamos refiriendo, que cuando años adelante fué a Madrid, como procurador de su provincia del Paraguay, vió allí las cartas originales de los PP. Bartolomé de Mora, Marcos de Avendaño, José Reiter, Esteban Palozzi y otras parecidas, que los portugueses habían enviado a Lisboa y de allí a Madrid y probablemente a Londres, cuando la negociación del tratado de límites, como testimonio de acusación contra los jesuítas, por enemigos de portugueses y perseguidores del contrabando inglés en América, a fin de que los expulsasen o sacasen de las misiones, como condición previa para poder ajustar dicho tratado. El mismo Escandón refiere que vió en Madrid un grueso tomo de a folio sin cortar, encuadernado en pasta muy bien dorada por el lomo, que contenía las respuestas y declaraciones tomadas a los exploradores portugueses enviados a registrar las tierras confinantes del interior, a su vuelta a las ciudades del Brasil por Gómez Freire y Alejandro de Guzmán, que fueron los principales promotores del tratado por parte de Portugal. Este tomo contenía solamente lo relativo a las misiones de Mojos y Chiquitos, y supone Escandón que en otro o más estarían las de los emisarios enviados al Paraguay y banda oriental del Uruguay, que fueron más numerosos. «Luego que los exploradores volvían, se les examinaba, dice Escandón, jurídicamente en toda forma y debajo de juramento, en todas las cosas que habían visto y observado concernientes al futuro tratado que se proyectaba, y

a sus consecuencias: qué facilidad, o al contrario dificultad habría en internarse los portugueses, con mercaderías o sin ellas, en tiempo de paz o de guerra, clandestina o descubiertamente, en los dominios que se pensaba en dejar a España por aquellas partes. Cómo se podría entrar y salir de ellos, principalmente en los de hacia el Potosí y sus cercanías; qué caminos, qué seguridad o peligros, así en la acometida como en la retirada, caso que se llegase algún día a las armas; cómo conquistar de nuevo lo que no les diese el tratado, etc. Pero lo que más individualmente se les preguntaba a los dichos espías era si habían llegado a algún pueblo o pueblos de indios, cómo los habían recibido los padres misioneros... qué gente, qué calidad y qué número de ella había en cada pueblo, y qué armas; y hasta si las casas en que vivían eran de teja o de paja o difíciles de quemar en caso de guerra...» (58).

Las misiones del Paraguay fueron especialmente registradas por los portugueses, sobre todo en las cabeceras del río Ibicuy y Negro y demás territorios limítrofes de los ríos Yacuy y Pardo, donde ya estaban establecidos los de Río Grande. Los indios cristianos, si los exploradores se dejaban prender, no les hacían mal, contentándose con llevarlos al primer pueblo y presentarlos al misionero; a los portugueses no les faltaban excusas y pretextos para engañar a los indios, pues sabían las órdenes rigurosas que tenían de las autoridades españolas de no dejarles pasar a los dominios castellanos. Uno alegaba haber hallado a su mujer en ciertas andanzas ininteligibles para los indios, y haber dado muerte a ella o al cómplice, y venir huído de la justicia; otro, haber salido de su casa al *mato*, y haberse internado tanto que no había sabido volver y andaba perdido; otro se hacía monedero falso en el Brasil, y que habiendo sido descubierto, había puesto tierra por medio. Hubo quien alegó la envidia y persecución del gobernador por sus riquezas, y que por eso quería pasarse a ser súbdito del Rey de Castilla, «que es lo más que puede decir un portugués» (59). Y por el estilo eran innumerables las mentiras y trapazas de que se valían para poder cumplir con su misión exploradora: cuando iban muchos juntos, por lo común iba alguno de ellos vestido de clé-

(58) ESCANDÓN, ob. cit., ff. 6 r. y 6 v.
(59) ESCANDÓN, ob. cit, f. 7.

rigo o fraile, y con su breviario, en el que se ponía a rezar, pero siempre a alguna distancia, donde nadie pudiese oír lo que decía, ni ver, como alguna vez sucedió, si tenía el libro del revés, pero nunca le vieron decir misa, aunque fuese día de fiesta. Fué sonada la que le jugaron a Miguel de Salcedo, gobernador de Buenos Aires, a quien se presentaron unos portugueses pidiéndole indios y cabalgaduras para traer del Brasil ciertos tesoros que dejaban escondidos en un bosque. Salcedo, a quien habían obsequiado un reloj y un bastón con puño de oro, consintió y les mandó dar 400 mulas y caballos y número de indios de las misiones, con lo que las registraron a su gusto, y durante el camino de vuelta al Brasil, fueron deshaciéndose con engaño de los indios, y llegaron a São Paulo con el ganado, y sin que hubiese tal tesoro (60).

Duraron todas estas exploraciones desde el año 1740 hasta cerca de 1750, en que ya tuvieron los portugueses tan plena noticia del terreno de la futura demarcación, que hicieron de todo él el mapa que después en el ajuste del tratado firmaron los Reyes (61). Y hecho el mapa, observaron los misioneros jesuítas que cesaron totalmente estas correrías y andanzas de portugueses por el interior de América, al mismo tiempo que se empezó a negociar en Madrid con el mayor empeño y secreto el mencionado tratado.

F. MATEOS, S. I.

(60) *Ibid.*, f. 8, refiere más por extenso este suceso.

(61) Este mapa, impreso en colores, en: *Anais da Biblioteca Nacional*, 52. Río Janeiro, 1938, al principio.

Misioneros Jesuítas a Filipinas

Algunas décadas llevaba de existencia la Compañía de Jesús, después de ser confirmada por autoridad apostólica, cuando, siguiendo las huellas de San Francisco Javier, se estableció en las islas Filipinas, pudiéndose registrar la fundación en 1585 de un seminario por orden de Felipe II para instrucción de los hijos de españoles, bajo la dirección de los padres jesuítas, y en 1601 la del colegio de San José, erigido en universidad en 1623 por bula de Grégorio XV y Real Cédula de Felipe IV.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estas actividades docentes, dedicó la Compañía sus afanes a las misiones de infieles, como la llevada a cabo en 1622 a la isla de Marinduque para intentar con el esfuerzo de su predicación y ejemplo reducir a la vida cristiana y civil a aquellos indios, sin olvidar tampoco el fruto espiritual que se podía conseguir con la asistencia a los ejércitos armados que se organizaban para someter a los indios sublevados o rechazar los ataques marítimos de holandeses y mahometanos. Habíanse encargado los jesuítas del curato de Cavite y, establecidos en las islas muchos chinos que pasaban del vecino continente, pudieron realizar el ardiente deseo de S. Francisco Javier de evangelizarlos, formando con ellos el pueblo de Santa Cruz, llamado de *Sangleyes*, nombre con que eran conocidos en el país los chinos, y ejercitar su paciencia con el penoso aprendizaje de su monosilábico idioma. Años más tarde, en 1628 y 1629, tomaron a su cargo nuevas doctrinas, entre ellas el presidio de soldados españoles de Ilo-Ilo, en

la isla de Panay, y las misiones de Ilog en la isla de Negros y de Dapitán en Mindanao, cuya residencia, con carácter permanente, tuvo principio en este último lugar en 1631. La Compañía tuvo siempre por esta isla especial predilección por haber predicado en ella S. Francisco Javier, según consta por el testimonio fidedigno de su bula de canonización; y habiendo solicitado con singular empeño encargarse de la evangelización de sus habitantes, en 1596 ya consiguió del Cabildo, sede vacante, de Manila la concesión de la cura de almas, y al año siguiente alcanzó la confirmación del Gobernador D. Francisco Tello. El primero que tomó posesión del curato fué el P. Juan del Campo, que acompañó como capellán del ejército al Adelantado Esteban Rodríguez de Figueroa en la conquista de la isla.

La definitiva dominación de Mindanao la realizó gloriosamente, en 1636, D. Sebastián Hurtado de Corcuera, valeroso soldado que había militado en Flandes y que después de haberlo sido de Panamá, fué desde 1635 Gobernador de Filipinas. Por aquellos días había llegado la galeota en que venía desde Malaca el venerable P. Marcelo Mastrilli con ánimo de pasar al Japón. Apunto estuvo la nave de ser apresada por un navío holandés que le daba caza, y por venturoso azar de la navegación, que piadosamente se atribuyo a intercesión de S. Francisco Javier, a quien el padre se había fervorosamente encomendado, un viento favorable que saltó la libro de los enemigos, y apartándola del rumbo de Macán, que llevaba, la impulsó hacia Manila, a donde arribó dichosamente en 3 de julio de 1636. Acogió D. Sebastián afectuosamente al P. Mastrilli, y prometiendo enviarle al Japón, le invitó a la jornada de Mindanao. Acompañóle gustoso en la empresa el venerable jesuíta, y llevada a cabo la conquista y asegurada la posesión de la isla con el fuerte de Samboangán, continuó su viaje al Japón y allí encontró la corona del martirio en 17 de octubre de 1637.

Esta expansión de las misiones jesuíticas originó una escasez grande de misioneros, puesta ya de manifiesto en la carta que en 1631 escribió el Provincial de Filipinas al P. General de la Orden, a consecuencia de la que al año siguiente llegó a Cavite una expedición de misioneros procedentes de España. En 1635 se celebró la quinta congregación provincial, en la que fué elegido Procurador a Roma y Madrid el P. Diego de Bobadilla.

En 19 de julio de 1637 embarcó en Cavite el nuevo Procurador, quien hubo de permanecer algunos años en Nueva España u otros lugares de América, pues hasta igual fecha del año 1640 no desembarcó en Cádiz. Encontró a Europa harto revuelta por guerras y turbaciones que favorecían poco el ejercicio de su labor de captación de misioneros para las que eran consideradas las más trabajosas y difíciles de cuantas misiones tenía la Compañía. El ambiente de malestar y descontento que se advertía en la Corte de España a la más somera observación y se manifestaba ostensiblemente en pasquines y sátiras que circulaban profusamente y sin rebozo, presagiaba la pronta caída del Conde Duque, cuya insensata política llevaba a la más poderosa Monarquía del mundo al borde de la ruina. La penuria que suele preceder a las grandes conmociones políticas y es siempre consecuencia de prolongadas guerras, la desvalorización monetaria y el malestar promovido por gravosas contribuciones y donativos forzosos, la paralización del tráfico y la ruina de la contratación contribuían a crear contra el de Olivares una atmósfera hostil. En el exterior, guerras incesantes consumían caudales y hombres y tenían por teatro a Italia y los Países Bajos, y aun el suelo mismo de España fué hollado por el extranjero invasor. Sin remontarnos a sucesos anteriores a 1637, los ejércitos del Rey Cristianísimo conquistaban en este año plazas en Flandes, en el Luxemburgo y en el Franco Condado, contrarrestando sólo estas victorias las ventajas ganadas por el Marqués de Leganés, Gobernador de Milán. Al año siguiente los franceses se veían obligados a levantar el sitio de Saint-Omer, y aunque el Marqués de Leganés seguía obteniendo victorias en Italia, eso no impidió que tres ejércitos franceses, después del desastre de Leucata, invadiesen nuestro suelo y pusieran sitio a Fuenterrabía, apoyados por mar por la escuadra del Arzobispo de Burdeos. La gravedad de las circunstancias obligó a hacer un supremo esfuerzo para levantar un ejército que al mando del Almirante de Castilla socorrió a Fuenterrabía y consiguió una señalada victoria sobre los franceses. Esta victoria resonante era uno de los últimos destellos del astro fulgente de nuestro poderío que rápidamente corría hacia su ocaso. En 1639 los franceses consiguieron algunos triunfos en el Luxemburgo, pero fueron batidos en Italia por el Marqués de Leganés y el Príncipe Tomás de Saboya. En el Rosellón perdimos

la plaza de Salses, pero, sitiada, cayó otra vez en nuestro poder, siendo inútiles los esfuerzos de Condé para socorrerla. En 1640 capituló Turín al Conde de Harcourt, y en Flandes rindióse Arras después de heroica defensa. Pero la carcoma que corroía el cuerpo mismo de la Monarquía española estalló en violenta conmoción, propagándose el voraz incendio a dos regiones de la península. Los males de la guerra, la dureza de los alojamientos y otras imposiciones y los desmanes de la soldadesca dieron ocasión al levantamiento de Cataluña, y poco después Portugal se emancipaba de Castilla, dando nacimiento a dos largas y simultáneas guerras, símbolo del fracaso de la política del Conde Duque.

En estas circunstancias es fácil comprender los grandes obstáculos que encontraría el P. Bobadilla para cumplir su pacífica y piadosa misión en un ambiente caldeado por tantas guerras y entenebrecido por tantas discordias. Consta que recorrió Italia, y aunque no puede afirmarse que se trasladase personalmente a Alemania y los Países Bajos, en todas partes hizo prosélitos para predicar la fe de Cristo en el remoto archipiélago filipino. En la lista de misioneros que consiguió agrupar figuran representadas las provincias jesuíticas de Roma, Milán, Nápoles, Sicilia, Toledo, Castilla, Andalucía, Aragón, Cerdeña, Germanía superior, Austria y Gallobelga. Para allanar obstáculos burocráticos, sin duda, o para soslayar las dificultades fonéticas de los nombres extranjeros, figuraban muchos con el suyo españolizado y hasta se dan casos de suplantación total y absoluta del apellido originario por un castizo y vulgar patronímico castellano.

El mismo P. Bobadilla declara que en enero de 1641 salió de Madrid y se trasladó a Sevilla. De su estancia en la Corte ha quedado rastro entre la colección de cartas reunidas por los jesuítas y publicadas por D. Pascual de Gayangos en los tomos XIII a XIX del *Memorial Histórico Español* (1). No fué infructuoso su paso por la Corte, pues a pesar de lo poco favorable de las circunstancias, obtuvo del Rey un donativo de ocho mil cuarenta ducados para socorro del viaje y cédulas reales para un acostamiento de más de trece mil pesos en Nueva España. Sin demasiada hipérbole

(1) Cosas particulares notadas en los japoneses, opuestos totalmente a los de España, referidas por el P. Diego de Bobadilla, procurador general de Filipinas, en *Memorial Histórico Español*, XVI, *Cartas de jesuitas*, 275.

pudo escribir que era «una de las más grandiosas limosnas que ningún príncipe del mundo hiciera, y más en tiempo que tanta necesidad tiene para sustentar tantas guerras...».

En Sevilla empezaron a congregarse los futuros expedicionarios, pero hasta llegar a Cádiz no se juntaron todos. Los estudiantes acudían a sus lecciones y los sacerdotes a sus ministerios mientras llegaba el momento de embarcarse; cuatro se ordenaron de sacerdotes, uno hizo la profesión de cuatro votos el día de Pentecostés, y todos, preparados con ejercicios espirituales, hicieron la renovación de los votos el día del Corpus Christi, que aquel año fué el 19 de junio. El 29 de junio salieron para Cádiz por vía marítima, y el 15 de julio embarcaban todos en la flota de Nueva España que mandaba el General D. Pedro de Ursúa, caballero del hábito de Santiago, que se componía de veintiséis naos.

Cuarenta y tres padres y hermanos constituían la expedición, que era la más numerosa de cuantas hasta entonces se habían formado para Filipinas. Iban todos en un mismo galeón, y como en él la casi totalidad de los pasajeros eran jesuítas, pudo decir en verdad el P. Bobadilla que el orden que en todo el viaje se guardó era el de un concertado colegio. A las cuatro de la madrugada se levantaban, y después de media hora de meditación decíanse una o dos misas, en las que comulgaban todos los sacerdotes diariamente, y tres o cuatro veces por semana los hermanos. El día estaba distribuído entre los ejercicios piadosos y los estudios, efectuándose todos los actos a toque de campanilla: exámenes de conciencia, comidas, durante las cuales se leía un libro piadoso, al anochecer la salve y la letanía lauretana, un rato de plática y el rezo del rosario. El 31 de julio, fiesta de S. Ignacio, se solemnizó con extraordinarias demostraciones de regocijo: hubo misa con sermón, salvas de artillería y mosquetería, engalanado en la nao y comida de fiesta, en la que participaron todos, tripulantes y pasajeros, que aquel día confesaron y comulgaron.

Puede decirse que la misión empezó al salir de Cádiz, ejercitándose los religiosos durante todo el tiempo que duró la navegación en la asistencia espiritual de cuantos se encontraban en la nave, principalmente de los enfermos, a los que dedicaron toda clase de caritativos cuidados, prodigándoles consuelos espirituales y socorros materiales siempre que los hubieron menester.

No eran los enfermos exclusivamente quienes padecían privaciones, porque sobre las molestias y trabajos inherentes a las largas navegaciones, las calmas y vientos contrarios que tuvieron prolongaron la travesía y crearon dificultades en el racionamiento, que fué preciso acortar y reducir, sin librarse de este padecimiento los padres, que creyeron prudente reducir la ración, lo que entendido por el General, les envió amablemente seis quintales de bizcocho. Siguió a las calmas una furiosa tempestad en 22 de agosto, que duró dos días, poniendo pavor a cuantos no estaban acostumbrados a contemplar la furia de los elementos. En las tinieblas de la noche, cuando mayor era el furor de la tormenta y el ímpetu del viento, estuvieron a punto de abordarse algunas de las naos y llegaron a acercarse tanto, dice el P. Bobadilla, que no distaban entre si una pica, aunque después fueron apartándose sin llegar a chocar; y añade el padre que aquella noche toda la gente se confesó, debiéndose, sin duda, esta piadosa resolución no tanto al temor que pudiera infundir en los ánimos el peligro inminente como a las exhortaciones y apostolado de los religiosos. La tormenta dispersó las naves, y cuando después de varios días se reunieron de nuevo, súpose que había estado a punto de perderse la nao en que iban veinte padres dominicos, los cuales se vieron obligados a abandonarla por las averías que había sufrido, y a desparramarse entre las demás, trasbordando cuatro de ellos a la de los jesuítas, en la que fueron recibidos con gran caridad y singulares muestras de benevolencia.

La llegada a Puerto Rico el 30 de agosto proporcionó un breve descanso a los cansados viajeros y permitió refrescar los víveres y hacer aguada.

La segunda etapa del viaje fué más penosa porque las calmas frecuentes y los vientos contrarios la prolongaron. Celebróse la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora (8 de septiembre) con misa cantada, sermón y confesión general de toda la nao, quedando turbado este regocijo aquella misma tarde por la desgracia de caerse un hombre al agua, siendo inútiles cuantas diligencias se hicieron para salvarlo. No por predicción supersticiosa ni falso agüero, sino por consideración a las circunstancias atmosféricas y a los trastornos equinocciales, cundió el temor, recordando que en igual fecha del año anterior se había perdido la flota que iba a España; muchos confesaron y comulgaron el día de San Mateo e hicieron votos y

promesas, pero pasó el temido equinoccio sin turbarse la serenidad del mar.

Lo que sufrió notable alteración y menoscabo fué la manutención de la gente, porque con la mayor duración del viaje iban escaseando los víveres y la aguada; y los padres jesuítas, que oportunamente se habían prevenido contra los efectos de la escasez reduciendo el consumo, pudieron socorrer a los necesitados, con que a la postre vinieron a sentir los efectos de su liberalidad, «cosa de que no nos arrepentimos», escribe el P. Bobadilla con abnegada caridad, añadiendo que no les faltó bizcocho, pasas, almendras, aceitunas y otras cosas semejantes que llevaban prevenidas para la navegación del mar del Sur y se vieron obligados a consumir anticipadamente. El 4 de octubre seguían los vientos contrarios y la incertidumbre en cuanto a la duración del viaje y situación, y fué forzoso tasar el agua, reduciendo el consumo a un cuartillo por persona, pero aquel mismo día vieron terminadas sus inquietudes reconociendo tierra próxima a Veracruz, puerto de su destino en el que entraron felizmente aquella tarde.

La nao de los jesuítas estuvo en serio peligro de perderse por haber varado en un bajo a la entrada del puerto, en el que estuvo más de dos horas, sin que los esfuerzos que se hicieron para ponerla a flote diesen resultado alguno, pero al fin con ayuda de la marea se consiguió ponerla a flote. Vencido este peligro, surgió otro, pues aquella noche se declaró fuego a bordo, que afortunadamente se pudo apagar.

Después de una navegación de ochenta y dos días encontraron los expedicionarios el apetecido descanso en el colegio de Veracruz durante diez días, pasando después a la Puebla, donde los acogió amablemente el P. Provincial de Nueva España Luis Bonifaz, que desempeñaba este cargo desde 1641 en que fué elegido por la congregación provincial que la gravedad de los negocios pendientes hizo que se reuniese anticipadamente. Del P. Bonifaz hace este retrato un historiador jesuíta de Nueva España: «Sujeto de gran prudencia y religiosidad, se ocupó cerca de 20 años en el ejercicio de las misiones, de donde le sacó la obediencia para el gobierno de los colegiales. Hemos ya referido los grandes ejemplos de moderación que dió en la vez primera que tuvo el oficio de provincial. No fueron menores los de prudencia y mansedumbre cristiana que dió en el segundo, en que comenzaban ya los sordos movimientos

de aquella borrasca que había de agitar tan violentamente a toda la provincia. La singular dulzura del P. Luis de Bonifaz impidió que prorrumpiera con estruendo en su tiempo; pero viendo que, al fin, no podía enteramente prevenirlo todo ni remediar las cosas con su presencia, se partió a la visita de colegios. A pocos días de llegado a Valladolid, acometido de un violento dolor y oprimido del peso de tantos cuidados, pasó de esta vida el 3 de febrero de 1644» (2). Ocupaba entonces la silla episcopal de la Puebla de los Angeles D. Juan de Palafox, cuyos largos y ruidosos pleitos con los jesuítas, que habían de turbar el país, tuvieron principio durante el virreinato del Conde de Salvatierra.

El 19 de noviembre llegaron los expedicionarios a Méjico para preparar la nueva etapa marítima de su viaje. Tuvieron noticias de Acapulco de que habían llegado dos naos de Filipinas. De los cuarenta y tres religosos que salieron de España, debían quedarse en Méjico el P. Simón Cota, con el cargo de Procurador de Filipinas, el P. Manuel de Benavides, por sus achaques, y el hermano Felipe Duque. Incorporáronse, en cambio, los padres Bernardino de Alisen, Tomás de Andrade, Pedro Carlos, Laurencio de Horta y dos hermanos novicios, y además otros dos seglares que deseaban ser recibidos en la Compañía.

La expedición de cuarenta y tres que había salido de España quedaba convertida en unos cincuenta, y concretamente embarcaron cuarenta y siete para Filipinas, excluídos los tres que se quedaron en Méjico y con la agregación de siete de esta provincia. El martes santo, 31 de marzo de 1643 embarcaron en Acapulco en la flota de Filipinas. La presencia de los misioneros a bordo tuvo que contribuir a crear durante aquella larga navegación un ambiente de marcada religiosidad y recogimiento. Celebráronse solemnemente los Oficios de Semana Santa, y es de creer que la conmemoración de la Pasión del Señor alcanzaría en aquellas circunstancias, en medio de la inmensidad del mar, caracteres patéticos y sublimes. Diariamente se seguía el mismo régimen que en la flota de Nueva España: levantábanse al alba, y después de un rato de oración se decía una misa los días de trabajo y dos los domingos, en las que comulgaban

(2) *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España que estaba escribiendo el P. Francisco Javier Alegre al tiempo de su expulsión.* Publicada por Carlos María de Bustamante. México, 1842, tomo II, libro VII.

diariamente los sacerdotes que no celebraban y dos o tres veces por semana los hermanos; al tiempo de comer se leía un libro piadoso; rezábase la letanía al anochecer y se cantaba la salve; un padre explicaba, en el castillo de proa, la doctrina cristiana y acababa con una breve plática, y entrada la noche tocaba el P. Procurador una campanilla para que rogasen a Dios por las ánimas del Purgatorio y por los que estaban en pecado mortal, a ejemplo de S. Francisco Javier, y antes de acostarse se tocaba a examen de conciencia. La fiesta eucarística del Corpus Christi se celebró solemnemente con engalanado de la nave, disparo de artillería y arcabucería, misa cantada y procesión con el Santísimo Sacramento cantando himnos eucarísticos.

Sufrieron en su navegación uno de los azotes más temibles en el mar. Una mortífera epidemia se declaró en los navíos a las pocas singladuras. Pudo ser el escorbuto, tan común en aquellos tiempos de largos viajes marítimos, o una epidemia producida por la mala calidad de los alimentos u otras causas. Lo cierto es que se propagó rápidamente y que en la Capitana produjo la muerte de seis religiosos dominicos y setenta personas más; y en la Almiranta, en que iban los jesuítas, murieron cinco de éstos y treinta y tres seculares. Los que se libraron de este azote tuvieron sobradas ocasiones en que ejercitar su caridad con los enfermos y moribundos, administrándoles los sacramentos y prestándoles asistencia espiritual.

El P. Bobadilla consignó los nombres y circunstancias de los cinco jesuítas que murieron en esta ocasión. El P. Francisco Casela, natural de Nápoles, entregó su alma a Dios a los 30 años de edad, el 12 de abril, «de un recio tabardillo». Llevaba doce años en la Compañía, en la que había ingresado en Génova, y allí fué donde le conoció el P. Bobadilla y le admitió para su misión. Era amable y bondadoso, y estas prendas que formaban el fondo de su carácter le hacían singularmente agradable en su trato y le captaban la estimación y el aprecio de los demás; su fervor y su piedad ardiente le llevaron a pretender las misiones de China, y cuando se le ofreció ocasión de pasar a Filipinas la aceptó resueltamente, y murió sin haber tenido el consuelo de avistar las tierras de infieles que ansiaba evangelizar. El P. Francisco Boursín, natural de Arras, figuraba en la lista de misioneros con el nombre de Francisco de Burgos, y fué uno de los que hicieron la profesión en Acapulco

antes de embarcar. Distinguióse por su ardiente celo por la salvación de las almas y asistió a los enfermos con desprecio de su vida hasta que, atacado, rindió su espíritu el 1.° de mayo, tronchando las grandes esperanzas que en él se habían cifrado. Aun lloraban su muerte, cuando en 8 de junio fallecía el P. Jorge Eckart (P. Jorge de Angulo), natural de Nesburgo, a la temprana edad de veintiocho años, no menos caritativo y fervoroso y aplicado con suma diligencia al ministerio de la predicación y al confesionario durante todo el viaje, en que logró copiosos frutos. De su misma edad era el P. Gonzalo de Cisneros, de la provincia de Aragón, que en vida había dado señalados ejemplos de obediencia y humildad, y recibió la muerte con ejemplar resignación, como venida de las manos de Dios, y el P. Domingo Waibel, llamado Valverde, natural de Constancia y teólogo de tercer año, considerado por sus virtudes y méritos como hijo predilecto de la Compañía. Este último murió el 1.° de julio, pocos días antes de llegar a puerto.

A estas penalidades hubo que añadir una dura borrasca que se levantó el 21 de junio y durante tres días puso en grave peligro de perderse a las embarcaciones. El último azar les quedaba por vencer. Desde 1640 los holandeses intentaban apoderarse de las naos de Acapulco, esperándolas sobre el Embocadero de San Bernardino o el cabo del Espíritu Santo, pero, una y otra vez las precauciones que al efecto se tomaron eran bastante eficaces, y las naos, burlando el acecho de los enemigos, llegaban felizmente a puerto. Al salir de Acapulco abrieron un pliego del Gobernador en que éste ordenaba que se apartasen de la derrota ordinaria, y siguiendo estas instrucciones pusieron las proas a Casiguran, en la costa oriental de la isla de Luzón, al norte de S. Bernardino, y evitando de ese modo las rutas vigiladas por enemigos, dieron fondo en el puerto de Lampón.

El camino a través de la isla hasta llegar a Manila fué difícil y áspero, pues duró tres días, marchando a pie a través de montes y barrancos y sorteando grandes lodazales por las copiosas lluvias de la estación, y cuando por término de tantas penalidades entraron en Manila, debieron sentir el alivio y la satisfacción de quien ha realizado una difícil empresa y columbrar, al mismo tiempo, la ardua labor que habían de emprender. Aquel puñado de hombres, sin más armas que las espirituales, se proponía transformar un extenso país, habitado por salvajes, venciendo sus instintos nómadas,

para reducirlos a la vida social e infundir en sus rudos entendimientos los principios fundamentales de una religión que pugnaba con sus preocupaciones, sus hábitos y sus tradiciones. Habían de soportar para ello los rigores de un clima malsano, enervante, caluroso en demasía, y los frecuentes temblores de tierra, tormentas, baguíos y grandes aguaceros, arrostrar los peligros del mar en los continuos viajes de unas a otras islas, sufrir la persecución de los indómitos mahometanos, en guerra casi constante con los españoles, y aun la de los mismos indios a quienes adoctrinaban, y encargarse cada misionero del cuidado espiritual y temporal de miles de almas repartidas en un extenso territorio. Muchos de los que vinieron en esta misión consagraron su vida a tan penosa labor por espacio de cincuenta o sesenta años, otros cultivaron las letras o se dedicaron a la enseñanza, y algunos hubo que alcanzaron las más elevadas cimas de la virtud y la aureola del martirio. En las relaciones e historias de la época se encuentran huellas de los trabajos de estos misioneros, y de ellas se pueden sacar datos para tejer someramente sus biografías. Empezaremos por el P. Bobadilla, exponiendo cuantas noticias hemos podido reunir de los misioneros que fueron a Filipinas en 1643.

Según los biógrafos del P. Diego de Bobadilla, nació éste en Madrid en 19 de septiembre de 1590 (3), de padres nobles y bien conocidos en la Corte, como quedó patentizado al navegar en la flota de Nueva España, pues habiendo recalado en Puerto Rico, fué el P. Procurador en una chalupa a la Capitana a ofrecer sus respetos al General y saludó también al Conde de Salvatierra, que iba por Virrey de Méjico, de donde pasó después al Perú, recordándole en aquella ocasión la Condesa las estrechas relaciones de amistad que mantuvo su padre en Madrid con un hermano del P. Bobadilla. Estudió en Salamanca, y en esta ciudad ingresó en 1606 en la Compañía de Jesús. Su vocación le llevó a las misiones de Filipinas en 1615, en donde hizo la profesión de cuatro votos en 1.° de noviembre de 1623. En Manila leyó tres años Filosofía y

(3) P. PEDRO MURILLO, *Historia de la provincia de Philipinas de la Compañía de Jesús. Segunda parte que comprende los progresos de esta provincia desde el año 1616 hasta el de 1716*, Manila, 1749.

ALVAREZ BAENA, *Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*. T. 1.°, págs. 327-28.

doce Teología con gran crédito de excelente profesor y general aplauso por sus profundos conocimientos, de los que, dice el P. Murillo, han quedado ilustres monumentos «que se conservan en nuestro colegio de Manila», refiriéndose, sin duda, con estas palabras a un *Cursus Philosophicus*, en tres tomos en 4.°, y un *Tractatus Theologici*, de diez tomos en 4.°, al parecer manuscritos, que mencionan los PP. Uriarte y Lecina (4). «Una cátedra en Filipinas, dice el P. Murillo, es una galera honrada y una de las fraguas de mejor prueba; tiene el trabajo que en otras partes y le faltan los alivios y estímulos de otras partes. La desidia es tan connatural al país, que como pasión regional se introduce por la respiración a las venas con que inficiona todos los humores. A esta indisposición del ánimo se junta la del cuerpo. Con el calor se suda mucho y se disipan los espíritus, se contraen mil fluxiones, dolores y accidentes que debilitan el estómago, la vista y la cabeza, con que se cobra natural horror al estudio... De aquí se infiere el gran mérito del P. Bobadilla en haberse ocupado tanto tiempo en tarea tan difícil, tan molesta, tan trabajosa y tan pesada.»

Acreditó sus dotes de gobierno durante cinco años en que fué Rector del seminario de San José, y después lo fué del colegio de San Ignacio. Promovióse en aquel tiempo empeñada disputa sobre la tesis teológica de si es lícito al confesor absolver al moribundo que, habiendo pedido confesión, al llegar el sacerdote no puede dar señales de dolor. Sostenían muchos teólogos la opinión negativa, y quiso el Arzobispo celebrar pública controversia para debatir punto tan interesante en su presencia, en la que tomaron parte los más reputados teólogos de Manila. El P. Bobadilla sostuvo la tesis afirmativa con argumentación tan sólida y persuasiva que movió al Arzobispo a inclinarse a su dictamen y mandar que se siguiese esa sentencia favorable al moribundo. Las conclusiones del P. Bobadilla, defendidas en el templo metropolitano de Manila en 12 de enero de 1621, fueron impresas el mismo año en latín, y después fueron traducidas por el autor al castellano (5).

Al ser elegido Procurador, en 1635, emprendió larga peregrina-

(4) URIARTE Y LECINA, *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús de la antigua asistencia de España.*

(5) URIARTE Y LECINA. Obra citada.

ción, deteniéndose primeramente en Méjico, donde dió a la imprenta una *Relación de las... victorias que en mar y en tierra an tenido las armas de nuestro invictísimo Rey... contra los moros mahometanos de Mindanao* (6), que dedicó a D. Iñigo Hurtado de Corcuera, que no sabemos qué relación de parentesco tendría con el Gobernador de Filipinas, de igual apellido, cuyas hazañas en Mindanao trataba de ensalzar. Esta obra, traducida al francés en la colección de Thevenot, y de la que el P. Bobadilla es, según el ilustre bibliógrafo mejicano José Toribio Medina (7), un simple colector y editor, o como dice el P. Uriarte «cuidó del arreglo y edición» (8), comienza por la reimpresión del milagro que S. Francisco Javier obró con el P. Marcelo Mastrilli, que tradujo del italiano el P. Diego Ramírez (9), y luego sigue el relato de que dan idea los epígrafes: cómo llegó a las islas Filipinas el P. Marcelo; dase cuenta de la gran isla de Mindanao y de las hostilidades que aquellos mahometanos han hecho a las islas Filipinas; cuéntase la batalla naval que nuestra armada tuvo con la de Cachil Corralat y victoria que alcanzó; y carta del P. Marcelo Mastrillo en que da cuenta al P. Juan de Salazar, Provincial de la Compañía de Jesús en las islas Filipinas, de la conquista de Mindanao.

El P. Uriarte, que incluye esta obra entre las anónimas, dice que de ella proceden otras dos, que son reproducción parcial o tirada aparte de determinados capítulos de la anterior (10). Los diligentes

---

(6) Relacion / de las gloriosas / victorias que en mar y tierra / an tenido las armas de nuestro invictissimo Rey / y Monarca Felipe III el Grande, en las Islas Fili / pinas, contra los moros mahometanos de la / gran Isla de Mindanao, y su Rey / Cachil Corralat / debaxo de la conducta / de D. Sebastian Hurtado de Corcuera, Cauallero / de la Orden de Alcántara, y del Consejo de Guerra / de su Magestad / Governador y Capitan General / de aquellas Islas. / Sacada de varias Relaciones qve / este año de 1638 vinieron de Manila / Año de 1638 / Con licencia / En México, en la imprenta de Pedro de Quiñones, enfrente / de la Casa Professa.—Gallardo. Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos.

(7) MEDINA, *La Imprenta en México* (1539-1821), tomo II, págs. 176-177.

(8) URIARTE, *Catálogo razonado de las obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia española.* Tomo II, n.º 1858.

(9) NICOLÁS ANTONIO, *Biblioteca Hispana-nova*, t. I, pág. 309.

(10) Dase cuenta de la gran isla de Mindanao y de las hostilidades que aquellos mahometanos han hecho a las Islas Filipinas. Año de 1638. México. (Es tirada o reproducción de las hojas 9 v-14 de la Relación.)
Solemne triunfo con que entró en Manila el Gobernador D. Sebastián Hur-

bibliógrafos jesuítas citados atribuyen al P. Bobadilla una serie de relaciones de sucesos ocurridos en las islas Filipinas y países vecinos de 1618 a 1632.

En la Corte de España presentó dos memoriales al Rey, impresos en 1641?; pide en uno licencia para el embarque de cuarenta misioneros, y en el otro afirma haber empleado veintisiete años predicando y enseñando el Santo Evangelio a españoles e indios en aquellas apartadas islas, y recuerda al Monarca haber presentado dos cartas del santo mártir P. Marcelo Mastrilli. En estas cartas, de las que fué portador el P. Bobadilla, el P. Mastrilli solicitaba del Rey el envío de cuarenta misioneros jesuítas para evangelizar la recién dominada isla de Mindanao.

En Manila desempeñó por segunda vez el cargo de rector, y luego fué elegido Provincial. De esa época existe una carta en que relata el terremoto sucedido en 30 de noviembre de 1645. Dos años después, doce navíos holandeses que acometieron a Manila y fueron rechazados, desembarcaron parte de su gente en Pampanga, matando a muchos hombres, hasta que acudiendo fuerzas los obligaron a reembarcarse. El P. Bobadilla, regresaba de su visita de Bisayas, acompañado de dos padres y un hermano, en una embarcación de poco porte. Al tercer día de navegación fueron descubiertos por seis navíos de la flota holandesa, que arriaron sus lanchas en su persecución, de la que pudieron salvarse varando la embarcación en una isla cercana y escapando a los montes, sin llevar consigo más que los breviarios y los papeles importantes. Hacía la visita a la residencia de Carigara, en 1648, cuando le acometió una enfermedad mortal que le llevó al sepulcro en 26 de febrero de dicho año.

El P. Bobadilla desplegó una actividad prodigiosa y demostró singulares dotes de gobierno, consagrando enteramente su vida a las misiones de Filipinas, de tal suerte que, sin dejar de dedicarse largos años al estudio y a la enseñanza, trabajó también incansablemente en la conversión de los indios, y se le atribuye un *Arte* de la lengua tagala, que, según el P. Murillo, era uno de los mejores

---

tado de Corcuera, regocijos que se hicieron por la victoria, gracias que se rindieron a Dios por el buen sucesso, y honras que se celebraron por los difuntos en la guerra... México, 1638. (Reproducción o tirada aparte de las hojas 37 v-40 de la Relación.)

y más acreditados que se estudiaban en su tiempo, de cuyas palabras, en opinión de Medina, acaso pudiera deducirse que se dió a la imprenta, pero no existe de ello prueba positiva. Lo que consta de modo indudable es que fué observantísimo de su regla, muy dado a la oración, humilde con sus inferiores, prudente en el gobierno, caritativo y amante del bien espiritual y temporal de los indios, a muchos de los cuales sacó de la esclavitud en que habían caído por deudas que no podían pagar. Convencido de que en las cortas de maderas eran a veces tratados injustamente, informó al Gobernador para que pusiese el debido remedio, y deseando consolidar los resultados obtenidos, sacó el título de Protector de indios a favor de todos los superiores de Bisayas. En su viaje a España recogió muchos y selectos libros, con los que enriqueció la librería del colegio de Manila y de otras casas de la provincia.

El P. Francisco Paliola nació el 10 de mayo de 1610 en Nola, de Nápoles; estudió Gramática y Humanidades con los jesuítas, y después de ordenado sacerdote entró en la Compañía de Jesús en 6 de febrero de 1637. Leyó Gramática en el colegio de Salerno hasta que se incorporó a la misión del P. Bobadilla. Fué el primero que se dedicó especialmente a la misión de los Subanos, pueblos ariscos y belicosos a los que hasta entonces no se había podido atender por falta de misioneros. Tan de veras se consagró a su ministerio, que sólo hallaba satisfacción luchando con los trabajos y dificultades de su dura y difícil misión. Aprendió antes que nadie su lengua y les predicó en ella, dejando de usar el dialecto cebuano, de que solían valerse los ministros. Gracias a sus desvelos, fueron grandes los frutos que cosechó, convirtiendo a la fe cristiana a buen número de aquellos recelosos isleños. Recorrió treinta leguas a la redonda, metiéndose en lo más intrincado de aquellos montes, sin que le desanimasen las dificultades ni le arredrasen los peligros. De este modo consiguió inspirar confianza a los indios y logró de ellos que se acogiesen a los pueblos que sin cesar iba fundando y acrecentando en población. Levantó iglesias y casas de madera, y en pocos años logró con su constancia y sus infatigables esfuerzos considerables adelantos. Para ayudarle en sus apostólicas empresas, y en atención a la importancia que iba adquiriendo la misión, le fué enviado otro misionero, y creyó el P. Paliola conveniente dejar a su cuidado la ensenada de Dapitán, con los numerosos pueblos que había fundado en aquella comarca, y correrse él a sitios más

remotos, hacia Samboangán, para proseguir su labor misionera. Logró al principio reducir a muchos, pero apegados a su antigua idolatría y barbarie y resueltos a librarse del misionero, se aprovecharon de la excesiva confianza con que éste despidió su escolta de dapitanos, quedando sólo con dos sacristancillos. Al darse cuenta los subanos de que el padre estaba solo, resolvieron matarle con engaño; envióle a decir un gentil que se quería convertir, y aguardándole confiadamente el P. Paliola, bajó, en efecto, el indio seguido de un buen golpe de gente, y al darse cuenta del peligro, el padre corrió a su oratorio, tomó un crucifijo y esperó de rodillas el martirio (29 de enero de 1648). Su cadáver fué llevado a Dapitán, donde recibió honrosa sepultura y el Obispo de Zebú mandó practicar información jurídica de su vida y virtudes.

El P. José Sánchez, que fué el compañero del P. Paliola en las misiones de Mindanao, había nacido en Tergest, en Austria, en 6 de marzo de 1616. En 1653 hizo su profesión en Filipinas. Dice el P. Murillo que no hay particular noticia de su juventud y primeros años, ni aun de su verdadero apellido, pues siempre uso el de Sánchez que le pusieron los procuradores de la misión; pero nosotros sabemos que se apedillaba Zanzini, como consta en la carta del P. Bobadilla que publicamos. Permaneció largos años en las difíciles misiones de Pintados y Subanos. Estuvo en el pueblo de Dicayo, de donde pasó a rector de Dapitán; volvió a las costas de Subanos y segunda vez al rectorado de Dapitán, continuando por aquellos pueblos de la costa de Mindanao, muchos de los cuales le debieron su formación y la edificación de sus iglesias. Levantó la espaciosa iglesia de Loboe, que adornó con tres retablos dorados y un hermoso sagrario; en Davis hizo iglesia y retablo dorado; en Malabohoc parte de la iglesia y el retablo; y a todas las dotó de ornamentos, imágenes y otras alhajas. En la soledad de sus misiones dedicóse al estudio de las Sagradas Escrituras y formó con textos sagrados cinco libros en latín de alabanza a la Reina de los Cielos. Escribió también sermones en lengua bisaya para todas las dominicas del año y festividades de la Virgen y los Santos y un vocabulario de lengua bisaya, dejando escritos de su mano hasta treinta libros.

El P. Juan del Campo (que no debe confundirse con el primer misionero de Mindanao de igual nombre) nació en Villanueva, en la Vera de Plasencia, en marzo de 1620. Estudió gramática y lógica

en el antiguo colegio de Oropesa y prosiguió sus estudios en Salamanca, donde fué admitido en la Compañía para ingresar en el noviciado de Villagarcía. Empezó en Méjico, en su corta permanencia, el estudio de la Teología, que acabó en Manila. Corrió la costa que mira a Dapitán y se estableció en su mayor pueblo, Siocón, cuyos habitantes se caracterizaban por su extraordinaria miseria y pobreza y por la ferocidad de sus costumbres como los menos influídos por la acción civilizadora de las misiones. En el pueblo de Caldera, vecino al fuerte de Samboangán, edificó casa e iglesia y cultivó espaciosa huerta. Trató después de vencer la repugnacia de los de Siocón a abrazar el cristianismo y se dispuso a sacar la iglesia de los montes para reedificarla en la playa, con el propósito de sacarlos de sus selvas y reducirlos a la vida común para instruirles en el catecismo. Bajó transportando en balsas las maderas aprovechables para su construcción; marcó el solar de la iglesia, echó los cordeles para dejar delineada la fábrica, y mientras atendía a estos menesteres, ayudándole un español y los pampangos de la escolta, descuidando con ello la vigilancia, los subanos, que apenas pasarían de veinte, viendo la ocasión, les agredieron, habiéndoles antes sustraído las armas y hasta el cuchillo de cocina, valiéndose de un muchacho que el misionero había llevado consigo, regalándole y vistiéndole para atraer a los indios. El P. Campo, herido de una lanzada, corrió a refugiarse en la embarcación; siguiéronle los agresores, y el segundo golpe le alcanzó antes de que pudiera saltar a bordo, cayendo muerto al río. Mataron también al español Gregorio de Acosta y a cinco pampangos, escapándose un cagayán, mal herido.

El P. Francisco Combes nació en Zaragoza en 5 de octubre de 1620, según sus anotadores, y en 1610 según Latasa (11). Ingresó en religión en 1633 en Tarragona y fué ordenado sacerdote en 1645. Hizo su tercera probación en San Pedro Macati. Fué a Zamboanga a ejercer su ministerio. Instruyóse en la lengua bisaya, en la que alcanzó singular pericia. En 1646 se incorporó al socorro o expedición a Ternate, ocasión en la que los holandeses intenta-

(11) LATASA, *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*. Pamplona, 1799. Tomo III. Equivoca la fecha en que pasó el P. Combes a Filipinas, que no fué en 1640, como dice, sino en 1643, como hemos visto.

ron apoderarse del navío. Llegó el socorro sin novedad, pero al regreso estuvieron a punto de caer en poder de los enemigos. En 1647 fué a evangelizar a los subanos de la costa de Siocón, teatro del martirio de los padres Paliola y Campo, y logró recoger los huesos insepultos de los compañeros de este último. Dejó la huella de su fecunda labor apostólica en Zamboanga, La Caldera, Bocot, Malande y Balbasen, y logró atraer con su dulzura y suavidad a los feroces habitantes de aquella costa. En 1651 visitó la isla de Pangutarán, en la que fué agasajado por aquellos indígenas, y al regresar se encargó de la misión de Dapitán. En 1655 se trasladó a Cebú, y allí con ocasión de una embajada que el Gobernador D. Sabiniano Manrique de Lara envió a Corralat, reyezuelo de Mindanao, tradujo al bisaya la carta misiva del Gobernador. El falaz reyezuelo preparaba una armada y habiéndolo sabido el Padre Combes se trasladó a Manila a dar aviso al Gobernador, teniendo que luchar en el camino con los mindanaos que le salieron al paso. Ocupó durante un trienio una cátedra de Prima de Teología en Manila, y concluído éste, fué destinado a Dagami con el cargo de Rector. En una de las excursiones que realizó descubrió la solfatara de un volcán en los alrededores de Boranguen, pues el P. Combes supo hacer compatibles las actividades del más ardoroso apostolado con los trabajos científicos y literarios. En 1662 volvió a Manila, y fué en ocasión en que el corsario Cogseng quiso atacar las Filipinas y dirigió una carta al Gobernador en que le invitaba a someterse, la que fué contestada en términos dignos y enérgicos; pero, mal aconsejado Manrique de Lara, tomó el imprudente partido de abandonar las fortalezas del Sur, y entonces el P. Combes procuró con todas sus fuerzas, por escrito y de palabra, disuadir al obcecado Gobernador, haciéndole ver los graves inconvenientes de tal medida. En 1665 fué nombrado Procurador en las Cortes de Madrid y Roma, pero al llegar a Acapulco para dirigirse a Europa a cumplir los deberes de su cargo, falleció el 29 de diciembre de 1665. Su *Historia de Mindanao y Joló* se imprimió en Madrid en 1667 y fué reeditada a fines del pasado siglo.

El P. Luis Pimentel nació de noble familia en Portillo, en 30 de mayo de 1612. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1632 y profesó en Filipinas en 6 de enero de 1650. Enseñó gramática y fué Rector de S. Pedro Macati, Silang y Cavite. Fué elegido Procurador, y en calidad de tal llevó a Manila la misión que llegó

en 1666 y 1667. En Madrid cúpole la gloria de publicar la obra del P. Combes, para lo que pidió y obtuvo las debidas licencias. Siguiendo las huellas de su antecesor, en 1666 representó al Real Consejo de Indias los daños padecidos por las islas a consecuencia del desamparo del presido de Samboangán y otros, y los que en adelante podrían sobrevenir, como sucedió con las incursiones de los piratas joloanos, y consecuencia de esta representación fué una Real Cédula de la Reina Gobernadora de 30 de diciembre del mismo año mandando se volviese a presidiar el sitio de Samboangán en Mindanao. Fué por dos veces Rector de Manila y otras tantas Provincial y murió en San Miguel (Manila) en 5 de julio de 1689.

El P. Francisco de Mesina nació en la ciudad de este nombre, en la isla de Sicilia, en 1614, y en 1629 ingresó en la Compañía de Jesús. Había sido cuatro años maestro de gramática cuando pasó a Filipinas, en donde hizo su profesión el 6 de enero de 1650. Fué durante un año ministro del Colegio de Manila; pasó a Camboja como capellán de los españoles que fueron a aquel país para la construcción de un navío; ocupó dos años el rectorado de Silang y por más de veinte estuvo encargado del ministerio de los chinos en Santa Cruz, cuya lengua y caracteres llegó a conocer muy bien; fué dos veces Viceprovincial de Tagalos y tres años Provincial. En diversas ocasiones le empleó el Gobernador para misiones políticas, que desempeñó acertadamente, y murió en Santa Cruz en 12 de octubre de 1682.

El P. Javier Riquelme nació en Murcia en 25 de agosto de 1619, ingresando en la Compañía en mayo de 1634. Hizo su profesión en 20 de julio de 1654. Fué Rector de Zamboanga un trienio, dos veces Rector de Antipolo, Vicerrector de los colegios de S. José y S. Ignacio y Provincial en 1675. Murió en Manila en 24 de mayo de 1692, habiendo sido muchos años maestro de Teología.

El P. Pedro Téllez nació en Mota de Toro, diócesis de Palencia, en 7 de diciembre de 1619. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1634 y profesó en 1654. Se halló en la armada del capitán Pedro Durán de Monforte, que alcanzó una señalada victoria sobre Paquián Cachilla. Trabajó en la costa de Mindanao, en la que alcanzó muchas conversiones, contribuyendo a extender el cristianismo en

la isla. Levantó más de dieciséis iglesias en los pueblos de la costa e hizo su asiento en Tunganán. En 1663 pasó a la Orden de San Agustín.

El P. Juan Dávila, de noble alcurnia, nació en Sevilla en 2 de marzo de 1615. Ingresó en la Compañía en 1630. Concluídos sus estudios de sacerdote en Granada, leyó gramática en Ecija y fué ministro del colegio de Irlandeses que tenía la Compañía en Sevilla. Por espacio de sesenta y tres años trabajó en las misiones filipinas y brilló de modo señalado por la virtud de la mansedumbre, hasta merecer ser comparado con el patriarca Job, pues un horrible cáncer le minó el rostro durante siete años, sin dejarle apenas más que los labios para cubrir los dientes. Fué Rector de Bohol, Carigara y Cebú y Visitador de aquellos ministerios. Hizo traer de Nueva España algunos pies de cacao y los plantó en Carigara con resultado tan feliz que de allí se propagó este cultivo a otras islas, haciendo prosperar con ello la riqueza agrícola del país. Murió en Ilog (isla de Negros) en 29 de junio de 1706, a los noventa y un años de edad y setenta y seis de vida religiosa.

El P. Francisco Lado era natural de Alguer (Cerdeña), nacido en 2 de junio de 1617. En igual día y mes de 1633 ingresó en la Compañía de Jesús. Profesó en 28 de enero de 1654. Misionó la isla de Basilán, y a costa de grandes trabajos y fatigas sujetó a sus habitantes y los instruyó en la religión cristiana. Embarcó en la armada del capitán Durán de Monforte y llevó a cabo una embajada para ajustar las paces con el rey de Mindanao. Fué Rector del colegio de Samboangán y murió en San Pedro Macati en 19 de mayo de 1677.

El P. Nicolás Denia, cuyo verdadero apellido fué Degne, era valón de nación y misionero fervorosísimo. El P. Combes, en la pág. 499 (2.ª edición) de su obra, le llama Nicolás Denia, y en la 345 Nicolás Deñe, y sus anotadores atribuyen a errata del autor lo que era nombre postizo que adoptó al pasar a Filipinas fundado en cierto parentesco fonético con el suyo verdadero; pero a su vez cometen dichos anotadores el error de hacerle natural de Denia. Nació en 1605, ingresó en la Compañía en 1628 y profesó en 1642. Falleció en Zamboanga, 21 de octu-

bre de 1644. El P. Combes dice que trabajó en Basilán y que le quitó la vida el sentimiento de ver malogradas sus fatigas (12).

Insertamos en el Apéndice dos cartas del P. Bobadilla, en las que se hace el relato completo del viaje. La primera, fechada en Méjico en 1.° de febrero de 1643, comprende el viaje desde Cádiz a Veracruz y sucinta relación de lo sucedido en Nueva España hasta el embarque en Acapulco, y figura en la colección de Navarrete. Los PP. Uriarte y Lecina tuvieron noticia de este documento, pero probablemente no llegaron a verlo, pues se limitan a indicarlo sin describirlo, y añaden: «*Estaba* en la Biblioteca de S. Isidro de Madrid.» de allí lo copió y confrontó Navarrete en 1793. La segunda relata la última etapa del viaje, o sea desde Acapulco a Manila, en la que está fechada en 6 de agosto de 1643. Existe original en la colección de Jesuítas de la Real Academia de la Historia, escrita de mano del P. Bobadilla como copia de la dirigida al P. General, y fué incluída por su autor en carta al P. Provincial de Andalucía. Fué, sin duda, conocida del P. Murillo, que en su *Historia* se refiere a ese viaje en términos que descubren la evidente huella de este documento. Por pertenecer a distintas fuentes o colecciones, a pesar de que ambos se complementan, puesto que describen dos partes diferentes de un mismo viaje, y por su indudable interés histórico hemos juzgado oportuno reproducirlos íntegramente.

JAIME SALVA

APENDICES

I

Viaje desde Cádiz a Nueva España de los Padres Diego de Bobadilla, Procurador de Filipinas, y su compañero el Padre Simón Cota, y de sus 40 compañeros, y los travajos y demás cosas que padecieron. Año de 1643.

(MUSEO NAVAL, *Colección de Navarrete*, tomo II, f. 384, documento 20.)

Pax Christi J.=En esta daré cuenta a V. R. de nuestro viaje y navegación, para la qual, y para preparar lo necesario para ella, yo sali de Madrid y

(12) *Historia de Mindanao y Joló por el P. Francisco Combes de la C. de J.* Obra publicada en Madrid en 1667 y que ahora, con la colaboración del P. Pablo Pastells de la misma Comp.ª, saca nuevamente a luz W. E. Retana. Madrid, 1897.

me fuy a Sevilla por Enero de 641, en aquella ciudad se fueron juntando los sujetos de las Provincias que estaban señalados para Filipinas, si bien no se pudieron acabar de juntar todos hasta Cadiz. El tiempo que en Sevilla nos detuvimos, los estudiantes acudian a sus lecciones, y los operarios a sus ministerios, y todos a sus obligaciones, procediendo con la edificacion y exemplo que se deseava. Aqui se ordenaron quatro de sacerdotes y dixeron su primera Misa, y otro hizo la profesion de quatro votos; todos el dia de Pentecostés ocho de Junio, en que tuvimos gran fiesta y regocijo especial, y para los 19 del mismo que fué día de Corpus Christi, se hechó la renovacion de los votos de los que se havian de embarcar, para la qual los mas se prepararon con exercicios, y se hizo con muy gran fruto y consuelo mio.

Salimos pues de Sevilla para Cadiz a 29 de Junio, dia de San Pedro y San Pablo, en buenas y capaces embarcaciones, y en Cadiz se acabaron de juntar los que faltavan, y asi todos nos embarcamos en la Flota a 19 de Julio, dia en que yo cumplí seis años de mi peregrinacion y tres de estos en Europa, pues en él seis años antes me embarqué en Cavite, Puerto de Filipinas, y en el mismo dia tres años antes me havia desembarcado en la misma Bahía de Cádiz. Eramos por todos quarenta y tres entrando en este número el Padre Simon Cota y yo, y antes de pasar adelante los quiero poner y señalar las Provincias de donde vinieron: a algunos que no eran Españoles se les mudó el nombre por ajustarnos mas al idioma español.

De la Provincia Romana

Padre Domingo Balverde.
Hermano Julio Antonio.

De la Provincia de Milán

Padre Francisco Casela.
Padre Bartholomé Besco.
Padre Carlos de Lemos.

De la de Nápoles

Padre Carlos de Valencia.
Padre Francisco Paliola.

De la de Sicilia

Padre Luis Espineli.
Padre Vicente Damian.
Padre Francisco Messina.

MISIONEROS JESUÍTAS A FILIPINAS

De la de Toledo

Padre Francisco Gregorio Valero.
Padre Manuel de Benavides.
Hermano Xavier Riquelme.
Hermano Francisco Fernandez.
Hermano Felipe Duque.

De la de Castilla

Padre Luis Pimentel.
Hermano Pedro Téllez.
Hermano Francisco Deza.
Hermano Juan del Campo.
Hermano Francisco de Vitoria.

De la de Andalucía

Padre Juan Dávila.
Padre Pedro de Fontiveros.
Padre Mathias de Montemayor.
Hermano Alonso Perez.
Hermano Ignacio Francisco.

De la de Aragón

Padre Pedro Lope.
Padre Gonzalo Cisneros.
Padre Luis Fuster.
Hermano Francisco Combes.
Hermano Francisco Ferrer.

De la de Cerdeña

Padre Juan Domingo Aressu.
Padre Juan Bautista Zuredo.
Padre Diego Silvano.
Padre Francisco Lado.
Hermano Francisco Solinas.

De la Germania Superior

Padre Jorge Angulo.
Padre Ignacio de Monte.

De la de Austria

Padre Adolfo de Pedrosa.
Padre Josef Sanchez.

De la de Gallobelga

Padre Nicolás Denia.
Padre Francisco de Burgos.

Los dichos quarenta y un sujetos, y con el Padre Cota y conmigo quarenta y tres, nos embarcamos, como he dicho, en la Bahia de Cadiz a 15 de Julio en una buena nao que casi toda hiva fletada por nuestra cuenta y puedo afirmar con verdad que con ser tantos y de tan varias naciones y provincias no huvo el menor disgusto ni desabrimiento, sino mucho amor, union y caridad, que me fué notable consuelo, y aun será de admiracion a los que tuvieren experiencia de navegaciones, y mas tan largas como esta, que suelen ser ocasionados a disgustos. El orden que en toda ella se guardó es el de un concertado colegio: a las 4 nos levantavamos y luego se tenia una hora de oracion, despues quando el tiempo dava lugar, que fué lo mas de la navegacion, se decian una o dos Misas, en que comulgavan comunmente todos los sacerdotes, y tres o cuatro veces a la semana los Hermanos: los exámenes a su tiempo y siempre tocando con la campanilla; a las comidas se lehía un libro; a prima noche cantavamos todos la salve y las mas veces tambien la letania de Nuestra Señora; despues della uno de los nuestros hacia un rato de plática, y contava un exemplo por haverlo pedido los de la nao, que acudian todos y se consolavan mucho; después se rezava a coros el rosario de Nuestra Señora y el demás tiempo gastavan los nuestros en estudiar y otros buenos exercicios, con que huvo muy gran edificacion en toda la navegacion, y los pasageros con gente de mar no tuvieron en que reparar, sino mucho con que edificarse. Aunque nos embarcamos a 15 de julio no comenzamos a navegar hasta 18 en que se dieron a la vela hasta 26 naos que hivan de flota para la Nueva España y otras partes de las Indias.

El dia de nuestro Padre San Ignacio celebramos con la mayor fiesta que pudimos; todos los de la nao confesaron y comulgaron y yo prediqué aquel dia; empavesóse la nao, huvo salva de artilleria y mosqueteria; diose a todos los de la nao una muy buena comida y huvo gran fiesta y regocijo. Y comunmente todos los de esta nao tenian refugio en nuestro rancho, donde se les acudia y dava todo lo que havían menester, y asi hivan todos muy ganados; pero en especial se usava de caridad con los enfermos, que desde el principio tomamos a nuestro cargo, y havía dos Padres que se encargavan dellos y les acudian como si fueran de los nuestros, a los quales quizá por esta caridad libró Diõs de enfermedad que no la huvo en toda la navegacion en ninguno, gracias sean dadas a Dios.

El General de la Flota Don Pedro de Urzúa, caballero del hábito de San-

tiago y muy afecto a la Compañía, y lo mostró muy bien en toda la navegacion, escriviéndonos muchas veces con muy grande amor y venevolencia y hablándonos desde su nao todas las veces que se llegava a la nuestra; y el día que por su oficio vino a visitar nuestra nao, mostró en especial su singular afecto. Como se hiva dilatando la navegacion mucho mas de lo que se pensó, yo rezelé, y con fundamento, que nos faltase el mantenimiento, y así le escriví que havía determinado que se acortasen las raciones a los nuestros; mas luego el día siguiente me escrivió una carta llena de amor y venevolencia que no las acortase, y que para que no se hiciese me embiava seis quintales de buen vizcocho, que fué gran fineza y gran presente en ocasion tan apretada, y que en todas las naos se padecía grandísima necesidad.

Toda la navegacion fué comunmente travajosa por las muchas calmas y vientos contrarios; mas a los 22 de Agosto nos vimos en el mayor peligro por que se lebantó una gran tempestad que duró dos dias y mucho temieron de perderse, por que por la cuenta estavamos no lexos de tierra de las Islas junto a Puerto Rico. Confesóse aquella noche toda la gente. Yo confieso que no tuve miedo a la tempestad como quien se ha visto en otras mucho mayores; pero túvele y muy grande a que aquella noche nos hivan embistiendo dos naos, sin poder ni unos ni otros apartarnos por la fuerza del viento; y llegamos a estar tan cerca que no distávamos una pica, y es cierto que si chocáramos nos hiciéramos mil pedazos y pereceríamos; mas el Señor fué servido de sacarnos de este peligro, y que las dos naos se fuesen apartando y cada una corriese por su lado su fortuna hasta la mañana que nos hallamos solas nueve naos porque las demás se havian derrotado; aunque despues de cuatro a seis dias nos volvimos a juntar todas las de la Flota. En esta tempestad estuvo a pique de perderse la nao en que hivan veinte Padres de Santo Domingo para las Filipinas, la qual quedó tan mal parada que obligó a los Padres a desampararla y repartirse en las demás naos; a la nuestra vinieron quatro, con quienes usamos (como se devia) de toda caridad, y en el resto de toda la navegacion fuymos en gran paz y venevolencia con ellos.

A 30 de Agosto llegamos a la Isla de Puerto Rico a hacer aguada, donde estuvimos un dia; desembacaron los Padres y Hermanos en tierra a desahogarse y recrearse un poco. Yo me quedé en la nao, mas fuy en una chalupa a la capitana a ver al General, de quien tantas mercedes y favores haviamos recivido y agradecérselo; vi tambien a los señores Condes de Salvatierra que venian por Virreyes de la Nueva España, y sus Excelencias me recivieron con grande regocijo y venevolencia, en especial la Sra. Condesa por ciertas relaciones antiguas de Madrid de su Padre con un hermano mío. Diéronme a su despedida un buen presente de xamones y algunos dulces para los Padres, y en varias ocasiones en que se acercava la capitana a la nuestra nos hablava personalmente el señor Virrey y preguntava por la salud de los Padres.

Si la navegacion fué penosa hasta Puerto Rico, mucho peor fué de alli adelante, porque las calmas fueron muchas y los vientos quando los havia heran contrarios, con que se hiva alargando mas de lo que se pensava; y asi acudíamos a Nuestro Señor con veras. El dia de la Natividad celebramos la fiesta con Misa cantada, sermon y confesion general de toda la nao; a la tarde

nos sucedió una gran desgracia, pues un mozo muy hombre de bien que se nos havia llegado en la nao y nos servia con grande amor, cayó en la mar, y aunque con suma diligencia se le procuró acudir, no se pudo y se ahogó porque no savia nadar; el consuelo fué que aquel dia havia confesado y con mucha devocion. Temiamos mucho el dia 23 de septiembre que es de conjuncion y equinocio, y en el qual el año antes se havia perdido la Flota que hiva a España; por esta causa se hicieron algunas promesas y todos los de la nao ofrecieron comulgar y confesar el dia de San Matheo, como lo hicieron, y pasó el dia 23 de la conjuncion y equinocio con tal serenidad que admiró a la gente de mar.

Como la navegacion se hiva alargando y los mantenimientos y agua se hivan acabando, hera fuerza tasar y acortar la comida y vevida en las naos, en que se padecié mucha necesidad, y en la nuestra no poca, y así acudiamos con quanto podíamos a los de la nao, que pienso perecieran algunos si no se les acudiera, como se les acudió.

En parte se remedio esta necesidad a los 24 de Septiembre que llegamos a la xonda en que se pescó gran cantidad de muy buen pescado y se allegó y recreó la gente; pero luego bolvió a apretar la necesidad y a nosotros nos vino a faltar la carne y pescado, por haver sido tan liverales con los de la nao, cosa de que no nos arrepentimos; pero no nos faltó vizcocho, pasas, almendras, aceytunas y cosa semejante y traiamos para la navegacion del mar del sur y sirvieron muy bien en esta ocasion; verdad es que si el General Don Pedro de Urzua (como dixe) no nos huviera embiado el vizcocho que nos embió, huviera sido nuestra necesidad muy grande porque nos sirvió algunos dias. Todos los Padres y hermanos hivan con muy buen ánimo, sin quexarse ni afligirse de nada, ofreciéndolo a Nuestro Señor y suplicándole por el buen suceso de la navegacion, en toda la qual havíamos tenido, que no fué poco, agua en abundancia, y se havia dado a todas horas sin tasa. Mas considerando a los 4 de octubre, día de San Francisco de Asis quan contrarios eran los vientos, quanto se alargava la navegacion y que hera contingente se alargase mucho mas y que no llegasemos en muchos dias por no saver en que paraje estávamos y estar el tiempo muy adelantado, nos fué fuerza tambien a nosotros tasar el agua y dar para cada uno un quartillo porque no havia para mas; pero esta tasa (misericordia grande del Señor) duró poco o nada, pues dentro de dos horas reconocimos tierra muy cercana al Puerto de la Vera-cruz, con que huvo gran regocijo y todos pusieron patente el agua que tenian. Cesó la sed y necesidad y el mismo dia a la tarde entró la Flota en el Puerto.

A la entrada en él o por descuydo de los que governavan la nao o por desgracia, tocó en un bajo donde estuvo a fondo mas de dos horas; quando esto sucedió ya havian saltado en tierra los Padres y hermanos en dos barcos que havian llegado a bordo; solos estabamos en la nao el Padre Cota y yo y otros 5 ó 6 padres para guardar la ropa y desembarcarla; dava la nao grandes golpes sobre el bajo de arena, de suerte que el piloto desanimó y se dió por perdido quando yo en esto recogi unos papeles de importancia que me puse en el seno y determiné dexarlo todo por perdido y que nos desembarcásemos los que quedavamos en un barco que teníamos a bordo; mas la cosa

sucedió mejor, pues por la buena diligencia de los marinos que trabajaron valientemente y porque la marea hiva creciendo, salió la nao del bajo y dió fondo donde suele; con lo qual se determinó que yo desembarcase con otros dos para cuydar de los demás que ya estaban en tierra y que el Padre Cota con otros tres se quedasen a guardar la ropa y desembarcarla a la mañana, como se hizo. Pero aquella noche estuvieron en gran peligro porque a media noche se pegó fuego junto a la vitacora que hiva tomando fuerzas a que acudió el Padre Cota con los que le acompañavan y con sávanas mojadas en una tina de agua, que acaso, mas no sin especial providencia de Dios, se havia quedado allí, apagaron el fuego.

Duró la navegacion, segun la cuenta, 82 días, haviendo durado la primera que yo hice a la Nueva España solos 55, y siendo lo ordinario no pasar de 60 días, quedaron los Padres y hermanos cansados, mas rehiciéronse del cansancio en nuestro colegio de la Vera-cruz, donde nos recivieron con gran caridad y regalaron de tal suerte que no sabré encarecer. Los Oficiales de la Real Audiencia en virtud de las Cédulas Reales que trahiamos nos acudieron muy bien con todo lo necesario para llegar a México. Y asi pasados diez días de descanso por no ser el temple a propósito para mas, los fuí despachando en tropas con muy buen havío; llegaron a la Puebla, donde fué notable el regocijo y regalo que en nuestros colegios se les hizo. De allí pasaron a México, donde la caridad del P. Rector se excedió a si misma. El Padre Simon Cota y yo, con otros quatro nos quedamos en la Vera-cruz a disponer y componer muchas cosas que havía y a despachar la ropa a México; y así salimos a 21 de octubre de la Vera-cruz y llegamos a una estancia de nuestro colegio de la Puebla, jornada y media de ella, donde hallamos que nos aguardava el Padre Provincial Luis de Bonifaz, y alli con extraordinaria caridad nos regaló dos dias y luego juntos nos venimos a la Puebla, a donde llegó el Padre Simon Cota con un garrotillo en la garganta, que si con gran diligencia el Médico a media noche no le acude con sangrías, se ahoga; mas fué Dios servido que con ellas mejoró y pasamos a Méjico, a donde llegamos a 19 de Noviembre.

En esta ciudad han caydo algunos enfermos, aunque solo uno o otro de cuydado; mas ya, gracias al Señor, estamos todos con salud para poder proseguir nuestro viaje.

Vino nueva de la costa del mar del sur que venian de Filipinas dos naos muy grandes, las quales estan ya en Acapulco, que ha sido para todos de gran contento, por ver se va disponiendo bien todo para dar fin a nuestra larga peregrinacion.

Despaché luego al dicho Puerto de Acapulco al Padre Simon Cota con otros dos padres para que atendiendo a los ministerios de confesar y predicar cuydasen de nir previniendo lo necesario para nuestro viaje, como lo estan haciendo.

Entre las cosas que de Filipinas me avisan de que no queda allí sino un Obispo de mas de 90 años, que apenas se puede levantar de la cama; con lo cual me he visto obligado a ordenar en esta ciudad a todos los hermanos Theólogos, que han sido onze o doze, por recelar que quando allá lleguemos se haya muerto el Obispo y que en algunos años no se puedan ordenar.

De los 43 de la Compañía que salimos de España y llegamõs a este Reyno, el Padre Simon Cota se queda en él para hacer oficio de Procurador de la Provincia de Filipinas, como el Padre General me ha ordenado. Tambien se queda el Padre Manuel de Benavides por achaques havituales que tiene y el hermano Felipe Duque por justas causas que para ello ha avido, y ambos con gusto del P. Provincial Luis de Bonifaz que en su lugar me ha dado dos que ahora vinieron con el Padre Pedro de Velasco, y son el Padre Bernardino de Alisen y Padre Tomas de Andrade, los quales en realidad de verdad fueron de sus Provincias a Sevilla para pasar conmigo a Filipinas; mas por estar lleno el número de los que yo havía de traer de cada Provincia, no se quaxó el venir conmigo, y vinieron con el Padre Pedro de Velasco, como he dicho, mas ahora con la quedada de los dos que he dicho, van conmigo con gran gusto y contento suyo, y no menor mío porque lo merecen.

Fuera destos dos, me han dado en esta Provincia de México otros quatro, como nuestro Padre General me ordenó, y son el Padre Pedro Carlos, Padre Laurencio de Horta y dos hermanos novicios, a que se añaden otros dos o tres seglares de buenos naturales y havilidades que llevo para ser recividos en la Compañia; de suerte que los que pasamos a Filipinas seremos hasta 50, uno mas o menos, y dellos los 40 sacerdotes; número que jamás savemos haya pasado allá; ni aun a ninguna otra Provincia de las Indias desde que se descubrieron. Todos van muy contentos y animados a trabajar y emplearse con fervor en los ministerios de la Compañía y bien de las almas, y aun a dar las vidas, si fuera menester. Y confío en el Señor que en llegando allá se esparcirán por varios y diversos Reynos de Japón, China, Maluco, Mindanao y Joló, segun la disposicion presente de cosas y la necesidad que de operarios tienen estas misiones.

Saldremos con el favor del Señor a principios de Marzo, que es el tiempo conveniente para Acapulco, en varias tropas divididos, y a últimos del mismo mes comenzaremos nuestra navegacion en el mar del sur, como se suele y es forzoso hacerse, si quieren tener buen tiempo hasta Filipinas.

Quiero concluir esta con la liberalidad de nuestro gran Monarca y Cathólico Rey Filipo 4.º, que Dios nos guarde muy felices años, para que a V. R. conste meior las Obligaciones que le tenemos. Díonos en Sevilla para nuestro viaje ocho mil y quarenta ducados y en esta Nueva España nos vendrá a dar mas de treze mil pesos de a ocho reales, la qual aunque no ha sido bastante para los excesivos gastos que en tan largos caminos y navegaciones hemos hecho y será fuerza hacer; pero es una de las mas grandiosas limosnas que ningun Principe del Mundo hiciera, y mas en tiempo que tanta necesidad tiene para sustentar tantas guerras y defender con ellas la Iglesia Catholica, en que se descubre su gran piedad y santo zelo que tiene de la conversion de todo el Mundo a la Fe de JesuChristo. Con los Padres de Santo Domingo, de los quales pasan 20 a Filipinas, habrá gastado S. M. Cathólica la mitad que con nosotros, y aun no: donde las especiales obligaciones que la Compañía tiene a tan gran Rey y Monarca de servirle siempre y encomendarle

a Nuestro Señor para que prospere su Monarquía y dé vitoria de todos sus enemigos.

Si Dios fuere servido que lleguemos a Philipinas, desde allá proseguiré en dar cuenta a V. R. del resto de nuestro viaje y de lo que en él sucediere. Nuestro Señor me guarde a V. R. como deseo y suplico en mis oraciones y sacrificios; en los de V. R. mucho me encomiendo y pongo la esperanza del buen suceso en lo restante de nuestro camino. México y febrero 1.º de 1643 = Diego de Bobadilla.

Hállase esta relacion MS. en el códice en folio num.º 21 de los MSS. de la Biblioteca de S.n Isidro el Real de Madrid, donde se confrontó en 13 de enero de 1793. = M. F. de Navarrete.

II

Segunda carta del P. Bobadilla, dirigida al P. General, en que relata su viaje desde Acapulco hasta Manila.

(REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *Colección de Jesuítas*, tomo 120, ff. 150ss.)

P. General = Pax Xpi. & = En esta proseguiré dando cuenta a V. P. de ntro. viaje y navegación, como lo hice en la passada de 1.º de febrero que escriví desde México. Donde todos los que estavamos destinados para Philipinas salimoc repartidos en quatro tropas de a doce cada una y començó la 1.ª a caminar a 1 de Marzo y la última, en que yo iba, salió de dha. ciudad de México a 7 de Março; en todo el camino por tierra, que es casi de nouenta leguas, guardamos todo el buen orden religioso que fué possible, y aunque era quaresma i las possadas estauan muy desproueidas de lo necess.º ubo tan buena preuencion que pudimos siempre guardar los ayunos de la Iglesia.

A 19 del mesmo mes de Março llegué yo con mi tropa a Acapulco, a donde ya estauan todos juntos y adonde el P. Simon Cotta con otros dos Padres que con tiempo auian ido a este puerto a preuenirnos lo necessario en él, auian caido malos, y assi el P. Simon Cotta, pues que se auia de quedar por Procor. desta Prou.ª en la nueva España, pareció conueniente que se retirase a mexor temple y assi se fué a México. De los demas recien llegados a este puerto, algunos cayeron enfermos i de cuidado, en especial uno, que fué el P. Juan del Campo, al qual apretó de suerte un recio tabardillo, que casi nos quitó las esperanzas de su vida, i yo traté dexarle en tierra, en que auia mas que medianas difficultades porque en Acapulco por el mal temple y desamparo parece moralmte. fuera cierta su muerte si nosotros embarcáramos dexándole a él en tierra, pues lleuarle a mejor temple quarenta leguas de allí era mas difficil porque ni auia quien lo executasse, y en el camino fuera mas sin duda el morir. A esto se añadió el notable desconsuelo que el P. tenia en que lo dexássemos en tierra y assi me resolui de embarcarle, como se hizo, lleuándole los nros. en brazos hasta la playa i con la alegria de uerse embarcado en pocos dias estuuo bueno como tambien lo estuuieron los demas que se embarcaron enfermos.

Aunque la nao capitana era mucho mayor que la Almiranta, con todo esso jamás me inclinè a embarcarme en la primera, sino en la segunda y viose ser inspiracion de Dios por las muchas comodidades que tuuimos en la Almirta. de que carecieramos en la capitana. Escriuió el Sr. Virrey a los officiales Rs. de Acapulco apretadamente que nos diessen toda buena comodidad para nro. pasage, y ellos lo hicieron muy bien, porque fuera de darnos una muy capaz despensa para los caxones de libros i todo el matalotage, nos dieron todo el alcazar de babor y estribor. Una chopa particular para mi, con que hicieron todo quanto les fué possible. Pero el Almirante llamado Martin de Arreguia, a quien por der.° toca la cámara y corredor de popa nos dió liberalmte. la mitad de lo vno y de lo otro, diuidiéndolas con tablas, y esta mitad era tanto como vna camara y corredor de otras naos, por ser la nra. muy grande y capaz. Con este nos acomodamos muy religiosamte. porque en el alcazar de la vanda de babor hizimos enfermeria para los muchos que fueron cayeron (sic) enfermos como luego diré. En la popa pusimos asientos alrededor con que se vino a acomodar el refitorio muy bien, y el corredor seruia de cocina y repartidor. Y en todo lo que nos tocaua, de noche se acomodauan bien los nros. para descançar y entre dia tenian desago (sic) en la popa y corredor.

Dispuestas pues todas las cosas en la forma dicha, nos embarcamos a 31 de Março, Martes Sto. y a 2 de abril, que fué el Jueves Sto. cantamos missa en la mar y conforme el vso de la Iglesia comulgaron todos nros. sacerdotes con sus estolas, y despues comulgaron nros. hermanos y casi toda la gente de la nao, que eran hasta qtro. cientas personas de varias naciones. Acabada la comunion leuaron anclas y dieron a la vela y el dia siguiente que fué Viernes Sto. pusimos vn Christo en publico y yo predigué algo de la Passion para la consuelo (sic) de los nauegantes.

El orden y concierto que en toda la nauegacion guardamos fué casi el mesmo que en la passada del mar del norte y el que V. P. nos encomendó en la Instruccion que nos dió. A la mañana, al reir del Alua se tocaua con campanilla a leuantar. Luego se tocaua a oracion y esta acabada se decia una Missa los dias de trabajo y dos los dias de fiesta para que ninguno de la nao la dexase de oir. Esta missa se iba repartiendo por todos los sacerdotes por su orden y todos comulgauamos los dias que no la deciamos y los Hermanos dos o tres veces cada semana con grande edificacion de toda la nao, luego se tocaua a almorçar conforme al vso de los nauegantes, que las dos comidas son para ellos almuerço y comida a las tres de la tarde, mas antes de almorçar deciamos de comunidad el itinerario. A la mesa se leya un libro spual. a primera y segunda. Antes de anochecer deciamos con todos los de la nao las letanias de la Virgen y luego cantauamos la Salve, y acabada se tocaua a las Ave Marias. Despues todas las noches juntaua un P. hacia la proa la gente, en especial los muchachos y los enseñaua la doctrina y de la fee y contaua vn exemplo de que gustauan mucho, y los sabados auia sermon p.° toda la nao; auiendo ya anochecido bien, por no olvidarnos del exemplo de nro. P. San Franco. Xavier, tomaua yo una campanilla y en voz alta echaua las animas pidiendo a todos las encomendasen a Ntro. Sr. y para que las sacase de penas de purgatorio, y que tambien encomendasen a Dios

los que estauan en pecado mortal y el buen suceso de nro. viaje; en començando a tocar esta campanilla auia grande silencio en la nao, poniéndose todos a rezar; hicc esto vnos quince dias, mas luego los Padres con su mucho feruor se opusieron a quererlo hacer, y assi por consolar a vno le dexé este officio que le hiço con mucha puntualidad hasta el fin de la navegacion. En fin se tocaua el examen antes de comer y después antes de acostar, y de este modo hicimos toda nra. nauegacion.

Mas antes de passar adelante quiero poner una lista de todos los que nos embarcamos, que fuimos cuarenta y siete y de las Provincias de donde vinieron por auer auido alguna mundança de los de la primera nauegacion del mar del norte.

De la Prou.ª Romana

P. Domingo Balberde siue Waibel.
P. Julio Antonio Job.

De la de Milan

P. Francisco Casella.
P. Bartolomé Besco.
P. Carlos de Lemos siue Lemuggi.

De la de Napoles

P. Francisco Paliola.
P. Carlos de Valencia siue Receputo.

De la de Sicilia

P. Luis Spinelli.
P. Vicente Damián.
P. Francisco Messina.

De la de Toledo

P. Greg.º Balero.
P. Xavier Riquelme.
P. Thomas de Andrade.
H. Francisco Fernández.

De la de Castilla

P. Luis Pimentel.
P. Bern.º Alissin.
P. Pedro Setelles (sic. por Téllez).
P. Francisco Deça.
P. Juan del Campo.
P. Francisco de Victoria.

De la de Andalucia

F. Ju.º Davila.
P. Pedro de Fontiueros.
P. Mathias de Montemor.
H. Alonso Pérez.
H. Ignacio Franc.º

De la de Aragón

P. Pedro Lope.
P. Gonzalo de Cisneros.
P. Luis Fuster.
P. Francisco Combes.
H. Franc.º Ferrer.

De la de Cerdeña

P. Juan Domingo Aresu.
P. Ju.º Bautista Sureddo.
P. Diego Sylbano.
P. Fronc.º Lado.
H. Gauino Salinas

De la Germania Superior

P. Jorge de Angulo siue Eckart.
P. Ignacio de Monte siue Gualtero Sonnembergo.

De la de Austria

P. Adolfo de Pedrosa siue Stam Gauser.
P. Joseph Sánchez siue Zanzini.

De la Gallo bélgica

P. Nicolás Denia siue Degne.
P. Franc.º de Burgos siue Boursim.

De la de México

P. Pedro Carlos.
P. Lorenzo de Horta.
H. Juan de Landa.
H. Ambrosio de la Cruz.
H. Juan Ortiz.

Eramos segun esto por todos quarenta y siete y de trece Prouincias diferentes, y con ser assi no podré significar bien la grande vnion y caridad que en todos nuuo, sin auer ni el mas minimo disgusto entre nosotros sino vn alma y vn corazon en todos, cosa en que repararon mucho los de la nao y se edificaron no poco y aun tomaron exemplo dello, pues en toda la nao con auer tanta gente y de diuersas naciones y auer tantos soldados, marineros, grumetes y pasajeros era tal la conformd. en todos que no vi pendencia ni riña ning.ª sino mucha conformd. ni oyi juramentos ni maldiciones ni auia juegos ni otras cosas que son tan ordinarias en otras semejantes naos y galeones que parece milagro. Las cauezas y mandadores de la nao se adelantauan en esto, teniendo entre si grande vnion y amistad y dando buen exemplo en todo y auiéndose con nosotros como si fueran hermanos de la Comp.ª haziendonos mill caridades en qto. se ofrecia, y parece que andauan buscando ocasiones de hacernoslas, con lo qual todos ybamos contentos y alegres. La frequencia de los sacramtos. en la nao fué mucha, pues en todas las fiestas era gran num.º el que auia de comuniones y las fiestas principales celebrauamos con mas solemnidad de missas cantadas &.ª A 3 de Mayo dia de la Inuencion de la Cruz adornamos en público una hermosa cruz con vn relicario en que auia lignum crucis y a la tarde cantando los hymnos de esta festiuidad la dimos a adorar a todos los de la nao que lo hicieron con grande deuocion.

A 4 de junio fué día de Corpus Xpi. y celebramos la fiesta solemnemente; adereçose la nao con pauessadas, con golpe de buenas colgaduras la plaça de Armas, dispusose la artilleria y arcabuceria, cantamos missa y luego llevamos en procesion el SSmo. Sacramto. con muchas hachas y cirios encendidos, cantando el Pange lingua y haciendo la salua la artilleria y arcabuzeria y gran parte de la nao comulgó este dia y fué de grande alegría para todos.

El dia del B. Luis Gonzagà, 21 de junio, hicimos tambien grande fiesta, pero acabada començo una recia tempestad con un furiosso huracán que anduuo todos los rumbos de la aguja sino es dos, duró tres días y nos dió mucho cuidado por cogernos cerca de tierra. La Capitana se vió obligada a cortar los árboles y estuuo a peligro de perderse por la mucha agua que hacia; nra. nao Almiranta resistió mexor y la vigilancia de los officiales de la nao y en especial del Almirante y Pilotos fué notable, con que salimos felizmente de este peligro; mientras duró nros. nos ocupavamos en acudir a nro. Señor y hacer algunas plegarias con que todo tubo buen fin aunque nos apartamos este dia de la Capna. y no la vimos mas hasta el dia que ibamos a tomar puerto.

A pocos dias de nauegacion reconocimos el viento que aunque era fauorable para nauegar, era pestilencial para la salud y assi fueron cayendo enfermos los de la nao, que casi ninguno se escapó. Tambien los nros. fueron enfermando y en tanto num.º que casi toda la navegacion fueron los enfermos doze a catorce, y muchos recayeron tres o quatro vezes, y pocos fueron los que se escaparon de caer; fueron cinqta. y tantos los enfermos nros. contando recaidas, y con ser tantos y en la mar, se les acudió con tanto regalo y caridad como se podia hazer en un collegio muy opulento y lleno de officiales. Señalé tres Padres enfermeros que con vn moço acudian a nros. enfermos y de quando en quando

los mudaua porque no peligrasen, todos acudian con tanta caridad y trauajauan con tanto feruor que fué de grande edifficion (sic) a todos. Yo tambien cay enfermo y de peligro, de suerte que me temieron y yo quedé muy obligado a los nros. por uér el gran sentimto. que hazian de que les faltasse.

Para los enfermos de la nao auia señalado otros tres Padres que acudieron con notable feruor y caridad a lo espual. y temporal, administrándoles los Sos. sacramtos. de la penitencia, eucaristía y extrema uncion, acudiéndoles con el regalo posible de comida y beuida assi de nro. matalotaje como de lo que para esto daua el Almte. cuya liberalidad en esta parte es muy digna de alabança. Por esta buena dispossicion fueron menos los muertos de lo que se temia. Murieron en nra. nao 33 personas y los cinco fueron sacerdotes de nra. Comp.ª, todos de tan aventajada virtud y religion y tan amados de los nros. y de los seglares que vuo genl. sentimiento en todos e yo le tuue tan grande que no lo sabría encarecer ni hallaua consuelo sino en que era voluntad de Ntro. Señor y juicios que no alcançauamos que tan buenos sujetos y de quien tanto necessitauan en estas islas nos faltassen quando auian de entrar trauajando y ayudando a los demas. Diré ahora lo general que con todos cinco se hizo reseruando hablar en particular dellos para el fin desta carta. En muriendo uno de los nros. reuestido de Sacerdote le poniamos sobre un bofete en la plaça de Armas con candelas encendidas, y cantando haciamos el oficio de la sepultura p.ª echarle a la mar, que es el entierro de los nauegtes., acompañauan los nros. y los de fuera el cuerpo con cirios y candelas encendidos y al echarle se disparaua vna pieça de Artilleria, que es la honra que en la mar se hace quando muere una persona de quenta y el Almte. no quiso dexar de hacer esta a los nros., este dia se ponian dos altares y se decia vn buen número de missas.

En la capna. lo pasaron peor: tuuieron grandes trauajos y necessidades y falta de todo, fuera del peligro en que se vieron de anegarse, murieron sesenta personas, y de ellos seis Padres de Sto. Domingo de solos veinte y dos que se embarcaron, fuera de otros dos que murieron en México y tres que se quedaron enfermos en el camino. Por lo qual y por otras cosas dixe que fué especial prouidencia que nos embarcamos en la Almta. y no en la Capitana.

En començando a nauegar se abrió un orden secreto que del Gouor, de Philipinas auia y en él se nos mandaua que no fuessemos por el camino ordinario ni embocassemos por el embocadero destas islas como se suele, por auer tres años arreo el olandés aguardado estas naos y se recelaua lo hiciesse este tambien aunque no lo hiço, y aunque nras. naos eran muy grandes y fuertes y iban bien artilladas y guarnecidas de gente que podian resistir al enemigo, parecia mas prudente consejo huir el encontrarle lleuando tanto tesoro de plata como lleuauan, ordenauasenos que fuesemos a la baia y puerto de Casiguran, que es en esta isla de Manila, adonde entraron nras. naos y echando el Almirante vn correo en tierra con los plieges de su magd. me pareció saltar en tierrra con otros dos Padres a disponer cosas y todo lo necess.º en el pueblo Casiguran como lo dispusimos y despachamos embarcaciones para que los nros. viniessen a tierra, en especial vno que venia enfermo y de peligro; mientras esto se disponia llego nuevo orden a las naôs para que pasassen a otro puerto mas acomodado, treinta leguas de este, que de nueuo se auia des-

cubierto que se llama Lampon, fueron a él las naos y dieron fondo a 7 de julio despues de nouenta y siete dias de nauegacion, que es de las mas largas a auido en estos mares; yo estaba aguardando las embarcaciones que auia embiado p.ª que viniessen los nros. a tierra, boluieron de vacio diciendo lo que passaua de auerse ido las naos a otro puerto, por lo qual me embarqué luego en una buena embarcacion a Casiguran y fuí al dho. puerto de Lampon adonde hallé a los nros. ya en tierra; dimos auiso a Manila para que nos embiassen el auio necess.º como nos le embiaron. Salimos deste puerto de Lampon con mas de cien indios que nos acompañaauan, lleuauamos ocho hamacas, las dos ocupauan dos enfermos que teniamos de peligro, el vno que salió assi de la nao y el otro que cayó de nuevo enfermo en Lampon, las otras amacas repartí de tres en tres y de quatro en quatro entre los flacos y convalecientes que no podian andar a pie para que algun rato siquiera descansasen. El P. Ignacio Múxica que hauia ido a recibirnos y yo y hasta unos veinte de los nros. que venian mas fuertes caminauamos a pie los lodos a la rodilla y los vados hasta la cinta. Los indios nos lleuauan la comida, manteos y breuiarios. Desta suerte caminamos tres dias por tierra y por caminos muy ásperos, subiendo y bajando montes. Solo una baxada tenia mil y ciento y tantos escalones de maderos. Llegamos bien cansados al pueblo de Pangil dia de Santiago, a donde un H.º de nuestra Comp.ª nos tenia preuenida la comida y mucho regalo que fué bien menester p.ª el trauajo con que auiamos venido; el mesmo día el Alcalde mor. desta Jurisdiccion, que es notablemente afecto a la Comp.ª y tenia especial orden del Goueror. para hacerlo, nos despachó en muy buenas embarcaciones en que nos embarcamos y atravessamos una grande laguna que esta isla tiene y embocamos por el rio de Manila y en tres dias llegamos a nra. casa de San Pedro que está a orillas del rio. Aqui nos hicieron grande reciuimto., con embarcaciones, saltamos en tierra y en la dha. casa de S. P.º nos regalaron con grande caridad. Estauan preuenidos los vestidos y ropa para todos de que necessitauamos harto porque con tan larga nauegacion y caminos tan trabajosos veniamos hechos mil pedaços. En San Pedro descansaron los nros. una noche y el dia siguiente a la mañana se embarcaron p.ª venir a Manila. Salieron al reciuimto. mas de treinta embarcaciones de indios, chinos, collegiales de San Joseph y del Collegio Rl. con muchos gallardetes, músicas de clarines y chirimias, atambores, arcabuces &. Salieron tambien los nros., en especial el P. Provincial Francisco de Roa y el P. Vissitador de México Juan de Bueras, y los dos Prouinciales passados P. Juan de Salazar y el P. Francisco Colín y desta suerte con grande consuelo y alegria llegamos a desembarcar junto a los muros de Manila. Entramos en la ciudad, llegamos a nra. iglesia, que estaua muy bien adornada, y con grande repique de campanas cantóse un solemne *Te deum laudamus*, con excelente música, y acabado salimos en orden por la ciudad hasta palacio a presentarnos al Gouernador y darle las gracias por tantas mrdes. como nos haze y en especial por auer sido su señoria gran parte de nra. venida a estas islas pidiéndoselo al Rey nro. señor y al Consejo encarecidamente por cartas. Ofrecimos todos humildemente al seruicio de su señoria que nos reciuió y despidió con notables señas de amor y beneuolencia. De Palacio passamos a uer al Dean desta Iglesia que por no tener Prelado es la caueça de lo eclesiástico, ofrecimos tambien a

su seruicio y él nos reciuió mostrando el grande amor y voluntad que siempre a tenido a la Comp.ª El aplauso de toda la ciudad fué notable y el alegria que nos mostraua con nra. venida. Boluimos a nro. Collegio donde fuimos reciuidos y regalados de suerte no lo sabré encarecer, solo diré que esta Prouincia con ser tan grande su caridad se a excedido a si mesma en esta ocassion.

Los dos que venian enfermos, el vno dió cuidado, y gracias a Dios estan fuera de peligro y assi del todo buenos. Resta avisar a V. P. de los cinco que murieron en esta nauegacion como prometí hacerlo.

El P. Francisco Casella murió a 12 de abril, pocos dias después de embarcados, de vn recio tabardillo, auiendo reciuido los Stos. Sacramtos. Era natural de Nápoles, aunque se auia criado en Genoua, adonde tenia sus padres y hermanos, gente muy principal de aquella republica, y estando yo en ella le ofrecieron p.ª estas missiones, si bien a su Pe. se le reció la muerte de la ausencia de su hijo, quando vino a España, porque le amaua mucho; auia pedido el P. Casella la mission de China y nunca la de Philipinas; pero en llegando el orden de V. P. de que viniesse a esta Prou.ª con grande obediencia lo admitió; sin proponer a ello era notablemte. amado de todos, de suerte que dondequiera que llegauamos, en especial en Seuilla y México, robó los coraçones de los nros. y con mucha razón por su mucha religion, compostura, sinceridad y pureza. La deuocion parece le era congénita y que auia nacido en ella y singularmte. la tenia a la Virgen Sanctiss.ª Tenia 30 años de edad y de ellos estuuo en la Comp.ª cassi doze y los cuatro leyó gramática en Genoua y cuidaua de una Congregn. de estudiantes, a los quales y a sus discipulos, que todos le amauan mucho, conseruaua en grande deuocion de que yo soy testigo y me edifiqué no poco de ello quando lo ui el tiempo que en Genoua estube. Auia el P. estudiado su Philosofia y mas de un año de Theologia en que auia aprouechado mas que medianamente. Fué las primicias que dimos al cielo (como esperamos) de los que en esta ocassion venian a trauajar en esta viña del Señor.

El P. Francisco Boursin, que acá llamauamos *de Burgos* era natural de Arras y de 33 años de edad y catorce de Comp.ª professo de quatro votos y pocos meses antes yo le auia dado la profesion en México por orden de V. P. y se le auia dexado de dar en Seuilla por no tener cumplidos los 33 años. Embiole para esta mission de la Prou.ª Gallobélgica el P. Prouincial Florencio Memoransi, el qual me escriuió grandes alabanças del P. y decia le tenian destinado para el gouierno de la Prouincia, en todo lo qual no se alargó porque su prudencia, apacibilidad y religion era mucha, la puntualidad de sus exercicios espirituales era notable. El tiempo que nos detuuimos en México estuuo en Cassa Professa trauajando con grande feruor, obediencia y edificacion, y assi le amauan todos, de suerte que quando salió de allí fue con grande sentimto. de todos los nros. que le quisieran detener y gozar del. Venia con grande ánimo y zelo a trauajar en estas partes y quando lo auia de començar a hacer ños lo lleuó Ntro. Señor a 1.º de Mayo para darle el premio de su mucha religion y buenos deseos. Murió de un recio tabardillo auiendo receuido todos los sacramtos.; en este caso que fué de grande dolor no hallo otro consuelo sino que los juicios de Dios son mas p.ª reuerenciar que para escudriñar.

A 8 de Junio murió el tercero de la mesma enfermd. auiendo receuido todos los sacramtos. Era el P. Jorge Eckart, que acá llamamos *de Angulo*. Natural de

Neoburgo en la Germania Superior de 28 años de edad y trece de religion, auia estudiado su filosofia y Theologia, la qual acabó en Seuilla y en México se examinó para la profession delante de mi y hizo vn auentajado examen; fué a Tepozotlán a tener su tercera probación y en ella se auentajó tanto en espiritu que me aseguró el P. Rector y Mro. de Nouicios Juan de Sangüesa que se la enseñaua era de auentajada religion y muy apassible con todos. En el puerto de Acapulco y despues de embarcados por algun tiempo hizo oficio de enfermero con notable feruor, caridad y edificación trauajando como vn esclauo en los officios mas humildes; en la nauegacion juntaua gente en la proa a reçar a coros el Ross.º de la Virgen y con grande alegría y llaneza los atraia a esto, y era tal el respeto que le tenian que aun soldados no muy ajustados no se atreuian a resistirle sino que le obedecian y iban a rezar su Ross.º Tenia a todos los de la nao tan ganados y tantos hijos de penitencia en ella que fué grande el sentimto. que huuo en su muerte i yo le tuue no pequeño por la falta que tal operario y de tanta virtud auia de hacer a esta Provin.ª

El P. Gonzalo Cisneros natural de la villa de Vera en el obispado de Taraçona del Reino de Aragon, vino de aquella Prou.ª, era de 28 años de edad y catorce de Comp.ª y auia acabado sus Artes y Theologia y quando auia de executar sus grandes feruores que de trauajar en esta Prou.ª traya nos le ileuó Ntro. Señor a 25 de junio de vnas calenturas que le dieron por tercera recaida, y como fué su enfermedad en tiempo de la grande tempestad que tuuimos por la qual fué fuerza cerrar todas las portañuelas por no anegarnos, era tanto el calor, y él se encendió de suerte que le vino a acabar auiendo receuido todos los sacramentos. Era muy humilde y en la obediencia como un niño, muy gran religiosso y muy a propósito p.ª estas missiones.

El P. Domingo Waibel que llamauamos *Baluerde* vino de la Prou.ª y Collegio Romano a donde estaua estudiando y auia passado tres años de Theologia que auia de acabar en este Collegio de Manila. Era natural de Costancia en la Supor. Germania, de 28 años de edad y casi seis de Comp.ª Murió a 1.º de Julio auiendo receuido todos los sacramentos; por mucho que diga no sabré encarecer la grande religion y virtudes deste Padre, solo diré que confiriendo en su muerte, de ello todos convenimos no auerle visto quebrantar regla ni aun hazer imperfeccion; su paz, quietud y cerenidad (sic) era tal que parece gozaua en este mundo de la de los bienauenturados; esto le hazia tan amable que no vbo en la nao ninguno que no tuuiesse singular sentimiento de su muerte; a la intercesion que delante de Dios nos hacia este sieruo de Dios atribuyo yo el no auer muerto otro de los nros. despues del auiendo estado dos muy a peligro y casi sin esperanças de vida.

Estos son los cinco primeros que de esta mission an ydo a poblar el Cielo, todos personas muy cabales y de aventajada religión, que parece los yba Dios escogiendo entre tantos. Su falta no podemos dexar de sentir porque sin duda nos la hazen grande; pero por sus méritos esperamos nos vendran otros muy buenos que la puedan suplir y V. P. los embiará como los deseamos. Ntro. Señor guarde a V. P. como la Comp.ª ha menester y yo suppco. a la Diuina magd. en mis sacrificios y oraciones. en los de V. P. mucho me encomiendo. Manila Agosto 6 de 1643 años.=Di.º de Bobadilla.

Las Misiones de Mainas hacia la mitad del siglo XVIII

El autor de este informe, castellano, *Atuuneusis*, diócesis de Calahorra, nació el 30 de noviembre de 1682: entró en la Compañía el 9 de abril de 1700: desempeñó en la Orden importantes cargos de enseñanza y de gobierno y falleció en Valladolid el 16 de noviembre de 1753. De 1735 a 1738 fué delegado del Padre General para la Visita de la Provincia de Quito: visita que dejó allá honda huella, y no muy placentera. Tocáronle circunstancias difíciles; y casi seguro que las instrucciones del Padre General lo empujaron a medidas radicales. Es hipótesis lo del empujón: no lo necesitaba mucho su índole recia, que no se andaba en contemplaciones: los disgustos en que se vió y los peligros que no llegaron sino a amenazar, los indica alguna frase suya al final del presente Informe.

El cual era obligado remate de su visita: al Padre General por lo menos: y debiólo extender al Rey para interesarlo en bien de las Misiones y gritarle el alerta sobre las codicias de los portugueses en extender sus dominios Marañón arriba, a expensas de la Corona de España. Aunque este punto lo trató más despacio y de propósito en otro Memorial o *Manifesto para la Corte de Madrid sobre los derechos de la Corona de España al Río Marañón y adyacentes Provincias*, firmado sobre el terreno en 1737.

Quiso, pues, enterarse bien, por sus ojos—cosa que ningún Provincial ni Visitador arremetiera antes—, del estado de las Misiones, en lo temporal y espiritual; y aun en lo político, el pleito portugués, cuyos rumores por necesidad le llegaron a Quito. La empresa, durírima: parte del camino, a pie, por sierras ásperas y montañas o selvas tupidas, que no toleraban ni el tenaz casco de la mula: después, la tediosa navegación por el río, en canoas endebles, sin maldita comodidad: y los calores, los aguaceros, los mosquitos, las plagas todas que hacían de aquella

misión acaso la más ardua de las que la Compañía tuvo en América. Y no fué de paso: probó lo que eran reducciones bien entabladas, y las que medio surgían del bosque físico y moral, y aun los trabajos de las expediciones en busca de salvajes para reducirlos. «Con heroica paciencia, escribe el P. Jouanen en su *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito,* tomo II, pág. 157, visitó todas las reducciones, aun las más pequeñas, y hasta los lugares donde se pretendía establecer alguna nueva, sin perdonar a trabajo ni fatiga. Un año bien cumplido pasó desde su salida para las Misiones hasta su retorno: de abril de 1736 a diciembre de 1737.»

Tiempo bastante para entender lo que hacían los misioneros, lo duro de sus sudores y las esperanzas de que se convirtieran en campos fructíferos las impenetrables selvas amazónicas. Mejor, quizás, que los mismos que las cultivaban de asiento, a quienes la costumbre y las aficiones podían enturbiar los ojos. Y también lo que el desdén o desidia de las autoridades perdía para la corona: territorios inmensos, entonces casi sin valor, hoy reservas de prosperidad que disfruta el Brasil. En su informe narra su encuentro con las armadillas portuguesas, a las que no pudo oponer sino apelaciones y amenazas, que él propio sabía ineficaces, por imposibles de cumplir. Es tema que he tratado en otro estudio, y en gracia de la brevedad lo omito ahora: el tema y los párrafos a él referentes. Copiaré, pues, lo misional.

El informe primitivo (hay copias en varias bibliotecas y en el Archivo de Indias) con la firma del Padre Zárate pertenece al valioso fondo manuscrito de la que fué biblioteca de don Antonio Graíño, hoy propiedad del Instituto de Cultura Hispánica. Conservo la ortografía, exceptuadas las letras mayúsculas, sembradas a voleo, y desarrollo las abreviaturas.

INFORME QUE HACE A S. M. EL P. ANDRÉS DE ZÁRATE, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, VISITADOR Y VICEPROVINCIAL QUE ACABA DE SER DE LA PROVINCIA DE QUITO, EN EL REINO DEL PERÚ, Y DE SUS MISIONES DEL RÍO NAPO Y DEL MARAÑÓN

SEÑOR:

Desde el año pasado de 1735 hasta el de 38 he visitado de horden y comisión de mi General de la Compañía de Jesús, la Prouinzia de mi Religión de Quito, en los reinos del Perú y sus Misiones situadas a las orillas de los ríos Napo y de las Amazonas (que por otros nombres es conocido por el Río Grande del Marañón y de Orellana), y por varios puntos que he notado y visto en las dichas Misiones, juzgo es de mi obligazión prezisa informar a V. M. dellas, y del estado actual en que las dejo; siguiendo en este Informe la misma Relazión diaria que tengo remitida a mi General.

Partí de Quito para la visita destas Misiones el día 12 de nouiembre de 1736, y me detube en sus zercanías cosa de tres semanas, para reformarme algo en la salud y para dar tiempo a que se juntase la jente que me abía de conduzir, y que se prebiniese lo necesario para la jornada. Y el día 4 de diziembre emprendí el biaje con mi compañero, y el mismo día llegamos a Papallacta, que es doctrina o curato de los RR. PP. Dominicos, pasando a cauallo, con bastante

molestia, el zerro de Guamaní, que es mui pantanoso en sus faldas de subida y bajada, y mui peligroso de emparamarse en la eminenzia los que le transitan en un trecho cortísimo, que pareze increíble pueda causar tal accidente, pues creo no llega a quarenta pasos.

En Papallacta nos detubimos un día a ynstanzia de su cura, el R. P. Fr. Francisco Torres Conde, que nos agasajó con demostraziones de toda benebolenzia y charidad, y de aquí emprendimos el camino de apié, que es mui zenagoso, y el mismo día terzero de nuestro biaje llegamos a Maspa, anejo de Papallacta, que tiene solo seis yndios. De Maspa llegamos a Baeza en tres días, pasando zerca de la gran ziudad que fué de los Quijos, de que aora no ai rrastro; y Baeza tiene tres yndios, aunque en tiempos antiguos tubo 143, y hubo en ella Cajas Reales. Dízese que estas dos ziudades fueron aniquiladas por castigo de Dios por las ynjustizias que los encomenderos, según es voz común, hazían a los encomendados, por lo qual éstos mataron al Cura y se hizieron al monte.

De Baeza a Archidona tardamos tres días, en ellos pasamos los ríos Negro y Casanga, de los quales este útimo es muy peligroso y difízil de badear, porque es caudaloso y ancho y bastantemente rápido, por cuia causa es nezesario que al yndio carguero le ayuden otros quatro o seis, para quebrantar la fuerza de la corriente, y quando menos otros dos de los más robustos. Todo este camino es muy estéril de cazería y de pesca, y aunque llano por la maior parte, es mui lodoso, por ser todo él una montaña zerrada, y por eso es nezesario andarle o cargado en un yndio, rremudándolos, o apie. Tiene dos questas sobresalientes: una que llaman la de Guacamayo, y está dos jornadas antes de Archidona. La otra que llaman la bajada de Quijo o al río Bermejo, es una cuchilla de peña tajada, que tiene más de legua, y es mui pendiente, con dos prezipizios profundos a uno y otro lado; por lo qual se baja con mucha penalidad y con maior susto, agarrándose de las ramas y de las plantas que nazen a la orilla de la senda. Y por haber llobido algo la mañana que la bajamos, apenas hubo de nosotros, como ni de los yndios, quien no diese rrepetidas cahidas, aunque por la misericordia de Dios no hubo desgrazia alguna.

Archidona es Curato nuestro, de que al presente cuida el Padre Henrrique Franzem, y tiene dos anejos, llamados Tena y Napo. Tena dista seis leguas cortas, y Napo, ocho. Y en estos tres pueblos ay 480 casados y casadas; 220 muchachos y muchachas de Doctrina, 310 niños y niñas tiernas; montañeses o mestizos con sus hijos y mugeres, 90: y 10 catecúmenos, que todos hazen la suma de 1.110 almas. Estos yndios pagan tributo a V. M.; ay barios encomendados entre ellos, y están sujetos al gouernador de los Quijos y Macas.

De Archidona pasamos al pueblo de Napo, donde nos esperaban tres canoas grandes, de las misiones, cada una de a 14 bogas, y que tendrían de largo de 16 a 18 baras, y alguna, más; y de ancho de 6 a 7 quartas; y en ellas nos embarcamos zinco jesuítas, es a saber: yo con mi secretario y compañero; el P. Nicolás Eschindelez, Superior de las Misiones, y el P. Pedro Cardiel, a quien llebaua conmigo señalado para cura de Borja; nuestros sirbientes y otros yndiezitos que hauían benido con el P. Superior. A cada canoa grande acompañaua su canchilla, de tres o quatro yndios, que por el ofizio llaman mitayos, y sirben de cazar y pescar la comida para el día siguiente, y para eso se ade-

lantan a la mañana y buscan a las canoas grandes al anochecer, para entregar lo que hubieren cojido, o para dar razón de no hauer cojido nada.

El primer día llegamos al pueblo de Santa Rosa, que pertenece al curato de Abila, sujeto al hordinario, y tiene ocho yndios de tomar armas. En este día fué peligrosa y molesta la nauegazión por barios raudales y pedrones que forman mui malos pasos, y en uno de ellos se bió la canoa principal en euidente riesgo, porque encalló en medio del raudal entre unas piedras grandes, y los yndios no se atrebían a echarse al agua, temiendo la fuerza de la corriente, hasta que por fin, después de larga suspensión, biendo que ni podíamos pasar adelante ni bolber atrás, se apeó al agua el biracocha o mestizo, y a su ejemplo todos los bogas; y no hauiendo podido mober aun así la canoa, con repetidos esfuerzos, se desprendió ella de repente de las piedras, y con grande biolencia hiba a dar en una peña, en que se hubiera echo pedazos o bolcado, a no haberlo adbertido un yndio, que, subiendo con presteza a la proa, la desbió a fuerza del canalete: el biracocha y un yndio quedaron en medio del raudal, sin poder ser socorridos ni moberse, y no tubieron más remedio que arrojarse por el araudal abajo, de donde salieron con mucho susto, pero bien, y los recogimos en la canoa.

A un día de bajada de Santa Rosa, dejando a poco trecho a la yzquierda la voca del río Zuno, se enquentra a la misma yzquierda la del río de la Coca, que en sus cabezeras es el mismo Cosanga, de que se abló arriba, y en su entrada es mucho más caudaloso que el Napo, el qual con este aumento se esplaya como si fuera una bahía o brazo de mar, y se diuide en muchos brazos, que forman frequentes y hermosas yslas, y desde aquí abunda de cacería y pesca, lo que nos fué bien necesario; porque, acabándose a los yndios el corto matalotaje que sacaron del pueblo de Napo y Archidona, fué preziso repartirles de la prouisión de carne salada que trajimos de Quito, y con eso se nos acabó aun ésta a pocos días.

A los cinco días de navegazión llegamos a la boca del río Aguarico, o de el Oro, y en este yntermedio estubieron algunos rezelosos de que nos encontrásemos con los omaguas que llaman matadores, por barias muertes que en barias ocasiones an echo en este río, que le corren como piratas, y el año pasado de 35 hauían acometido al pueblo de Santa Rosa, y en sus zercanías hizieron algunas muertes. Y en este año de 36, a los 15 días después que nosotros pasamos, acometieron al pueblo de Nuestra Señora de Loreto, perteneziente al mismo curato de Abila, y mataron a tres mugeres.

El Padre Simón de Rojas, de nuestra Compañía, los doctrinó por los años de 1620; pero queriendo hazerlos encomendados los ministros reales, y hauiéndoles representado los nuestros que no hauía nezesidad desta prouidencia, y que della podía resultar que se exasperasen, acudieron, los que pretendían las encomendas, a la Real Audiencia, presidente y obispo de Quito, y obtubieron que se quitasen a la Compañía las dichas misiones y que se entregasen a los Reverendos Padres de San Francisco, como se ejecutó. Pero los yndios, jente belicosa y no acostumbrada a sufrir malos tratamientos, mataron a pocos días a un encomendero, que dió una bofetada al hijo de un curaca, y se remontaron por la orilla opuesta, hasta más arriba del río Tipune, donde están aora. Y des-

pués acá, no ha hauido quien los aia hablado sino con balazos y con castigos, para contenerlos.

Aora tienen algunas esperanzas de su reducción, porque el Padre Superior Nicolás Eschindrel, al subir para conduzirme, encontró en el pueblo de Santa Rosa a un biejo y a una bieja de la otra nazión, que los hauían apresado los biracochas, y ablándolos en lengua omagua, se quedaron admirados de ohir su lengua natiua, y biendo después el amor y carizias que les mostraua, y que lo mismo hazían los omaguas de San Joachín que acompañauan al Padre, no supieron cómo explicar el gozo, como de encontrarse con parientes suyos, como ellos se explican, y uno y otro gustauan con biuas ansias que los llebasen a dar esta notizia a los suios, asegurando que todos, todos bendrían sin duda a plobarse en San Joachín. No se, pudo ejecutar entonzes esta expedizión, por ser larga la distancia, y porque no se podía interrumpir el biaje: solamente logró el P. Superior ynstruhir mui a satisfazión suia al biejo, que estaua enfermo de peligro y baptizarle, y a pocos días murió; ni yo pude emprender esta expedizión al bajar, porque los yndios que me conduzían estauan cansados del biaje a Quito, y muchos dellos enfermos y lo que nos restaua para penetrar a lo ynterior de las misiones hera mui largo.

A principios del año de 36 me pidió lizencia el Padre Henrrique Franzen, cura de Archidona, para bajar a recojer los yndios y calmates del pueblo de San Joseph, que dos años antes se habían huído. Fué el caso: que el Padre Leonardo Deuler su Misionero apretaua a un christiano, llamado Perucho, a que biviese christianamente, que trajese de donde estaba, a su muger y dejase la manzeba: mas él, para librarse de las ynstancias del Misionero, ymbuió varios embustes a los jentiles, y una noche dejando al Padre solo con un muchacho, se rretiró al monte con todos ellos. Después, conoziendo su yerro, embiaron a dezir al Padre Franzen que estaban en buena disposizión de bolber: y con esta notizia embihé al Padre Joseph Lena que acompañase y substituiese al Padre Franzen en el curato, y éste pudo bajar, y los recojió y pobló de nuebo con otros muchos jentiles.

A la vuelta le salieron al enquentro otros jentiles también y calmates, junto a una laguna que se forma con las abenidas del río Napo, y les ofrezieron que también se poblarían; y, después, a la boca del río Aguarico, como un día más arriua de esta laguna, le salieron otros de la misma nazión, ofreziéndole lo mismo. El Padre los agasajó a todos como pudo, y los exortó a que desde luego diesen principio a poblarse, y quando llegué a esta Roca, a fines de diciembre de 36, tenían ya fabricadas quatro casas bien capazes, y en ellas bibían ocho yndios con dos mugeres y tres muchachos, y de horden de su curaca trabajaban en el desmonte, para hazer el pueblo. Los de la laguna hauían fabricado dos casas mui grandes en que vibían dos yndios con sus mujeres y hijos, y trauajauan también en el desmonte; y en San Joseph tenían ya casa para el Padre y una capilla pequeña, con otras 18 casas, en que vibian cosa de 150 almas. Y se espera que estos tres pueblos serán bien numerosos, porque todos dizen que tienen muchos parientes, monte adentro, ya dispuestos a benir a poblarse. Y de echo por el septiembre pasado de 37, en que embié a zitarlos, ya los de Aguarico hauían fabricado hasta siete casas, y los de la laguna, quatro y los desmontes que tenían echos, quando yo pasé;

ygualaban a los de los pueblos antiguos más crezidos. Al primero puse el nombre y la adbocazión de San Pedro de Aguarico, al segundo el de San Bartolomé de la Laguna, y al tercero, aunque fundado como de nuebo casi en el todo de sus casas y abitadores, dejé con la adbocazión y nombre antiguo de San Joseph.

A los tres días de bajada de San Joseph se enquentra a la misma orilla derecha otro pueblo de la misma nazión llamado San Xabier de los Icaguates, que abrá como 23 años que se empezó a fundar, y en varias temporadas tubieron Padres que los doctrinaron, hasta que la penuria de sujettos y la prezisión de acudir a los pueblos más antiguos fueron causa de que estos últimos años no le aian thenido. Son como 80 yndios de lanza con sus familias, y bisten con más dezencia que los otros; pues aunque las mujeres de todos tres pueblos husan de un mismo jénero de pampanillas, los ombres en San Joseph andan enteramente desnudos. Mas en San Xabier hombres y mujeres husan de un mismo modo y dezente de bestir, y es una ongarina con sus mangas ajustadas, que les coje desde el cuello hasta media pierna, y las hazen de la corteza de un árbol que llaman yanchama. Pidiéronme con grandes ynstancias que les diese Padre estable, y hauiéndoselo ofrezido, se embarcaron en nuestras canoas dos dellos, diziendo que no hauían de bolber sin Padre, y se estubieron seis meses en San Juaquín de Omaguas hasta que llegó el Padre Pablo Maroni, a quien embihé a llamar de Quito para este pueblo, y después al Padre Miguel Bastida para el de San Joseph, para que los dos atiendan a estos quatro pueblos y a la reducción de los demás jentiles que hauitan en grande número a una y otra banda de el río Napo; como son, a la yzquierda, los paraguas y aibas, cabachíes, caumases, ticunas, y otros que aun no son conozidos, hasta los ríos Huerari, Suquita, Huerate Putaltaio y río Negro, y los que se siguen hasta el Pará. Y por la derecha por el Curarai arriua, los abijiras, aidas, gaies, simogares, roamainas, mueuares, zaparas y oas, que descubrió y amistó a los más el zeloso e insigne misionero Padre Lucas de la Cueba por los años de 1664; y hauiendo muerto los abijiras o los muratos en los abijiras, al Padre Pedro Suárez el año de 1667, quedáron sin cultiuo todas estas naziones desde entonzes.

Fuera de estos, a los zinco días de bajada desde San Xabier, entra en el Napo el río Masamue o Masa, y en sus orillas, bien arriba están los masameis, que son parzialidad de los yameos, de que se ablará después, aunque sus enemigos irreconciliables: Y más arriua, los yquitos o quiturranes, los yjiñores, pacooñores y otros que pertenezen más principalmente al Curaray.

Desde la voca de Masa se llega en un día a el Marañón a los 15 días de navegazión desde el pueblo de Napo, y por el Marañón arriua en zinco días a San Juachin de Omaguas. Y porque este pueblo es oy día como la escala o como plaza de armas, como de donde se espera mui gloriosas conquistas de numerosas naziones de jentiles a nuestra santa fee, y por ventura por eso es mui combatido y molestado de los portugueses del Pará, ablaré de él con más extensión en el párrafo siguiente para más plena ynteligencia del estado actual de aquellas misiones.

Son estos omaguas, a distinzión de los que llebo nombrados del río Napo, abitadores en sus principios de las yslas que forma el Marañón grande, desde

más abajo del río Uherrate hasta el río Negro. Y en este espacio los doctrinó el Padre Samuel Fritz, de nazión alemán y misionero castellano de nuestra Compañía, a fines del siglo pasado, formando de ellos y de los yurimaguas (que los portugueses llaman campebas y salimones) seis pueblos prinzipales, que con otros menores a modo de rancherías llegauan hasta 38 pueblos. A los prinzipios deste siglo los acometieron los portugueses del Pará, y los ocuparon a fuerza de armas, arrojando dellos al ya nombrado misionero, y entregándolos a sus Padres Carmelitas Calzados. Y después no ha hauido modo de recobrarlos, por más que los misioneros y la provinzia de Quito lo ha procurado solizitar en Lima y acá en Madrid.

De unos pocos que, como reliquias de la nazión, siguieron a su primer misionero, se formó un pueblo, que después de hauer mudado barios sitios, para librarse de las ymbasiones de los portugueses, tiene su asiento donde se ha dicho, zinco días más arriua de la boca del río Napo; y al presente se compone el tal pueblo de 14 diferentes naziones, que todas hacen 522 almas. Las principales naziones son Omaguas, Yhurimaguas, Maioramas y Yameos. Las otras menores son: Panos o Chipeos, Cocamas o Cocamillas (aunque éstos quieren también diferenziarse) Parahuas, Caumates, Pebas, Cabachos, Santeirosas, Huencahedados, Aunalas, Itucales y Icahuates. Estas diez últimas se componen cada una de una corta familia, y algunas dellas de uno o dos mozos o muchachos. Mas no dejan de ser mui apreziables, por lo que pueden serbir de lenguas y de medio para la comberzión de las numerosas naziones y para abrir camino a la reducción, de otras muchas.

A este pueblo llegamos el día 15 de henero del año pasado de 1737, y teniendo dispuesto salir el día 23 a la visita de los pueblos que dependen de él, me allé el día 22 atajado a la primera bista por los portugueses del Gran Pará. Antes de partir de Quito, rreciuí carta del Padre Superior, Nicolás Eschinddel, en que me abisaua el grande aparato de los del Pará para ymbadir nuestras misiones con 60 canoas grandes y con otras seis aparte, destinadas a fabricar una fortaleza en al voca del río Napo; estas cartas presenté con petizión, originales a la real Audienzia y pareze que dijo, según llegué a entender, aunque no me dió respuesta, que la materia, por ser cosa de Gouierno, tocaua al Presidente, que lo hera en la ocasión don Dionisio de Alzedo y Herrera, y este cauallero dió quenta al Gouierno Superior de Lima. En este estado, escriuiendo también yo al birrey, aunque muchos me disuadían el viaje, partí de Quito, sin esperanza alguna de prouidenzia eficaz, por causa de tantos rodeos y de las distanzias tan largas: Y el dicho día 22, turbados de repente los yndios de San Juaquín, me binieron a abisar que ia estauan cerca los portugueses, y a poco rato se dejaron ber dos canoas grandes con vanderas de Portugal, y una mediana que las prezedía y se hiua azercando.

No hauía en el pueblo español alguno ni mestizo, que hiziese las bezes de Gouernador o de vasallo de V. M.; y los yndios, unos se retiraron al monte, y otros se escondieron en sus casas: con que llamando a los Padres Superior y Misionero y a mi compañero, me bi prezisado a disponer a la puerta de mi casa seis escopetas, y que las quatro las tomasen nuestros sirbientes, para contener siquiera con esta aparienzia algún insulto: mas nó fué menester; porque adelantándose la canoa mediana, saltó de ella un sarjento a pedirme lizen-

cia para que pudiesen desembarcar de las dos grandes un alférez y un Religioso de Nuestra Señora del Carmen, que benían de paz. La lizenzia y el combite, de que estaua para sentarme a la mesa y los esperaua, la zelebraron con barios torneos de las canoas y con disparos de pistolas y fusiles. Y llegados a la casa, dijeron que la causa de su benida hauía sido una voz que hauía corrido por zierta en el Pará de que nuestros misioneros castellanos hauían fundado un pueblo en tierras de el Rey de Portugal; por lo qual commouidos aquellos vezinos hauían determinado primeramente embiar una Armada para destruir el pueblo y castigar el atentado; pero que siendo muerto de un balazo un fidalgo principal que metía más calor en la empresa, hauían resuelto que, quedándose a la boca del río Negro el grueso de la Armada, subiese el dicho alférez y reconoziese si hera verdad lo que hauía corrido, para tomar resoluzión más cuerda con su ynforme; y que según lo hauía reconozido, el pueblo de los pebas y caunares, que es de quien hauía corrido la voz, no estaua en los dominios del Rey de Portugal. Aquí le insté que me dijese hasta dónde se extendían los dominios de Portugal; pero no hubo modo de sacarle respuesta, y se mantubo en que no le hauían dado ynstruczión alguna sobre este punto.

Después dijo que hauía hauido otra voz de que los misioneros castellanos, por ser de nazión alemanes algunos, hauían conseguido del Rey de Portugal, por medio de la Reina, que se les restituyesen los pueblos usurpados a la Corona de Castilla. Y rredarguyéndoles que ia behían que no hauía avido tal cosa, pero que en caso de hauer sido verdad, huuiera sido muy justa, y que no se componía con la fidelidad portuguesa que los vasallos se opusiesen con armas a lo que hubiese determinado su Rey, a nada dió salida: de donde ynferimos que el intento de estos portugueses del Pará en estas subidas, es asentar algún camino o correspondenzia para introduzir ropas y mercaderías por este gran ríos de las Amazonas en el Perú; y de presente, aprouecharse de los yndios y pueblos que tienen usurpados a las misiones castellanas y de otros que cada año cautiuan, en grande número por los ríos colaterales de el Marañón, para hacerlos trauajar en los trapiches y demás labores en el Pará, como a esclabos.

A los principios de este siglo comenzaron estas correrías, acometiendo a los pueblos que ynstruhía el Padre Samuel Fritz, y entonzes sólo pretendían que los tocaba hasta el río Negro, aunque subieran mucho más arriua con el pretexto de las guerras entre las dos Coronas. Después intentaron con el mismo Padre, aunque combenzidos de el con sus mismos mapas, que les tocaría hasta más arriua de los yurimaguas. Después, exiuiendo una copia authenticada en el Pará, de zierta posesión que el capitán Pedro Tejeira tomó de el río de las Amazonas o Marañón, a tiempo del Señor Rey Phelipe Quarto y de horden de la real Audiencia de Quito, quieren dezir que les perteneze hasta la voca del río Napo, y poco a poco se an hido subiendo hasta el pueblo de San Juachín, y aun hasta el de la Leguna, veinte días de navegazión más arriua de otra boca, y se an jabtado más de una vez que no an de parar hasta apoderarse de todo el Perú. En una de estas últimas ocasiones, el cauo que hera el sarjento maior del Pará, quiso dejar a un viracocha, sin más seguro que su palabra, valor de 70 pesos de ropa: lo que llegando a sauer el Padre Misionero, lo ympidió: en otro el año de 32, guiado de un

mestizo nuestro, que por sus delitos se auía rrefugiado entre ellos, subieron por el Marañón hasta entrar en Napo, y de éste, por el Aguarico arriua, hasta los Sucumbíos, que distan solos ocho días de camino de tierra de la ciudad de Pasto; y allí lograron despachar hasta 40 pesos de ropa que se llegaron a sauer. (Aquí inserta el Padre Zárate las certificaciones de la *pose* portuguesa y las protestas que por escrito dejó a los invasores.)

Beis aquí Señor, la copia de la zertificazión del *pose* que los portugueses dizen haber tomado de estas tierras en el año de 1639, traduzida del original portugués que se guarda en el archivo de la reduczión de Santiago de la Laguna:

«Pedro, cauallero y profeso en la horden de Xpto. y cauallero Idalgo de »la casa de S. M. (q. Dios g.) escriuano propietario de su Real Hazienda en »esta Capitañía mayor de el Gran Pará, &.ª = Zertifico a los que bieren la »presente zertificazión, que biendo un libro, que sirbió de registro en la Ha»zienda Real, en el pájina 31 (sic) está un auto de pose, del thenor siguiente: »Año del nazimiento de Nro. Sr. Jesuchristo de mil y seiscientos y treinta »y nuebe años, a los veinte y seis días del mes de agosto, enfrente de los »ebajariz y las vocas del río de Oro, estando allí Pedro Tejeira, capitán maior »por S. M. de las entradas y descubrimientos de Quito o río de las Amazonas, »y biendo la derrota del dicho descubrimiento, mandó venir ante sí capitanes, »alféreces y soldados de sus compañías y presentes todos les comunicó y »declaro que él trahía horden de el gouernador del estado del Marañón, con»forme al rejimiento que tenía del dicho gouernador de S. M. para descubrir »en dicho descubrimiento un sitio que mejor le pareziese para hazerse en él »una poblazión: Y por quanto aquel en que al presente estaban le parezía »combeniente, así por la tierra de oro de que auía noticia, como por ser »buenos aires, y campiñas para todas las plantas, pastos de los ganados y »crías, les pedía sus parezeres, por quanto tenía ya bisto todo o lo más del »descubrimiento y río: Y luego por todos y cada uno fué dicho que en todo »el discurso del dicho descubrimiento no hauía sitio mejor ni más acomodado »y suficiente para la dicha poblazión que aquel en que estaban, por las razones »dichas y declaradas. Lo qual visto por el dicho capitán maior, en nombre »del rey Phelipe Quarto nuestro Señor, tomó posesión por la Corona de Por»tugal de el dicho sitio y de las demás tierras, ríos, nauegaziones y comerzios, »tomando tierra en las manos y echándola al aire y cabando con un azadón, »diziendo en altas voces como que tomaua posesión de dichas tierras y sitio »en nombre de el Rey Phelipe Quarto nuestro Señor por la Corona de Por»tugal. Si auía quien a dicha posesión contradijese o tubiese embargos, que »allí estaua un escriuano de la dicha jornada y descubrimiento, y que él los »reciuiría: por quanto allí binieron Religiosos de la Compañía de Jesús por »orden de la Audiencia rreal de Quito y por ser...

Echa la diligencia que lleuo dicha, dejé en el pueblo de San Juaquín al alférez y religioso, y partí el día 24 a la visita de San Ignacio de los Pebas y Caumares, y de camino entré por el río Manite en busca de unos Mairrunas que, hauiendo empezado a poblarse zerca de la boca de el río Tabayay,

se hauían ausentado como inconstantes y retirádose a las cabezeras del Manite; pero al segundo día encontramos al biracocha que fué delante a rreconocer el río, y nos dijo que estaba mui bajo y que no se podía subir por los muchos y gruesos palos que le atrabesauan. Con lo qual bolbimos en continuazión de nuestro biaje a los Pebas y Caumares, que están tres días más abajo en el río Siquita. Los encontramos diuididos entre sí, y a los Peuas de mui mala fee; por lo qual a la anochezer di horden que se pusiesen zentinelas dobles de yndios, cada una con un biracocha o blanco; pero los Omaguas, que rreconocieron aun más que nosotros la mala fee, se hauían ya preuenido y sacado todos sus armas y con ellas al lado hauían dispuesto sus camas (que heran unas ojas berdes tendidas y no más) en zerco al rededor de la casa. Y los Peuas, bista la preuención, pretextando que en sus casas les molestauan mucho los zancudos, se fueron a dormir a los ranchos, fuera del pueblo.

La causa de su mala fee y de la diuisión con los Caumares fue una graue y cruel traizión que dos meses antes hauían cometido contra los Tigunas, sus amigos, pues hauiéndoles combidado a poblarse, binieron éstos a ber el sitio, y les agradó y se bolbieron a traher sus familias y sus cortos ajuares. Luego sobreuino a los Pebas una epidemia de catarro, de que enfermaron casi todos, y murieron alguno otro, y se persuadieron várbaramente que los Tigunas los hauían echizado, y querían matar, y sin más consejo determinaron la benganza. Combidáronlos a una bebezón, baliéndose del único adulto bautizado que ai entre ellos, a quien los demás ocultaron el intento; y despojando artificiosamente de sus armas a los Tigunas en la borrachera, dieron después sobre ellos, y mataron a cosa de 25 ó 30, reseruando biuas a dos mujeres, de las quales mataron también a poco tiempo la una, porque hauiendo muertò de enfermedad el Peua que la tomó por mujer, un hermano del muerto dió en que esta mujer le hauía quitado la vida con echizo, y la atrabesó con una lanza. Los Caumares desaprobaron estas maldades de los Pebas y se desabrieron con ellos, y aun estauan con rezelo de que quisiesen yntentar con ellos lo mismo que con los Tigunas. Finalmiente sólo el miedo de los Padres y de que acaso dispondrían también algún castigo contubo a la ferozidad de los Peuas, y su mala conziencia les hazia zora estar muy rezelosos; pero no hauia juez ni substituto que pudiese castigar esta maldad; y aunque le hubiera, no pareció combeniente hazer la menor demostrazión sino afearlos mucho, como se les afeó, el delito de tantas muertes, por una aprensión falsa, y de ympedir la reduczión de una nazión tan numerosa, baliéndose para ello de la inozienzia de un baptizado y de la confianza de los Tigunas, por berlos sujetos a los Padres.

Son como 140 almas, de las dos naziones. De los Peuas no ay más que un adulto baptizado de una y otra nazión. Los hombres Caumares husan de cottones o cusmas, y las mujeres de pampanillas: son en el aspecto broncos y tardos. Los Peuas husan de una como cola ancha de cauallo, partida por los dos lados, que les llega desde la zintura hasta las corbas. Es traje bastantemente ayroso, y más quando están de pelea con zintas de barios colores debajo de la rodilla y en las canillas y en los brazos deuajo del morrillo y en las muñecas, su llauto por las sienes, y plumas de barios colores sobre las orejas y dos conchitas, una mejor que otra, sutilmente labradas pendientes

de la ternilla de la nariz. Las mujeres usan también algunas de estas conchitas.

Aquietados los Peuas y desbanezidas las desconfianzas de los Caumares con ellos, partimos del río Siquita, y nauegando río arriua por el Marañón, entramos por el Nanay, y de éste, por el Ytayay, a la nación de los Yasucos, de la qual pondré aquí alguna más yndiuidual notizia. Ocupa esta nación las dilatadas montañas entre los ríos Marañón, Tigre, Napo y Curaray. Diuídese en muchas parzialidades, y las más principales son las de los Maynos, Moenos, Mcalas, Zamuos, Partigas, &.ª El Padre Manuel Rodríguez en su *Historia del Marañón* haze montar esta nazión al número de 63 almas; otros hazen quenta de no más de 43; pero por lo que se bió y supimos de los Masamoyes, en la entrada que hizimos a ellos por agosto de 37, hizimos juizio que, incluiendo esta parzialidad, pasa toda la nazión de 80 a 103 almas.

Esta nazión fué tenida por ynconquistable hasta estos años pasados, en que el Padre Bernardo Surmillen hizo que los Omaguas cojiesen en el monte a dos o tres dellos; y después de hauerlos regalado y acariziado, quando ellos se persuadían que sin remedio los hauían de matar, los embió a sus tierras; y desde entonzes empezaron a amansarse y a benir al pueblo de San Juaquín. Y continuando así los yndios xptianos como los Padres y especialmente el P. Carlos Brentano, en tratarlos con amor, están al presente reduzidos a seis pueblos. Además de 150 dellos que biuen de asiento en San Joaquín de Omaguas.

El primero a que llegamos fué el de los Amaones, que son Yameos del río Nanay, de donde, por las ymbasiones de los Masamayes se retiraron a Litayay: empezóse a fundar este pueblo por henero de 37, dos días después que llegué a Omaguas: y la causa de reduzirse aora, hauiéndolo rrepugnado los años antezedentes, fué por un asalto en que los Masamayos les mataron en una casa más de 20 personas. El curaca más principal estaua monte adentro en un rancho, curadas ya tres lanzadas que reciuió en el asalto; pero mui de peligro por la quarta, que hauiendo quedado dentro de la carne la punta, no le pudieron curar. Instruióle por medio de yntérprete el P. Brentano, y lo bautizé sub condizione, y a pocos días murió. Después bautizé algunos párbulos, y son 13 los que ai bautizados. Los adultos son todos catecúmenes, como 120 almas, fuera de los que todabía no an benido de el Monte, que son muchos más. Puse al pueblo el nombre y la adbocazión de San Phelipe de las Amazonas.

Subiendo de aquí por el mismo Ytayay, poco más de medio día, está el pueblo de San Andrés de los Parranos, cuia nazión empezó a amistarse el año de 30 por el P. Pablo Maroni, y el pueblo se empezó a fundar por marzo del año pasado de 36. Tenían ya echas zinco casas, y en ellas como 140 almas y 13 ó 14 párbulos bauptizados. No es posible juntar en un pueblo estas dos parcialidades, por causa de los rezientes odios y muertes que ha hauido de una y otra parte. Mas pareze que el común enemigo prebió lo que hauía de subzeder de su población, pues se ha aberiguado con diligencia que algunos meses antes se dejó ber en figura orrible en algunas casas de los Parranos, desenterrando a los difuntos y cargando con sus cadáberes podridos a lo más interior del monte, con horror y sumo miedo de los que lo bieron. Casi al mismo tiempo, en las casas de los Zamuas y Yayes, Yameos, se dejó también

ber el demonio en figura de guacamaia, amenazándolos con la muerte con bozes articuladas: y de echo, dentro de pocos días se fueron muriendo casi todos de repente, sin saberse de qué mal. Esforzábanse a matar la infernal guacamaia, pero quando parezía que hauía de quedar muerta con las saetas embenenadas que la disparauan, se duplicaua ella, amenazando nuebos destrozos, con que se an ido consumiendo casi todos.

Atrabesando el Yatavay fuimos de este pueblo Omaguas, en hora y media de camino de tierra: y de Omaguas en cosa de tres oras a los Miguianos, cuio pueblo se empezó a fundar por agosto de 36. Y tenían ya nuebe casas, y en ellas cosa de 200 almas. Son más amables y más abiertos los de esta parzialidad, y su curaca de modo más apazible, por lo que se le an agregado algunas familias de Parranos, y da esperanzas de ser este el pueblo más numeroso, así por 28 párbulos que baptizé, nazidos en dos meses, como por lo que me dijo un mozo al bolber á Omaguas, que hiua al monte a traher diez casas de sus parientes; y pareze que lo ejecutó, porque por el junio siguiente del 37, en que los visitó el P. Adam Bitoman tenían ya diez y nuebe casas, y en ellas más de 300 almas. Púsele el nombre y la adbocación de San Juan Ebangelista de los Miguianos, y al presente lo cuida el P. Joseph de Ormaheches.

El cuarto pueblo es el de San Juan Francisco Regis, que comúnmente llaman los Yameos del Tigre: se empezó a fundar el año de 29, y después se le agregó el pueblo de San Miguel de Cayarte el año de 32, por ser malsano el sitio donde estaua. Cuenta ya más de 400 almas, y de ellos 167 bauptizados: casados, 48: 98 niños y niñas de Doctrina, 21 tiernos, y los demás catecúmenos. Asiste en él de misionero Don Joseph Bahamonde, sazerdote secular, que el año pasado de 36 se hordenó a título de asistir en estas Misiones de nuestra Compañía de Jesús. Y por hauerse criado en ellas mucha parte de su vida con los Padres lo trauaja con notable aplicación, talento y fruto.

El quinto es el de San Simón de Naguapo, que está dos días de el Tigre, río arriua, en una quebrada de su nombre, la qual entra en el río Tigre como media ora más arriua de la voca. Comenzóse a fundar por el mes de diciembre de 36, de Yameos también Miguianos, y de otras parzialidades, entre las quales la más numerosa es la de los Motayaras o Barbones, llamados así porque tienen barbas, fuera de lo regular de los yndios. Tenían ya onze casas en buen sitio, y heran como 90 almas entre todos, porque los más estauan todabía en el monte; pero sólo la parzialidad de los barbones. Los dos curacas que encontramos, Pasamao y Poluzé, me instaron que les diese Padre, para que biniesen a poblarse todos sus parientes, pero no tube a quien embiar, y quedaron encargados a los misioneros de Omaguas y de San Juan Francisco Regis.

El sexto y último pueblo de los Yameos es el de San Pablo de los Napeanos, hauiendo tomado este nombre del de Napé, su curaca. Se empezó a fundar el día 27 de marzo del año pasado de 37 con esta ocasión: el Padre Superior, Nicolás Eschindrel, y el Padre misionero de Omaguas, Carlos Brentano, estauan mui deseosos de reconozer el río Nanay y las naziones que le abitan arriua, porque no hauía memoria de que se hubiese nauegado cosa

considerable, y otras tres causas les abiuaban más: una, de amistar a los Masamoyes que infestauan con estragos a los Amaonos: otra, de ber hasta dónde se extendían las tierras de los Yameos: Y la tercera, de hazer entrada o tomar lengua de los Yquitos, que sólo heran conozidos por algunas notizias de su ferozidad y de su barbarie. Y pareció oportuna ocasión la de bajar jente de los pueblos de arriua para conduzirnos a la Laguna. Luego que llegó la jente, se preuino lo que se juzgó nezesario: y el día 17 de marzo entramos en el Nanay. El día 19 encontramos a la boca de un quebradón o riacho nuebe canohillas de los Masamayos, y reconozido el sitio, dejamos la entrada para la buelta, porque no se nos acabase el matalotaje antes de penetrar más arriua.

Y después de barios subzesos en los días siguientes, a la mañana del día 27 nos esperaron a la orilla del río seis o siete yndios con su curaca atrahidos de un xptiano y de un jentil que dos días antes hauían saltado en tierra de nuestras canoas. El curaca estaua torbo y de zeño, a que le aiudaba su aspecto: y preguntado si querían poblarse, respondió con tesura que no. La causa hera que otro curaca de los de Nanapo los combidó a él y a los suios que se juntasen con él; y porque no quisieron, les embió a dezir que allá híbamos los Padres, y los sacaríamos por fuerza o de grado. Pero diziéndole el P. Superior que no los queríamos sacar de sus tierras, sino que se poblasen en ellas, nos respondió luego: Eso sí. Y nos mostró, como un quarto de legua más adelante en un quebradón que entra en el Nanay un sitio mui acomodado, que sin duda le tenían ya prebisto. Allí nos detubimos aquel día y el siguiente, haziendo prouisión de yucas y de tortugas y dando prinzipio al desmonte con nuestros Omaguas: hizimos lebantar una cruz alta, encargando a los nuebos amigos que la conserbasen. Y se juntaron como 20 yndios y se ofrezieron algunos dellos a acompañarnos a los Yquitos, que ellos llaman Quitruanes.

Aquí acaban las tierras de los Yameos por la riuera del Nanay, y continuando nuestro biaje llegamos el día 30 a las tierras de los Yquitos, y luego encontramos rastro fresco de jente y camino que tiraua tierra adentro desde la orilla. Dispúsose la entrada con 66 yndios repartidos en tres esquadras y por cauos tres blancos. Y el día siguiente, domingo 31 de marzo, después de dicha misa, marcharon siguiendo el rastro de el día antes por un camino mui lodoso y lleno de espinas: y a cosa de dos leguas se encontraron con otro mui ancho y traficado que le atrabesaba: tomaron por la derecha, y a poco rato encontraron y cojieron a tres mujeres que hiuan a su chacra. Y acudiendo seis o siete hombres que benían atras al ruido, el primero hizo seña a los demás que bolbiesen a casa a armarse, y él acometió con tres lanzas a los nuestros con tal denuedo y furor que los hizo retirar a todos, y los más de ellos huieron a la rota batida hasta las canoas. No hazía caso de los tiros de pólvora, y se fué azercando tanto que fué nezesario dispararle algunos perdigones: y para sujetarle después que uno de los nuestros le ganó la última lanza y se echó sobre él, fueron menester otros siete, y entre los ocho tardaron como media ora.

Que este es el maior trauajo destas entradas, que los que entran nezesitan de defenderse y defender también a los mismos que los acometen y los tiran

a matar, para que no queden irritados y yrreconziliables por qualquier daño que se les haga, aunque sea justamente. Sujetado este hombre, se abistaron los nuestros a la casa, y encontraron en su corredor o patio a los otros seis armados de muchas lanzas y de unos escudos echos de palo de balsa mui lijeros, de seis dedos de grueso y algo más de media vara de ancho, y tan altos que los cubrian desde el cuello hasta los pies: abláronles los nuestros de paz, de palabra y por señas, mas ellos correspondieron de guerra con señas y con una bocinglería descompasada. Dos biejos chuparon tabaco y soplaron al aire, porque esto lo tienen por un echizo irresistible para matar. Y en fin, dando brinços en alto, enristraron todos las lanzas, y tiraron algunas. Y viendo que no podian sosegarlos por modo alguno, se rretiraron los nuestros a las canoas con el hombre y con las tres mujeres.

Y con su llegada nos bimos en nueba confusión, porque de ocho o nueve yntérpretes de otras tantas lenguas que llebauamos, ninguno los entendía, con que se nos frustró el fin, que hera cojer algunas personas, rregalarlas con machetes y cosas de erramienta que ellos estiman, y embiarlos a que llamasen a los suios a rrecibir lo mismo, y para dejar entablada la amistad, y, continuándola después, hirlos amansando. Conferimos lo que se deuía ejecutar, y se resolbió llebarlos con nosotros en conformidad de las zédulas reales que disponen que en estos casos se puedan sacar algunas personas para que, aprendiendo la lengua general o otra siruan de yntérpretes para su nazión. Las mujeres se serenaron luego, porque no hazen aprensión de que las harán daño: el hombre, aunque persuadido a que le mataríamos, como ellos lo hazen, benia metido en cólera; mas biendo el agasajo con que le reziuimos y le tratamos, lo agradezía, y se familiarizó con nosotros a los dos días. Su aspecto es de mejor disposizión que el de otros yndios: La estatura mediana: La cara algo redonda y enjuta: Los ojos rasgados como los europeos: y lo que causó más nobedad, abierta en la cabeza la coronilla o zapatilla, en la misma forma que husan en las Castillas la jente del campo. Las mujeres mostrauan también más biueza y capazidad que las de otras naziones, aunque el carate o sarna que a todos los cubria, y algunos anzuelos echos de hueso, y por querda un bejuquillo, y otros indizios, daban a entender qué lo pasan con suma miseria.

Partimos, pues, nuestra buelta, y al día siguiente encontramos a nuestros yameos napianos, que nos estauan esperando con camarico o regalo de yucas, plátanos y veuida que llaman mazato, y se juntaron aquel día más de 30 mujeres y 60 hombres, que zelebraron mucho ver a los Yquitos. Ofreziéronme gustosos a sus párbulos para que los bauptizase, y bauptizé hasta 20. A la tarde embiaron a las mujeres a sus casas, y por muestra la maior de su confianza y amistad se quedaron a dormir entre nuestras tiendas. Por junio siguiente embié a Don Joseph Bahamonde a berles, y hauían ya fabricado zinco casos, y se juntaron más de 900 [¿serán 90?] hombres de tomar armas con su llegada. Púsele el nombre y la adbocazión de San Pablo de los Napeanos, y espero que este pueblo a de serbir con el tiempo de escala para la conbersión de los yquitos, que distan día y medio o dos días más arriua, y de los masamayes, que viuen a la banda opuesta del Nanay. Y por eso luego que llegué desta visita a la prouinzia, embihé al Padre Juan Maguini que los cuidase y fomentase.

Continuando nuestra buelta, quisimos registrar el río Blanco, que al subir dejamos a la derecha y aora subimos por él dos días; pero bimos que aunque en la boca pareze no menos grande que el Nanay, luego se estrecha mucho, y no tiene pesca. Y como nos faltase ya el bastimento, bolvimos al Nanay y bajamos al puerto de los Masamayes, que dejamos anotado el día 19 de marzo. Dispúsose también la entrada, pero a las dos leguas se encontró ynundado todo el monte por las crezientes que sobrebinieron con que bolbimos a Omaguas, y de aquí, echa la prebenzión del bastimento, partimos para la Laguna, y de camino visité los dos pueblos de San Juan Francisco Regis y de San Simón de Naoapu, de quienes di notizia en el párrafo antezedente.

A los cinco días de nauegazión entra en el Marañón el río Zamiria, cuios abitadores fueron los cutinanas, que fueron sacados a Jeberos y dizen que todabía le abitan algunos otros. Medio día más arriua entra el río de la Chambira, en el qual hubo los años pasados un pueblo de Ytucales, que, por hauerse huído al mónte dejando al misionero, fueron repartidos por los otros pueblos. Más arriua de este río abitan los Urarinas, nazión mui várbara. De esta voca a la de Guallaga tardamos zinco días, y de aquí, dejando a la derecha la de río Apena, en un día al pueblo de Santiago de la Laguna. El pueblo está en alto, a la orilla de una laguna, por cuio desaguadero se entra desde Guallaga en cosa de media ora. La laguna abunda de pesca, y el pueblo se compone de cocamas y de panos, de cocamillas, y de chipeos, que fueron sacados del río Vcayale. Es la caueza de todas las misiones, y tiene al presente 13.062 [¿serán 1.362?] almas: casados, 238; viudos y viudas, 70; solteros, 187; solteras, 88; niños y niñas tiernas, 255. Los demás niños y niñas de doctrina. Asiste en él de misionero el Padre Joseph Albelda, y en su compañía el anciano misionero Padre Francisco Bidra.

De la Laguna fuimos en zinco días a Yeberos, bajando por el Guallaga y subiendo por el Apena y por una quebrada que por ser mui angosta es mui penosa de subir. El pueblo dista de el puerto una legua larga, pero llana y de buen camino, y tiene zerca unos pajonales cortos, que son los únicos sitios despejados de toda la misión, y sus yucas, las más sazonadas: es el más numeroso y más antiguo, y tiene 13.757 almas [?]: 544 casados; 23 viudos y solteros; 84 viudas y solteras; 348 niños y niñas de doctrina: 28 criaturas tiernas, y otros que están rretirados en sus chacras. Sus abitadores son parte cutinanas, sacados de el río Zamisa, parte yeberos y de otras naziones, y al presente está de misionero el Padre Jabier Zeferis.

De Yebero bajamos por el Apena y por Guallaga al Marañón, y dejando a la derecha las vocas de los ríos Pastaza y Morona, y a la izquierda la del río de Cahuapanas, llegamos en doze días a la ciudad de Borja. Está la ciudad al pie del zelebrado Pongo, a la orilla del Marañón: fundóse para freno de los yndios maynas y es la caueza de este gouierno. Tiene al presente 30 blancos, mestizos o biracochas, que con sus familias son 120 almas, y tienen sus encomiendas. Los yndios encomendados son 14, que biuen más abajo de la ciudad en un pueblezito llamado San Ignacio, y con sus familias llegan a 64 almas. En estos ha parado la numerosa y alentada nazión de los maynas, que en sus prinzipios contaua 700 yndios de lanza. A pocos años se rredujo a la mitad y a la terzera parte con las epidemias de catarro y de biruela, y

en fin, en los que he dicho por los muchos que se an huído a los encomenderos al monte. El año pasado de 37 entraron éstos a buscarlos por el río Morona, y dieron con diez casas de los fugitivos; pero sintiéndolos antes que llegasen, se les hubieron todos, y bolbieron con sola la notizia de que se hauían juntado con otras diez casas de maynas, a quienes nunca se abló. Enfrente de la cuidad a la banda opuesta del río, ay un pueblecito de la adbocazión de Nuestra Señora de las Nieves, y es de yndios andoas que pertenezen a la misión, y sirben de acudir al Padre en lo nezesario: y con algunos jíbaros y y iñscalas que ai en la ciudad hazen como 70 almas, y en todos son los de Borja 254. Está de cura el Padre Pedro Cardiel.

El Pongo es un estrecho por donde pasa toda el agua de el Marañón y de el río de Santiago, que se le junta más arriua: y por el caudal de tantas aguas y por la declinazión es tan precipitada la corriente que se bajan tres leguas en media ora. El ancho es de un tiro de piedra; y por las rebentazones con que sale hazia arriua el agua oprimida entre los peñascos, aunque se sube en canoas, es preziso bajarle en balsas. Por las largas ausenzias de los curas de Santiago en las vacantes y en otras ocasiones se an bisto obligados nuestros curas de Borja a pasarle muchas bezes con grabísimo peligro, y en una el Padre Adam Bizman se estubo detenido en un remanso quatro días y quatro noches, dando bueltas, hasta que quiso Dios que en una dellas cojió la balsa por la corriente. Y por estos peligros tan constantes dejé horden que no suban sino en solos los términos estrechos de obligazión graue de charidad.

De Borja bajámos en dos días al río de Cahuapanas, y subiendo por él otros zinco días, llegamos al pueblo de este nombre, que dista de el puerto como media legua. Está al pie de la cordillera en sitio llano y de buen temple. Tiene oy 518 almas: 170 casados: 4 viudos; 25 viudas; 120 niños de doctrina: 177 tiernos. Asiste de misionero el Padre Francisco Reen.

De Cahuapanas fuimos por tierra a Chayabitas, que dista ocho leguas y se badean tres ríos medianos, y casi a la mitad se sube una cuesta no larga, pero pendiente, que los Padres con bastante propiedad llaman la cuesta de la Penitencia por las muchas piedrezitas de que está sembrada, y mortifican mucho los pies. Tiene este pueblo 442 almas: 152 casados; 136 niños de doctrina; 126 tiernos; 5 biudos y 23 viudas: y asiste en él de misionero el Padre Zipriano, español. A distanzia de legua y media está el pueblo de Paranapuras, anejo de Chayabitas, que tiene 192 almas: 88 casados; 2 viudos; 6 viudas; 44 niños de doctrina y 52 tiernos. Estos dos pueblos son parientes de los Jeberos, y usan la misma lengua. Su temple, por estar al pie de la serranía, es más venigno y fresco en comparazión de los de abajo, y libre de las plagas de los mosquitos. Sus ríos abundan de cazería y de pesca, y en su montaña se coge alguna baynilla.

Aquí nos embarcamos río abajo por una quebrada que por su poca agua y por los muchos palos atrabesados, es bien molesta en verano, si bien que por hauer llouido el día antezedente y estar crezida no tubimos más detenzión que la de un palo que le montaron los yndios como estilan, poniendo sobre él zierta corteza de árbol mui babosa y resbaladiza, a modo de jabón o de sebo, y llegando la canoa con algún ympetu, la hazen montar sobre él, aunque se lebante media vara, y pasar al otro lado. A día y medio de bajada

desde este río está el pueblo de San Estanislao de los Muniches y Otanabis, que tiene 151 almas: 38 casados; 4 viudos; 6 viudas; 36 niños de doctrina y 47 tiernos. Medio día más abajo ay otro pueblecito llamado el Baradero, y es de yndios, que se retiraron allá de la ciudad de Lamas. Tiene 60 almas: 28 casados, y 32 niños de dottrina: estos dos pueblos son anejos del de Yurimaguas.

Este está bajando una ora por el mismo río al Guallaga, y subiendo por éste dos oras; y se compone de yurimaguas, ayzuares y de algunos omaguas, todos originarios de las yslas del Marañón, entre Napo y río Negro, de donde siguieron al Padre Samuel Fritz, uiendo de los portugueses: son en todos 304 almas: 146 casados; 5 viudos; 8 viudas; 86 niños de doctrina y 59 tiernos. Está de misionero el Padre Guillermo Gnebnier.

En un día y una noche de nauegación río abajo llegamos de buelta a la Laguna; y de aquí fuimos por tierra a San Francisco Xabier de los Chamicuros, que dista como seis leguas y tiene 237 almas: 122 casados; 5 viudos; 6 viudas; 64 niños de doctrina y 38 tiernos. Está de misionero el Padre Adam Escheffen. De aquí pasamos al pueblo de San Antonio Abad de los Aguanos, que es su anejo, distante como tres leguas; y tiene 92 almas: 50 casados; 3 viudos; 3 viudas, 16 niños de doctrina; 20 tiernos. Fueron mui numerosos estos dos pueblos, pero las epidemias de las viruelas los arruinaron, y aora se ban rrecobrando. Por el mismo camino bolbimos a la Laguna, donde encontré xptianamente desconsolados a sus abitadores.

Porque ellos, expecialmente los Parros haze años que solizitan hazer entrada por el río Ucayale para reduzir a sus parientes y yo les hauía ofrezido que hiría con ellos en persona, aunque la distanzia hera de más de 80 días de nauegazión río arriua hasta los Cunibos, donde mataron al Padre Henrrique Ricter, y después 200 leguas hasta los Piros que hizieron un estrago grande en los españoles que subieron a castigar la muerte del misionero. Y me causaua gran lástima que unos y otros an sido desamparados desde entonzes. Y a fin de asegurar esta iornada, hize bajar al theniente de Borja con algunos blancos, pero una plaga de busanos (sic) que malearon las yucas no dió lugar a preuenir el bastimento nezesario. Con que la ymposibilidad de ejecutar el biaje y sobre esto las notizias de las turbaziones de Quito y de las cosas que se maquinaban contra mi ofizio y contra la Compañía, me prezisaron a mudar de consejo y ha emprender otra expedizción más breue, que fué la de los Masamayes, pues importaua no menos el amistarlos, y a mí me ynstauan las cosas para bolber quanto antes a la prouinzia.

Emprehendimos, pues, este biaje desde la Laguna, y a los siete días de nauegación por el Marañón abajo entramos en el Napo, y a los tres días por el Maza arriba se encontró rastro fresco de jente, y se dispuso la entrada con 51 yndios y zinco blancos conduzidos todos del theniente. A las doze leguas tierra adentro dieron con la casa de un curaca, que según las señas hera el mayno a quien con expezialidad deseábamos encontrar, por ser el de más nombre. Rezibíolos bien, y ofrezió socorrernos con yucas, y que bendría al real con sus hijos y parientes a rrecivir el regalo de la erramienta. Mas en este estado, que hera quanto podíamos desear, lo echaron todo a perder seis yndios que el theniente embió poco antes, a rreconozer un camino; pues, aunque

les preuino que no se alejasen, y que si behían casas bolbiesen a abisarle, ellos, encontrando dos casas, y la primera de ellas bazía, pasaron a la segunda y cojieron en ella dos mozitos y tres mujeres con un niño, y abisados los de las casas vezinas por otros que se escaparon, se inquietó el país, y en poco más de una ora se juntaron cosa de 40 hombres con sus lanzas, y se pusieron en zelada a esperar a los seis. Quiso Dios, que éstos cojieran otro camino, y se libraron, sin sauer lo que hazían. Pero embiando el theniente otros quatro en busca de los seis, que ia tardauan, fueron sorprendidos, y los hubieran echo pedazos a no hauer ohido el theniente y los suios la bozería de acometer, y acudiendo promptamente con el disparo de dos escopetas, los hizieron huir.

Así se frustró esta expedizión porque los nuestros discurrían que a los seis ya los hauían muerto, y que a la noche los acometerían aquellos yndios, juntándose en crezido número. Y de echo pasaron la noche en vela, oyendo mucho ruido y mormullo de jente al rededor. Quando llegó la mañana, determinaron bolberse al real, donde, aunque tristes, por el malogro se alegraron de ber a los seis, los cuales, tomando otro camino, como se ha dicho, hauían llegado el día antes, y trajeron además de las tres mujeres y de los dos mozitos a otros tres hombres, de los que se allaron en la refriega, y los encontraron al bolber desparramados. El principal de estos, luego que me vió en bastante distanzia, dijo a un compañero que no tenían que temer, pues hauía allí Padres: señal de que tienen notizia de los Padres y de la venignidad y amor con que los tratan. Los procuramos agasajar quanto fué posible, y señalé a dos dellos para que el día siguiente fuesen a llamar a sus parientes, llebando carta mía por si se encontraran con los nuestros. Pero ellos, temerosos sin duda por hauerse allado en la refriega, y sobrebiniendo a prima noche una tempestad de agua y trueno mui terrible, se apartaron de los demás, y en una canoa nuestra pasaron a la otra orilla y se huieron con otro tercero. El cuarto, que hera el curaca Ranaluzé, según después supimos, desapareció a la mañana. Al quinto con otro también Masamaye, que hauía estado más de un año en Omaguas y le llebáuamos en nuestra Compañía, después de regalarlos con cuchillos y prouenirles de comida para el camino, los embiamos a que combidasen a sus parientes de nuestra parte, y les asegurasen que no los queríamos hazer mal ninguno, sino antes bien regalarlos y tener amistad con ellos, y que biniesen con toda seguridad y sin rezelo alguno. Pero ellos no parezieron en los quatro días que les dimos de término para bolber, con que resolbimos por fin embiar a las tres mujeres a sus casas, regalándolas con algunos cuchillos y preuiniéndolas de comida para el camino, y encargándolas que dijesen a sus maridos y demás parientes que no los queríamos hazer mal ninguno, sino asentar paz y amistad con ellos, y que lo único que les encargáuamos hera que no hiziesen entradas ni matanzas en los Amaonos ni en los Icahuates, como las hauían echo, ni en otra ninguna nazión de las que estauan a nuestro cargo, porque en tal caso sería menester defensa a los nuestros y castigarlos a ellos en adelante.

No sabemos qué efecto les haría este recado, en que hiban bien ympuestas las tres mujeres, que mostrauan bastante capazidad y vibeza. Ellas nos dieron buena notizia del terreno y jente de su nación y nos nombraron hasta onze curacas, que uno tenía seis casas, otro dos, otro diez, otro quatro, y así de los

demás. Los curacas que nos nombraron fueron Moyse, Sama, Morly, Hueno, Pabiano, Mayno, Acosé, Zebrano, Parranla, Ranaluzé, El Antuano: y añadían que hauía otros y otros fuera destos, pero que no sabían sus nombres. Y haziéndolas cargo de dos cabezas umanas que se encontraron en su casa, y de las chaquiras que trahía la más anziana de las que husan en los Amaonos, rrespondió a esto último que las hauía comprado en una de sus bebezones. Pero a lo de las cauezas no respondieron derecho, sino que los Zebranos heran los que hazían las matanzas y ynquietauan a todas partes.

El terreno ocupa como 24 leguas entre los ríos Masa y Nanay, y sube por uno y otro río hasta los Iquitos. Ellos, se an retirado hazia el medio, donde reconozieron los nuestros un zerrito mui fértil y de muchas chacras y experimentaron frío extrahordinario para aquellos países, así en el temporal como en las aguas, y que éstas son poco saludables, no sólo por el frío, sino también por ser de ziénagas y de arroyos no limpios. Y por todo lo que refirieron se hizo juizio que estauan mui poblados y que harían el número de más de 800 hombres de armas, que con sus familias pasarían de 5.000 personas. Si se repiten las entradas, como se desea, se logrará sin duda su reducción, y será más fructuosa que en otras naziones, porque muestran ser más ájiles y de más capazidad, como criados en tierra fría o templada entre calor y frío.

Dejadas estas tres mujeres a la orilla para sus casas, partimos para los Peuas y Caumares, adonde, por ser frontera de los portugueses y el pueblo nuevo, llebaua conmigo de misionero al Padre Adam Bizman, y juntamente preuenzión de lona y de lienzo para bestirlos: y al mismo tiempo quería ber otra parzialidad nueba de Cabaches, a quienes el curaca de los Caumares tenía inclinados a poblarse. Se alegraron mucho de que les llebase Padre que cuidase de ellos, y compusieron con mucha diligenzia la casa y la iglesia que tenían comenzada, en lo qual andubieron los Pebas más diligentes y con notables expresiones de afizión y de agradezimiento. Tomó el theniente posesión del pueblo en nombre de V. M. y nombró por alcalde a un caumar bauptizado. Al bajar dejamos encargado al curaca de los Caumares que llamase a su sitio a los Cabaches que tenía ablados, y al bolber encontramos como cosa de 50 personas entre chicos y grandes, de solas dos casas, con sus curaca, y entre ellos también al curaca de otras zinco casas que distauan seis días monte adentro. Bauptizé hasta onze párbulos y regalé a sus padres con cuchillos y algunos machetes, y a los dos curacas con achas, y ofrezieron que bendrían a poblarse con los Peuas y Caumares en aquel mismo sitio; y tengo por zierto que lo ejecutarán con la asistencia y cuidado del P. Vizman.

Proseguimos nuestra buelta, y un día antes de llegar a Omaguas, entramos por el río Tabayay, que entra por el Sud en el Marañón, a visitar la nueba poblazión de Mayorunas, Curugos que hauían benido allá pocos días antes. Comenzóse a fundar el pueblo el año anterior de 36 con otra parzialidad de Maiorunas, a quienes los Omaguas labraron chacras de yucas, plátanos y maíz; pero ellos, como bagamundos, se retiraron al monte; y andando en su busca, se encontró con estotra parzialidad de cosa de 40 personas, jente miserable y apocada, y reliquias de su parzialidad que los años pasados fué mui numerosa; pero los portugueses del Pará la an extinguido. Estos disfrutarán las chacras que se labraron para los otros. Y según la solizitud de buscarlos en número consi-

derable a los fujitiuos, formarán un razonable pueblo, si las enfermedades orijinadas de los nuebos alimentos o la abundanzia dellos no los acauan. Dejéles siete toldillos grandes para defensa. de los mosquitos en la noche.

En Omaguas encontré otra parzialidad de Mayorunas que acauaban de traher de el río Vcayale hasta 40 personas, sin otras que faltauan todabía. Uno de ellos hera de los que se retiraron de Tabayay, y dijeron que juntándose con otros nuebos amigos se havían yntroduzido tierra adentro por un mes, hasta que, encontrándose con la nazión que pintauan mui feroz de los Cunibos, éstos les dieron un asalto una noche y mataron a todos los de una casa. En benganza asaltaron ellos otra casa de Cunibos, aunque no hauían sido parte en el subzeso pasado, y mataron a sus abitadores; y temiendo la resulta, que sería retornarles otro tanto o acauar con todos ellos, se echaron a huir y binieron a dar zerca de la voca de Ucayale, donde pararon, pero sin tener qué comer ni rancho en que guarezerse. En este estado se encontraron con unos Omaguas que hauían subido a labrar una canoa, y conoziéndolos el que hauía estado en Tabayay, llamado Cura, les pidió que los lleuasen al pueblo. Son blancos en comparazión de los demás yndios, bien dispuestos, ájiles y alegres, y los niños mui hermosos. Bauptizé de éstos nuebe. Les dejé sitio señalado para labrar sus casas y quedaron enllinando ya sus chacras: y están mui bien allados con los Omaguas, que son mui agasajadores de este jénero de guéspedes nueuos.

En 15 días de nauegazión llegamos desde Omaguas al pueblo de la Laguna, donde fué preziso detenernos veinte días por la enfermedad que sobrebino a mi compañero, el H.º Joseph Mugarza, quien con lo que hauía bisto que se podía seruir a Dios en la combersión de estos jentiles, y por lo que hauía lehído que trauajaron algunos hermanos Coadjutores en aquellas misiones, se alló mui ynclinado a pedir lizenzia a N. M. R. P. General para quedarse con ellos. Y quando reconozió su peligro, me dijo que no sentía dejar esta vida, sino únicamente dejarme solo en tanto trauajo; que hauía pedido a Dios morir en aquella visita de las misiones; y pareze que se lo conzedió S. M.; y así murió a los 32 años de su edad, y a los 42 días de enfermedades molestísimas y mui complicadas con una preparazión muy embidiable y religiosa.

Tres días después de su muerte partimos de la Laguna, y a los doze de nauegazión por los ríos Guallaga, Marañón y Pastaza, llegamos al pueblo de San Joseph de los Pinches, que se compone de dos parzialidades de Pinches y de Pebas, y en todos son 136 almas: 54 casados; 10 viudos y viudas; 4 solteros; 6 solteras; 28 niños y niñas de Doctrina y 28 tiernos. Es anexo de Santo Thomé de Andoas, y hauía buenas esperanzas y disposizión de aumentarse, porque después de más de 30 años que hauían desaparezido los Romainas, se an descubierto aora, y están ya en benir a poblarse hasta 40 familias. Estos an dado notizia de otras parzialidades con quien tienen amistad, de Cutinanas, Vichipay y nuebos Pinches que nunca fueron conozidos y an ofrezido ablarles para que bengan también a poblarse, si les doy Padre.

De Pinches fuimos en quatro días de nauegazión por el mismo Pastaza a Santo Thomé de Andoas, que se compone de Andoas y de Simigayes, y son en todos 454 almas: 220 casados; 24 viudos y viudas; 10 solteros; 91 niños y niñas de Doctrina y 89 tiernos: y está de misionero el P. Ignacio Michel. Pidiéronme lizenzia con mucha ymportunazión para hazer entrada a las cauece-

ras del Curaray, en busca de sus parientes, de los quales me nombraron hasta siete parzialidades distintas. Y dificultando yo dársela, por ser el camino largo de 32 días, me dieron una respuesta que me enternezió: Padre (dijeron), ¿cómo as de permitir que todos nuestros parientes se pierdan?, ¿no es razón que también ellos gozen el bien que nosotros gozamos? Con que no les pude negar la lizencia.

De Andoas llegamos por el río Bobonaza en 14 días de nauegazión a Canelos, que es Doctrina de los RR. PP. Dominicos; y después de descansar dos días para dar tiempo a la prebenzión de matalotaje para camino de tierra, entramos en éste para bolber a la Probinzia; y aunque no es más que de ocho días, nos molestó bien, porque la senda estaua por la maior parte ocupada de ramazón y de broza y de no pocos pantanos: tiene frequentes pasos que es menester subir a gatas, baliéndose de manos y pies, y bajarlos con mucha fatiga y peligro. Se pasan zinco ríos, cargados en yndios, y el sexto por un puente de guaduas o cañas gruesas que se haze cada bez que se pasa sobre un paso tan rápido y caudaloso que los mismos yndios le temen, porque no tiene remedio el que cahe. Y las dos últimas jornadas por una ladera mui alta y pendiente, donde la senda apenas tiene el ancho del pie, en barias partes con un prezipizio continuado al río de Patate o Pastaza: es un continuado susto, que no permite apartar la bista de donde se a de fijar el pie. Por eso, aunque en todo el biaje experimenté mui bisible la protezión de Dios, la reconozí mui especialmente en esta jornada; pues no sólo nos libró de toda desgrazia pero aun nos conseruó el vigor; de modo que el último día, que fué el 26 de diziembre de 37, después de dezir misa no mui temprano, pudimos andar ocho leguas bien largas. Aunque después no dejamos de sentir bastante quebranto y ajes contrahídos de tanta humedad, calor, sudor, llubias y dibersos temples, cuio eszeso haze mucha ympresión a los que salen de las misiones para la serranía.

Y deste eszeso de calor y humedad les bienen a aquellos Padres misioneros dentro de sus misiones una multitud de penalidades que equibalen a un duro y prolongado martirio; porque no se puede cojer trigo ni otros granos, ni conserbar la arina y por eso su pan son las yucas cozidas o asadas, plátanos y maíz, sin que prueben todo el año bocado de pan ni bizcocho. No se puede conseruar el Santísimo sin peligro ni aun 24 oras, y por conserbar la arina para las ostias, nezesitan tenerlo colgada en alguna basija al umo. Luego se les pudren y se hazen pedazos los zapatos y el bestido: y por eso procuran conserbar las sotanas delgadas para el pueblo, y para dezir misa; y para los biajes de la montaña las tienen de chambira, que es a manera de cáñamo o de lona de algodón mui grueso. Los mosquitos, arañas y ormigas parezen plaga, y es nezesario andar todo el día con abanicos de plumas o cosa equibalente, y no alcanzan. A la noche es preziso dormir zerrados en los toldillos por los zancudos o zínifes, y por los morziélagos, y porque no llegue alguna culebra o alacrán o araña negra, cuio veneno es no menos actiuo que el de las bíboras: y el toldillo, aunque sea delgado, es un sudadero que sofoca.

Cada pueblo biene a ser que en medio tiene una plaza o zirco bastante capaz, y alrededor la iglesia, la casa del Padre con su cozina separada y las casas de los yndios. Todo lo demás es monte zerrado, sin que se pueda dar

un paseo ni orearse, sino por alguna senda de los yndios para sus chacras. Para los biajes no ai prebenzión que no se pudra o malehe, a más tardar a los ocho días; por lo qual es suma la contingenzia de que falten los bastimentos, porque los mitayos no enquentran siempre lo que buscan, y ai parajes estériles de caza y de pesca La pesca es el sustento más común aun en los pueblos, y suple bien la falta de las carnes; porque ay en muchas diferenzias y mui rregaladas. El zungaro es en tres o quatro espezies y corresponde al congrio bueno. La gamitana, al salmón. La sera, a la anguila en la delicadeza y en el gusto. La arabana, las palometas, las motas u otras espezies. Las charapas o tortugas grandes, de más de quatro arrouas sirben mucho con la carne y con la grasa que se les saca para guisar y para alumbrarse. Pero sobre todos es substanziosa el manatí, que en las misiones llaman baca marina; porque cada una da ocho o diez arrouas y más de carne. La caueza es como de vaca mocha: La barriga corresponde a la caueza: tiene dos aletas que corresponden a los pechos, a manera de orejas de buey, pero mucho más anchas y largas, como media vara. La cola es como un abanico abierto y en ella mui delicada la carne, como la gordura de ozico de puerco. La demás carne no se diferenzia de un solomo de puerco bien zeuado o de ternera mui gorda, sino en que es más substanziosa y más dura; por lo qual es nezesario cozerla toda la noche antes y toda la mañana; y asada después a su tiempo para el medio día es plato rregalado, que ninguno dirá, sin berlo antes, que sea cosa de viernes.

Pero esto ni es continuo ni en todos los pueblos, y los Padres nezesitan probeherse mutuamente unos a otros con lo que se coje en el pueblo de cada uno. Sobre esta multitud de yncomodidades es mui pesado el ejercicio de pazienzia con los yndios; porque cada uno de aquellos Padres es una madre pobre con una muy dilatada familia: ellos lo an de cuidar en un todo: Los an de espolear y dirijir en el trabajo para que tengan que comer, y subministrarles el bestido y la erramienta y qualquiera cosa que les falte. Quando caen enfermos, an de ser sus médicos, cuidar de preuenir las medicinas y hazerlos que las tomen, les an de embiar la comida y fomentarlos en un todo, no menos en lo temporal que en lo espiritual: y a este fin, de los 200 pesos que V. M. da para alimentos a cada misionero, apenas gastará cada uno consigo los 50, estrechándose ellos, tratándose mal a sí mismos y ynjeniándose en aorrar quanto pueden para tener que dar a los yndios. Y es cosa de igual admirazión y edificación ber a unos sujetos de escojidos talentos y que sin duda serían mui estimados por sus prendas en sus prouincias, tan zeuados en el cultiuo de aquellas almas, que ni echan menos el comerzio razional, de que están priuados ni conziben tedio al trauajo cotidiano y tan molesto con una jente tan várbara.

Es verdad que esta barbaridad se alibia mucho con la sujeción y amor grande que tienen a los Padres y con no estar ynficionados con ydolatrías ni otros herrores, sino con sola la falta de cultiuo; pero este corto aliuio biene a ser como nada por la suma dificultad de impornerlos en los misterios de la fee, nazida de que no tienen notizia de cosa alguna espiritual, ni de las operaziones del alma, ni en sus lenguas tienen palabras que las signifiquen, echos a gouernarse únicamente por lo que perziben por los sentidos y nada más. Tienen alguna luz de la ynmortalidad de las almas, pero mui material y mezclada con el error de que nadie muere sino de muerte violenta o causada con brujerías y

con echizos, lo que es causa de sus enemistrades ynrreconziliables; porque engañados de su ymajinazión y las más bezes por sujestión del enemigo, como no saben bengarse sino matando, matan por antojo y hazen destrozos. Este es el vizio predominante entre aquellos yndios y el que más los aniquila. Aunque también suelen hazer en ellos grande riza las biruelas, los costados y cursos de sangre, si bien tienen ya sus remedios eficazes contra estas epidemias. La que suele ser sin remedio es la melancolía que les carga, si les sacan con alguna biolencia de sus retiros a poblarse. Y es bien notable la esterilidad de que esto mismo sobrebiene a las mujeres, pues siendo mui fecundas en el monte, se experimenta que no conziben los primeros ocho o diez años de viuir en pueblo sino mui raras.

Entre otras cosas que dejé hordenadas, con parezer y consulta de los Padres misioneros, una fué que los yndios hiziesen cada 15 días, el exerzizio militar, con las armas que husa cada nazión, para que deste modo estén ejercitados y diestros a rresistir y defenderse en las entradas, y para defenderse de las ymbasiones de los portugueses. Otra que cada Padre tenga seminario de muchachos como lo tenía ya el Padre Carlos Brentano en Omaguas, con la distribución de rezar a sus oras, ohir misa, aprender algunos ofizios mecánicos, en que entran mui bien. La tercera, que todos los días de fiesta publique el Padre misionero por lista los muchachos y muchachas que hubieren cumplido la edad de casarse, exhortando a sus padres que les den estado quanto antes, para euitar los muchos y graues yncombenientes que se experimentan de lo contrario. Y en esto es bien digno de anotarse que ni ellos ni ellas rreparan en otra calidad ni en dote, sino sólo en si es trauajador y de buena salud el nobio, si es trauajadora y robusta la nobia. El número de todos los pueblos o de almas que en ellos biuen serán cosa de 103 [?] personas y los Padres que los cuidan son 18, de la Compañía de Jesús, y con el sazerdote secular don Joseph Bahamonde son 19 misioneros.

Esta es Señor, la relazión de la visite que hize en las misiones de los ríos Marañón y Napo, en que es mui digno de que note V. M. que el aumento que ha hauido de diez pueblos en este tiempo desde henero del 36 hasta aora, a sido de jentiles que ellos mismos se an benido y an buscado a los Padres misioneros. Y en cartas que reziuí en Quito de 8 de abril de 1738 me abisa el Padre superior y otros Padres el grande ferbor con que se mantienen y ban en aumento los dichos pueblos, baliéndose la piadosa mano de Dios de los mismos jentiles reduzidos para atraher otros en gran número en lo qual subzeden casos que serían de suma edificazión aun en xptianos de una perfezión consumada.

C. BAYLE, S. J.

¿Suárez, misionero en el Río de la Plata?

1. La especie ha sido lanzada en pública conferencia pronunciada en Madrid el día 19 de octubre de 1948 por el profesor argentino Attilio Dell'Oro Maini, durante los actos celebrados en la solemne conmemoración del insigne teólogo granadino Francisco Suárez, llamado el Doctor Eximio y Piadoso, con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento. Afirmó el mencionado profesor que en un documento de la Biblioteca Nacional de Lima, hoy por desgracia consumida por incendio, que estaba instalada en el antiguo Colegio Máximo de los jesuítas, y donde se conservaban muchos de sus papeles, se hallaba, conforme a un antiguo inventario, cierta real cédula de 1598 que autorizaba el paso al Río de la Plata a una expedición de seis religiosos jesuítas, los cuales iban conducidos por el padre Francisco Suárez, y apuntaba como posible la hipótesis de que se tratase del célebre escritor, no sólo por la identidad del nombre, sino por no hallarse entre los jesuítas de la época otro del mismo nombre y apellido.

La idea, aun enunciada solamente como posible o verosímil, nos llamó poderosamente la atención. Tenemos estudiadas todas las expediciones misioneras de jesuítas que partieron de España a Sudamérica en el siglo XVI (1), y nos disonaba que nombre tan conocido hubiese sido nunca metido en ellas ni aun en proyecto. Además, el estudio de esas mismas expediciones y los usos que solían seguirse en formarlas, nos demostraba que personas de la talla excepcional de Suárez, que por sus condiciones extraordinarias eran considerados como indispensables en Europa, no solían ser enviados sino raras veces a tierra de salvajes, y eso según normas emanadas de San Francisco de Borja, sino que lo ordinario era escoger jóvenes robustos, en su mayoría todavía estudiantes, que pudieran aclimatarse a los duros climas tropicales, y a los trabajos y fatigas del apostolado, y se hallasen aún en edad de aprender con facilidad las lenguas indígenas americanas. A nadie se le enviaba tampoco forzado, sino eran entresacados los más apropósito entre los numerosos *indípetas* (así eran llamados) que previamente habían solicitado las misiones, y no recordamos haber visto nunca en las muchas listas de indípetas que se conservan, el nombre de Suárez. El Río de la Plata, por otra parte, estaba en esa época muy a los principios de su colonización: la ciudad de Buenos Aires era un pueblo en mantillas, un simple puerto de la gobernación del Río de la Plata, cuya capital y residencia del gobernador y del obispo era la Asunción del Paraguay; y no había en todo el inmenso territorio sino muy pocas ciudades españolas:

(1) Missionalia Hispánica, I, Madrid 1944, 559.

Concepción del Río Bermejo, Ciudad Real del Guairá, Villarrica del Espíritu Santo, Santiago de Jerez, estas tres hoy en el Brasil, Corrientes y pocos pueblos más en medio de la muchedumbre innumerable de los indios salvajes (2). Era, pues, una incongruencia enviar teólogos de salud endeble, como Suárez, adonde lo que hacía falta eran robustos conquistadores evangélicos. De haber pensado los superiores de la Compañía de Jesús mandar a Suárez a América, lo habrían enviado a Lima o Méjico, donde había ya Universidades, nunca al Río de la Plata o Tucumán. En una palabra, la especie de un Suárez que abandonase los estudios y las cátedras más célebres de Europa por ir a enconderse en las soledades agrestes de las Pampas, el Paraguay o el Chaco, se salía en absoluto fuera del marco y ambiente histórico y documental de las postrimerías del siglo XVI. Pero, por otra parte, la autoridad del docto profesor Dell'Oro, y su afirmación de que el rico acopio de documentos que adujo en su disertación le había sido comunicado y venía avaluado por el eminente jesuíta e historiador argentino Guillermo Furlong, daba qué pensar y acuciaba la curiosidad de averiguar lo que hubiese de cierto en especie tan nueva e interesante.

2. Y no es que nos sorprenda ver en el descubrimiento y colonización de América personas de gran valía. Todo un Cervantes estuvo a punto de ir al Perú con un destino real en las minas de Potosí. Sabemos que los apellidos de las casas españolas de más alta alcurnia aparecen muy barajados en las crónicas e historiadores primitivos de Indias. En las mismas expediciones de misioneros jesuítas es notable la frase de San Francisco de Borja, que decía serle más gustosos los envíos de misioneros de que más le costaba desprenderse por sus dotes naturales y dones recibidos de Dios. Acostumbrados estamos a ver en los primeros jesuítas mandados a América por el santo Borja o por sus sucesores, Everardo Mercuriano o Claudio Acquaviva, figuras excelsas como un José de Acosta; un Alonso de Barzana; un Juan de la Plaza, provincial antes en España; un Baltasar Piñas, el introductor de la Compañía de Jesús en Cerdeña; un Alonso Ruiz, maestro de novicios de San Estanislao de Kostka; un Juan de Atienza, de sutil y elevado ingenio, compañero de estudios de Suárez, y otros muchos (3). El año 1577 estuvo oficialmente destinado para ir de provincial al Perú el célebre asceta y maestro de la vida espiritual padre Baltasar Alvarez, y sólo las muchas súplicas de sus discípulos jesuítas y las intercesiones de grandes señores seculares, junto con algunos motivos de orden interno, hicieron revocar la orden de embarque al P. General Everardo

(2) *Anua castellana de la provincia del Perú.* (*Academia de la Historia* de Madrid. *Papeles de Jesuítas,* tomo 81.) Suárez residía por esos años en Coimbra, y de haber sido destinado a misiones, habría sido a las de Asia, que dependían de la Corona de Portugal, no a las castellanas de América.

(3) *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú,* I, Madrid 1944, 17 ss.

Mercuriano (4). Pero nos es desconocida ni la menor sombra de contingencia de que el teólogo granadino hubiese estado nombrado para ir al Río de la Plata. Otros dos del mismo apellido figuran entre los pasados de España a Sudamérica: el P. licenciado Diego Suárez, natural de Guadalajara, que fué el año 1574, y el P. Juan Suárez, que asistió a la cuarta congregación provincial peruana celebrada en Arequipa el año 1594 (5); además de un tercero, llamado también Juan Suárez, distinto del anterior, que pasó de Méjico al Perú el año 1599 como socio o secretario del Visitador P. Esteban Páez (6). Surgía, pues, en el pensamiento la idea de un posible error de copia o lectura en el manuscrito destruido de Lima citado por el profesor Dell'Oro, por lo demás explicable por ser fáciles de confundir las abreviaturas de Juan, Diego o Francisco en la escritura de la época. Por el último de los Juan Suárez antes enumerados se inclinaban todas las sospechas, dada la proximidad del tiempo.

Y ¿qué antecedentes podía tener en las expediciones de misioneros a Indias la ida de este Francisco Suárez? Si no fué a Sudamérica, ¿pudo haber sido incluído en alguna de las expediciones destinadas a otras partes, Méjico o Filipinas? El cambio no era raro, y de los contingentes de misioneros que esperaban tiempo de embarcarse en Sevilla, Sanlúcar de Barrameda o Cádiz, si no cabían en una misión, eran tomados por los Padres Procuradores de Indias para completar el número de los concedidos en las reales cédulas para otras. En el Archivo General de Indias de Sevilla se encuentran las cuentas del tesorero Francisco Tello de Guzmán y las del factor Francisco Tello, donde se pueden seguir paso a paso las numerosas expediciones de religiosos jesuítas y de otras diversas órdenes a América a fines del siglo XVI (7).

El año 1588 nos encontramos con tres expediciones de jesuítas, una del P. Pedro de Ortigosa y 16 compañeros para Nueva España, otra del P. Hernando de Mendoza y tres más para el Perú, la tercera del P. Pedro de Ostos y 20 misioneros asimismo para el Perú. De las dos expediciones para el Perú, sólo fué una de 16 religiosos que llegó a Lima a fines de 1589 conducida por el P. Hernando de Mendoza, que iba en compañía de su hermano carnal, el virrey del Perú don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete (8).

El año 1589 sólo aparece una misión para Filipinas, formada por los Padres

---

(4) *Ibid.*, I, 291, 323.

(5) MISSIONALIA HISPÁNICA, I, 162: *Historia General*, I, 33.

(6) HISTORIA GENERAL, I, 459.

(7) *Archivo General de Indias de Sevilla* (AGI), *Contaduría*, leg. 316 ss., 321 ss., antes 2-4-8 ss. y 2-4-52 ss. Usamos en este estudio las copias y extractos de la *Colección Pastells, Extractos*, tomo 102.

(8) AGI. *Contaduría*, leg. 327, ff. 433, 452 ss. *Col. Pastells. Extractos*, tomo 102, pág. 192, 201, 203 ss.

Pedro Chirinos y Francisco Martín (9). El año 1590 figura el pasaje para Nueva España de los PP. Diego de Avellaneda y dos compañeros, y Esteban Páez con su compañero el P. Domingo Sánchez (10).

En los años 1591 y 1592 se consignan dos expediciones, la primera del P. Diego de Zúñiga y 20 religiosos para Tucumán, Santa Cruz de la Sierra y Río de la Plata, y la otra del P. Juan Román y siete religiosos para Chile, que se refunden en una sola de 33 misioneros, incluyendo algunos de la anterior del P. Pedro de Ostos, y llegó felizmente a Lima por diciembre de 1592 (11).

El año 1594 hay asimismo dos expediciones, del P. Francisco Gutiérrez y 18 religiosos para Filipinas, y del P. Pedro de Morales con 18 religiosos también para Topía, Sinaloa y La Laguna, en Nueva España (12).

El año 1597 hallamos otras dos expediciones, una del P. Francisco de Vera y 24 religiosos para Filipinas, y la segunda del P. Felipe Claver y 11 religiosos para Chile, Tucumán, Santa Cruz de la Sierra y Río de la Plata, que llegó a Lima por septiembre de 1597 (13).

El año 1598 son tres las expediciones, dos para la provincia jesuítica peruana, la del P. Francisco Suárez y seis religiosos para Chile, Santa Cruz de la Sierra, Tucumán y Río de la Plata, que es la mencionada por el profesor Dell'Oro, de que nos venimos ocupando, y la del P. Rodrigo de Cabredo y seis religiosos para el Perú, que como veremos es una misma, conducida por el segundo, aunque reducida al número de cuatro, ninguno de los cuales es Francisco Suárez (14). La tercera es del P. Pedro Díaz y 30 religiosos para Topía, Sinaloa y Tepeguanes, en Nueva España y Filipinas (15).

En los años 1599 y 1600 se mencionan tres expediciones para Nueva España y Filipinas. del P. Cristóbal de Aguilar y ocho religiosos para Sinaloa y Filipinas, de los PP. Antonio Rubio y Diego de Ibarra con 24 religiosos para Sinaloa, Nueva Vizcaya y Filipinas, del P. Ildefonso de Castro y 21 religiosos a Nueva España y del P. Gaspar Gómez para Filipinas. Sólo aparece para el Perú el P. Juan Fonte con un compañero (16).

---

(9) AGI. *Contaduría*, 327, f. 459. *Col. Pastells*. Ibíd., 206, 207.

(10) AGI. *Contaduría*, 330. Cuentas de 1589 a 1593, ff. 190, 191. *Col. Pastells*. Ibíd., 210, 212.

(11) AGI. *Contaduría*, 330, ff. 321 ss. *Col. Pastells*. Ibíd., 215-232 passim. MISSIONALIA HISPÁNICA, I, 568, donde va la lista completa de los nombres.

(12) AGI. *Contaduría*, 333. Cuentas de 1593 a 1594, ff. 13 ss. *Col. Pastells*. Ibíd., 236-247.

(13) AGI. *Contaduría*, leg. 334. Cuentas de 1594 a 1596, ñ. 328; leg. 335. Cuentas de 1596 a 1599, f. 420. *Col. Pastells*. Ibíd., 254-264. MISSIONALIA HISPÁNICA, I, 570.

(14) AGI. *Contaduría*, 435, ff. 427-434. *Col. Pastells*. Ibíd., 267, 270, 271. MISSIONALIA HISPÁNICA, I, 570.

(15) AGI. *Contaduría*, 435, f. 437. *Col. Pastells*. Ibíd., 272, 273.

(16) AGI. *Contaduría*, leg. 338. Cuentas de 1599 a 1602, ff. 326, 341, 342; leg. 343. Cuentas de 1602 a 1603, f. 342. *Col. Pastells*. Ibíd., 275, 287, 289, 294. Del P. Juan Fonte en *Contaduría*, 338, f. 337; y *Col. Pastells*. Ibíd., 283, 284.

Finalmente, el año 1603 figuran dos expediciones para la provincia peruana: una del P. Pablo José de Arriaga y 16 religiosos para el Perú, y otra del P. Diego de Torres con 25 religiosos para Quito, Chile, Tucumán, Santa Cruz de la Sierra y Río de la Plata. Ambas se refundieron en una sola de 45 misioneros, incluyendo otros de los que esperaban pasaje, y se hicieron a la vela el último día de abril de 1604. Esta es la última expedición en que pudo haber ido a América Francisco Suárez, pero su nombre no figura en ella (17).

3. Y vengamos al análisis del documento aducido por el profesor Dell'Oro. Por fortuna, aunque el ejemplar limeño haya sido destruído, queda otro, y probablemente de forma más fehaciente, en el Archivo de Indias de Sevilla, entre las cuentas del factor Francisco Tello, antes mencionadas. Helo aquí:

«[*Al margen*:] Cédulas de Su Magestad y libramiento de los dichos jueces oficiales y pago (rubricado).

Al padre Francisco Suárez de la Compañía de Jesús, docientos y veinte y dos mill docientos y noventa y quatro maravedís, que se le dieron para que con ellos comprase y proveyese los vistuarios, camas y matalotaje necesarios para él y para los seis religiosos de la dicha Compañía y un criado que lleuaua a las provincias de Chile, Santa Cruz de la Sierra, Tucumán y Río de la Plata, y pagase el porte de sus libros y vistuarios, desde los conventos donde salieron hasta la dicha ciudad de Sevilla, y los fletes de los barcos en que fuesen y llevasen todo lo susodicho hasta el puerto de Sanlúcar o Cádiz. Y los dichos maravedís se libraron en virtud de dos cédulas de Su Magestad fechas en Madrid a veinte y seis de henero y veinte y quatro de hebrero del dicho año de mill e quinientos e nouenta y ocho, por libramiento de los dichos Juezes oficiales, fecho en Seuilla a veinte y nueve de abril del dicho año. Los quales rescibió él mismo, como parece por su carta de pago de ocho de mayo del dicho año, ante Gonçalo de las Casas, escriuano» (18).

Consta, pues, que hubo un Francisco Suárez, nombrado por dos reales cédulas, de 26 de enero y 24 de febrero de 1598, para conducir como superior una expedición de seis misioneros jesuítas a América, y que efectivamente estaba en Sevilla a 8 de mayo del mismo año, entendiendo en los menesteres propios del viaje para la próxima flota, que estaría a punto de levar anclas, pues solían salir por primavera.

---

(17) AGI. *Contaduría*, 343, f. 39. *Col. Pastells*. Ibíd., 295, 296: ANTONIO ASTRAIN, S. I., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, IV, Madrid 1913, 629, 630, donde está la lista completa de todos los misioneros.

(18) AGI. *Contaduría*, 335 (antes 2-4-66), f. 427. *Colección Pastells. Extractos*, tomo 102, pág. 267. Desarrollamos todas las abreviaturas y modernizamos con frecuencia la ortografía.

Mas he aquí que las mismas cuentas de Francisco Tello nos muestran que el tal Francisco Suárez fué sustituído por otro jesuíta para dirigir la expedición a fines del mismo año 1598. El documento dice así:

«Al padre Rodrigo de Cabredo de la Compañía de Jesús, treinta y siete mill y ochocientos y quarenta y dos maravedís, que se le dieron para su entretenimiento y de los seis religiosos que, por mandado de Su Magestad, lleuaua al Perú, de ciento y seis días que auían estado aguardando a se embarcar en la Casa Profesa de la Compañía de Sevilla, y en el camino de Seuilla a Sant Lúcar, y en la dicha Sant Lúcar y Cádiz, desde diez y ocho de julio hasta treinta y uno de octubre, como parece por certificaciones del padre Ildefonso de Castro, prepósito de la dicha Casa Profesa y del dicho Rodrigo de Cabredo y Pedro Tercero rector del colegio de Cádiz, a real y medio cada día a cada uno dellos. Y Su Magestad por su cédula de nueve de junio mandó que los dichos religiosos que auía de lleuar el padre Francisco Suárez, los lleuase el dicho padre Rodrigo de Cabredo, por librança de quatro de noviembre. Los cuales resciuió el padre Hernando Morillo por su poder, como paréce por su carta de pago de seis de noviembre, ante Gonçalo de las Casas» (19).

La sustitución es fácil de explicar. El P. Rodrigo de Cabredo había sido nombrado provincial del Perú por el P. General Claudio Acquaviva, siendo Rector del Colegio Inglés de Valladolid, y al pasar por Madrid para tratar de su ida y poderes con el Consejo de Indias, recibió la real cédula de 9 de junio de 1598 que le confería, como es natural, el encargo de conducir una expedición de misioneros súbditos suyos, en lugar del P. Francisco Suárez. Cabredo se embarcó para Tierra Firme y el Perú a fines de 1598 (20); pero Suárez se quedó en España, y privado del cargo de superior, no fué tampoco esta vez como súbdito. Pero ¿se reservó para ir en alguna otra de las expediciones posteriores, o cambió de misión, yendo a Méjico o Filipinas? Las consideraciones reunidas en el número 2 de esta nota nos muestran que no fué nunca a América: ni en las expediciones a Méjico y Filipinas de 1599 y 1600, ni en la magna del Perú de 1603 hemos podido descubrir su nombre. Francisco Suárez, pues, estuvo destinado a las misiones de Indias, pero no llegó a embarcarse para ellas.

Y en definitiva, ¿quién es este P. Francisco Suárez? ¿Es el Doctor Eximio, entonces catedrático de prima de Coimbra, en la cumbre de su gloria, o hay entre los jesuítas de la época algún otro del mismo nombre a quien le cuadren más verosímilmente la vocación y destino de misionero de Indias? Ni el profesor Dell'Oro ni al parecer su informador el padre Furlong, conocen a ningún otro fuera del teólogo granadino. Nosotros sí.

---

(19) AGI. Ibíd., f. 434. *Col. Pastells. Ibíd.*, 270.
(20) MISSIONALIA HISPÁNICA, I, 570.

En los Catálogos trienales que las diversas provincias de la Compañía de Jesús remitían periódicamente a Roma, hallamos en el de la provincia de Andalucía de 1603 los siguientes datos:

«Están en Valladolid desta Prouincia:
1. P. Francisco Suárez
patria: Granada
aetas: 59 [años]
vires: buenas
tempus Societatis: 39 [años]
tempus studiorum: 3 [años] de Artes, 4 de Theología
ministeria quae exercuit: Rector, 3 años; maestro de latín muchos; predica y confiesa
gradus in l[itte]ris: (en blanco)
gradus Societatis: profeso de 4 votos en 21 de set[iembr]e de 1589» (21).

Hay, pues, un Francisco Suárez, granadino como el Eximio, y que entra en la Compañía de Jesús el mismo año que él, a saber en 1564, aunque según creemos en distinto noviciado, uno en Medina del Campo, otro en Montilla, noviciado de la provincia de Andalucía, pero que hace su profesión religiosa de cuatro votos en 1589, y no tiene grados académicos; el teólogo la había hecho cinco años antes, el 29 de mayo de 1583, y sí poseía grados; finalmente, no tuvo más estudios que de artes y teología; el profesor de Coimbra había estudiado además tres años de Derecho Canónico. Lo demás del *curriculum vitae* dentro de la Compañía de Jesús es totalmente diverso en ambos: el uno se pasa la vida enseñando latín a los muchachos, el otro ocupa las cátedras más importantes de ciencia sagrada en Roma, Salamanca, Alcalá y Coimbra.

El Catálogo trienal de la provincia de Andalucía para el año 1606 repite los datos anteriores acerca de este Francisco Suárez: tiene sesenta y dos años de edad, que fija para su nacimiento, lo mismo que el Catálogo de 1603, el año 1544, 42 años de Compañía, que lo supone entrado en 1564; añade que ha sido superior diez años y maestro de latín algunos, y otros prefecto de espíritu y que predica y confiesa. En el Catálogo trienal de 1611 ya no figura: había muerto (22).

En el Catálogo trienal de Andalucía de 1597, que es el más antiguo que hemos visto, no figura este Francisco Suárez, circunstancia singular que nos hace sospechar que, hallándose en el de 1603 como perteneciente a la provincia bética pero destinado fuera de ella en Valladolid, es que en 1597 estaba ya señalado para las misiones de Indias, y como tal desincardinado de su provincia y aplicado a una de las provincias

(21) *Archivo de la Compañía de Jesús de Madrid*. Catálogo trienal de la provincia de Andalucía de 1603, en fotografía del original del *Archivo Romano S. I.*, pág. 33; los datos van al final de todas las casas de la provincia.
(22) *Ibid.* Catálogos de 1606, 1611, 1597.

americanas. Si esta hipótesis es cierta, el destino a Indias de este Suárez concluyó probablemente con la real cédula de 9 de junio de 1598, y su destino a Valladolid verosímilmente fué al Colegio de Ingleses como rector de él en sustitución del P. Cabredo, que dejó este puesto para pasar de provincial al Perú. El llevar Suárez el número 1 en la lista de otros sujetos andaluces que estaban en Valladolid del Catálogo de 1603, indica que era Rector, pues en todas las casas los individuos van numerados, y el rector o superior lleva siempre el primer lugar. Esta sustitución nos la hace muy creíble el estudio de las expediciones misioneras a Indias: en esos años las provincias jesuíticas más numerosas de España eran las de Andalucía y Toledo, y juntamente las que más sujetos daban para las misiones. Es, pues, muy verosímil que el Francisco Suárez de la expedición de 1598 fuese bético; y los oficios que ejerció nos lo muestran como de una talla regular, suficiente para conducir como superior una expedición de misioneros a América, semejante al P. Felipe Claver de la expedición de 1597, y a otros que ocasionalmente llevaban misioneros a ultramar, cuando las expediciones no iban presididas por los Procuradores elegidos en congregación provincial y enviados a Europa por las respectivas provincias, que era lo ordinario. Téngase presente que la expedición del P. Felipe Claver y ésta encomendada a Suárez tenía como motivo la muerte en Italia del Procurador P. Esteban Cabello, que había sido elegido en la congregación peruana de Arequipa de 1594, y a quien habría correspondido, de no haber muerto, llevar estas expediciones. La provincia de Castilla, en cambio, no andaba muy sobrada de personal, y al imponerle el P. General el sacrificio de desprenderse de un sujeto de la valía del P. Rodrigo de Cabredo, por sus reclamaciones o instancias es probable les enviara al P. Francisco Suárez para sustituirle como Rector del Colegio Inglés de Valladolid (23).

Por todas estas consideraciones, tenemos la firme convicción de que el Francisco Suárez de la expedición de misioneros jesuítas a Sudamérica de 1598 no es el Doctor Eximio. No hay el menor fundamento histórico para suponerlo. Suárez, consagrado de por vida a la noble empresa del magisterio de la ciencia cristiana, y a la defensa de la fe y del Papado contra protestantes y anglicanos, no sintió nunca cansancio ni vacilación; ni mucho menos a la Compañía de Jesús le pasó jamás por el pensamiento apartarle de sus estudios y de la composición de sus inmortales obras.

F. MATEOS, S. J.

---

(23) *Historia General*, I, 33. Otros varios jesuítas de nombre Francisco Suárez existían en la época. Uno natural de Tarancón, que hacia 1610 era rector del colegio de Sevilla, y muy anciano depuso como testigo en los procesos de beatificación de San Francisco de Borja, según nos comunica el Padre Feliciano Cereceda, S. J.; y otros varios tiene anotados el P. Eleuterio Elorduy, S. I., notable investigador de asuntos suarecianos.

Como se alhajaban casas e Iglesias en Maynas

En la riquísima biblioteca americana que reunió D. Antonio Graiño y es hoy propiedad del Instituto de Cultura Hispánica, hay un códice en dos volúmenes de letra metida con el título *Diario de un Misionero de Maynas*. Es libro único en su género, que yo sepa, dada la extensión enorme con que el autor narra, casi día por día, desde que entró a las Misiones hasta que la pragmática de Carlos III lo sacó de ellas, Marañón abajo, a las cárceles, primero del Pará, después de Lisboa, y luego al Hospicio de los expulsados Jesuítas en el Puerto de Santa María; y aun más lejos lleva su narración, hasta que los desterrados hallaran paz, pobre y tranquila, en los Estados Pontificios.

El Padre Manuel Uriarte, alavés, debió ser escribidor empedernido: como que el *Diario* actual reduce a compendio (y en la copia son 788 cuartillas dobles) otro que el Superior de la Misión, receloso de las autoridades pombalinas, le obligó a quemar cuando las canoas que transportaban a los misioneros se acercaron a aguas portuguesas. Allí se cuenta por menudo, con minuciosidad a veces farragosa, porque a nadie interesa conocer el nombre del indio que apaleó a su mujer o se escapó con la del prójimo, la vida cotidiana de aquellas reducciones, las dificultades increibles nacidas del clima ardiente, húmedo y malsano; del genio tornadizo de los naturales, que por cualquier niñería se escapaban al bosque, matando, si se les antojaba, al misionero (por muerto dejaron al Padre Uriarte de un hachazo en la cabeza, que al decir de los bárbaros no lo aguanta un tigre); el adelanto paulatino en policía y cristiandad; la distribución ordinaria y de fiesta; las oraciones y cantos, etc. Y eso en distintas *naciones* o tribus, de costumbres y lenguas propias, con las que el autor trabajó. Oraciones y cantos que transcribe con morosidad de *ausencias*, de quien lejos de sus neófitos y de lo que constituyó el blanco de sus ideales, consolaba su ancianidad, achacosa y baldía, con los recuerdos de antaño.

El *Diario* lo aprovechó, en vida del autor, en Italia, otro jesuíta desterrado, el Padre José Chantre y Herrera, para componer su *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español*, editada en Madrid en 1901. Tanto lo aprovechó, que lo copia a la letra en muchos capítulos: de donde nace el color local, que hoy se dice, tan vivo, que pasma a quien no sepa el origen de la obra y sí que Chantre nunca estuvo en Misiones ni en América: no viene de él, sino del Padre Uriarte, para quien los bosques amazónicos y sus bárbaros eran más familiares que los prados de Zurbano (Alava), donde nació; y las orillas del Guadalquivir, junto a las que se crió, paje del Arzobispo sevillano D. Luis Salcedo y Azcona.

Pero Chantre podó mucho: lo más, los brotes y ramas menudas, que entorpecían la visión total del cuadro. Y cabalmente en esas minucias se esconden rastros hoy buscadísimos por etnólogos, lingüistas y misionólogos, porque dejan entrever el alma primitiva de pueblos o desaparecidos ya o revueltos en mezcolanzas que impiden el estudio antaño posible. Cuando se publique el *Diario*, y confiamos no ha de tardar, ha de ser estímulo de curiosidades científicas y fuente de datos preciosos.

* * *

Y tiene además otro valor y otro interés, más directamente misionero: el que da presentar la misión por dentro, en casa: con sus altibajos de alegrías y penas, de triunfos y derrotas; con la labor diaria de un hombre culto entre salvajes; con la fatiga del desmonte y el alborozo de la cosecha; la entrada del Evangelio y su realización lenta y segura, a fuerza de sudores y sangre. Con rincones pintorescos o curiosos, como el que vamos a ver. Cómo era una casa y una iglesia en las reducciones.

Cuéntanos el Padre la llegada de los clérigos que el Obispo de Quito envió allá, reclutados poco menos que con lazo, para sustituir a los jesuítas, y el horrible despertar de quienes allá fueron encandilados con la fama maliciosamente esparcida de los tesoros que los Padres habían estrujado de los indios y ocultado a los tributos del Rey, al ver que les aguardaban chozas de palo e iglesias de lo mismo, en la soledad aplastante de quien vive entre brutos. La benevolencia con que trató su desgracia el que iba por Superior de los improvisados evangelizadores, D. Manuel Echevarría, y el Comisionado regio para la expulsión, D. José Basabe, quien, al intimarle a Uriarte el auto de destierro, le añadió podían los Padres llevarse cuanto no fuese de la iglesia: como si también esto no lo hubiesen ellos procurado y adquirido. «Le agradecí su cortesía, escribe el *Diario*, y le dije: Nosotros no tenemos más tesoros que libros: tome V. M., como vizcaíno, la Vida de Nuestro Santo Padre, por el P. Fluviá: yo llevaré algunos más necesarios, y mi altar portátil para si se puede decir misa en el camino; que dinero aquí no se huele. Repitió: Lleve quanto quisiere, que me alegraré mucho, y se despidió enternecido. Luego pesó las alajas de plata de la iglesia, y trasladó el inventario de lo que avía de ornamentos.»

El inventario no lo copia: y se entiende, porque era imposible recordarlo a distancia. Felizmente lo conserva un códice del Archivo Nacional. Imagino de gusto para el lector conocer por él cómo tenían alhajadas sus casas y templos los Jesuítas en aquellas soledades. Dice así el Acta de incautación:

«En el pueblo de S. Francisco de Regis, en diez y seis del mes de julio del año de mil setecientos setenta y ocho años.—Yo el Juez Comisionado, con los testigos que irán abajo mencionados, pasé a la casa y habitación del Rdo. P. Manuel Iriarte [sic. la copia] de la Comp.ª de Jesús y Misionero de este

dcho. pueblo, a quien le leí el Real Decreto de extrañamiento; y habiéndolo oído dicho Rdo. P., como también el Rdo. P. Antonio Segundo del Castillo, de la Comp.ª de Jesús, que se hallaba de transeunte, para pasar al Colegio máximo de Quito. Dijeron que obedecían con todo rendimiento y veneración el Real Decreto, y que ejecutarían cuanto en nombre de S. M. (Q. D. G.) se les mandase, como fieles vasallos; en cuya virtud quedó depositado dicho Rdo. P. Manuel en uno de los aposentos de dicha casa, ínterim hacía la entrega de los muebles de casa, alhajas y ornamentos de Iglesia, y el expresado Rdo. P. Antonio Segundo salía en el día de la fecha al pueblo de San Joaquín de [Omaguas], ínterim recuperaba la salud y se le aprestaban los avíos necesarios para seguir su viaje a Quito: y para que conste, firmaron con los testigos, que lo fueron D. Agustín Pasmiño, Juan José Espinosa, Joaquín Barrubieta y José Pérez, actuando por mí y ante mí, por falta de Escribano público y Real [Firma de todos, y de José Basabe].

Luego incontinenti, acompañado del Sr. Dr. D. Manuel Mariano de Echevarría Vicario Juez Visitador y Superior y los expresados testigos, pasé a principiar los inventarios de las casas y muebles en la manera siguiente:

Primeramente se inventarió una casa de alto y bajo, cubierta de paja de palma, sobre estantería, cercada de bajareque doble.

En ella siete aposentos, los tres altos, con sus puertas buenas, y solo en una llave, con veinticuatro ventanas de barandilla, torneadas y cuatro puertas más en los tránsitos de las oficinas.

It. Otra casa de la misma fábrica con dos cuartos y cuatro puertas buenas, que sirve para cocina y despensa.

It. En dicha casa principal, tres escaleras de cedro.

It. Un velón de metal de cuatro mechas.

It. Tres pailas de cobre con el peso de dos arrobas y veintidós libras, y son en cuatro piezas.

It. Una botella negra, con boca de plata, sin llave.

It. Cinco mesas, entre grandes y pequeñas.

It. Tres escaños y seis sillas de madera en blanco, las tres viejas.

It. Una escuadra de fierro de carpintería, un martillo, dos azuelas y una tenaza, una hacha y machete de rajar leñas en la cocina.

It. Dos tarimas.

It. Dos azadones.

It. Un yunque de bronce, un tornillo, un macho grande, otro mediano, tres tenazas, dos limas, una clavera grande, otra tenaza más, dos limas y un par de fuelles de lona, todo perteneciente a la fragua.

It. Dos chacras de yucas plátanos, otras dos.

It. Un banco con sus bigornias para tornear.

It. Cuatro libros, el uno Vida de S. Francisco Regis, florilegio medicinal, Itinerario de Montenegro, que no son más que tres.

Alhajas y Ornamentos de Iglesia y Sacristía.

Primeramente una Iglesia cubierta de hoja de palma, sobre estantería, cercada de bajareque doble, y en ella diecinueve ventanas con barandillas tornea-

das; un coro con barandillas torneadas, dos rejas para el comulgatorio, dos confesonarios, una pila baptismal de madera bien labrada, cuatro escaños, diez y seis bancos de sentar la gente, tres mesas.

It. La puerta principal de la Iglesia bien labrada, con cerradura, llave, cerrojo para echar candado, otra aldaba para cerrar por dentro y seis bisagras grandes, todo de fierro.

It. Dos retablos, que sirven de colaterales en el mismo altar mayor, con las estatuas de S. Ignacio y de S. Francisco Jabier, guarnecidos con franja de oro, alba de bretaña con encajes y S. Francisco Jabier una sotana de bretaña, un santo Cristo pequeño de metal y un rosario de granates.

It. En medio dichos colaterales, un sagrario con su llave.

It. Una estatua pequeña de N.ª S.ª de la Concepción, con su coronita de plata.

It. Un santo Cristo grande de madera en el remate del altar mayor.

It. Otro pequeño de púlpito.

It. Una estatua de S. Simón Apóstol, de cuerpo entero.

It. Otra estatua de S. Francisco Regis, con sotana, cíngulo, sobrepelliz, estola, rosario y santo Cristo de metal en la mano.

It. Otra estatua de N.ª S.ª con su niño, corona de plata grande, N.ª S.ª y el Niño tres potencias de plata.

It. Una custodia de plata mediana, con sus lunas de cristal.

It. Dos cálices, con sus patenas y cucharitas de plata.

It. Un hostiario de plata.

It. Un juego de Crismas de plata.

It. Otro cáliz de cobre, con copa, patena y cucharita de plata.

It. Dos candeleritos de plata.

It. Una laminita de plata de los Corazones de Jesús y María. Pesa toda la plata labrada.

It. Un relicario de venturina con su cerco, cadenita y un porioncito [?] de oro, que es de llevar el viático a los enfermos.

It. Una casulla de tafetán doble, con todos sus adherentes.

It. Otra de damasco colorado, con todo lo necesario.

It. Otra de persiana blanca, con forro de tafetán colorado asimismo.

It. Otra de persiana blanca, con forro morado y su franjita de oro asimismo.

It. Otra vieja de damasco y galoncito de plata asimismo.

It. Otra de persiana de varios colores en campo blanco y galón de oro.

It. Una capa de oro [coro?] y de persiana vieja.

It. Otra dicha de persiana colorada con franja de plata y forro de azul.

It. Otra negra de damasco, con galoncito de plata.

It. Otra casulla de persiana rosada, guarnecida de caracol de oro, que dijo el Padre Misionero estaba sólo depositada, ínterim los Indios Iquinos del pueblo nuevo de S. Miguel del río Tigre, anejo de este pueblo, hacen capilla.

It. Otra casulla de damasco blanco y faja bordada de seda, solo con paño de cáliz, estola y manípulo muy usados, y remendada.

It. Otra casulla de brocatillo con todos sus adherentes, forrada en tafetán carmesí muy usado.

It. Cuatro cíngulos, los tres de seda y uno de algodón.

It. Cinco albas con sus encajes, y otra llana, que hacen seis.

It. Cinco amitos, diez y seis purificadores, once corporales, ocho palias, diez cornualtares.

It. Dos sobrepellices, cuatro manteles.

It. Otros dos más manteles viejos.

It. Tres paños de manos de algodón.

It. Tres vinajeras, la una de cristal y las dos de vidrio, y un plato de peltre.

It. Cuatro sortijas, y ocho de medallitas de metal y una sarta de abalorios para casamientos.

It. Un Manual romano.

It. Dos moldes de fierro para hacer hostias.

It. Cuatro campanillas de altar, la una grande.

It. Cuatro campanas regulares de llamar la gente.

It. Siete frontales de manta pintados, los cuatro usados, y los tres nuevos.

It. Otro de cuero pintado.

It. Cuatro roquetes para los muchachos que ayudan a misa.

It. Tres sotanillas de bayeta colorada y otras tres de manta negra para los muchachos y sus roquetillos de lienzo con puntas.

It. Dos mangas de cruz alta.

It. Un palio de ruán pintado.

It. Seis candeleritos de metal.

It. Tres misales usuales.

It. Dos baúles y dos cajas con aldabas, sin llave, para guardar alhajas de Iglesia.

It. Una mesa para revestir los sacerdotes, con tres divisiones, con sus puertas y llave.

It. Un quitasol de manta pintada para ir con el Viático.

It. Un Santo Cristo pequeño de madera.

It. Un marco labrado con una estampa de papel de N.ª S.ª de la Concepción.

It. Un vestido de persiana guarnecido con franja de oro, dos rosarios de quentas de cristal.

It. Un mazo de granates cobrados, un manto de la misma persiana del vestido de N.ª S.ª.

It. Otro vestido de persiana colorada, muy usado, de la misma imagen.

It. Un incensario de cobre, con un hostiario de metal amarillo.

It. Dos andas para llevar los santos en procesión.

It. Otras dos andas de cargar difuntos, con una manta negra, cruz blanca en medio y un pendón de ruán pintado.

It. Dos mantas que sirven de velo.

It. Cuatro mantas pintadas, las dos que sirven de velos y las otras de antepuertas.

It. Otras dos cortinas de tocuyo, que sirven de antepuertas.

It. Un velo de raso acice [?] de N.ª S.ª.

It. Un libro en folio de baptismos, casamientos, entierros y confirmaciones.

It. Tres mesas, la una de la sacristía y las dos en la Iglesia.

It. Dijo el Rdo. P. Manuel Uriarte, Misionero, que un cajón de altar portátil que tenía, dejaba de limosna a esta Iglesia, que se compone de casulla de brocato de oro guarnecido de franja, dos albas de bretaña con encajes, cáliz, patena, cuchara, vinajera de plata, candeleritos de cobre, frontal de seda, misal y todo lo demás adherente; y que dicho cajón lo llevaba hasta Quito para ir diciendo las misas, y que en Quito entregaría para que se remitiera.

Con lo cual, y no hallando otra cosa que inventariar, se concluyó, y todo lo inventariado se le entregó al maestro D. Miguel Morán, Clérigo Misionero, a quien le dió el Sr. Dr. D. Manuel Mariano de Echevarría, Vicario, Juez Visitador y Superior, el título. En cuya virtud firmó con dicho Sr. Vicario el Rdo. P. Manuel Iriarte y los testigos, actuando por mí y ante mí, a falta de Escribano público y Real.—Manuel Joaquín Uriarte, de la Comp.ª de Jesús.—Miguel Nicolás Morán [siguen los testigos].

El Códice se titula: Originales formados por D. Joseph Basabe, Comisionado por el Señor D. Joseph Diguja, Coronel de los Reales Exércitos y Presidente de la Real Audiencia de Quito, para la execución de el Real decreto de expatriación, ocupación de temporalidades y entrega que hizo en la Villa de Olivenza de los Dominios de su Magestad Fidelísima, al Capitán Ignacio Suárez de Almeyda, de los Religiosos Jesuítas que sirvieron las Missiones situadas en los Ríos Napo y Marañón en la Provincia de Maynas.

Que remite al Rey Nuestro Señor, por mano del Excelentísimo Señor Conde de Aranda.»

C. BAYLE, S. J.

Bibliografía

PÍO MARÍA DE MONDREGANES, Capuchino: *Manual de Misionología.* Editorial «Pro Fide», plaza de las Comendadoras, 11, Madrid, 1947. 2.ª ed., corregida y aumentada. XVI-578 páginas. 21 × 14,5 cm.

El *Manual de Misionología* del ilustre profesor del Instituto Misionológico de Propaganda Fide tiene adquirido entre nosotros rango de clasicidad desde su aparición en 1933.

Desde aquella fecha la Misionología ha hecho notables progresos, se ha multiplicado la literatura misional y el autor se ha hallado en condiciones favorables para elaborar a fondo su obra y poder presentarla remozada y perfecta hasta en los más menudos retoques. El *Manual* del P. Mondreganes honra a la ciencia misional española y puede competir con sus similares de otras naciones.

Se abre el tratado con las «Nociones preliminares», en que, después de precisar, con claridad y profundidad el concepto de *Misión*, el fin genérico y específico de las Misiones y la definición de la Misionología, aborda el dificilísimo problema de la *división* de la materia, dificultad que nace de la falta de cohesión orgánica y de dependencia lógica entre las diversas partes de la ciencia de las Misiones por razón de su misma índole y por hallarse esta disciplina todavía en formación. Se decide por una división cuatripartita, abandonando el esquema de la primera edición, que constaba de seis secciones. Una quinta y última parte se reserva a las ciencias auxiliares: Etnología e Historia de las Religiones, que el autor considera en esta edición como materias que no encajan propiamente dentro del cuerpo de la Misionología.

Expone a continuación el objeto y la importancia de esta ciencia y ofrece un esbozo de su desarrollo histórico, haciendo resaltar la parte que corresponde a España en este desarrollo.

Finalmente da a conocer el estado en que se hallaban en las naciones católicas los estudios misionológicos al estallar la guerra en 1939, y presenta los instrumentos de trabajo y las fuentes del material científico para el estudio de las Misiones.

Viene después el cuerpo del tratado, dividido en las cuatro partes indicadas.

I. *Misionología doctrinal o fundamental.*—Trata de los principios básicos tomados de la Sagrada Escritura, Tradición, Dogma, Moral y Apologética.

Completísima, en medio de su sobriedad, es la síntesis en que el autor expone los diversos matices del universalismo en el Antiguo Testamento, prenunciado entre promesas y figuras en los libros históricos, iluminado con ráfagas esplendorosas en los Salmos y libros didácticos, sentido y anunciado con emoción desbordante en los Profetas. El Nuevo Testamento nos ofrece en consoladora realidad lo que el Antiguo figuraba y columbraba, como se hace ver en un somero análisis de los Evangelios, los Hechos y las Epístolas de San Pablo.

Un recorrido de los principales Padres de la Iglesia nos presenta las ideas misionales más destacadas que ofrece la Tradición de los primeros siglos; sigue una enumeración aun más sucinta de los Concilios y de los Sumos Pontífices.

Más que hablar de una «Dogmática misional» bajo un solo objeto formal, como pretende el P. Charles, S. I., prefiere el P. Mondreganes hacer una selección de los dogmas que guardan más estrecha relación con las Misiones, cuales son: la voluntad salvífica universal de Dios, la misión salvadora de Cristo continuada y realizada por la Iglesia, una y católica, el concepto del Cuerpo Místico, la imposibilidad de salvarse fuera de la Iglesia, la necesidad de la fe, del bautismo y de la gracia para lograr la salvación. Termina este capítulo con una amplia y bien trabajada exposición del problema de la salvación de los infieles que mueren fuera de la Iglesia y de las diversas teorías que se han esforzado por darle solución.

El capítulo siguiente, de los «fundamentos morales», está magníficamente estructurado y enfocado de un modo muy práctico, que han de agradecer los propagandistas de Misiones: deber misionero de la Iglesia, que recae sobre el Romano Pontífice, los Obispos, sacerdotes, religiosos y fieles, y se deriva de nuestras relaciones para con Dios, de la caridad fraterna, de la naturaleza de la Iglesia, de nuestra incorporación a Cristo y del precepto expreso del divino Redentor, reiterado por sus Vicarios en la tierra. Muy acertadamente somete a examen y refuta con vigor las principales objeciones que pueden salir al paso a esta doctrina.

Unas breves indicaciones sobre la «Apologética misional» cierran esta primera parte.

II. *Misionología jurídica.*—Precede en esta parte un capítulo introductorio que contiene la historia y las fuentes del derecho misional y sus relaciones con el derecho canónico común. Sigue después la exposición del derecho misional respecto a los católicos, es decir, la organización misional de la Iglesia con los supremos organismos que la integran y la constitución eclesiástica de los territorios de misión. En capítulos sucesivos se estudia el derecho misional en orden a los disidentes, a los no cristianos y a los Estados civiles, donde se tratan, breve, pero diáfanamente, las atribuciones que posee la Iglesia por derecho divino para el cumplimiento de su misión salvadora.

III. *Misionología práctica.*—Es la parte más importante y también la más extensa del tratado. Se estudia la práctica misional primeramente en los países católicos y luego en los no católicos.

Después de una enumeración de los agentes de la acción misional, que comprende desde el Romano Pontífice hasta los simples fieles, habla del fomento de las vocaciones misioneras y de la formación que deben recibir en la patria los futuros misioneros. De aquí toma pie para tratar del estudio de la Misionología como parte integrante del programa de la carrera eclesiástica y para exponer de nuevo el antiguo plan del autor sobre un «Instituto Español de Misionología», en vías ya de alcanzar su realización completa en estos últimos años.

Lo que en la primera edición constituía la «Misionología cooperativa», ha venido a formar en ésta un extenso capítulo, en que se exponen los medios generales de cooperación a la causa de las Misiones, las tres Obras Pontificias, la Unión Misional del Clero y la actual organización misional de España; este último artículo se halla bellamente ilustrado con dos cuadros sinópticos, uno de los distintos Secretariados y Delegaciones que dependen de la Dirección Nacional y otro de la propaganda del «Domund». Siguen después las otras obras misionales secundarias y un capítulo sobre la prensa y las Misiones, en que recalca las normas acordadas por el Congreso de Prensa Misional celebrado en Roma en 1946. Importancia particular se concede a la cooperación de los niños y jóvenes, principalmente estudiantes.

La «Pastoral misionera» o acción misional en los países no católicos considera el personal misionero en tierra de misiones, los fines de la labor evangelizadora y los medios con que ésta ha de desenvolverse. Si el presente *Manual* estuviera destinado a la formación de los misioneros de vanguardia, deberían adquirir mayor amplitud que otro alguno de los temas de estos capítulos: predicación, catequesis, administración de Sacramentos, liturgia, obras de caridad, etc.; pero en los centros de formación sacerdotal de los países católicos juzgamos acertada la sobriedad con que son tratados.

Termina la Misionología práctica con el estudio de los métodos misionales históricos y actuales, de la adaptación misionera y de los obstáculos de todo orden que se oponen a la expansión de la Iglesia.

IV. *Misionología descriptiva.*—Contiene primeramente un recorrido rápido de la Historia de las Misiones. No es empresa fácil la de encerrar en unas docenas de páginas todo el desarrollo histórico de la expansión de la Iglesia; el autor ha sabido salir airoso, dándonos una exposición animada y bastante completa de las líneas generales de esta parte de la Misionología. De gran valor es el doble cuadro cronológico que inserta al final.

La geografía y la estadística misional, con la sequedad propia de toda enumeración de países y sucesión de cifras, pero por lo mismo con el interés de la objetividad, nos ponen ante los ojos el despliegue misionero actual de la Iglesia en toda su grandeza y los resultados que obtiene la evangelización en nuestros días.

V. *Ciencias auxiliares.*—Esta parte está formada por una breve síntesis de la Etnología en sus relaciones con las Misiones y una descripción del estado religioso del mundo alejado de la verdadera Iglesia: religiones paganas y sectas disidentes.

Muy de alabar es la idea de insertar, por vía de apéndice, los Estatutos

de las Obras Misionales Pontificias: Propagación de la Fe, Santa Infancia y San Pedro Apóstol, los de la Unión Misional del Clero y los de la Cruzada Misional de Estudiantes.

Considerado, pues, en su conjunto, constituye el *Manual* del P. Mondreganes no sólo un esfuerzo meritísimo por dar existencia orgánica a una ciencia todavía en sus orígenes, sino también un éxito plenamente logrado, abrillantado todavía más con la copiosísima y bien seleccionada *bibliografía* que precede a cada uno de los capítulos y que convierte la obra en una verdadera fuente de orientación científica aun para los especializados.

Sin pretender restar nada al mérito excepcional de todo el *Manual*, no creemos estarán fuera de lugar algunas observaciones sobre ciertos particulares sin importancia.

Dada la extensión del tratado, y sobre todo la finalidad pedagógica que se le asigna de servir de libro de texto en seminarios y colegios de formación, donde el curso misionológico ha de verse encerrado por necesidad en un número muy limitado de clases, hubiera sido de agradecer una más esmerada labor de síntesis, presentando por ejemplo al principio o al fin de cada capítulo un resumen claro y breve del contenido, como el que ya se hace en la página 51 de las ideas misionales del Antiguo Testamento.

Esta falta de síntesis hace que en algunos capítulos se vayan sucediendo sin trabazón aparente los títulos de los párrafos. En concreto la hubiéramos querido hallar en la exposición del pensamiento misional en el Evangelio, en San Pablo y en los escritos de los Padres; pero principalmente en la Historia de las Misiones.

En ésta sentimos que el autor haya conservado la *división histórica* en cuatro Edades, separadas por límites convencionales de tipo geográfico, siguiendo a *Schmidlin*, sin tener en cuenta más bien las fuerzas impulsoras de la evangelización, que constituye el elemento primordial en el desarrollo histórico de las Misiones. Merecían al menos tenerse en cuenta los progresos realizados en este sentido por la *Histoire générale comparée des Missions*, del Barón *Descamps* y por el P. Francisco *Montalbán* en su *Manual de Historia de las Misiones*.

Así vemos que hace terminar la Edad Antigua en el siglo V, con la invasión de los bárbaros, cuando todavía la evangelización conserva los mismos caracteres que en la *época greco-romana*, que se prolonga hasta el siglo VII bien adelantado. En consecuencia se deja pasar sin parar atención el nuevo carácter de dirección pontificia y de irradiación exterior que adquieren las Misiones a partir de San Gregorio Magno, y que determina el verdadero comienzo de una época: las *Misiones medievales*. En el concepto de éstas se hacen entrar las Misiones de los dominicos y franciscanos en los siglos XIII, XIV y XV, siendo así que constituyen ya la transición a una nueva Edad de evangelización mundial, de la que son mera continuación y plenitud de desarrollo las Misiones de ambas Indias en los siglos XVI-XVIII. Por efecto del mismo defectuoso encuadramiento no hace destacar en la que denomina Edad Moderna la doble dirección del *Patronato*, con su dirección española y portuguesa, y de la *Propaganda*, cuya aparición parece no ofrecer para él mayor importancia que la que puede desprenderse de un artículo adicional al hablar de la decadencia de las Misiones.

Efecto asimismo de esta visión poco objetiva de la evolución histórica han de considerarse otras deficiencias en la determinación de los caracteres de cada época y de los métodos misionales empleados.

Fuera de estos ligeros reparos y dejando a un lado la crítica de ciertas cuestiones sometidas a discusión entre los misionólogos, como la fijación del fin específico de las Misiones, la cuestión de los procedimientos misionales más adecuados en los tiempos modernos, el problema de la adaptación, del arte y de la cultura indígena y otras similares, no dudamos en reconocer en el presente *Manual* una obra maestra, que esperamos ha de tener gran aceptación en España y en el extranjero.

P. LÁZARO DE ASPURZ, O. F. M. Cap.

JUAN DE VELASCO, S. J.: *Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino.* Tomo I. Años 1550 a 1685. *Publicación dirigida por Raúl Reyes y Reyes. Biblioteca Amazonas.* Vol. IX. Quito, Ecuador (sin año). 23 × 16,5 cm.; VI, 534 páginas.

Del P. Juan de Velasco es bien conocida su *Historia Antigua del Reino de Quito,* publicada en Quito, 1841-44, tres volúmenes en 4.°; pero se conserva en el Archivo de la Compañía de Jesús de Madrid otra obra suya Ms. original, también en tres volúmenes, que es continuación de la anterior, y a la vez que refiere los sucesos civiles de los territorios que formaron la antigua Audiencia de Quito, consagra atención preponderante a la historia interna de la Compañía de Jesús en esas regiones, y de modo especial a sus gloriosas misiones amazónicas, de forma que más es una Crónica conventual de Orden religiosa que historia civil propiamente tal. De una copia obtenida del referido Ms. se ha valido el *Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas* para la publicación del presente primer volumen, que deseamos vivamente sea pronto seguido de los otros dos.

El P. Velasco fué un jesuíta riobambeño a quien, todavía joven, cogió la malhadada pragmática de expulsión de Carlos III, y pasó gran parte de su vida comiendo el pan del destierro en Italia, donde alcanzó notable longevidad, pues murió en 1819. Sentía gran amor a su tierra natal, exacerbado con la dilatada ausencia, y ocupó sus forzados ocios en tejer la historia de la presidencia de Quito, con afán manifiesto, por lo demás muy explicable, de hacer panegírico y ensalzar todo lo americano. Su prestigio como historiador es muy discutido, a causa de unas dinastías preincaicas de Shiris y Caras, reyes primitivos de Quito, que muchos consideraron como fabulosas, herederas legítimas de falsos cronicones y demás falsificaciones históricas del siglo XVII. Por desgracia para la ciencia, alrededor del nombre de Velasco han formado bandera las facciones políticas, y mientras los escritores *liberales* y el arzobispo de Quito, historiador González Suárez, lo consideran simplemente como un falsario, los *conservadores* del bando opuesto ponen el nombre de Velasco sobre sus cabezas y hacen de fe cualquiera de sus afirmaciones, y desde luego su honradez y pro-

bidad históricas. Ecos de esta segunda opinión se hallan en el prologuista Padre José Jouanen, más ecuatoriano que los nacidos junto al Pichincha, aunque es francés, virtuosísimo varón e historiador de la Compañía de Jesús en el Ecuador, a quien para dar con la verdad histórica le hubiera sido preciso, además de desnudarse de ciertos prejuicios bastante frecuentes fuera de España, conocer sectores mucho más extensos y abundantes de documentación existentes en Roma y Madrid, tanto de archivos públicos como particulares, y la imprescindible del Archivo de Indias, de Sevilla. Porque a pesar del largo *prólogo galeato*, no se puede negar que en la Crónica de Velasco abundan los errores, algunos, muy pocos, subsanados en nota; los demás, ahí quedan patentes a los ojos de los entendidos.

Para escribir su Crónica le bastó a Velasco con los libros impresos que tenía en Italia al alcance de la mano, como las Historias de Sacchini, Juvencio y Cordara, los *Fasti Societatis Iesu*, la *Imago primi saeculi*, y los tomitos impresos de Cartas anuas latinas, con los tomos varios de *Varones Ilustres*, *Menologios* y *Mortes Illustres* en diversos idiomas, los libros del P. Acuña o Manuel Rodríguez. Montesinos y Garcilaso Inca, obras todas que cita con frecuencia, y no siempre con la conveniente serenidad y acatamiento para con sus autores. Estos libros y otros análogos fueron su fuente principal, junto con sus recuerdos de lecturas y tradiciones americanas, y de la búsqueda de algún que otro archivo, Quito, Cuenca, Popayán, Ibarra, alegados en la obra, si bien presumimos, contra el optimismo del prologuista, que de poco le pudieron servir estos en Italia para un concienzudo trabajo científico de investigación y confrontación. En el siglo XVI y principios del XVII, materia que nos es más conocida, notamos en Velasco muchos errores. Cierto es el intento del virrey, Marqués de Cañete, el año 1555, de llevar jesuítas al Perú, pero no la causa de que se frustrase por ser muy pocos en España (pág. 75), pues el verdadero motivo fué no haber dado permiso el Consejo de Indias (*Missionalia Hispánica*. I, Madrid, 1944, 123 y sg.). La designación de los PP. Gaspar de Acevedo y otro [Marco Antonio Fontova] para ir al Perú, no es de 1565 (pág. 91), sino que fueron los dos concedidos al Marqués de Cañete por San Francisco de Borja en 1555 (Ibíd.). La elección del agustino fray Agustín de Coruña para obispo de Popayán y su carta a Felipe II pidiéndole dos docenas de jesuítas para su obispado, lo supone todo Velasco estando Coruña todavía en Nueva España, y posterior al envío de los primeros jesuítas a la Florida (pág. 92), cosas todas confusas e inexactas (*Missionalia Hispánica*. II, Madrid, 1945, 57 y sg.). Lo mismo que los pormenores sobre la primera expedición de jesuítas que fué al Perú en 1567: no hay tal Jerónimo de Portilla, sino Jerónimo Ruiz de Portillo, primer Provincial, ni Miguel de la Fuente, sino Miguel de Fuentes, ni Luis de Medina, sino Francisco de Medina, ni Pedro Loberto, sino Pedro Pablo Llovet, errores todos que demuestran que Velasco no consultó en este punto archivo alguno, sino sólo la *Historia Societatis Iesu*, de Sacchini, a quien cita (Ibíd. II, pág. 99 y sg.). Al desembarcar los primeros jesuítas en el Callao el año 1568 hubo un eclipse de sol, que Velasco confunde con un terremoto (pág. 93) de los muchos que hay en Lima y ocurrió días después cuando Portillo predicaba su primer sermón en la iglesia de Santo Domingo (*Missionalia His-*

pánica. III, Madrid, 1946, 387 y sg.). Más grave es el error de situar en 1571 la erección del arzobispado de Lima (pág. 98), hecho importantísimo de la historia eclesiástica americana, que sucedió veinticinco años antes, en 1546, en que se desmembraron todos los obispados de América de su dependencia del metropolitano de Sevilla, y se erigieron tres grandes provincias eclesiásticas o arzobispados de Santo Domingo en la Isla Española, Lima y Méjico (*Missionalia Hispánica.* IV, Madrid, 1947, 484). Los bandos internos entre los jesuítas del Perú no tienen importancia ni mucho menos la significación que Velasco les atribuye (pág. 99), pues fueron más bien de orden teórico sobre casos morales de conquistadores y método en la evangelización de los indios; ni la versión que da sobre el benemérito P. Diego de Bracamonte es cierta, pues fué a España no echado como díscolo, sino de procurador extraordinario, y volvió al Perú con una lucida expedición de misioneros, ocupando puestos importantes, siempre de vanguardia, en Huarochirí, Juli y Potosí, donde murió (Ibíd. IV, 16 y sg.). La fundación de la residencia (no colegio) de Panamá está mal situada el año 1568 (pág. 108), pues es contraria a la orden que llevaban los jesuítas de San Francisco de Borja de no dispersarse por entonces fuera de Lima, y sólo ocurrió el año 1577 con ocasión de ir un Padre de capellán de un tercio de soldados (*Historia Anónima de 1600.* II, Madrid, 1944, 375). Cuanto se refiere a una primitiva fundación del colegio de Quito el año 1576, y actuación del P. Miguel de Fuentes con su ida a España, lo consideramos fabuloso (pág. 105-111). Consta solamente que el año 1574 anduvo por el Sur del Ecuador el P. José Gómez con un compañero, y dió misión en Guayaquil, Cuenca, Loja y Piura: a Quito no debieron llegar, pues constaría su nombre en la Carta Anua de dicho año, donde se ponen los anteriores (*Missionalia Hispánica.* IV, 15). El Anua castellana de 1576 la hemos publicado, y sólo se dice en ella que el P. Fuentes con el P. Cristóbal Sánchez anduvieron varios meses de misión por Cajamarca, Chachapoyas, Moyobamba y Jaén de Bracamoros: nada de ir y menos de estar de asiento en Quito, ni de que Fuentes resucitase allí una india (pág. 106); ni el P. Sánchez pudo ir a Panamá en 1578, pues había muerto dos años antes santamente en Chachapoyas (Ibíd. IV, 33-37); ni el P. Fuentes volvió a España de Procurador por la provincia del Perú (pág. 111), sino medio desterrado por causa de un proceso de la Inquisición en que se vió envuelto, y si bien no le condenó de cosa grave, sí le dejó infamado e inhábil para continuar trabajando con fruto en el Perú. La mencionada *Historia Anónima de 1600,* en la relación del Colegio de Quito (II, 303), escrita por los mismos jesuítas que allí residían, no conoce ningunas andanzas de jesuítas por Quito hasta el año 1586, en que llegó a dicha ciudad el P. Baltasar Piñas con varios compañeros.

La lista podría continuarse casi indefinidamente. Sin embargo, debemos reconocer que, aunque no tenemos a Velasco por historiador canonizable, es autor digno de aprecio, y leído con advertencia y precaución, puede reportar utilidad, porque si bien muchas veces no sabe dónde suenan las campanas, las ha oído y puede, por tanto, sugerir pistas apreciables a la investigación. Si tuviera menos desenfado en tratar asuntos y personas, y también menos *criollismo,* sería más aceptable. Para él lo mejor es siempre lo americano, y más aún lo quiteño.

Al ver sus rencores contra Santa Fe de Bogotá, porque, formando ambas audiencias del Nuevo Reino de Granada y Quito una sola provincia jesuítica, a las casas del territorio de Quito que eran más ricas las obligaban a pagar los gastos de la traída de misioneros de España, y luego se quedaban con la mayor parte de ellos en Bogotá, sede del Provincial, no puede menos de surgir en el lector la prevención contra los juicios exaltados que formula Velasco contra jesuítas insignes, pero peninsulares, como Hernando Cavero y Andrés de Zárate. La parte que mayor extensión ocupa en el presente tomo, y también la de mayor interés y probablemente la mejor documentada, es la que se refiere a las misiones del Marañón, pues pudo estar en contacto Velasco con los mismos misioneros cmpañeros de destierro en Italia.

MATEOS

BERNARDO RECIO, S. I.: *Compendiosa Relación de la Cristiandad de Quito.* Edición de Carlos García Goldáraz, S. I. Biblioteca MISSIONALIA HISPÁNICA, publicada por el Instituto «Santo Toribio de Mogrovejo», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Serie B. Volumen II, Madrid, 1947. 215 × 145 mm., 696 páginas.

El P. Bernardo Recio, nacido en Alaejos (Valladolid), fué misionero en Quito por espacio de cerca de veinte años, y es nombrado en los anales de la Compañía de Jesús porque, yendo de viaje a Roma como procurador de su provincia de Quito el año 1767, fué detenido en Figueras por agentes de la Justicia, y se encontró en su equipaje un paquete cerrado metido allí fraudulentamente por los ministros librepensadores de la Corte de Madrid, donde en una carta se contenían especies sobre la bastardía de Carlos III, que hábilmente aprovechada sirvió para arrancar al Rey la pragmática de expulsión contra los jesuítas.

La presente obra viene a ser un libro de viaje, pero a lo divino, donde el autor consignó sus memorias de lo que vió en América, y se lee con interés por la amenidad y justeza de la narración y por el suave dejo de amor a las misiones y a las tierras de la antigua audiencia de Quito, junto con sufrida pena y resignación por la ruina de ellas y de la Compañía de Jesús, ocasionada por la mencionada pragmática real, pues escribía en Génova por el año de 1773, si bien no le abandonaba la esperanza de que la ruina no duraría y la ola de injusticia y persecución cedería a la luz de la verdad. El libro I trata de su viaje al Nuevo Mundo en compañía de una brillante expedición de 49 misioneros destinada a la provincia de Quito el año 1746, pero que no pudo hacerse a la vela hasta tres años más tarde por la guerra de España con Inglaterra y temor de caer prisioneros en el mar. El libro II contiene una interesante descripción de lo que vió en las tierras de Quito, que pudo conocer bien, pues las recorrió en todas direcciones como misionero. Faltaban ya pocos años para que comenzaran a encenderse acá y allá las primeras chispas de la emancipación, y puede por eso tomarse como índice de lo que España hizo en América, de su acción misionera de tres siglos en amigable contubernio de

la cruz y la espada, y de los frutos que sus métodos consiguieron, porque el P. Recio copia del natural con trazos vigorosos un reino de Quito lleno de santuarios e imágenes de la Virgen María, una sociedad profundamente criolla, profundamente cristiana, unos indios, unos negros y unos mulatos firmes en la fe como sus amos blancos, y de vida cristiana más fulgente y aparatosa tal vez que ellos mismos, un retrato, en fin, de la misma España, que no colonizó ni explotó a América, sino que trasplantó a ella su vida y su cultura, haciendo que en las cumbres andinas brotasen ciudades como Quito o Cuenca, que venían a ser dos ciudades castellanas, a lo Segovia o Guadalajara, nacidas en los valles de los Andes. El libro III trata de las misiones de Mainas en el curso alto del río Amazonas y sus afluentes de ambas orillas, anhelo constante del autor, pero que nunca logró ver cumplido, por lo que su narración es sólo de oídas.

La obra del P. Recio, más que de historia es, como hemos dicho, libro de memorias: él mismo dice que escribe sin libros y papeles, por causa de su prisión (pág. 502). No es por eso de extrañar que incurra a veces en errores históricos, como suponer que hubo un virreinato de Quito distinto del Perú, del que fué virrey Blasco Núñez Vela, el vencido y muerto en batalla campal por Gonzalo Pizarro (págs. 85, 86, 233), o que el colegio de Panamá fué fundado por San Francisco de Borja (págs. 138, 278), piadosa patraña que debió hallar recibida entre los jesuítas de esa ciudad cuando allí estuvo de Rector, y que aparece en otros autores coetáneos. Pero en datos para la historia de su época tiene toda la autoridad del testimonio ocular. como cuando afirma que «los más de los obispos de aquella tierra [América] se proveen en los españoles que nacen allá», es decir, criollos (pág. 429), aseveración que no debían ignorar ciertos escritores quiteños contemporáneos; o que «tienen los indios privilegios para ascender al sacerdocio y por consiguiente a las dignidades eclesiásticas», y que hay muchos y buenos sacerdotes negros y mulatos, particularmente en Cartagena, Panamá y Guayaquil (pág. 420).

La edición es buena y está bien ideada en cuanto a distribución y ortografía moderna. Solamente notamos malas lecturas de nombres americanos, tropiezo fácil en quien no esté familiarizado con la geografía de aquellos países: así Sagüanche, que por el contexto parece ser Yagüachi; Macao, probablemente Macas; Pante por Paute; Guapalo por Guápulo; Quiechúa por Quichua; Braca moros por Bracamoros; Partasa por Pastaza; Rocamas por Cocamas; Gualaga por Guallaga. Asimismo las anotaciones del comentario histórico, muy escasas, llevan al lado el autor de donde están tomadas, generalmente Sommervogel, Hernáez o la «Enciclopedia Espasa», y hubieran necesitado depuración, como la de la página 249, sobre que el obispo Pedro de la Peña presidió el Concilio I Limense, que fué el año 1552, por muerte del arzobispo de Lima Jerónimo de Loaysa, el cual vivió muchos años aún y celebró todavía el importante Concilio II Limense de 1567; o que Antonio de San Miguel fué nombrado obispo de Santiago de Chile en 1573 (pág. 250), cuando lo era y de la Imperial de Chile, el año 1565, y como tal asistió al Concilio II Limense; o que el P. Raimundo de Santa Cruz fué misionero de la provincia de Santa Fe de Bogotá (pág. 454), cuyas misiones eran las de los Llanos y río Orinoco,

cuando la verdad es que lo fué e insigne y muy conocido de Mainas en la provincia de Quito, o identificar cierto libro del P. Cassani citado por Recio con los tomos de *Varones Ilustres* que dicho Cassani añadió a los de Nieremberg y Andrade (pág. 567), cuando se trata de la «Historia de la Provincia del Nuevo Reino de Granada de la Compañía de Jesús», impresa por el mismo escritor, como se deduce claramente del contexto. Asimismo son poco precisas las afirmaciones de la Introducción (pág. 8) de que en pocos años se formaron las siete provincias jesuíticas de Indias, pues si bien es verdad que las de Nuevo Reino y Paraguay se disgregaron de la primitiva del Perú a principios del siglo XVI, las de Quito y Chile son muy posteriores; ni la historia de la Compañía de Jesús en Quito comenzó el año 1568, cuando llegaron a Lima los primeros jesuítas enviados por San Francisco de Borja, sino en 1586, bajo el provincialato del P. Juan Atienza.

Plácemes muy verdaderos merece el editor por habernos dado impreso un libro de mucho interés para apreciar la gran obra espiritual realizada por las misiones españolas en América, y el Instituto «Santo Toribio de Mogrovejo», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que generosamente lo ha patrocinado.

MATEOS

López Beltrán, Lauro, Pbro.: *Fray Antonio de Roa, Taumaturgo, Penitente.* Editorial «Juan Diego». Cuernavaca, Morelos (México), 1948. Vol. de 195 × 145 mm., 222 págs. y 30 ilustraciones intercaladas.

Es autor del libro que reseñamos el celoso sacerdote, Director de la revista mejicana «Juan Diego», e infatigable divulgador de las extraordinarias virtudes del indio del mismo nombre, a quien se apareció la Virgen guadalupana y por cuya causa de beatificación trabajó con tesón y denuedo.

El motivo del libro nos lo declara el autor en las primeras páginas: en sus correrías apostólicas topose en la Iglesia parroquial de Totolapan—antiguo convento agustiniano—con unos cuadros que representan al vivo las extremadas penitencias del Agustino Fr. Antonio de Roa, prior que fué del mencionado convento. Asombrado por lo que los cuadros reflejaban y deseoso de dar a conocer la figura del venerable Agustino, recogió primero las tradiciones que sobre el bendito Padre corren por aquel pueblo y región, y estudiados después los documentos y las crónicas que corroboran el fundamento de tales narraciones, compone la presente biografía del gran misionero, que ofrenda a su Prelado, el Excmo. Sr. Obispo de Cuernavaca, a los Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Méjico, uno de cuyos fundadores fué el P. Roa, y a los fieles de Totolapan, teatro de las inauditas penitencias y de las heroicas virtudes del humilde religioso, a quien denomina taumaturgo y penitente.

Describe primero la niñez y juventud de Fr. Antonio, transcurridas en Roa,

su pueblo natal y en Burgos, en cuyo célebre convento de Agustinos y a los pies del famoso Santo Cristo que allí se veneraba (parece ignorar el autor que el convento ya no existe y que el Santo Cristo es el mismo que recibe culto en la Catedral) vistió la librea agustiniana el año 1524, pronunció los votos religiosos y por amor a la obediencia fué ordenado sacerdote. En el convento de Burgos se encontraba en 1535 cuando pasó por allí reclutando misioneros para Nueva España el P. Francisco de la Cruz, autorizado por el Provincial—Santo Tomás de Villanueva—para alistar a cuantos se ofreciesen voluntarios para tan santa empresa. Uno de ellos fué el P. Antonio de Roa, quien con otros y llevando por compañero al celebérrimo P. Alonso de Veracruz, llegó a Méjico el año 1536. Intercala el autor un capítulo dedicado a la labor evangelizadora de los primeros Agustinos que en 1533 llegaron a Nueva España, sus relaciones con el obispo Fr. Juan de Zumárraga, etc., y prosigue a continuación la biografía de Fr. Antonio de Roa, a quien acompaña en sus expediciones misioneras a través de las Huaxtecas, región que comprendía parte de los modernos Estados de San Luis de Potosí, Taumalipas, Veracruz e Hidalgo, primer campo de apostolado de nuestro misionero. En 1542 es destinado por la obediencia al priorato de Totolapan, en el actual Estado de Morelos. El convento de Totolapan comienza a ser desde entonces escenario de maravillosos prodigios, el primero de los cuales fué la aparición de un Santo Cristo que hasta hoy se conserva y es objeto de profunda y sincera devoción. La historia de este Santo Cristo desde su origen hasta nuestros días ocupa un capítulo dela biografía del P. Roa.

Viene a continuación «lo más admirable de esta historia», o sea la parte dedicada a la relación de las extraordinarias penitencias del P. Roa, medio de que se valió para convertir y evangelizar a los indios. «Trató de hacer un perfecto sacrificio a Dios martirizando diariamente su cuerpo con el propósito de salvar las almas encomendadas a su cuidado. Catequizó y bautizó enormes multitudes, que al ver sus inimitables y enormes penitencias se sentían atraídos al penitente misionero y rendidos caían a sus plantas, pidiendo el bautismo, la confesión y demás sacramentos. Así pudo erigir tantas iglesias y fundar tantos conventos.» He aquí, según el autor la razón de las cruentas y verdaderamente increíbles penitencias del P. Roa. En otro capítulo se ensalzan sus virtudes, oración y contemplación y, por último, su dichosa y santa muerte. A modo de epílogo termina el autor probando la autenticidad de su relato con unas cuantas noticias sobre la persona del P. Juan de Grijalva y acerca de la «Crónica de la Orden Agustiniana» que éste compuso, de donde principalmente ha tomado el señor López Beltrán los datos que sobre el P. Roa trae en su libro. ¡Tan extraordinario y aparentemente inverosímil es lo que escribe sobre las penitencias del misionero Agustino!

Digna de todo elogio nos parece la obra del Sr. López Beltrán al exhumar la memoria de nuestros grandes misioneros. Algún que otro reparo podríamos poner a su obra, pero esperamos que él mismo los subsanará al presentar la segunda edición que nos promete para pronto.

P. MERINO

BIBLIOGRAFÍA

REMÍREZ MUNETA, JESÚS, C. M.: *La Misión de Cuttack* (India). Sus características, su historia, su ambiente. San Sebastián, 1947. Vol. de 165 × 120 milímetros, 147 págs. más 11 láminas s. n.

Constituye la enunciada obrita un homenaje que el autor de la misma dedica a sus hermanos Paúles con motivo de las bodas de plata con la Misión de Cuttack en la India, que les fué confiada en el año 1921 y de la que definitivamente se encargaron en 1923. Son, pues, veinticinco años de apostolado misionero los que los PP. Paúles de la Provincia de Madrid llevan al frente de aquella Misión, situada en el Golfo de Bengala, en la costa oriental de la Península índica. Con esta ocasión y con el fin de aumentar entre los católicos de habla española el espíritu misional, de atraer el interés y el celo de sus lectores y lograr más fervorosas oraciones, más frecuentes sacrificios y más abundantes limosnas en pro de la referida Misión, el P. Remírez Muneta, valiéndose de las relaciones enviadas por los misioneros cutaquenses ha compuesto la presente monografía, en la que destaca y sintetiza los trabajos apostólicos realizados por sus hermanos de la Congregación de la Misión durante los pasados cinco lustros.

A la historia propiamente dicha de la Misión preceden algunos temas de sumo interés, como son los datos geográficos y etnográficos de la Misión de Cuttack, los referentes a la religión y filosofía hindúes, sus costumbres, la cuestión de las castas y la descripción de sus principales ciudades y pueblos. Llama sobremanera la atención el problema de las viudas, que, según las últimas y más recientes estadísticas, ascienden a cerca de veintiocho millones y medio en toda la India, debido a la bárbara costumbre de casar a las mujeres antes de los doce años y estar condenadas a forzosa viduedad a la muerte del esposo.

Tras breves páginas sobre las vicisitudes de Cuttack antes de hacerse cargo de ella la Congregación, describe el autor también en síntesis la historia de la Misión, en la que aparecen los progresos y avances del catolicismo bajo la sabia dirección y evangélico celo de los Padres Paúles, lo que movió al Papa Pío XI, de feliz memoria, a declararla Misión independiente en 1928—constituía hasta esa fecha parte del Vicariato Apostólico de Madrás—y más adelante, en 1937, erigirla en diócesis, para la que nombró como su primer Obispo al que era entonces Superior de la Misión, el P. Florencio Sanz y Esparza, actual Obispo de Cuttack. En 1940 llegaron a Cuttack las primeras Hijas de la Caridad, también españolas, las cuales colaboran con los misioneros en los trabajos de apostolado, cuidan de las niñas y niños expósitos y de las viudas jóvenes e indefensas, dan clase de religión, enseñan labores, y economía doméstica: son, en suma, óptimas auxiliares del misionero.

Reseñada la historia de la Misión de Cuttack, expone el P. Remírez Muneta los obstáculos que entorpecen las conversiones entre los indios y los motivos que los atraen para abrazar la religión católica. Entre los primeros enumera los prejuicios de casta, el miedo a la persecución, las costumbres viciosas, la superstición, la diversidad de idiomas, etc., y de modo especial, la propaganda de los protestantes establecidos allí hace más de un siglo, protegidos y ayudados eficaz y espléndidamente por el Gobierno inglés. Los mo-

tivos de conversión no son para la mayor parte de orden sobrenatural: la pobreza, las enfermedades, la impotencia de sus divinidades, etc. son de ordinario la causa determinante de que muchos abracen la religión cristiana. «El noventa y cinco por ciento de las conversiones entre nuestros indios—escribe el autor citando a un misionero—es por miras humanas. Pero Dios se sirve de muchos medios para atraer a las almas. Los hijos o los nietos rectificarán la intención de los padres.»

Termina el libro con algunas narraciones o anécdotas cuttackenses y lo cierra con broche de oro un apéndice, dato elocuentísimo y que señala por sí solo el espíritu y celo que anima a los misioneros de Cuttack: trátase de una lista de los misioneros fallecidos durante estos veinticinco años. Son diez los que consumieron sus días en la evangelización de aquella difícil Misión; se consigna el nombre de cada uno de ellos, la fecha de su muerte y la edad que alcanzaron: esta oscila entre los veintisiete y cuarenta y seis años. ¡Buen motivo de meditación!

De lo apuntado se desprende el interés e importancia que esta obrita pueda tener para los amantes de las lecturas misionales. Añádase el cariño con que el autor la ha compuesto y el estilo ameno y sencillo con que está escrita. Felicitamos al autor y deseamos, *ex corde*, logre los frutos que con este libro pretende.

P. MERINO, O. S. A.

PIERRE VERGER: *Fiestas y danzas en el Cuzco y en los Andes*. Editorial Sudamericana, B. A., 1945. 25 × 19 cms. 200 págs.

No es propiamente un libro: es lo que el editor llama *arte documental*, un álbun de unas ciento cincuenta fotografías, espléndidamente reproducidas, de fiestas y danzas, danzas sobre todo, las que los indios de la altiplanicie cuzqueña (y aun a la altiplanicie ecuatoriana se asoman) ejecutan en las fiestas, religiosas y profanas, como el carnaval. Les viene de muy antiguo la afición: el Padre Cobo dice haber visto más de doscientas danzas diversas en el Cuzco: casi todas con máscaras, de que nos da larga noticia, aun visual, la obra debida al Obispo de Trujillo Martínez Montañón, siglo XVIII, editada en 1935 por la Biblioteca de Palacio: danzas, unas de origen prehispánico, retocadas por los doctrineros para quitarles resabios gentílicos; otras introducidas de España, pero con traducción india, que las deforman: de animales, de diablos, de negros, de blancos: danzas en que, por norma general, lo más llamativo son los disfraces grotescos y los trajes y tocados de los bailarines, cacicas. En la jerga cinematográfica llamaríamos el presente tomo un *documental*, de grandísimo interés para el estudio etnográfico, artístico y religioso de la población indígena, que vive o se manifiesta esos días aislada de la cultura o vida monótona, invasora, arrasadora (en su sentido etimológico) moderna. En el prólogo, que se reproduce al final en inglés, el director del Museo Nacional de Lima, Luis E. Valcárcel, estudia brevemente el carácter de las danzas, exagerando un poco,

a mi entender, la tendencia o persistencia de ritos gentílicos: creo asimismo hubiera hecho bien en omitir un párrafo contra los *destructores de la idolatría*, a quienes culpa de haberse afanado por extinguir todo vestigio de la actividad estética precolombina, que ellos, los frailes, consideraban obra del demonio. Difícil le sería probarlo con hechos. En cambio, como escribió el gran americanista Jiménez de la Espada, bien poco clerical él, lo que sabemos de la antigüedad incaica y no incaica, americana, se lo debemos, más que a nadie, a los frailes.

C. BAYLE

RUMÉU DE ARMAS, A.: *Los Viajes de John Hawkins a América* (1562-1595). 21 × 15 cms. 485 págs.

Mucha es la producción histórica del joven catedrático de Barcelona: mucha y buena. La del presente tomo se ciñe a uno de los períodos más interesantes, en diplomacia y en guerra, de las relaciones entre la España de Felipe II y la Inglaterra de Isabel, centrándolo en la figura de quien abrió en grande escala la piratería contra las poblaciones costeras de Indias y las naos de la *carrera*. Breve introducción dibuja los fondos del cuadro: el comercio inglés con Canarias; el de negros cazados en Africa para llevarlos de contrabando a las Antillas y poblaciones de Venezuela, donde a pesar del veto real eran bien acogidos los esclavos y los tejidos ingleses, por la escasez de suministro legal. Hawkins tentó la ruta, con la falsedad para introducirse y la crueldad, si no bastaba el cohecho, para doblegar enterezas de gobernadores. Sus escandalosas ganancias alborotaron la codicia de sus compatriotas, empezando por la Reina; y brotó la plaga de corsarios, pesadilla del comercio y de los puertos hispanoamericanos. Con él y de él aprendió quien luego lo dejó atrás, en osadía y fortuna, el célebre Draque: juntos merodearon, juntos sufrieron la derrota de San Juan de Ulúa, juntos pelearon contra la *Invencible*, juntos salieron en la expedición piratesca que los sepultó a ambos en las aguas del Caribe. Naturalmente, se enlazan en la historia datos curiosísimos de comercio, diplomacia, marinería, estado social y defensivo de nuestras Colonias, etc. Copiosa bibliografía, y un apéndice documental de los archivos canarios referentes a los tratos de Hawkins con las autoridades de los puertos por donde anduvo y a la batalla de San Juan de Ulúa.

C. BAYLE

CABELLO DE BALBOA, MIGUEL: *Obras*. Vol. I. Quito, 1945. 27 × 18 centímetros. XII + 451 págs.

Cabello de Balboa fué uno de los clérigos andariegos, por el estilo de Ordóñez de Cevallos; aunque no tan corredor de pies, se le iguala o supera en el andar de la pluma, y le gana ciertamente en lo suelto y castizo del decir,

y en la variedad de asuntos, históricos, misioneros y poéticos. Más citado que leído: ni podía ser otra cosa lo último, ya que gran parte de su obra permaneció inédita hasta que el ilustre americanista J. Jijón y Caamaño emprendió la edición completa, cuyo primer volumen presentamos. En él se contiene la *Descripción de Esmeraldas*, la *Orden y traza para descubrir y poblar la tierra de los Chunchos*... y las tres primeras partes de la *Miscelánea Austral*: de las cuales dos se van en larguísimos discursos, repletos de erudición y menguados de crítica sobre el origen de los indios americanos y cuestiones con él relacionadas, y la tercera en la historia de los emperadores incas, recogida, nos dice, de boca de los ancianos y de autores que le precedieron. Es historia mucho más completa, v. gr. que la de Fr. Martín de Murúa: éste se detiene en lo interno, Cabello de Balboa narra las guerras, no compendiosa, sino ampliamente, máxime las vecinas a Pizarro. Paralelamente, como para situar los sucesos en la Historia Universal, apunta con resumen de ésta conforme va avanzando la incaica. Escribe con galanura, sin el follaje abrumador de otros: cayó en buen tiempo, pues termina la miscelánea en 9 de julio de 1586. Es lástima se eche menos diligencia exquisita en la transcripción, erratas y puntuación, que oscurece más de una vez el sentido. Agradecidos han de quedar los americanistas al Sr. Jijón Caamaño, que les proporciona una de las fuentes más copiosa y veraz de aquel imperio que creció a la romana y se desplomó de golpe al derribarse Atahualpa de sus andas en Cajamarca.

C. BAYLE

SALVADOR TOSCANO: *Arte precolombino en México y en la América Central*. México, 1944. 33 × 23 cms. 570 págs.

Edición de lujo: papel satinado; magníficas láminas, muchas en colores: perfección tipográfica suma; erudición exquisita y amplia en el autor, en cuyo estilo técnico, de natural elegancia, se transparenta fino sentir estético al recorrer, en tiempo y espacio, la cuna y desarrollo de las distintas escuelas, originadas de distintas tribus, a veces autóctonas, las escuelas, a veces entremezcladas, como las luchas, invasiones y comercio revolvía unos pueblos con otros. Un profano, como yo, en etnografía y prehistria americana, apenas puede añadir otra cosa. Pero dejando al lado la ciencia y la técnica, lo que se alcanza a cualquiera de la simple lectura es la admiración del arte precolombino, en alguna de sus manifestaciones anterior o contemporánea del griego, con cánones propios, todo él impregnado del sentimiento religioso y místico (en la significación clásica) que difícilmente podía llegar al vulgo a través de sus recóndicas alusiones o referencias medio jeroglíficas: arte de ordinario infernal, monstruoso, terrorífico: pero de un realismo, de una serenidad y hondura increíble, y de una ejecución que muchas veces se parea con la de Egipto, Babilonia y Grecia. Arte de proporciones gigantescas en las pirámides y palacios; de vida intensa en los relieves; de finura en los vasos; de filigranas en las joyas y plumería. Estas dos llenaron de pasmo a los conquistadores, y Cortés se apresuró

a mandar muestras a Carlos V: las arquitectónicas (fuera de las pirámides-templos y algunos palacios en Tenutchlistán y Tezcoco) estaban ya soterradas en la selva. Los misterios que apuntan, sin esclarecerlos completamente las excavaciones y hallazgos, darán aún faena larga a los investigadores. Para los cuales el libro del Sr. Toscano servirá de guía, no bacdeckeriana, científica.

C. BAYLE

INDICE GENERAL DEL TOMO V

Páginas

I.—Artículos

CONSTANTINO BAYLE, S. J.—Cortés y la evangelización de Nueva España ... 5- 42

FIDEL DE LEJARZA, O. F. M.—Franciscanismo de Cortés y cortesianismo de los franciscanos ... 43-136

VICENTE RODRIGUEZ VALENCIA, Pbro.—Más luz sobre el supuesto memorial del Santo al Papa Clemente VIII ... 137-183

CONSTANTINO BAYLE, S. J.—El IV Centenario de Don Fray Juan de Zumárraga ... 209-269

MANUEL MERINO, O. S. A.—Los misioneros y el castellano en Filipinas ... 271-323

ANGEL SANTOS, S. J.—Francisco Ros, S. J., Arzobispo de Granganor, primer Obispo Jesuíta de la India (1557-1624) ... 325-393

JOSE M.ª COLL, O. P.—San Raimundo de Peñafort y las Misiones del Norte Africano en la Edad Media ... 417-457

FRANCISCO MATEOS, S. J.—Avances portugueses y misiones españolas en la América del Sur ... 459-504

JAIME SALVA.—Misioneros Jesuítas a Filipinas ... 505-541

II.—Notas y textos

MANUEL MERINO, O. S. A.—Dificultades de antaño en el reclutamiento de misioneros ... 185-192

CONSTANTINO BAYLE, S. J.—Lance curioso en visita episcopal. 395-399

CONSTANTINO BAYLE, S. J.—Las misiones de Mainas hacia la mitad del siglo XVIII ... 543-565

Páginas

F. MATEOS, S. J.—¿Suárez, misionero en el Río de la Plata? 566-573
CONSTANTINO BAYLE, S. J.—Cómo se alhajaban casas e Iglesias en Mainas 574-579

III.—Bibliografía

ANDRES MARCOS, TEODORO.—Los imperialismos de Juan Ginés de Sepúlveda en su «Democrates alter». (Bayle) 193-199
DR. P. LINO M. PEDOT, O. S. M.—La S. C. de Propaganda Fide e le Missioni del Giappone (1662-1838). (Bayle) 199-205
JOSEH MASSON, S. J.—Missionaires Belges sous l'ancien regime (1500-1800). (Mateos) 205-206
RUBEN VARGAS UGARTE, S. J.—Manuscritos Peruanos en las Bibliotecas del Extranjero. (Mateos) 206-208
VILLION, AMADO.—Cincuenta años por el Japón. (Merino) 401-402
MANNA, PABLO.—Los obreros son pocos. (Merino) 402-403
SALVADOR DE MADARIAGA.—The Rise of the Spanish-American Empire. (C. García, O. S. A.) 403-409
TATE LANNING, JOHN.—Reales Cédulas de la Real y Pontificia Universidad de México de 1551 a 1816. (Bayle) 409-411
JIMENEZ RUEDA, JULIO.—Herejías y supersticiones en la Nueva España. (Bayle) 412-414
PIO M.ª MONDREGANES, Capuchino.—Manual de Misionología. (Aspurz) 581-585
JUAN DE VELASCO, S. J.—Historia moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino. (Mateos) 585-588
BERNARDO RECIO, S. J.—Compendiosa relación de la Cristiandad de Quito. (Mateos) 588-590
LAURO LOPEZ BELTRAM.—Fray Antonio de Roa, Taumaturgo Penitente. (Merino) 590-591
REMIREZ MUNETA, JESUS, C. M.—La Misión de Cuttack. (Merino) 592-593
PIERRE VERGER.—Fiestas y danzas en el Cuzco y en los Andes. (Bayle) 593-594
RUMEU DE ARMAS.—Los viajes de John Hawkins a América. (Bayle) 594-594
CABELLO DE BALBOA, MIGUEL.—Obras... (Bayle) 594-595
SALVADOR TOSCANO.—Arte precolombino en Méjico y en la América Central. (Bayle) 595-596

INDICE

de personas, lugares y cosas notables (*)

A

Abdalla, rey de Túnez, 453.
Abdelazis, D. Abuger, sultán, 447.
Abelgas, Santos de, O. F. M. Cap., 414.
Abijiras, indios, 548.
Abisinia, 327.
Abraham, Mar, 330, 335, 337-342, 344-347, 370, 374, 389, 391.
Abrojo, conv. franc., 209, 213, 216, 263.
Academia de la Historia, 193, 211, 207, 465, 500, 525, 533, 567.
Academia Mexicana de la Historia, 122.
Acalán, prov. de México, 93.
Acapulco, 303, 315, 512, 531, 533.
Acevedo, Gaspar de, S. J., 586.
Acosé, curaca, 561.
Acosta, Francisco de, S. J., 356.
Acosta, Gregorio de, 521.
Acosta, José de, S. J., 274, 567.
Acquaviva, Claudio, S. J., 567, 571, 343-44, 374, 381, 387.
Acta Aragonensia, 434, 443.
Acuilma, pueblo, 48.
Acuña, Cristóbal de, S. J., 462, 485-87, 586.
Adriano, cardenal, 60.
Adriano VI, papa, 84, 104, 187, 191, 245.
Agente de Indias, 171.
Aguarico, río, 546-47, 485-86.
Aguilar, 18.
Aguilar, Cristóbal de, S. J., 569.
Aguilar, Marcos, 218.
Aguilar, Simón, O. P., 449.
Aguilar, Sinforoso, 416.
Aguirre, Manuel, S. J., 461-62.
Agustinos, 25, 40, 187 ,191, 199, 204, 251, 263, 278, 283-84, 288, 295-97, 306, 321, 590-91.
Agustinos Recoletos, 203.
Aibas, indios, 548.
Aidas, indios, 548.
Alaejos, pueblo, 588.
Alamán, Lucas, escritor, 29, 42.
Alava, 574.
Albelda, José, S. J., 557.
Albornoz, Rodrigo de, 63-4, 67, 71, 75, 253.
Alburquerque, Matías, 339, 358.
Alcalá, universidad de, 193-94, 262, 572.
Alcazaba, Simón de, 64, 65.
Alderete, Julián de, 47, 52-3, 59, 82.
Alegre, Francisco Javier, S. J., 512.
Alejandría, 261.
Alejandro VI, papa, 10, 186, 424, 471.
Alemania, 8, 405.
Alfaro, Diego de, S. J., 476.
Alfonso X el Sabio, 420.
Alisén, Bernardino de, S. J., 512, 532, 535.
Almagro, Diego de, 226.
Almeida, Fortunato, 386.
Altamira, 198.

(*) Lo hizo el P. Manuel Merino, O. S. A.

Altamirano, Diego, O. F. M., 45, 57, 66, 82, 113, 118, 136.
Altamirano, Luis, S. J., 500.
Altolaguirre y Duvale, Angel de, 62.
Alva Ixtlilxochilt, Fernando de, 86-8, 93.
Alvarado, Gómez de, 73.
Alvarado, Pedro de, 11, 48, 53, 55-6, 71.
Alvares, Gaspar Alfonso, 380, 388.
Alvares Barbosa, Pedro, 497.
Alvarez, Baltasar, S. J., 567.
Alvarez Baena, 515.
Alzedo y Herrera, Dionisio, 549.
Amaones, indios, 553, 561.
Amara, pueblo, 461.
Amazonas, Misión del, 206, 460-464.
Amazonas, río, 459, 471, 478, 484, 544, 550, 582.
Amenós, Berenguer, O. P., 445.
América, 14, 41, 196, 206, 262, 273, 276, 278, 289, 290-91, 293, 303-04, 404-07, 410-11.
Central, 595.
del Sur, misiones, 459, 504, 567, 590.
Iglesia de, 139.
Amorós, Pedro, O. P., 450.
Anahuac, 118.
Anda y Salazar, Simón de, 308, 315, 317, 320.
Andalucía, 212.
Andalucía, prov. Jesuít., 571, 573.
Andes, 459-60, 485, 593.
Andión, Jerónimo de, S. J., 464.
Andoas, indios, 558, 562.
Andonaegui, José, 500.
Andrade, Antonio de, carm., 489.
Andrade, Tomás, S. J., 512, 532, 535.
Andrade, Vicente de, 98, 100.
Andrés Marcos, Teodoro, 193, 195, 198.
Angamale, 325, 328, 330, 332, 337-41, 344-47, 353, 367, 369-70, 372-73, 375-77, 380, 382-83, 385-86, 389-92.
Sínodo de, 364, 383.
Angeles, general, 109.
Angeles, prov. franc. de los, 93.
Angeles, reducción, 469.
Angeles, Francisco de los, O. F. M., 109.
Angola, 473.
Antequera, 483.
Antigua de Sevilla, Convento de la, 122.
Antillas, 210, 404, 459.
Antipolo, 523.
Antonio, Julio, S. J., 526, 535.
Antonio, Nicolás, 439, 441, 517.
Antuano (El), curaca, 561.
Antunes de Fonseca, José, cap., 489, 491.
Anunciación, Juan de la, O. S. A., 274.
Aora, Juan de, O. F. M., 45, 84-6, 91-2, 96, 98-9.
Apena, río, 557.
Apolobamba, 464.
Apología, 194.
Apóstoles, pueblo, 475.
Apóstoles, reducción, 468.
Aquaviva, Vid. *Acquaviva*.
Aquisgrán, Concilio, 168.
Aragón, Provincia dominic., 419, 429-430, 433, 450.
Aramos, esclavos cristianos, 425.
Aranda, 268.
Aranda, Conde de, 579.
Aranguren, Martín de, 213, 264, 268.
Aranjuez, 302.
Arcángeles, reducción, 468.
Arce, José de, S. J., 466, 493.
Arcediano de Fez, 449.
Archidona, pueblo, 463, 490, 545-47.
Archivos:
Agust. de Valladolid, 321.
Aviñón, 419, 452.
Corona de Aragón, en Barcelona, 421, 440, 442, 447, 451, 453.
Dirección Civil de Manila, 311.
Dominic. de Montesión, en Barcelona, 446.
Dominic. de Valencia, 444.
General de Indias, en Sevilla, 44, 64, 186, 199, 207-8, 212-13, 224, 396, 415, 568-71, 586.
General de la Nación, en Buenos Aires, 472.
Histórico Nacional de Madrid, 460, 471, 499, 500.
Jesuít. de Madrid, 472, 572, 585.
Jesuít. de Roma, 207, 331, 336, 343-44, 350, 356, 364, 372, 376, 378, 381, 383-87, 391, 572.
Museo Naval de Madrid, 525.
Reducción de Santiago de la Laguna, 551.
Simancas, 181.
Vaticano, 156, 419, 432.
Arenys, Pedro de, O. P., 450.
Aressu, Juan Domingo, S. J., 527-36.
Arequipa, 568, 573.
Argumosa, Francisco de, 495.
Arias de Ugarte, Fernando, 461.
Aristóteles, 197-98.
Armenia, 345, 373.
Artieda, Andrés de, S. J., 485.
Arras, ciudad, 508.
Arreguia, Martín de, almirante, 534.
Arriaga, Pablo José, S. J., 570.
Asia, misiones, 202, 567.
Aspurz, Lázaro de, O. F. M. Cap., 46, 84-5, 98, 107, 585.

Astrain, Antonio, S. J., 461-62, 464-65, 467, 473, 485, 491, 570.
Asunción, ciudad, 9, 467, 475, 496, 566.
Asunción, pueblo, 466, 477.
Asunción de Acaraguá, reducción, 468.
Asunción de Iyuy, reducción, 468.
Atahualpa, 9, 595.
Atienza, Juan de, S. J., 567, 590.
Audiencias: (Reales), 29, 125, 128-31.
Charcas, 207-8, 459, 466, 498.
Chuquisaca, 477.
Filipinas, 307, 315.
Lima (o de Los Reyes), 169, 180-81, 207.
Quito, 207, 459, 462, 491, 546, 550, 579, 585.
Santa Fe, 462.
Audisco, Mar, 341.
Aunalas, indios, 549.
Avalos, Juan de, 95, 98-9.
Avellaneda, Pedro de, S. J., 569.
Avendaño, Marcos de, S. J., 502.
Avila, Alonso de, 51-2, 59, 82, 102.
Ayora, Juan, O. F. M., 24.
Ayzuares, indios, 559.
Azcaray, Pedro de, O. F. M., 452.
Azores, islas, 232, 500.
Aztecas, 23.
Azúa, pueblo, 10.

B

Babilonia, 334, 338, 340, 347, 348, 349, 360-51, 354, 371, 374-75, 383-84, 595.
Badajoz, 275, 481.
Baeza (Perú), 463.
Baeza, pueblo, 545.
Bahamonde, Joseph, cler., 554-56, 565.
Balbasen, pueblo, 522.
Balboa, Núñez de, 6.
Balme, Francisco, O. P., 417.
Bananate, 382.
Bangalore, 325.
Baptista, Juan, maestre, 122.
Barace, Cipriano, S. J., 465.
Baradero, pueblo, 559.
Barataria, 411.
Barba, Enrique M., 472.
Barbones, indios, 554.
Barcelona, convento domin., 424, 427.
Barcelona, Martín de, O. F. M. Cap., 439.
Barzana, Alonso de, S. J., 467, 567.
Barrasqui, Martín de, 213.
Barreda, 232.
Barreiro, Agustín María, O. S. A., 295.
Barreto, Francisco, S. J., 379.
Barrubieta, Joaquín, 576.
Basabe, José, 575-76, 579.
Bastida, Miguel, S. J., 548.
Baures, indios, 464-65.
Bayle, Constantino, S. J., 5-42, 199, 209-269, 272, 286-87, 399, 411, 414, 416, 565, 579, 594-96.
Beaumont, J. Pablo, O. F. M., 56-7.
Becos, Juan de, 269.
Beira, Juan de, S. J., 326.
Belén de Pará, ciudad, 471, 484.
Bélgica, 206.
Beltrami, 346-49, 351-59, 371, 374, 377, 387, 393.
Beltrán, 240.
Beltrán, José, 335.
Benamán, rey, 451-52.
Benatar, Miguel de, O. P., 451.
Benavente, Toribio de, O. F. M., 22, 31, 37, 42, 54, 67, 71, 87, 91, 93, 108, 112-16, 120-27, 225, 244-45, 254, 274.
Benavides, Manuel de, S. J., 512, 527, 532.
Benavides, Pablo de, S. J., 474.
Benedicto XIII, papa, 453.
Benedicto XV, papa, 272.
Beneficiados, 170.
Bengala, 327, 328, 592.
Beni, misiones, 460.
Beni, río, 464.
Bennázar, Pedro de, O. P., 436.
Berbería, 421.
Bergas y Mimeiverde de Rosa, Francisco de, 61.
Bermejo, río, 545.
Bermúdez, Agustina, 72.
Bertrán, Guillermo, O. P., 436.
Besco, Bartolomé, S. J., 526, 535.
Betanzos, Domingo de, O. P., 40, 130, 132, 23, 250, 267.
Bibliotecas:
Antonio Graiño, 472.
Autores Españoles, 49.
Central de Cataluña, 440.
Chile, 208.
Instituto de Cultura Hispánica, 544, 574.
Nacional de Lima, 207, 566.
Nacional de Madrid, 201, 207, 440.
Palacio de Madrid, 235, 593.
Provincial de Zaragoza, 430.
Quito, 208.

San Isidro de Madrid, 525, 533.
Sucre (Boliv.), 208.
Universitaria de Valencia, 440.
Universitaria de Zaragoza, 430.
Bibliotheca Missionum, 273.
Bicol, lengua, 322.
Bidra, Francisco, S. J., 557.
Binondo, 308, 309.
Biracochas, indios, 547.
Bisaya, lengua, 521.
Bisayas, islas, 518.
Bitoman, Adán, S. J., 554.
Bizman, Adán, S. J., 558, 561.
Bobadilla, Diego de, S. J., 506, 508-11, 513, 515-20, 525, 533, 541.
Bobonaza, río, 563.
Bocot, pueblo, 522.
Bogotá, 286.
Bohol, 524.
Bolandos, 427.
Boleya, Sancho de, O. P., 453-54.
Bolivia, 208, 464.
Bombay, 330.
Bonhome, Alfonso, O. P., 434, 439, 443-44.
Bonifaz, Luis, S. J., 511-12, 531-32.
Bonilla y San Martín, Adolfo, 62.
Borja, cardenal, 181.
Borja, ciudad, 462, 484.
Borja, pueblo, 545, 558.
Borja, Francisco de, virrey, 485.
Boursín, Francisco (de Burgos), S. J., 513, 528, 536, 540.
Boyd, E., 414.
Bracamonte, Diego de, S. J., 587.
Braganza, dinastía de, 478.
Branches, Alvaro, cap., 357-58.
Brasil, 206, 460, 467, 473, 478, 488, 507.
Brentano, Carlos, S. J., 553-54, 565.
Breves:
«*Alias Felicis*», 85.
«*Ex Pastorali Officio*», 199.
«*Exponi nobis*», 104.
«*Onerosa Pastoralis*», 199.
Brieva, Domingo de, O. F. M., 485.
Brito, Esteban de, S. J., 379.
Brito, San Juan, S. J., 379.
Bruguera, Romeo de, O. P., 430, 437.
Bruno de Zabala, Francisco, 500.
Bruxelles, 205.
Buenhombre, Alfonso, Vide *Bonhome A.*
Buenos Aires, 42, 206, 476, 479-80, 566.
Buenos Aires, misiones, 460, 472.
Bueras, Juan de, S. J., 539.
Buigesio, Cardenal, 157.
Bujía (Africa), 433.
Bulas:
«*Cum hora undecima*», 424.
«*Omnímoda*», 84, 85, 104, 106, 200, 245.
«*Omnipotens Dominus*», 454.
«*Romanus Pontifex*», 158.
«*Sinceræ devotionis*», 447.
«*Super specula*», 202.
«*Urgente officio*», 422.
Bullarium Franciscanum, 447.
Bullarium O. P., 422, 454.
Bullón, Godofredo de, 7.
Burdeos, 329.
Burgés, Francisco, S. J., 483.
Burget, Arnaldo, O. P., 427, 456.
Burgoa, Francisco de, O. P., 40.
Burgos, 44, 60, 181, 591.
Burgos, conv. agust., 591.
Burgos, Juan de, 126.
Burnett, Peter H., 414.
Busembaum, hermano de, 410.
Bustamante, Carlos M.ª, 512.
Bustamante, Crisóstomo, 414.
Bustamante, Francisco de, 25.

C

Caazapaguazú, pueblo, 476.
Caazapaminí, 476.
Cabaches, indios, 561.
Cabachíes, indios, 548.
Cabachos, indios, 549.
Cabello, Esteban, S. J., 573.
Cabello de Balboa, Miguel, cler., 594.
Cabeza de Vaca, Martín, O. P., 453.
Cabildos:
De Fez, 450.
De Manila, 506.
Eclesiástico de Manila, 306, 315-16.
Secular de México, 367.
De México, 82.
Cabredo, Rodrigo de, S. J., 567, 571-73.
Cachil Corralat, jefe filipino, 517.
Cádiz, 185, 525, 568, 570-71.
Cádiz, Coleg. Jesuít., 571.
Cagoatezpán, pueglo, 18.
Cahuapanas, pueblo, 558.
Cajamarca, 587, 595.
Calancha, Antonio, O. S. A., 251.
Calatayud, conv. dom., 445.
Calatayud, Pedro de, 410.

Caldeira, Francisco, expl., 484.
Caldera, pueblo, 521.
Calicut, 332, 334, 346, 355-58, 372, 382.
California, 395.
Calixto, 255.
Calmecals, indios, 209.
Calvo, Luis Antonio, gobernador, 493.
Callao, puerto del, 156.
Cambebas, indios, 487-89.
Camerte, Pablo, S. J., 326.
Campo, Juan del, S. J., 506, 520, 522, 527, 535.
Campori, Juan M.ª, S. J., 364, 368, 381.
Canarias, Islas, 594.
Candelaria de Caazapaminí, reducción, 468.
Candelaria del Ibicuy, reducción, 468.
Canduttur (India), 340.
Canelos, pueblo, 563.
Cantinara, Mercurio, 61.
Canto de Organo, 115.
Cañedo, Antonio, 295.
Capmany de Montpaláu, Antonio de, 420-21, 425.
Capuchos, 107.
Cará, río, 471.
Carafa, cardenal, 157.
Carará, río, 471.
Carás, dinastía, 585.
Cárcer, pueblo, 461.
Cárdenas, Bernardino de, obispo, 475.
Cardiel, José, S. J., 460.
Cardiel, Pedro, S. J., 545, 558.
Caribe, mar, 594.
Carigara, conv. Jesuít., 518.
Carlos II, 181, 278, 287-88, 299, 481.
Carlos III, 271, 288, 316, 410, 489, 574, 585, 588.
Carlos V, 33-35, 44, 84-5, 104, 107, 116, 193-94, 209, 213, 217, 260-61, 266, 282, 489, 596.
Carlos, Pedro, S. J., 512, 532, 536.
Carmelitas, 462, 486.
Carmelitas calzados, 489, 549.
Carneiro, Melchor, S. J., 335, 380.
Caro, Juan, O. F. M., 115.
Carolinas, islas, 205.
Cartagena de Indias, 66, 481, 589.
Carvajal, Antonio, 73.
Carvajal, Luis, 413.
Carvallo, Miguel, S. J., 201.
Carvallo Pimentel, Manuel, S. J., 379.
Carreras Candí, escritor, 425.
Carreño, Alberto M.ª, 211, 221, 224, 235, 240, 249, 251-53, 261, 265.
Carro, Venancio, O. P., 194.
Casa de Contratación de Sevilla, 206.
Casa Lonja, 207.
Casanare, misiones, 459.
Casanare, río, 461.
Casanga, río, 545, 546.
Casas, Bartolomé de las, O. P., 5, 6, 8, 37, 42, 123, 130, 193-98, 232, 250, 282, 486.
Casas, Francisco de las, 67, 70-1, 73-6, 78-9, 118-19, 122.
Casas, Gonzalo de las, 570-71.
Casela, Francisco, S. J., 513, 526, 535, 540.
Casiguran (Filipinas), 514, 538.
Casiquiare, río, 462.
Cassabó, Gregorio, O. P., 444, 448-49.
Cassani, P. S. J., 590.
Castanyet, Marcos, O. P., 444.
Castañares, Agustín de, S. J., 496.
Castañeda, Juan de, cap., 399.
Castellano, lengua, 115, 271-323.
Castellón de Ampurias, conv. domin., 583.
Castilla, 46, 214, 230, 234, 236, 255, 257-58, 267.
Castilla, provincia agustiniana de, 186-90.
Castilla, prov. jesuít., 573.
Castilleja de la Cuesta, 44, 81, 135.
Castillo, Dr. 165-66.
Castro, Agustín M.ª de, O. S. A., 295.
Castro, Ildefonso de, 53, 569, 571.
Castro, Jorge de, S. J., 345, 364, 368.
Catalina, hija de Carlos, 133.
Cataluña, 307.
Catedrales, 33.
Caturte, 352.
Caumases, indios, 548, 561.
Caumates, indios, 549, 532.
Cavero, Hernando, S. J., 461, 465, 568.
Cavite, 505-7, 522.
Caya, pueblo, 481.
Cayarí, indios, 487.
Cebú, 295, 301-02, 305, 522.
Cédula Grande, 478, 483.
Cédulas Reales, 147, 150, 156, 180, 191.
Cempoala, ciudad, 13, 18, 24, 49, 51.
Cendra, Francisco, O. P., 423, 427.
Cerdeña, 421, 567.
Cereceda, Feliciano, S. J., 573.
Cerqueira, Luis, S. J., 374, 380.
Cervantes, Miguel de, 314, 567.
Cervantes, Rafael, 266.
Cervantes de Salazar, 54, 55, 57.
Cervera, conv. domin., 451.
Cerralvo, marqués de, 135.
César de Meneses, Rodrigo, gobernador, 494.
Céspedes Feria, Luis de, gobernador, 474.
Ceuta, 421.
Cibola, 249.
Cienfuegos, Alvaro, S. J., 410.

Cieza de León, 8, 228.
Cinaloa, 398.
Cipriano, S. J., 558.
Cisneros, 262, 281.
Cisneros, García de, O. F. M., 108, 115.
Cisneros, Gonzalo, S. J., 513, 527, 536, 541.
Ciudad Real, 472, 475.
Ciudad Real del Guairá, 467, 567.
Ciudad Rodrigo, Antonio de, O. F. M., 108.
Clapión, Juan, O. F. M., 83, 85, 106.
Claver, Felipe, S. J., 569, 573.
Clemente V, papa, 434, 436, 454.
Clemente VI, papa, 441-42.
Clemente VII, papa, 42, 66.
Clemente VIII, papa, 137-39, 142-43, 149, 170, 199, 325, 344-45, 365, 371, 374, 376, 389.
Cobo, P., 593.
Coca, río, 546.
Cocamas, indios, 484, 549, 589.
Cocamillos, indios, 549.
Cochabamba, 464.
Cofradías, 170.
Cogseng, corsario, 522.
Coimbra, 567, 571-72.
Colección Navarrete, 525.
Torres Mendoza, 44, 51-3, 69, 66, 68, 69, 70, 72, 74, 76-7, 80, 99, 101.
Colegio de doctrina, 26, 33.
Colegio de indios, 565.
Colegio de misioneros de Miramar, 420.
Colijeira, población, 382.
Colín, Francisco, S. J., 539.
Colina, Juan Antonio de la, cap., 486.
Colombia, 461.
Colombo, 379.
Colón, Cristóbal, 407.
Colonia del Sacramento, 471, 478 ss.
Coll, José M.ª, O. P., 417-57.
Collaço, Clemente, José, S. J., 380.
Collado, P., 204.
Combes, Francisco, S. J., 521, 523-25, 527, 536.
Comillas, universidad, 181.
Comisarios, 185-86.
Compte, Francisco M.ª, O. F. M., 285.
Compte, Pedro, O. F. M., 438.
Concepción: ciudad, 237.
Hospital de Nuestra Señora, 134-35.
Monasterio de franciscanas, 133-34.
Pueblo, 476.
Reducción, 468.
Concepción del Río Bermejo, ciudad, 467, 567.
Conde de La Coruña, virrey, 39.
Conde de la Monclova, 481, 489.
Conde de Monterrey, 292, 396.
Conde de Nieva, 229.
Conde de Superunda, virrey, 465.
Congo portugués, 205.
Congregación del Concilio, 157, 170.
Congreso de Prensa misional, 503.
Consejo de Castilla, 193.
Consejo de Indias, 62, 139-40, 156-57, 167, 171-72, 174-77, 180-83, 185-87, 191, 204, 228, 232, 236-37, 406-07, 410, 465, 469, 486, 571.
Consejo Portugués, 205.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 588, 590.
Contaduría, 207.
Contratación, 207.
Conway, G. R. G., 45, 134-35.
Corbera, Roméu de, 447.
Córcega, 421.
Cordara, 381, 585.
Córdoba, Andrés, O. F. M., 108.
Córdoba, Pedro de, O. P., 274.
Córdoba de Tucumán, 472.
Cordón, cofradía, 201.
Corona de Castilla, 202.
Coronoles (Los hermanos), 102.
Corpus, reducción, 468.
Cortázar, arzobispo, 461.
Cortés, Fernando, 102-04, 109-23, 125, 126-136.
Cortés, Hernán, 5-136, 210, 214-15, 218, 220-21, 232, 239, 243, 290, 408.
Cortés, Martín, 133.
Corts, Ferrer de, O. P., 450.
Coruña, Agustín de la, O. S. A., 586.
Coruña, Martín de la, O. F. M., 108.
Corral Alto, 500.
Correa, cofradía, 201.
Correia, Ignacio, cap., 490.
Corrientes, ciudad, 480-81, 567.
Costa, Cristóbal de, gobernador, 491.
Cosulta, pueblo, 397.
Cota, Simón, S. J., 512, 525, 528, 530, 533.
Cotlaxtitlán, 397.
Cotoche, punta de, 11.
Cotta, Jerónimo Javier, S. J., 327, 330-31, 333, 368, 376.
Coulam, 334.
Coyoacán, villa, 33, 122, 133-135.
Cozumel, 11, 13-15, 99.
Cranganor (India), 325-393.
Crespo, José, O. S. A., 146, 169.
Criminal, Antonio, S. J., 327.
Cronwell, 405.
Cruz, Ambrosio de la, S. J., 536.
Cruz, Francisco de la, O. S. A., 591.
Cruz, Jorge de, 340, 344, 346-47, 349, 369, 374.
Cruzalaegui, Gabriel, 299.

Cuadracán, 396.
Cuahunauac, monasterio, 133.
Cuauhtémoc, indio, 93, 122.
Cuba, isla, 24, 77, 98.
Cuenca (Perú), 463, 536.
Cuernavaca, 122, 133, 590.
Cueva, Lucas de la, S. J., 462-63, 548.
Cuevas, Mariano, S. J., 64-5, 81, 86-8, 91-3, 98, 101, 108, 113, 113, 123, 211, 213, 216, 231, 234, 237, 240, 243, 148, 252, 254-5, 258-60, 264-65, 267.
Cugía, Gaspar, S. J., 462, 487.
Culiacán, 399.
Culúa, villa, 58.
Cunibos, indios, 559, 562.
Curaray, río, 463, 548, 553, 563.
Cutinanas, indios, 557, 562.
Cuttack, 592.
Cuyabá, minas, 466, 479, 492, 494, 497.
Cuzco, 223, 593.

CH

Chaco, misiones, 460, 567.
Chaco boreal, región, 466.
Chachapoyas, ciudad, 587.
Chalco, pueblo, 46, 47.
Champagne, Joseph, E. O. M. I., 414.
Chantre y Herrera, José, S. J., 547-75.
Charcas, ciudad, 229, 492-93, 496.
Charcas, indios, 162.
Charles, S. J., 582.
Charrúas, indios, 481.
Chauvet, Fidel de, O. F. M., 85-87.
Chayabitas, pueblo, 558.
Chiametla, 398.
Chiapa 123, 256, 267.
Chile, misiones, 460, 569-70.
Chipeos, indios, 549.
Chiquitos, misiones de los, 205, 459, 464, 466, 492, 496-97, 499, 501.
Chiquitos, indios, 466.
China, 196, 205, 249, 327.
China, misiones, 202, 513.
Chirino, Pedro, S. J., 296, 569.
Chirinos, 118.
Chita, pueblo, 461.
Chocho lengua, 290.
Cholula, ciudad, 13, 41, 123.
Chunchos, indios, 595.

D

Dacia, 83.
Dagami, pueblo, 522.
Damán, pueblo, 346.
Damián, Vicente, S. J., 526, 535.
Dapitán, misión, 506, 520.
Dávila, Alonso de, 53.
Dávila, Juan, S. J., 524, 527, 536.
Davis, pueblo, 520.
Daza, P. Antonio, O. F. M., 115.
Degne, Nicolás, S. J., 524, 528, 536.
Delgado, Tomás, S. J., 496.
Delgadillo, oidor, 38, 211, 230, 236-40, 242, 3, 266.
Dell'Oro Maini, Attilio, 566-71.
Demócrates, 193-4, 197-9.
Descalzos, 107.
Deuber, Leonardo, S. J., 547.
Deza, Francisco, S. J., 527, 535.
Diago, Francisco, 427, 444-6, 450, 456.
Diamper, 354 364.
Diamper, sínodo de, 366, 374, 381.
Díaz, Juan, clér., 12, 56.
Díaz, Pedro, S. J., 509.
Díaz del Castillo, Bernal, 8, 9, 13, 22, 25-6, 44, 46, 49, 52-4, 58-60, 63, 66-7, 69-71, 76-7, 80, 82, 92-3-5, 98-9. 111, 119, 123.
Díaz de Haro, Juan, O. F. M., 452.
Dicayo, pueblo, 520.
Didaci, Juan, O. F. M., 452.
Díez, Hilarión, O. S. A., 322.
Diguja, Joseph, 579.
Dindinger, Giovanni, O. M. I., 414.
Docampo, Diego, 73.
Doce Apóstoles, 108.
Domenzain, Moisés, S. J., 401-403, 415.
Domingo, O. P., obispo de Marruecos, 422-3, 432.
Dominicos, 199-204, 217, 229, 230-7, 240, 251, 278, 295, 298, 339, 418, 422, 426, 429, 544, 563, 510, 529, 532, 538.
Dorado, el, 464.
Dorantes, 118-9.
Drake, 408, 594.
Duero, Andrés, de 60.
Duke, universidad de, 409.

Dulcino, obispo de, 65-6.
Duque, Felipe, S. J., 512, 527-32.
Duque, José, O. S. A., 300.
Duque de la Palata, 287-8.
Durán de Monforte, Pedro, cap., 523-4.
Durango, 212-3.

E

Eckart (de Angulo), Jorge, S. J., 514, 527, 536, 540.
Ecuador, 585-86.
Echevarría, Manuel Mariano, clér., 575-76, 579.
Egipto, 595.
Eimerichi, Nicolás, O. P., 445.
Elorduy, Eleuterio, S. J., 573.
Enamaque, 382.
Encarnación, reducción del Guayrá, 468.
Encarnación de Itaúaa, reducción, 468.
Encinas, 211, 239.
Enrique VIII de Inglaterra, 405.
Escalante, Gumersindo de, O. F. M. cap., 272.
Escalante Plancarte, Salvador, 108, 113-15, 120-21.
Escandón, Juan de, S. J., 501-03.
Escarramat, Pedro, O. P., 455.
Escorial, El, 146.
Escoto, 409, 411.
Escuelas, 420, 423, 428.
Escheffen, Adam, S. J., 559.
Eschindélez, Nicolás, S. J., 545, 547, 549, 554.
España, 14, 34-5, 44, 171, 173, 179, 180-81, 185, 195, 203, 206.
Española, La, isla, 24, 30, 49.
Esperanza, Manuel de la, C. C.
Espineli (Spineli), Luis, S. J., 526, 535.
Espinosa, Juan José, 576.
Espíritu Santo, cabo del, 514.
Esquivel y Alava, Diego de, 414.
Estados Pontificios, 574.
Estados Unidos, 306, 403-04.
Estados Unidos, bibliotecas, 207.
Estancia de Cohobos, 397.
Estevao, Tomás, 414.
Estrada, Alonso, 67, 71, 75.
Etiopía, 343, 380.
Etnología, 581.
Eubel, P., O. F. M., 419, 432-33, 435-36, 444, 446, 448, 452-53, 455
Europa, 32.
Exaltación, pueblo, 465.
Exaltación de la Santa Cruz, pueblo, 495.
Extremadura, 107, 212.
Extremo Oriente, 266.

F

Farfanes (cristianos árabes), 425.
Felino, Esteban de, O. P., 442-43.
Felipe II, 33, 90, 137, 139-40, 142-3, 145-46, 149-51, 153, 156, 158, 162-63, 166, 170, 172-75, 177, 179, 181, 229, 235-36, 250, 257, 262, 274, 275-77, 280, 285, 326, 395, 505, 586, 594.
Felipe III, 170, 274-76, 292, 372, 517.
Felipe IV, 181, 183, 275, 278, 286, 469, 472, 476, 485, 505, 532, 550-51.
Felipe V, 478, 481, 483, 489.
Fernández, Francisco, S. J., 527.
Fernández de Bonilla, don Alonso, 180-81.
Fernández Campero, Juan José, 466.
Fernández de Navarrete, M., 533.
Fernández de Oviedo, Gonzalo, 6.
Fernando el Santo, rey, 423.
Ferrán, Juan, O. P., 435, 438-39, 450.
Ferraz, Antonio, 492-93.
Ferrer, Francisco, S. J., 527, 536.
Ferrer de Cervera, Pedro, O. P., 431.
Ferrer de Manresa, Pedro, O. P., 430-32.
Ferroli, Domingo, S. J., 325, 328-31, 335, 339, 341-49, 351-54, 356, 363-64, 366, 368, 371, 374-75, 381-83, 385, 387, 391.
Fez, 449.
Figueira, Luis, S. J., 486.
Figueras, pueblo, 588.
Figuerola, Alonso de, 257.
Filipinas, iglesia de, 139.
Filipinas, islas, 14, 185-89, 191-92, 199, 203-04, 206, 271-323, 472, 505-42, 568-69, 571.
Filipinas, prov. agust. del Stmo. Nombre de Jesús de, 189-91.
Prov. jesuít., 532.
Finke, Heinrich, 422, 432, 434, 437, 443, 453-54.
Fiol, Ignacio, S. J., 461.

Flandes, 8, 52, 83, 506-07.
Florián, Andrés, 493.
Florida, la, 586.
Fluviá, P., S. J., 575.
Fonseca, obispo, 60, 63.
Fonseca, Vicente, 341.
Fonte, Juan, S. J., 569.
Fontiveros, Pedro, S. J., 527, 536.
Fontova, Marco Antonio, S. J., 586.
Frachet o Fracheto, Gerardo de, O. P., 417, 455.
Fragoso, Felipe, 378.
Franceses, 198.
Francia, 83, 206, 403, 478.
Francia, prov. franc., 83.
Franciscanismo, 133, ss.
Franciscanos, PP., 25-6, 33, 39, 44-136, 170, 199-204, 217, 229, 237, 242-43, 247, 251-52, 264, 266, 278, 295, 329, 332, 334, 341, 350, 418, 426, 428, 453, 485, 546.
Francisco, Ignacio, S. J., 527, 535.
Franco, Antonio, S. J., 327, 335, 346-47.
Franco Condado, 507.
Franzen, Enrique, S. J., 545-547.
Fregenal, Francisco de, O. F. M., 109.
Freire, Andrés, 379.
Freire de Andrade, Gómez, gobernador, 499-502.
Freyle, Manuel, O. S. A., 188, 190.
Friburgo, 44.
Frisolar, pueblo, 397.
Fritz, Samuel, S. J., 463, 487-91, 495, 549-50.
Fuenleal, don Sebastián, obispo, 39.
Fuensalida, Luis, 108.
Fuente, Miguel Bernardino de la, 466.
Fuenterrabía, 507.
Fuentes, Miguel de, S. J., 586-87.
Funay, 374, 380.
Funay, obispado de, 202.
Furlong, Guillermo, S. J., 567, 571.
Fúster, Luis, S. J., 527, 536.

G

Gage, Tomás, 416.
Gaies, indios, 548.
Galíndez, Lorenzo, 61.
Galli, Tolomeo, cardenal, 340.
Gama, Francisco de, virrey, 358, 361.
Gama, Luis de, 358-59.
Gante (Bélgica), 83, 85-6.
Gante, Pedro de, O. F. M., 24, 27, 30, 37, 45, 85-92, 95-98, 100-01, 110-11, 209, 255, 274.
Garavito de León, Andrés, gobernador, 477.
Garay, Francisco de, 58.
Garcés, Julián, obispo, 216-17, 228, 244.
García, Casiano, O. S. A., 409.
García Goldáraz, Carlos, S. J., 588.
García Icazbalceta, Joaquín, 13, 22, 25, 37-9, 86, 90, 129-30, 209, 211, 213, 217, 228-29, 242-43, 250, 257, 261, 269.
García Larrazábal, Sancho, 213.
García Mendes, Francisco, S. J., 379.
García del Pilar, 126.
García Ros, Baltasar, 481-82.
Garcilaso Inca, 586.
Garro, José, gobernador, 479.
Gassó, Bartolomé, O. P., 449-50.
Gassol, Jerónimo, 175.
Gata, villa, 188.
Gata, Esteban de, Vid. *Felino*.
Gata, Nicolás de, O. P., 443.
Gaucelme, cardenal, 441.
Gayangos, Pascual de, 214, 508.
Geddes, Michael, 335, 364.
Génova, 588.
Georgia, Abraham, S. J., 343.
Geraldín, Nicolás, 483.
Gerona, 326, 328, 336-37, 375.
Gesualdo, Alfonso, cardenal, 330, 375.
Giménez Fernández, 194.
Giménez Soler, Andrés, 433, 438, 447.
Ginebreda, Antonio, O. P., 445.
Giorgio, Abraham de, S. J., 374.
Gnebnier, Guillermo, S. J., 559.
Goa, 327, 331, 335-45, 347-50, 354, 356-57, 361, 364, 368-70, 372-74, 376-79, 381, 383-85, 387-89, 391, 393.
Goa, Concilio de, 339, 341.
Golfo Dulce, 95.
Golubovich, G., O. F. M., 422.
Gómara, 66.
Gómez, Gaspar, S. J., 569.
Gómez, José, S. J., 587.
Gómez, Suero, O. P., 422.
Gómez Barbosa, Manuel, 482.
Gómez de Sotomayor, Pedro, cardenal, 434, 441-42.
Gonzaga, 109.
González, Tirso, S. J., 466.
González Dávila, Gil, 78, 95, 395.
González Esteve, 413.
González Romero, Gil, 217.

González de Santa Cruz, Bto. Roque, S. J., 468.
Gonzelm, Arnaldo, O. P., 454.
Gordozuela, Juan de, cap., 399.
Gorzoni, Juan, S. J., 487.
Gouvea, 346.
Goyaces, misión, 492, 496.
Goyaz, est. brasil., 492, 494.
Graiño, Antonio, 544, 574.
Gran Mogol, 327.
Gran Mojo, región, 464.
Gran Pará, colonia, 484, ss., 489, 492, 494, 549.
Granada, 257, 572.
Granada, Fray Luis de, 413.
Grande Omagua, 488.
Grecia, 421, 595.
Grecia, prov. domin., 418, 428.
Gregorio IX, papa, 423.
Gregorio XI, papa, 449.
Gregorio XIII, papa, 138, 157, 196, 199-202, 389.
Gregorio XV, papa, 505.
Grijalva, río, 16, 18.
Grijalva, Juan de, O. S. A., 39, 284, 591.
Grijol y Aliaga, Daniel, 293, 94.
Guacachula, pueblo, 53, 55, 57-8.
Guacamayo, monte, 545.
Guadalajara, 395, 409, 567.
Guadalupe, 122 ss.
Guadalquivir, río, 574.
Guadiana, pueblo, 397-98.
Guagua, 300.
Guaicurús, indios, 466, 475.
Guallaga, río, 557, 559, 562.
Guamaní, cerro, 545.
Guanella, Luigi, 414.
Guaniguanico, 77, 98.
Guaporé, río, 494.
Guápulo, 589.
Guaraníes, indios, 457, 470, 476, 483, 500.
Guaraníes, misiones, 198.
Guasucingo, 230.
Guatemala, 25, 40, 41, 130, 132, 256. 267.
Guatemuz, Vid. *Cuauhtémoc.*
Guatimocin, indio, 22-3.
Guaxaca, 236.
Guaxango, monasterio, 127-28.
Guaxocingo, monasterio, 122.
Guaxtepeque, 47.
Guayanas, 199.
Guayaquil, 587, 589.
Guayrá, misión del, 468-69.
Guayrá, provincia, 472-75.
Guayrá, río, 467-68.
Guenoas, indios, 500.
Guerrero, Antonio, O. S. A., 188.
Guerrero, Fernando, S. J., 376, 378.
Guevara, Dr., 194.
Guilhermy, Elesbam, S. J., 326, 379.
Gumilla, José, S. J., 461.
Gundisalvo, Fernando, O. F. M., 436.
Gurupatuba, pueblo, 486.
Gutiérrez, Francisco, S. J., 569.
Gutiérrez del Caño, 440.
Gutiérrez de Luna, Cristóbal, 395.
Guyón, Ab., 335.
Guzmán, S. J., 335, 338, 340-41, 354-56, 376.
Guzmán, Alejandro de, 502.
Guzmán, Nuño de, 36, 64-5, 125, 132, 211, 218, 223, 230, 232, 241, 408.

H

Habana, 80, 81, 410.
Hanke, Lewis, 415.
Harcourt, conde de, 508.
Hawkings, John, 594.
Hernáez, Francisco Javier, S. J., 84, 139, 156, 158, 162, 169-70, 276, 288.
Hernández, Catalina, 255.
Hernández, Francisca, 255.
Hernández, Pablo, S. J., 468-69, 475, 478, 480-81, 483.
Herrera, Antonio de, 219, 228, 472.
Herrera, Pedro de, 56, 60, 66.
Hibueras, las, 18, 23, 29, 40, 68, 77, 82-3, 95-7, 116, 119, 218.
Hidalgo, est. mej., 591.
Hierba mate, para bebidas, 470.
Higueras, las, 67, 72, 75, 81.
Hijas de la Caridad, 592.
Historia de Indias, 137.
Historia de las religiones, 581.
Holanda, 478.
Holandeses, 198, 200, 203, 304.
Holzapfel, Heriberto, O. F. M., 44.
Honduras, 64, 80, 92, 96, 97, 119.
Honorio III, papa, 422.
Horta, Laurencio de S. J., 512, 532, 536.
Hospicio mejicano, 192.
Hospital de Jesús, 135.
Hospital de Patronazgo, 149.
Hospitales, 170.
Hualiaga, río, 462, 463, 597-99, 562.

Huaquichula, 291.
Huarte, Diego, 78.
Huarochirí, pueblo, 587.
Huasteco, lengua, 290.
Huaxtecas, 591.
Huejozingo, 114.
Huencahedados, indios, 549.
Hueno, curaca, 561.
Huerari, río, 548.
Huerate, río, 548.
Hugón, O. P., 440, 442.
Huichilobos, 22, 25, 263.
Huitzilopochtli, 263.
Hurtado de Corcuera, Iñigo, 517.
Hurtado de Corcuera, Sebastián, gobernador, 506, 517.
Hurtado de Mendoza, D. Andrés, 141, 360-62.
Hurtado de Mendoza, D. García, 140-42, 147, 150, 154-55, 161, 173, 175, 178-81, 568.
Hurtado de Mendoza, Lope, 104-5.

I

Ibarra, Diego de, S. J., 569, 586.
Ibarra, Juan de, 145.
Ibicuy, río, 467, 470, 47 , 503.
Icahuates, indios, 549.
Ichuí fuerte, 499.
Iglesia Suramericana, 137.
Iguén (Bélgica), 86.
Ilocano, lengua, 322.
Ilog, misión, 506, 524.
Iloilo, ciudad, 505.
Imágenes de Santos, 29, 37, 580 ss.
Imperialismos, 193, 195, 199.
Incas, imperio, 459.
India, 14, 120, 196, 202-03, 592.
Inglaterra, 403-5, 478, 588.
Ingleses, 198, 200.
Inocencio VI, papa, 443, 445.
Inquisición, 20.
Instituto de Cultura Hispánica, 574.
Ecuatoriano de Estudios del Amazonas, 585.
Español de Misionología, 583.
General Franco, 419.
Misionológico de Propaganda Fide, 581.
«Sto. Toribio de Mogrovejo», 588, 590.
Iquitos, indios, 577.
Iriarte, Manuel, Vid. *Uriarte.*
Irigoyen, 138.
Isabel, reina, 186.
Isabel de Inglaterra, 405, 594.
Italia, 8, 83, 242, 574, 585.
Itamán, río, 471.
Itatín, provincia, 412-13, 415, 469, 492, 494.
Itatines, reducción, 467, 469.
Itayay, río, 553.
Itenes o Guaporé, río, 464, 495.
Itiscalas, indios, 558.
Itucales, indios, 549.
Iturbide, Luis, cap., 490-91.
Itzucan (Izucar), pueblo, 54, 59.
Ixida, Antonio, S. J., 201.
Izancanac, pueblo, 93.
Iztapán, pueblo, 94.

J

Jaca, 309.
Jacobsen, Jerome, S. J., 415.
Jaén de Bracamoros, 463, 489, 587.
Jafric, 383.
Jagui, 401.
Jaime, infante, 420.
Jaime I, rey, 420-21, 427.
Jaime II, Rey de Aragón, 422, 430, 433-34, 442-43, 447, 453.
Jamaica, isla, 68.
Japón, 196, 199, 200-05, 249, 374, 380, 401-02, 506, 532.
Jarós, indios, 481.
Jarque, Francisco, 472.
Jarric, Pierre du, S. J., 329, 334, 344-47, 350, 352-58, 361, 364-66, 368, 370, 374, 377, 381, 383, 390, 393.
Játiva, Escuela de, 430.
Jaurú, río, 497.
Jeberos, indios, 557.
Jejuy, río, 467.
Jerez, 472, 475, 492.
Jerez, Francisco, escritor, 7-9.
Jerusalem, 7.
Jesu, Thomas a, O. C. D., 416.
Jesuítas, 33, 199-208, 278, 295, 334, 339-41, 345, 349-50, 353, 360, 363, 364, 368, 375-77, 379-81, 473, 505-42, 566-575, 588 ss.
Jesús, pueblo, 470.
Jesús, Margil de, O. F. M., 6.
Jesús María, reducción, 468, 474-75.
Jeveros, lugar, 463.
Jíbaros, indios, 484, 558.

Jijón y Caamaño, J., 595.
Jiménez, Francisco, O. F. M., 108.
Jiménez, Francisco, O. P., 41.
Jiménez de la Espada, Marcos, escritor, 488, 594.
Jiménez de Quesada, 8, 461.
Jiménez Rueda, Julio, 412.
Joló, isla, 522, 532.
Joseph, Mar, 335, 338-39, 391.
Jouanen, José, S. J., 464, 544, 586.
Jouvency (Juvencio), José, S. J., 329, 338, 343-45, 347, 352-53, 355-57, 359-60, 362-64, 366, 368, 381, 383, 393.
Juan I, rey, 422.
Juan I de Aragón, 452-53.
Juan XXI, papa, 420.
Juan XXII, papa, 438, 441.
Juan Bautista, O. P., 374.
Juan Bautista, maestre de navío, 52.
Juan, Jorge, 406, 408, 471.
Juárez, Juan, 108.
Juli (Perú), 460, 587.
Julio César, 13.
Junta de Misiones, 488.
Junta de Temporalidades, 207.
Júpiter - Zeus, 13.
Juvencio, histor., 586.

K

Kingsley, 408.
Kioto, 401.
Kobe, 401.
Kodamangalam, 382.
Kotta, 361.
Kunhale Marcahad, Mahomed, pirata, 355, 358-63.

L

La Cruz, reducción, 469.
La Gasca, virrey, 8.
La Laguna, 569.
La Paz, 208, 464.
Lado, Francisco, S. J., 524, 527, 536.
Lamas, pueblo, 559.
Lamboyeque, pueblo, 151.
Lampart, Guillén, 413.
Lampón, pto., 539.
Lancilote, Nicolás, S. J., 327.
Landa, Diego de, O. F. M., 412.
Landa, Juan de, S. J., 536.
Landora, Berenguer, O. P., 430.
Lares, Teresa de, 213.
Latasa, escritor, 521.
Laynes, Francisco, S. J., 380.
Lecina, S. J., 516.
Lector, título, 189.
Legarda, Lorenzo, S. J., 465.
Legazpi, Miguel López de, 303.
Legísima, Juan R. de, O. F. M., 416.
Leite, Serafín, S. J., 472-73, 479, 484-86, 488-89, 494, 496, 500.
Lejarza, Fidel de, O. F. M., 43-136, 213.
Lemos (Lemuggi), Carlos, S. J., 526, 535.
Lena, José, S. J., 547.
Lenchesering, Roig de, 410.
Lengua árabe, 423.
Lengua indígena, 88, 272 ss., 566.
Lenguas orientales, 429, 428.
León X, papa, 83-4, 103-4, 217.
León, Luis de, O. S. A., 412.
León Pinelo, 138, 145.
Leonor, reina, 435.
Lerma, García de, gobernador, 66.
Lessianum, Museum, 205.
Leturia, Pedro, S. J., 138, 142, 155, 178.
Levillier, Roberto, 138, 141, 147, 155, 178, 179, 285.
Lija Valmeja, Isaac, rabí, 440.
Lima, 137, 139, 142, 144, 150, 157, 166-67, 169, 173, 178, 179-81, 206, 208, 239, 463, 489.
  Colegio max. jesut., 566.
  Concilios, 284.
  Concilio II, 168, 589.
  Concilio III, 167-171.
  Museo Nacional, 593.
  Seminario, 158, 165.
  Universidad, 276, 567-68.
Lino de Ezpeleta, Miguel, 301.
Lisboa, 335, 340-41, 483, 574.
Lisequilla, Lic., 191.
Lissón, Emilio, 138, 140, 143, 145, 147, 150-52, 154, 156, 159, 168, 173, 175, 230, 235.
Litayay, pueblo, 553.
Loaysa, Jerónimo de, 589.
Lobo, Manuel, gobernador, 479-80.

Loboc, pueblo, 520.
Loja, pueblo, 464, 485, 587.
Londres, 335, 407.
Lope, Pedro, S. J., 527, 536.
López, Alvaro, 12.
López, Atanasio, O. F. M., 45, 64, 66, 81, 419, 426, 432-37, 441, 444, 446-50, 452, 455.
López, Elvira, 72.
López, Jerónimo, 219, 226.
López Beltrán, Lauro, 590-91.
López de Ercilla, Sancho, 213.
López de Gómara, 49, 54, 58.
López Portillo, Antonio, 411.
López de Zumárraga, Juan, 213.
Lorenzana, Marcial de, S. J., 467.
Loreto, pueblo, 465, 468, 470.
Los Reyes, Vid. *Lima.*
Losana, 295.
Lozano, Pedro, historiador, 6.
Lucayas, islas, 11.
Lugo, 411.
Lugo, Pedro de, gobernador, 476.
Luis, hijo de Cortés, 133, 135.
Lulio, o Lull, Raimundo, 418, 420.
Luque, 226.
Lusitania, 327, 479.
Lutero, Martín, 38.
Luxemburgo, 507.
Luzón, isla, 514.

LL

Llanos, misiones, 461-62, 589.
Llerena, 413.
Llobet, Francisco, O. P., 444.
Llovet Pedro Pablo, S. J., 586.

M

Macán o Macao, 204, 506.
Macas, indios, 545, 589.
Madariaga, Salvador de, 403, 405, 407-8.
Madeira, río, 464-65, 486, 495.
Madrás, 592.
Madrid, 44-45, 49, 125, 134, 138, 183, 188, 190, 193, 203, 207.
Madrid, prov. de PP. Paúles, 592.
Maduré, misión, 331.
Magdalena, Diego de la, O. F. M., 251.
Magdalena, Juan de la, O. F. M., 250-51.
Magnino, Leo, 202.
Maguini, Juan, S. J., 556.
Mahometanos, 426 ss.
Mainas, indios, 484.
Mainas, misiones de, 208, 462-64, 485-87, 490, 492, 543, 574, 579, 589.
Maio, Augusto, mis. Sp. S., 415.
Maioramos, indios, 549.
Mairrunas, indios, 551.
Malabar, 325, 327, 334-35, 339-41, 349, 363, 375, 381, 388, 391.
Malabárica, prov. jesuít., 327-28, 331, 334, 339, 341, 347, 350, 352-53, 365, 370, 379, 380, 386, 390-92.
Malabohoc, 520.
Malabou, 295.
Malaca, 327-28, 506.
Malande, pueblo, 522.
Maldonado, teólogo, 411.
Maldonado, Antonio, O. F. M., 128.
Malinche, capitán (*Vid. Hernán Cortés*).
Malucas, islas, 472.
Maluco, 250.
Mallorca, conv., domin., 435.
Mamelucos, tribu, 198, 477 ss., 492.
Mamoré, río, 464, 495.
Manera, P., O. P., 424.
Mangate, 390.
Manila, 200, 203-4, 278, 294-96, 298-99, 302, 305-6, 308, 313, 315-21, 506, 514.
Manila, col. jesuít. de San Ignacio, 516.
Manila, convento agust., 192.
Manite, río, 551.
Manna, Pablo, S. J., 402-3, 415.
Manresa, convento dom., 431.
Manrique, Sebastián, O. S. A., 416.
Manrique de Lara, gobernador, 584.
Mansilla, Francisco, S. J., 326.
Mansilla, Justo, S. J., 474.
Mar del Sur, 52, 82,
Maranhao, 490.
Marañón, río, 198, 462, 488-89, 491, 543-44, 548, 550, 553, 558, 562, 565, 574, 579.
Marbán, Pedro, S. J., 465.
Marcilla, Cipriano, O. S. A., 295.
Mariana, historiador, 8.
Marianas, islas, 205.
Mariel de Ibáñez, Yolanda, 415.
Marín, Luis, capitán, 48.
Marina, Doña, india, 24, 93-5.
Marinduque, isla, 505.
Maroni, Pablo, S. J., 548, 553.
Marqués (El), *Vid. Cortés, H.*

Marqués de Cañete, 586.
Marqués de Croix, 291.
Marqués de Leganés, 507.
Marqués de Obando, 305.
Marqués del Valle, 219, 256, 266.
Marqués del Valle del Tajo, 466.
Marsile, Pedro, O. P., 423, 428, 456.
Martel de Santoyo, 249.
Martí, Raimundo, O. P., 424.
Martí, Ramón, O. P., 422, 427.
Martín V, papa, 447.
Martín, Esteban, impr., 252.
Martín, Pedro, S. J., 569.
Martín el Humano, rey, 422.
Martínez Montañón, obispo, 593.
Martínez de Zúñiga, Joaquín, O. S. A., 308, 309.
Martíns, Manuel, S. J., 494.
Martíns, Pedro, S. J., 380.
Mártires pueblo, 470.
Marruecos, 419, 422, 429.
Marruecos, misiones dominicanas de, 433. 438.
Marruecos, misiones franciscanas de, 433.
Marruecos, obispos de, 432-453.
Masameis, indios, 548.
Masamoyes, indios, 553, 555.
Masamue o Mosa, río, 548.
Mascarenhas, José, S. J., 494.
Maspa, pueblo, 545.
Masquefa, Ramón de 437.
Masson, Joseph, S. J., 205, 415.
Mastrilli, Marcelo, S. J., 506, 517-18.
Matagroso, 479, 492, 494, 496.
Matei, cardenal, 139, 143-45, 149, 155, 157, 171.
Mateo, obispo, 341, 342.
Mateos, Francisco, S. J., 134, 206, 208, 459-504, 573, 588, 590.
Matienzo, oidor, 236.
Mauricio de Zabala, Bruno, gobernador, 499.
Mauro, gral. ind., 355.
Maximiliano, rey, 284.
Mayno, curaca, 561.
Maynos, indios, 553, 557.
Mayor, Joannes, 195.
Maza, río, 559.
Mazahun, idioma, 290.
Mazzetta, Simón, S. J., 474.
Mbohánes, indios, 481.
Mbororé, río, 469, 477.
Mbotetey, río, 467.
Medellín, 10, 43-5, 52, 60, 80.
Mediaponte, misión, 496.
Medina, Francisco, S. J., 586.
Medina, Toribio, 208.
Medina-Sidonia, duque de, 82, 135.
Medina del Campo, 572.
Meersemann, G., O. P., 434, 439-40, 442-43.
Mejía de Agama, Juan de, gobernador, 495.
Méjico, 22, 29, 103-08, 112-14, 116-17, 123, 129-31, 135, 162, 192, 202, 206.
Biblioteca, 207.
Ciudad, 8, 13-4, 18-9, 45, 49, 51-3, 85 ss., 92, 214, 216-18, 224, 239, 248-49, 251-53, 256, 266, 278, 288-92, 306, 315, 365-96.
Concilio primero, 114.
Universidad, 276, 567-571, 595.
Melchorejo, conquistador, 12.
Melgarejo de Urrea, Pedro, O. F. M., 45-53, 57, 59-66, 82, 113.
Meliapur, 333-34, 380, 388.
Melo, Federico de, aventurero, 474.
Melo Palheta, Francisco de, explorador, 465, 494.
Mello, Thomas de, 292.
Memoransi, Florencio, S. J., 540.
Memorial, 138-40, 142, 146, 153, 158.
Mendicantes, 105, 199.
Mendieta, Jerónimo de, O. F. M., 25-6, 38-9, 44, 83-5, 91, 96, 104, 107, 121, 245-46, 251, 269.
Mendoza, Alonso de, 60.
Mendoza, Antonio de, virrey, 30, 39, 232, 234, 251, 253, 269.
Mendoza, Cristóbal de, S. J., 474.
Mendoza, García de, virrey, 276.
Mendoza, Hernando de, S. J., 568.
Mendoza, Pedro de, 499.
Menéndez y Pelayo, 193, 421.
Menéndez Pidal, Gonzalo, 471.
Meneses, Alejo, O. S. A., arzobispo, 335, 339, 344, 346-47, 350, 360, 363, 366, 368, 370-71, 373, 374, 386, 392.
Menologios, 205.
Menores, 105, 116.
Mercedarios, 426.
Mercier, escritor, 451.
Mercuriano, Everardo, S. J., 567-68.
Merino, Manuel, O. S. A., 192, 271-323, 402-03, 591, 593.
Messina, Francisco de, S. J., 523, 526, 535.
Meta, río, 460.
Mexía, Gonzalo, 74.
México, vid. *Méjico*.
México, prov. agust. del Ssmo. N. de Jesús, 590.
Michel, Ignacio, S. J., 562.
Michoacán, 40, 244, 265, 267, 290, 409.
Miguinanos, indios, 554.
Milán, 402.
Mimbela, Jaime, obispo, 465-66.

Mindanao, 506, 517, 520, 522.
Minorissa, Pedro Ferrer de, O. P., 430.
Minuanes, indios, 500.
Miramolín de Túnez, 425-27, 456.
Miranda, Antonio, 488, 495.
Misionología, 581-83.
Misteco, lengua, 290.
Mitayos, indios, 545.
Mitjavila, Pedro de, 443.
Moalas, indios, 553.
Mobinos, indios, 465.
Moctezuma, 18-21, 54, 82.
Moenos, indios, 533.
Mogol, 376.
Mogrovejo, vid. *Sto. Toribio.*
Moisés, 39.
Mojos, indios, 496.
Mojis, misiones, 454, 464-65, 492, 494, 495, 501.
Molina, O. F. M., 274.
Molina, Antonio de, O. F. M., 27.
Moles, Juan, O. F. M., 109.
Molucas, 327-28.
Moncada, Guillén de, 425.
Monclova, conde de la, virrey, 463.
Monclus, Ponce de, O. P., 431.
Mondreganes, Pío M.ª de, O. F. M. Cap., 272, 581-82, 584.
Monsó, Juan, O. P., 448.
Montalbán, Francisco, S. J., 584.
Monte (Sonnembergo), Ignacio de, S. J., 527, 536.
Montealegre, pueblo, 486.
Montemayor, Matías de, S. J., 427, 436.
Montemolín, Pedro de, O. P., 453.
Montenegro, 576.
Montesinos, O. P., 228, 586.
Montesión, monasterio de, 422.
Monteverde, Antonio de, S. J., 461.
Montevideo, 482-83, 499.
Montilla, 572.
Mora, Bartolomé de, S. J., 498, 501, 502.
Mora, Pedro de, O. P., 455.
Moraes, Sebastián de, S. J., 380.
Morales, Pedro de, S. J., 569.
Morán, Miguel, clér., 579.
Moreira Cabral, 494.
Morejón, S. J., 199.
Morelos, est. mejic., 590-91.
Moreri, escritor, 334.
Morga, Antonio, gobernador, 296.
Morgan, 408.
Morillo, Hernando, S. J., 571.
Morly, curaca, 561.
Morocoté, pueblo, 461.
Morona, río, 557.
Mortier, P., O. P., 422, 424, 427, 454.
Moscoso, Dr., 194.
Mospsuestia, Teodoro de, 342.
Mota y Escobar, Alonso de la, 395-96.
Motayaras, indios, 554.
Motolinia, Toribio, vid. *Benavente.*
Moura, Agostinho, Mis. Sp. S., 415.
Moya de Contreras, Pedro, 395.
Moyobamba, pueblo, 490, 587.
Moyse, curaca indio, 561.
Mueures, indios, 548.
Mugarza, José, S. J., 562.
Mura, Pedro de, O. F. M., 86.
Muratos, indios, 548.
Murcia, Benito de, O. P., 433.
Murcia, Bernardo de, O. P., 433-34.
Murillo, Pedro, S. J., 515-16, 518, 520, 525.
Murúa, Martín de, O. de M., 595.
Museo Británico, 207.
Musulmanes, 418, 420, 424.
Múxica, Ignacio, S. J., 539.
Mylapore, 328.

N

Nagasaki y Nangasaqui, 201, 401.
Nanapos, indios, 555.
Nanay, río, 553, 555-56.
Napo, pueblo, 545, 548.
Napo, río, 463-64, 485, 488, 490-91, 544, 546, 548, 553, 559, 565, 579.
Nápoles, 421.
Narváez, Pánfilo de, 56, 57, 98.
Natividad, reducción, 469.
Navarro, Eduardo, O. S. A., 299, 303, 306.
Nazareth, Casimiro Christovao de, 373, 379, 385-86, 392.
Neenguirú, Nicolás, jefe indio, 477.
Negro, río, 459, 462, 486-87, 490, 500, 503, 545, 559, 648-50.
Negros, de Africa, 594.
Negros, isla, 506.
Neira, Alonso de, S. J., 461.
Nerón, 41.
Nestorio, 342, 351, 367.
Netzahualpilli, rey de, 87-8.
Nezahualcoyotzin, 111.
Nicaragua, 395.
Nicea, 335.
Nicea, Concilio, 341.
Nieremberg, S. J., 340, 344, 356, 590.
Nieves, las, pueblo, 487.

Niño de Tavara, gobernador, 203.
Niza, Marcos de, O. F. M., 250.
Nopotoa, pueblo, 486, 490.
Noronha, Antonio, 365.
Noronha, Jácome Raimundo de, gobernador, 485.
Norte de Africa, Misiones del, 417-457.
Nuestra Señora, imagen de, 21.
Nuestra Señora de Loreto, pueblo, 546.
Nuestra Señora de las Nieves, pueblo, 558.
Nueva España, 185, 102-04, 107, 109-12, 115-16, 119-23, 129-30, 133-35, 507.
Nueva España, conquista de, 44.
Nueva España, evangelización de, 5-42.
Nueva España, misiones de, 460.
Nueva Galicia, 36, 218, 396, 398, 399.
Nueva Vizcaya, 396, 569.
Nuevo León, 396, 413.
Nuevo Reino, prov. Jesuítica, 461.
Nuevo Reino de Granada, 459, 461, 588.
Numancia, 22.
Nunes, Manuel, S. J., 494.
Núñez, licenciado, 52.
Núñez, Francisco, 65.
Núñez Barreto, Juan, S. J., 380.
Núñez Vela, Blasco, 589.

O

Oas, indios, 548.
Oaxaca, 257, 267, 290, 409.
Obispos, 31, 33.
Obras Pontific. mis., 583-84.
Obregón, Esquivel, 11.
Ocaranza, Fernando, 97, 121.
Ocuituco, 263.
Oficiales reales del Perú, 170.
Oidores, 131.
Olid, Cristóbal de, 40, 48, 58, 67, 97, 218.
Olivares, Conde Duque, 507.
Olivenza, villa, 579.
Olimeco, idioma, 290.
Olmedo, Bartolomé de, O. de M., 13, 18, 56.
Olmo, Andrés del, O. F. M., 214.
Omagua, lengua, 547.
Omaguas, indios, 487-89, 491-92, 495, 547-49, 552-53, 559.
Omaguas, misiones, 463.
Omaguas, pueblo, 557, 560, 565.
Orantes, Martín de, 70-2, 76.
Oratorianos, 380.
Ordaz, Diego de, 52, 60.
Orden de San Agustín, vid. *Agustinos.*
Orden Franciscana, vid. *Franciscanos.*
Orden de Predicadores, vid. *Dominicos.*
Ordenes Redentoras, 426.
Ordóñez de Cevallos, cler., 594.
Orellana, río, 544.
Orihuela, 461.
Orihuela, 461.
Orinoco, 199, 407, 589.
Orinoco, misiones del, 205, 459, 460-65.
Ormuz, 334, 345, 348.
Oro, río, 551.
Oroz, Pedro, O. F. M., 85.
Orsini, Napoleón, cardenal, 434.
Ortigosa, Pedro de, S. J., 568.
Ortiz, Juan, S. J., 536.
Ortiz, Tomás, O. S. A., 298.
Ortiz de Rozas, Domingo, gobernador, 500.
Osorio, Manuel M.ª, 43.
Ostos, Pedro de, S. J., 568-69.
Othomi, indios, 289, ss.
Ovando, comendador, 10.
Oviedo, Andrés, S. J., 380.

P

Pabam, Ceslao, O. P., 417.
Pabiano, curaca, 561.
Pacífico, 250.
Pacífico, guerra del, 208.
Pacoohores, indios, 548.
Pacheco, Francisco, S. J., 200-201.
Padroado portugués, 416.
Páez, Esteban, S. J., 568-69.
Paititi, 464.
Palacios, Francisco Javier de, 466.
Palacios, Juan de, cap., 485.
Palafox, Juan de, obispo, 512.
Palaos, 205.
Palicare, 382.
Paliola, Francisco, S. J., 519-20, 522, 526, 535.
Palma de Mallorca, conv. dom., 424.
Palmela, Juan de, O. S. B., 436.
Palol, Bernardo, O. P., 449-452.
Palos, Juan de, O. F. M., 108.
Palozzi, Esteban, S. J., 497-98,502.
Palu, Pedro de la, O. P., 440.

Paluz, 382.
Pampango, lengua, 322.
Pampangos, indios, 521.
Pampas, indios, 460.
Pampas, región, 464-65, 567.
Pamplona, 213.
Pamplona, conv. dom., 421.
Panamá, 226, 395, 459, 506, 587.
Panay, isla, 506.
Pangutarán, islas, 522.
Panjikaran, José, 335.
Panos, indios, 549.
Pánuco, 49, 51, 62, 64, 71, 82, 218.
Papallacta, pueblo, 463, 490, 544, 545.
Papazcuaro, valle, 396.
Pará, ciudad, 198, 462-63, 471, 484, 486, 488, 489, 574.
Pará, río, 548, 550.
Paraguas, indios, 548-49.
Paraguay, 407, 567.
  Gobernación, 471-72, 477, 492.
  Misiones, 490, 492, 459, 465.
  Obispo de, 162-63.
  Provincia jesuítica, 466, 472.
  Reducciones del, 6, 9.
  Río, 466-67, 494, 496, 500.
Paraná, río, 467, 470-72, 481, 494.
Paranaguá, río, 471.
Paranapané, río, 467.
Pardo, río, 475, 500, 503.
Pardo de Tavera, 295.
Paredes, obispo, 464.
París, 207, 214, 291-92, 296, 326, 335. 401.
París, Concilio, 168.
París, universidad, 448, 453.
Parnahiba, misión, 496.
Partigas, indios, 553.
Parur, 325, 368, 371.
Parranla, curaca, 561.
Parranos, indios, 554.
Parros, indios, 559.
Pasamao, curaca indio, 554.
Pasmiño, Agustín, 576.
Paso y Troncoso, Francisco, 129-30, 132.
Pastaza, río, 463, 557, 562, 589.
Pastells, Pablo, S. J., 207-08, 465, 467, 470, 472-73, 475-78, 482-83, 493, 496-98, 500, 568-70.
Patrigau-Boero, S. J., 328, 336, 379-80, 383-84.
Patronato, 169.
Patronato Español, 137-38, 171, 174.
Patronato de Lima, 207.
Patronato Real, 200, 202, 205, 217, 584.
Paúles, 416, 592.
Paulistas, 206.
Paulistas, aventureros de San Pablo, 474-76.
Paulo III, papa, 267.
Paulo V, 392-93.
Paute, 589.
Pauto (Colombia), curato.
Pavía, 8.
Payaguás, indios, 466, 496.
Paz, Rodrigo de, 67, 73, 77.
Pebas, indios, 549, 552.
Pedot, Lino, O. S. M., 199-204.
Pedro II, 380.
Pedro III, rey, 435.
Pedro, O. P., obispo, 435.
Pedro de Aragón, rey D., 450.
Pedro el Ceremonioso, 421, 447, 449, 451-52.
Pedrosa (Stam Gauser), Adolfo de, S. J., 528, 536.
Pegú, 327.
Pennaforti, vid. *Peñafort.*
Penoquis, sitio, 493.
Peñafort, San Raimundo de, 417-57.
Peregrinantes pro Cristo, Congregación, O. P., 454.
Pérez, Alonso, S. J., 527, 536.
Pérez, José, 576.
Pereyra, Carlos, 408.
Perpiñán, Juan de, O. F. M., 115.
Persia, 345.
Perú, 7, 9, 25, 138, 206-07, 226, 249, 251, 276, 283-85, 287-88, 292, 544.
Perú, misiones, 459-60, 567-71.
Perú, prov. Jesuít., 569 ss.
Perucho, 547.
Pesquería, 327.
Peste negra, 454.
Pettit, Jorge A., 415.
Pfeil, Conrado, S. J., 488.
Pichincha, monte, 586.
Pilones, indios, 492, 496,
Pimenta, Nicolás, S. J., 344, 368.
Pimentel, Luis, S. J., 522, 527, 535.
Pinches, indios, 562.
Píndaro, 8.
Pinelo, León, 139-41, 153, 161, 178-79.
Pinheiro, José, cap., 489.
Pinheiro, José, S. J., 380.
Pinheiro de Faría, Antonio, 477-78.
Pintados, indios, 520.
Piñas, Baltasar, S. J., 567, 587.
Pío IV, papa, 338, 350, 389.
Pío V, vid. *San Pío.*
Pío IX, papa, 22, 139, 158, 161-62.
Pío XI, 592.
Piqueras, cabo, 64.
Piray, río, 500.
Pires, Manuel, S. J., 487.
Pires de Lima, Durval, 415.

Piros, indios, 559.
Piura, ciudad, 587.
Pizarro, Catalina, 122, 133.
Pizarro, Francisco, 9, 226, 408.
Pizarro, Gonzalo, 485, 589.
Plata, río de la, 459-60, 471.
Plaza, Juan de la, S. J., 567.
Política indiana, 139.
Poluzé, curaca, 554.
Ponce, Luis, 218.
Ponce de León, 81, 216.
Pongo, estrecho, 558.
Pongo de Manseriche, 462-63, 485, 489.
Pont, Antonio de, 424.
Popayán, 586.
Porco, minerales de, 459.
Portocarrero, Juan, 43.
Portugal, 202, 206, 326, 339, 349, 355, 369-70, 372, 374, 385, 460, 472, 567.
Portugueses, 550 ss.
Portugueses, usurpaciones, 471 ss.
Potosí, ciudad, 480, 492, 493, 495, 587.
Potosí, minas de, 457, 471, 567.
Prebendados, 170.
Predicadores, 189.
Prieto, Sebastián, aventurero.
Propaganda Fide, 199-201, 204, 584.
Puebla, 289-91, 395, 409.
Puebla de los Angeles, misión, 512.
Puente, González de la, O. S. A., 40.
Puerto Rico, 510, 529.
Puerto de Santa María, 314, 574.
Puga, 211, 224, 227, 236.
Puigventós, Juan de, O. P., 451.
Punicale, 328.
Putaltaio, río, 548.

Q

Quaringachare, 381.
Quauchtemoc, 110.
Queguay, río, 470.
Querini, Manuel, S. J., 466.
Quesada, 265.
Quettiff-Echard, O. P., 439.
Quichua, lengua, 589.
Quijos, indios, 545.
Quiñones, Antonio de, 51-2, 59, 82, 102, 106-07.
Quiñones, Francisco de los Angeles, O. F. M., 44, 83, 85.
Quiroga, 265.
Quirós, Bartolomé, O. S. A., 200.
Quito, ciudad, 256, 285, 459, 485-86, 490, 546, 570, 575, 579, 586-88.
Quito, col. Jesuít., 576-77.
Quito, obispo de, 179.
Quito, provincia jesuítica, 543-44.
Quitruanes, indios, 555.
Quiturranes, indios, 548.

R

Rae, Jorge, 335.
Raleigh, 408.
Ramírez, Diego, S. J., 517.
Ramírez de Fuenleal, 204, 247, 252, 268.
Ranaluze, curaca indio, 560-61.
Raposo de Tavares, Antonio, aventurero, 474-76.
Raulín, O. S. A., 325, 329, 346-47, 354-60, 362-64, 366, 368, 375.
Real hacienda, 185.
Rebollo, 232.
Recaséns, 217.
Recio, Bernardo, S. J., 416, 588-90.
Reclutamiento, 185.
Recoletos (agustinos), 295, 386.
Recopilación de Indias, 239.
Redención de cautivos, 426.
Redentores de cautivos, 418.
Reducción del Paraguay,, 467-71.
Reen, Francisco, S. J., 558.
Regio vicariato español de Indias, 181.
Reiter, José, S. J., 501-02.
Relat, Berenguer de, 435.
Relat, Francisco de, O. P., 432, 435-37, 442, 447, 450.
Relectiones de Indis, 193, 195, 198.
Remeral, esc., 256.
Remesal, Antonio, O. P., 40, 256.
Remesel, escritor, 256.
Remírez Muneta, Jesús, C. M., 416, 592.
René Janín, 335.
Reparaz, Gonzalo, 194.
República Argentina, 467.
Restrepo, Daniel, S. J., 461.
Retana, Wenceslao, 294, 322, 525.
Revistas:
«Analecta Bollandiana», 420.
«Analecta Ordinis Pædicatorum», 439.
«Analecta Sacra Tarraconensia», 420, 427-28.

«Archivium Fratrum Prædicatorum», 434, 439.
«Archivo Histórico Agustiniano», 295-96.
«Archivo Ibero Americano», 45, 64, 66, 82, 413, 419.
«Bulletin Hispanique», 66.
«Ciudad de Dios» (La), 309 ss.
«Eco Franciscano» (El), 66.
«Estudios Franciscanos», 439.
«Juan Diego», 590.
«Missionalia Hispánica», 185, 566, 568-71, 586-87.
«Monumenta Ordinis Praedicatorum Histórica», 417, 450, 454, 456.
«Raimundiana», 423, 428, 455-56.
Rey de Portugal, 487 ss, 550.
Reyes Católicos, 32.
Reyes y Reyes, Raúl, 585.
Reyes de Yapeyú, pueblo, 478.
Reys, Salvador dos, S. J., 379.
Reys, Francisco dos, 380.
Ribeiro, Juan, S. J., 379.
Riber, Lorenzo, Pbro., 418.
Ribera Julián de, 51.
Ricard, Robert, 66, 98, 292.
Rico, Juan José, S. J., 466.
Ricter, Enrique, S. J., 559.
Río, Manuel del, O. P., 298.
Río Grande, 499-501.
Río Grande do Sul (Estado), 467.
Río Janeiro, 474, 479, 481, 496.
Río de la Plata, gobernación, 206, 467, 472, 478 ss., 566-70.
Ríobamba, 463.
Ríofrío y Peralta, Diego de, 464.
Ríos, Eduardo E., 6.
Ripoll-Bremon, O. P., 422.
Riquelme, Javier, S. J., 523, 527, 535.
Ritos, Sagrada Congregación de, 154.
Rivadeneyra, Marcelo, O. F. M., 199, 416.
Rivas, Juan de, 108.
Rivera, Diego de, obispo, 242.
Rivera, Juan de, 53, 59, 61,-2, 65, 122.
Rivero, Juan, S. J., 461.
Rizal, 296.
Roa, villa, 590.
Roa, Antonio de, O. S. A., 590-91.
Roa, Francisco de, S. J., 539.
Roamainas, indios, 548.
Robredo, Pedro, 396.
Rodero, Gaspar, S. J., 477-78, 483.
Rodrigo, Ponce, O. P., 454.
Rodríguez, Baltasar, 123.
Rodríguez, Diego, S. J., 326.
Rodríguez, Manuel, S. J., 553, 586.
Rodríguez de Figueroa, Esteban, 506.
Rodríguez de Fonseca, Juan, obispo, 48.
Rodríguez de Valencia, Vicente, 183.
Rodríguez Veloso, José, 323.
Rodríguez Villare, Luis, cler., 479.
Roger, Pedro, cardenal, 441-42.
Roic de Corella, Juan, O. P., 452-53.
Rojas, Simón de, S. J., 546.
Rojo, Ilmo. D. Manuel, 315.
Rollin de Moura, Antonio, gobernador, 494.
Roma, 41, 104-05, 138, 143, 155-58, 171, 175, 177, 180-81, 194, 217, 233, 250, 266-67, 325, 328-29, 338, 340, 343-44, 347-48, 350, 352, 354, 370-71, 381, 384-85, 387, 392, 404, 572.
Román, Juan, S. J., 569.
Román, Manuel, S. J., 462.
Románs, Humberto de, O. P., 427, 456.
Romero, Juan, S. J., 467.
Rommerskirchen, Giovanni, O. M. I., 414.
Ronquillo, 233.
Ros, Francisco, S. J., 325-393.
Rosario, cofradía, 201.
Rosell, Nicolás, O. P., cardenal, 445-46.
Rotalde, Francisco de, S. J., 465.
Rubio, Antonio, S. J., 569.
Rubió y Lluch, Antonio, 420-21, 432, 435, 443, 445, 450-51, 453.
Ruiloba, Agustín de, gobernador, 483.
Ruiz, Alonso, S. J., 567.
Ruiz Izquierdo, César, 416.
Ruiz de Larrinaga, Juan, O. F. M., 416.
Ruiz Marcilla, Juana, 72.
Ruiz de Montoya, Antonio, S. J., 468-69, 476.
Ruiz de la Mota, Jerónimo, 126.
Ruiz del Portillo, Jerónimo, S. J., 586.
Ruiz de Turriaga, María, 213.
Ruméu de Armas, A., 594.

S

Sá de Meneses, Arturo, gobernador, 488.
Saavedra, Alvaro de, 73-4.
Saboya, Tomás de, príncipe, 507.
Sabruguera, Bartolomé, O. P., 430.
Sacchini, histor., 586.
Sacramento, ciudadela, 479.
Sacramentos:
Eucaristía, 84.
Extrema-Unción, 84.

Sacrificios, isla, 15.
Sacro Palacio, maestro del, 194.
Sáenz de Urquiaga, Martín, 213.
Sagarra, Arnaldo, O. P., 424.
Sahagún, Bernardino de, O. F. M, 77, 86.
Saigar, 341.
Saint-Omer, 507
Salamanca, 81, 309.
Salamanca, convento agust., 187.
Salamanca, universidad, 186-89, 191, 193-94, 198, 572.
Salazar, 107-08, 118, 219.
Salazar, Gonzalo de, 72, 75.
Salazar, Juan de, S. J., 517, 539.
Salcedo, Miguel de, gobernador, 483, 504.
Salcedo y Azcona, Luis, 574.
Saldaña, Francisco, cap., 490.
Salinas Francisco, S. J., 527, 536.
Salmerón, licenciado, 241.
Saloni, Juan, S. J., 467.
Salses, 508.
Salvatella, Bernardo, O. P., 424.
Salvaterra, Exémene, O. P., 445.
Salvaterra, Juan M.ª, S. J., 416.
Salvaterra, Sancho, O. P., 445.
Salvatierra, conde de, virrey, 512, 515, 529.
Sama, curaca indio, 561.
Samaniego, Diego de, S. J., 464.
Sámano, Juan de, 284.
Samboangán, fuerte, 506, 521, 523.
Samuel, rabí, 439-40.
San Agustín, 91, 231.
San Agustín, religiosos de, *Vid. Agustinos.*
San Andrés de los Parranos, pueblo, 553.
San Antón, junta de, 98-9.
San Antonio, pueblo, 474.
San Antonio, reducción, 468.
San Antonio Abad de los Aguanos, pueblo, 559.
San Antonio das Cachoeiras, pueblo, 495.
San Antonio el ermitaño, 491.
San Antonio, Juan de, C. C., 498.
San Antonio de Padua, convento de, 91.
San Bartolomé, Paulino de, 325.
San Bartolomé de la Laguna, pueblo, 548.
San Borja, pueblo, 470, 475.
San Carlos, reducción, 466.
San Carlos de Ancud (EE. UU.), 139, 161, 163.
San Carlos Borromeo, 383.
San Cipriano (o de Sant-Cabriá), Pedro de, 447.
San Cristóbal, imagen de, 21-2.
San Cristóbal, pueblo, 475.
San Cristóbal, reducción, 469.
San Estanislao de Kostka, 567.
San Felipe, 291.
San Felipe de las Amazonas, pueblo, 553.
San Felipe Neri, 235.
San Fernando, Cruzadas de, 7.
San Francisco, Convento de, 114, 119.
San Francisco de Asís, 107.
San Francisco de Belén, Convento franciscano, 109.
San Francisco de Borja, 566-67, 573, 586, 589-90.
San Francisco de Medellín, Convento, 43, 121-2, 125, 133.
San Francisco de México, 118.
San Francisco, Orden de, Vid. *Franciscanos.*
San Francisco Javier, 205, 250, 326, 402, 497, 505-6, 513, 534, 577.
San Francisco Javier de los Chamicuros, pueblo, 559.
San Francisco Javier de Trabatinga, pueblo, 492.
San Francisco de Regis, pueblo, 575-77.
San Gabriel, islas, 479.
San Gabriel, provincia franc., 107, 109.
San Gregorio Magno, 584.
San Hipólito, 22.
San Ignacio, 468, 577.
San Ignacio, pueblo, 489.
San Ignacio Guazú, reducción, 468, 470.
San Ignacio Miní, reducción, 468, 470.
San Ignacio de Pebas, pueblo, 463.
San Ildefonso, ciudad, 317.
San Isidro, Monasterio, 135.
San Javier, pueblo, 460, 571.
San Javier, reducción, 468, 470.
San Javier de los Icaguates, pueblo, 548.
San Javier de Tabatí, reducción, 468.
San Jerónimo, ciudad, 387.
San Jerónimo, Orden de, 281.
San Joaquín, reducción, 469.
San Joaquín de Omaguas, pueblo, 463, 490, 547-48, 553, 576.
San José, pueblo, 547-48.
San José, reducción, 468.
San José de los Pinches, pueblo, 562.
San Juan, pueblo, 470.
San Juan Evangelista de los Miguianos, pueblo, 554.
San Juan Francisco Regis, pueblo, 554, 557.
San Juan de Ulúa, 80, 110, 594.
San Lorenzo, ciudad, 316.
San Lorenzo, pueblo, 470.
San Luis, Cruzados de, 7.
San Luis, pueblo, 470.

San Luis, rey, 427.
San Luis de Maranhao, ciudad, 484.
San Luis de Marañón, ciudad, 485.
San Luis de Potosí, est. mej., 291.
San Matías, Golfo de, 472.
San Miguel, Antonio, 589.
San Miguel, fuerte, 499.
San Miguel, prov. franc., 43.
San Miguel, pueblo, 474, 500, 577.
San Miguel, reducción, 468.
San Miguel de Cayarte, pueblo, 554.
San Nicolás, reducción, 468.
San Pablo, apóstol, 584.
San Pablo, ciudad, 198.
San Pablo, reducción, 468.
San Pablo de Manila, Conv. Agust., 273.
San Pablo de los Napeanos, pueblo, 554, 556.
San Pablo de Sevilla, Convento, 66.
San Pedro, pueblo, 464, 490.
San Pedro, reducción, 468.
San Pedro de Aguarico, pueblo, 548.
San Pedro Macati, pueblo, 521-22.
San Pío V, 138, 202.
San Quintín, Batalla de, 8.
San Rafael, pueblo, 493, 497, 502.
San Salvador de Oviedo, Colegio Mayor, 169.
San Simón, apóstol, 577.
San Simón de Naguapo, pueblo, 554, 557.
San Thiago, Jerónimo de, O. S. B., 380.
San Vicente, Capitanía, 471-72.
San Vicente de Chiapa (ciudad), 25, 40-1.
San Vicente Ferrer, 443-51.
Sancta Teresia Ambrosius a, O. C. D., 414.
Sancho, Pedro, O. P., 445.
Sánchez, Cristóbal, S. J., 587.
Sánchez, Domingo, S. J., 569.
Sánchez, Miguel, S. J., 495-96.
Sandoval, 95.
Sangleyes, chinos de Manila, 505.
Sangüesa, Juan de, S. J., 541.
Sanlúcar de Barrameda, 110, 242, 568, 570-71.
Sanna, Juan Bt.ª, S. J., 489-91.
Santa Ana, pueblo, 475.
Santa Ana, reducción, 468-69.
Santa Bárbara, isla, 499.
Santa Catalina, capilla de, 135.
Santa Catalina, isla, 499, 500.
Santa Catalina, pueblo, 479.
Santa Clara, 254.
Santa Cruz, 309.
Santa Cruz, P., O. F. M., 109.
Santa Cruz, Francisco, 122.
Santa Cruz, José de, O. F. M., 43-44.
Santa Cruz, Raimundo de, S. J., 463, 589.
Santa Cruz de la Sierra, gobernación, 471, 569-70.
Santa Cruz de Sanyleyes, 505.
Santa Cruz de la Sierra, ciudad, 464-66.
Santa Cruz de la Sierra, gobernación, 492-93, 495-96.
Santa Fé, provincia jesuítica, 461.
Santa Fé de Bogotá, 461, 588.
Santa María, Andrés de, O. F. M., 386.
Santa María, Blas de, O. S. A., 368.
Santa María, Vicente de, O. P., 125, 127, 129, 132.
Santa María de los Angeles, 108.
Santa María de Fe, pueblo, 470.
Santa María la Mayor, pueblo, 470.
Santa María de la Rábida, navío, 52, 122.
Santa María de Yurimaguas, pueblo, 489.
Santa Marta, gobernación de, 66.
Santa Rosa, pueblo, 470, 546-47.
Santa Teresa, pueblo, 475.
Santa Teresa, reducción, 469.
Santarén, S. J., 398.
Santeirosas, indios, 549.
Santiago, apóstol, 252.
Santiago, pueblo, 475.
Santiago de Compostela, 314.
Santiago de Cuba, ciudad, 10, 15.
Santiago de Chile, 208, 589.
Santiago del Estero, 9.
Santiago de Jerez, ciudad, 467, 567.
Santiago de la Laguna, pueblo, 463, 557.
Santillana, licenciado, 236-37.
Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, Prov. Agust., 314, s.
Santo Angel, pueblo, 470.
Santo Cristo de Burgos, 591.
Santo Domingo, 130.
Santo Domingo, ciudad, 63-64.
Santo Domingo, isla, 253.
Santo Domingo, monasterio, 122, 12
Santo Domingo, pueblo, 422.
Santo Domingo de la Española, 120.
Santo Domingo de México, monasterio, 127.
Santo Domingo, Orden de, vid. *Dominicos*.
Santo Evangelio, provincia franc., 85, 96-97, 133.
Santo Thomas, Bernardo de, 335.
Santo Tomás, ciudad india, 329, 33-37, 340, 349, 351, 356.
Santo Tomás, cristianos de, 333, ss.
Santo Tomás, reducción, 468.
Santo Tomás de Aquino, 423.
Santo Tomás de Villanueva, 591.
Santo Tomé, púeblo, 470.

Santo Tomé de Andoas, pueblo, 562.
Santa Toribio, 239.
Santo Toribio de Mogrovejo, 137-38, 140, 142-43, 145-47, 149-51, 154-58, 160-74, 178-82, 285.
Santo Sepulcro, 422.
Santos, Angel, S. J., 325-393.
Santos Cosme y Damián, reducción, 469.
Santos Pedro y Pablo, reducción, 469.
Santos Reyes de Yapeyú, reducción, 468.
Sanz, Manuel, O. S. A., 188, 191.
Sanz y Esparza, Florencio, C. M., 592.
Sãõ-Paulo, ciudad, 468, 472, 474, 492, 494.
Saplana, Pedro, O. P., 445.
Sartedol, Arnaldo, O. P., 448-49, 451.
Sarracenos, 421, 427.
Sarrani, Pedro, O. P., 445.
Sayavedra, 95.
Scarramat, Pedro, O. P., 430.
Segovia, 242.
Segovia de la Frontera, 58-9.
Segundo del Castillo, Antonio, S. J., 576.
Seminario, 168.
Seminario Tridentino, 169.
Seminario de San José (Filipinas), 507, 516.
Seo de Urgel, conv. dom., 431, 448.
Sepúlveda, Juan Ginés de, 193-97, 199.
Serra Porta, Ricardo, M. S. C., 416.
Serrano de Cardona, Antonio, 126.
Sesa, Duque de, 139-40, 143-44, 147, 155-56, 164, 177.
Sevilla, 44, 46, 60, 135, 138, 185, 243, 266, 568-71.
Shirio, dinastía, 585.
Sicilia, 421.
Sierra del Tape, 467.
Silang, pueblo, 522-23.
Silva, Luis, 359.
Silva Rego, Antonio da, 202, 416.
Silvano (Sylvano), Diego, S. J., 527, 536.
Silveira, Luis, 416.
Simancas, Arch., 181.
Simigayes, indios, 562.
Simo, Arnaldo, O. P., 445.
Simogares, indios, 548.
Simón, obispo, 340.
Sinaloa, 569.
Sínodo misionero, 465-66.
Siocón, pueblo, 521.
Siria, 340, 374.
Siríaco, lengua, 381.
Sirvent, Bartolomé, 451.
Sixto, V, 138.
Soctora, 334.
Solimões, río, 487-92.
Solís, Marqués de Obando, 300.
Solórzano Pereira, Juan de, 138-39, 146, 159, 160-61, 163, 167, 281.
Sommervogel, hist., 589.
Sosa, Juan, S. J., 381.
Sotelo, Bt.°, 200, 204.
Soto, Domingo, O. P., 194.
Soto, Francisco de, O. F. M., 108.
Sotomayor, 78.
Souza, Francisco, S. J., 329-30,335.
Souza, Manuel de, 380.
Streit 373.
Suárez, Bernardo, O. S. A., 314-17, 321.
Suárez, Catalina, 123.
Suárez, Diego, S. J. 568.
Suárez, Francisco, O. F. M., 85.
Suárez, Francisco, S. J., teólogo, 411, 566-573.
Suárez, Gonzalo, 585.
Suárez, Juan, 568.
Suárez, Pedro, S. J., 548.
Suárez de Almeyda, Ignacio, 579.
Suárez de Figueroa, Lorenzo, 464.
Suárez Macedo, Jorge, 479.
Subanos, indios, 520.
Sucre, 208.
Sucumbíos, misiones de, 460.
Sucumbíos, indios, 551.
Suchimilco, 47.
Sudamérica, misiones de, 206, 566, 573.
Suez, 307.
Suquita, río, 448, 452.
Surmillen, Bernardo, S. J., 553.
Surimanos, indios, 487.

T

Tabasco, provincia, 290.
Tabayay, río, 551, 562.
Tabira de Durango, 213.
Tacuba, 47, 53, 93.
Tagalo, lengua, 309.
Tagalos, indios, 523.
Taica, prov. mejic., 94.
Tánger, 419.
Tapajoz, río, 486, 488, 494.
Tape, región, 469, 472-73, 475.
Tapia, Andrés de, 23, 37, 73.
Tapia, Cristóbal de, 48, 49-51.
Tarahumara, misiones de, 205.
Tarancón, 573.
Tarasco, idioma, 290.
Tarija, región, 466.

Tarso, Teodoro de, 342.
Tarragona, 104.
Tarragona, concilios de, 455-56.
Tarragona, conv. domin., 444.
Tate Lanning, John, 409.
Taumalipas, est. mej., 591.
Taunay, Alfonso de E., 471.
Tebicuari, río, 467, 470.
Tecto, Juan de, O. F. M., 24, 45, 84-6, 91-2, 95-9.
Tehuantepec, puerto, 115, 119-21.
Tejería, Pedro, cap. 550.
Téllez, Pedro, S. J, y O. S. A.. 523, 327, 535.
Tello, Francisco, gobernador, 506.
Tello de Guzmán, Francisco, 568.
Tello de Sandoval, Licenciado, 233.
Temixtitam, pueblo, 61, 77-9, 102.
Temixtitlán, 213.
Tena, pueblo, 545.
Tenutchistlan, 24, 267.
Teotilac, pueblo, 93.
Tepeaca, pueblo, 53-9.
Tepehua, 290.
Tepehuanos, 399, 571.
Tepetlaoztoc, convento dominic., 267.
Tepuztlan, pueblo, 398.
Ternate, 521.
Terrazas, Francisco de, 413.
Tetahuitalpan, pueblo, 94.
Tetuán, 419.
Teutónico, Juan el, O. P., 424, 456.
Texeira, Pedro, cap., 485-86.
Tezcoco, 110, 111, 114, 412, 596.
Tezcuco, 31, 46, 48, 59, 76, 80, 87-8, 81-2, 101, 219.
Tezcuco, monasterio, 122-23, 133, 135.
Texcuco, 260.
Teheran, Matías, O. S. A., 189.
Thevenot (colección), 517.
Tíbet, 327.
Tirado, Juan, 127.
Ticunas, indios, 548, 552.
Tierra Firme, 571.
Tierra Santa, provincia dominic., 418.
Tigre, río, 463, 553, 577.
Tipune, río, 546.
Tlachco, pueblo, 290.
Tlamanalco, pueblo, 46.
Tlapaneco, idioma, 290.
Tlascaltecal, provincia, 79.
Tlascalticle, monasterio, 122.
Tlatelolco, 203, 245, 252, 255.
Tlaxcala, 13-6, 18, 23-4, 39, 57, 80, 87, 92, 101, 114, 216-17, 228, 238, 267, 290.
Tocantins, río, 486, 494.
Todos los Santos del Caaró, pueblo, 468.
Toict (vid. *Tecto, Juan*).
Toledo, 35, 242, 265, 286, 411.
Toledo, prov. Jesuít., 573.
Toledo, Andrés de, O. F. M., 485.
Toledo, Francisco de, virrey, 165, 166.
Topia, 396-99, 569.
Tomeos, indios, 351, 381.
Tordesillas, pueblo, 60.
Tordesillalls, tratado de, 460, 471-72.
Toribio, P., 123, 125-28.
Toribio Medina, José, 517.
Torquemada, Juan de, O. F. M., 13, 27, 39, 55-7, 84-5, 87-8, 91, 96-7, 101, 102-4, 106-8, 110, 246, 251, 274.
Torre, Luis de la, 74-5.
Torres, 232.
Torres, Diego de, S. J., 467, 570.
Torres, Domingo, S. J., 469, 476.
Torres, Pedro, Pbr.°, 84-85, 104-06, 245, 416.
Torres Amat, 439.
Torres Conde, Francisco, 545.
Torres de Mendoza, Luis, 44, 211, 238, 241, 250, 253, 255, 257, 515.
Toscano, Antonio, S. J., 352, 364, 368.
Toscano, Salvador, 595.
Totolopan, pueblo, 590-91.
Totomehuacan, 291.
Totonaco, 290.
Travancor, 334.
Tremecen (Africa), 433, 451-52.
Trento, concilio de, 32, 153, 160, 164-65, 168, 170-71, 174, 245, 259, 277, 341, 348, 365, 369, 371.
Tribulcio, cardenal, 182-83.
Trichinopoly, 335.
Tridentino, vid. *Trento*.
Trinidad, bahía de, 11.
Trinidad, pueblo, 68, 470.
Trinidad, Juan, O. F. M., 108-09.
Trinitarios, 426.
Triviño, D. Fernando, 191.
Trujillo, villa, 68, 77-80, 95, 98, 99, 140, 150-51.
Tucumán, 162-63, 567, 569-70.
Tucumán, gobernación, 467, 471.
Tucumán, misiones, 460, 466.
Túnez, 420, 427, 433, 452.
Túnez, Obispo de, 422.
Tupico, indios, 474, 476.
Tupíes, indios, 478.
Tupinamba, indios, 487.

U

Ucayali, río, 462-63, 487, 557, 559, 562.
Uherrate, río, 549.
Ulloa, Antonio, 406, 408, 471.
Umare, Charate, 363.
Universidad gregoriana, 155, 178.
Universidad de París, 448, 453.
Universidades, 203, 505.
Urarinas, indios, 557.
Urbano VIII, Papa, 182, 476.
Urdaneta, Andrés de, O. S. A., 303.
Uriarte, Manuel, S. J., 516-17, 574-76, 579.
Ursua, Pedro de, Gral., 509, 628-30.
Urubú, pueblo, 487.
Uruguay, 460.
Uruguay, misiones, 475.
Uruguay, provincia Jesuít., 472-73.
Uruguay, río, 467, 469-71, 477, 481.
Utretht, 482.

V

Vaca de Vega, Diego, 484.
Vacas Galindo, P., 194-95.
Valcárcel, Luis E., 593.
Valcázar, Dr. D. Antonio, 151-54, 156, 166, 173-74, 177.
Valderrama Ledesma, gobernador, 475.
Valdés, Francisco, O. S. A., 309-11, 313-14.
Valdés Inclán, Alonso de, gobernador, 481-82.
Valdivia, conquistador, 9.
Valencia, conv. domin., 444.
Valencia, Carlos, S. J., 526, 535.
Valencia, Martín de, O. F. M., 24, 30, 85, 88, 103, 108, 110, 112, 114-15, 120-22, 217, 225, 242, 250.
Valero, Francisco, S. J., 227, 235.
Valiente, Alonso, 72.
Valignani, 332.
Valverde, Vicente, 223, 249.
Valladolid, 35, 106-7, 132, 190-91, 194, 213, 142, 283, 288, 314, 321.
Valladolid, Colegio inglés, 572.
Valladolid, conv. agust., 314, 321.
Valle (Marqués del), 104.
Valls y Taberner, Fernando, 427.
Van den Anwera (Vid. *Ayora Juan*).
Van den Dudenryn, O. P., 439.
Vargas Ugarte, Rubén, S. J., 206, 208.
Vasco de Puga, 216, 284.
Vasconcelos, José, escritor, 14.
Vasconcelos, Simón de, S. J., 472.
Vasconcellos, Francisco, S. J., 380.
Vasconcellos, Juan Luis de, S. J., 379.
Vaticano, Concilio, 195.
Vaypicota, pueblo, 328-31, 333-34, 340-41, 345, 347-48, 350, 352-53, 364, 369, 378, 390.
Vaz de Barros, Pedro, 473.
Veedor, 125-27.
Vega, Manuel, S. J., 332.
Veiga, Teodosio, O. de M., 487.
Veiga Cabral, Sebastián de, 482.
Velasco, Luis de, virrey, 30, 39, 179-81.
Velasco, Juan de, S. J., 585-86.
Velasco, Pedro, O. S. A., 186-92.
Velasco, Pedro de, S. J., 532.
Velázquez, Diego, conquistador, 13, 16, 48, 61, 218.
Venezuela, 461, 594.
Vera, Francisco de, S. J., 569.
Vera y Mújica, Antonio de, General, 480.
Veracruz, ciudad, 15, 16, 24, 34, 46, 49-52, 58, 59, 71, 78, 80, 82, 220, 227, 230, 242, 258, 264, 511, 530.
Veracruz, est. mejic., 591.
Veracruz, puerto de, 111.
Veracruz, Alonso de, O. S. A., 251, 284.
Vergara, Alonso de, 52.
Vergara, Julián de, S. J., 461.
Verger, Pierre, 593.
Ventancurt, Agustín de, O. F. M., 31, 47, 53-4, 57, 59-61.
Vicario del Idioma, 290.
Vicenza, 199.
Vidal, Manuel, O. S. A., 189.
Viera, Antonio de, S. J., 486.
Villabella, pueblo, 494.
Villalobos de León, 379.
Villanueva, Jaime, escritor, 437, 440.
Villarica, puerto, 46, 48, 59.
Villarica del Espíritu Santo, 467, 567.
Villarrica del Guairá, población, 472, 474-75.
Villarroel, Gaspar de, O. S. A., 147, 237.
Villeneuve, J. M. R., card., 414.
Villenque (Méjico), 86.

Villión, Amado, S. J., 401, 402.
Virreinato del Perú, 137, 146, 181.
Virrey del Perú, 139, 146, 182.
Visaya, 139.
Visitación, reducción, 469.
Visitadores, 29.
Vitoria, Diego de, 194.
Vitoria, Francisco, S. J., 193-96, 198, 427, 435.
Vivas, Miguel, O. S. A., 186-87, 189-92.
Vivero, Juan de, O. S. A., 229.
Vivero, Rodrigo de, gobernador, 397.
Vizcaya, 313.
Voltaire, 34.
Vvrimoa, pueblo, 397.

W

Wadding, Lucas, O. F. M., 61, 84, 85, 107.
Waibel (Valverde), Domingo, S. J., 514, 526, 535, 541.
Werle, Tomás, S. J., 483.

X

Ximénez, Francisco, 260.
Ximénez, Francisco, O. P., *Vid. Jiménez.*
Xingú, río, 486, 494.
Xumiltepec, 291.

Y

Yacuy, río, 467, 470, 475, 500, 503.
Yaguachi, 589.
Yamaguchi, 401.
Yameos, región, 463.
Yameos, indios, 548-49, 554.
Yáñez, Alonso, 12.
Yapeyú, pueblo, 470.
Yasucos, indios, 553.
Yatavay, río,, 554.
Yayes, indios, 553.
Yeberos, indios, 557.
Yguazú, río, 467.
Yí, batalla del, 481.
Yjiñores, indios, 548.
Yquitos, indios, 548, 555, 561.
Ytapua, pueblo, 470.
Ytaytay, río, 553.
Ytucales, indios, 557.
Yucatán, 11, 109, 240, 412.
Yurimaguas, indios, 487, 549, 559.
Yxtlilxochitl, D. Fernando Alva, 110-11.
Yyui, río, 477.

Z

Zabala, Bruno Mauricio de, gobernador, 482-83.
Zacatecas, 409.
Zamboanga, 322, 522.
Zamiria, río, 557.
Zamisa, río, 557.
Zamora, Eladio, O. S. A., 307, 308.
Zamorín, gran, 354 ss.
Zamuas, indios, 553.
Zanzini (Sánchez), José, S. J., 520, 528, 536.
Zaparas, indios, 548.
Zapoteco, lengua, 290.
Zaropa, pueblo, 491.
Zárate, Andrés de, S. J., 463, 544, 551, 588.
Zebrano, curaca, 561.
Zeferis, Javier, S. J., 557.
Zepeda, Villa de, 186.
Zuazo, Ldo. Alonso de, 67-9.
Zulaica, Román, 252.
Zumárraga, Juan de, O. F. M., 33, 37-8, 125, 127, 129, 135, 209-69, 274, 412-13, 416, 591.
Zuno, río, 546.
Zúñiga, Antonio de, 280.
Zúñiga, Diego de, S. J., 569.
Zurbano, pueblo 574.
Zuredo (Suredo), Juan Bt.ª, S. J., 527, 536.

DATE DUE

Temporarily circulated from
Pacific School of Religion

NOV 2 1979

OCT 1 1 2004

GAYLORD

PRINTED IN U.S.A.

35358

v.5
1948

GRADUATE THEOLOGICAL UNION LIBRARY
BERKELEY, CA 94709

GTU Library
3 2400 00331 8817